
NANA KWAME ADJEI-BRENYAH
PREMIO NACIONAL DEL LIBRO
FINALISTA
«EL FENÓMENO LITERARIO DEL AÑO».
EL MUNDO
«BRUTAL».
STEPHEN KING
LA LIGA DE LOS PRESOS
TRADUCCIÓN DE MIGUEL SANZ JIMÉNEZ
NOCTURNA
EDICIONES

NANA KWAME ADJEI-BRENYAH

LA LIGA DE LOS PRESOS

Traducción del inglés
Miguel Sanz Jiménez



CHAIN-GANG ALL-STARS
Copyright © Nana Kwame Adjei-Brenyah, 2023
This edition is published by arrangement with
The Foreign Office Agència Literària, S.L.
and The Gernert Company
All rights reserved.
© de la traducción: Miguel Sanz Jiménez, 2024
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Medea, 4. 28037 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: octubre de 2024
ISBN: 978-84-19680-78-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mi padre, quien dijo que
«No hay nada como ayudar a los necesitados, nada igual».

Espero que hoy te quiera el universo.
KENDRICK LAMAR

LA LIGA DE LOS PRESOS

La liberación de Melancolía Bishop

Notó sus miradas, las de todos aquellos verdugos.

—Bienvenida, jovencita —dijo Micky Wright, el comentarista principal de *La Liga de los Presos*, la joya de la corona del programa de Entretenimiento Penitenciario de Acción Criminal (EPAC)—. ¿Por qué no nos dices cómo te llamas?

Tenía las botas altas plantadas en el terreno de Campo de Batalla, que era largo y verde y estaba veteado de líneas blancas como la cocaína, cual campo de fútbol divergente. Era el fin de semana de la Super Bowl, un hecho que a Wright le obligaban a mencionar por contrato entre cada uno de los combates de aquella noche.

—Ya sabes cómo me llamo.

Notó su propia firmeza y sintió un tenue amor por sí misma. Qué raro. Se había pasado mucho tiempo creyéndose una desgraciada. Pero la muchedumbre parecía apreciar su osadía. La jaleaban, aunque los ánimos traían un doble filo de ironía brutal. Miraban con desprecio a aquella mujer negra, vestida con el mono gris de las presidiarias. Era alta y fuerte, y la miraban con desprecio a ella y a los prietos rizos de pelo negro de su cabeza. La miraban con júbilo. Estaba a punto de morir. Así lo creían, igual que creían en el sol y en la luna y en el aire que respiraban.

—¡Qué peleona! —exclamó Wright con una mueca—. Quizá deberíamos llamarte así: la Señoritinga Peleona.

—Me llamo Loretta Thurwar —dijo.

Miró a las personas a su alrededor. Había muchísimas, muchísimas olas de humanos que nunca serían el objeto de una atención tan cruel. Nunca sabrían cómo te hacía sentir, diminuta y omnipotente a la vez. Ni cómo el canturreo de esos miles de personas era tan alto y tan constante que podía desaparecerte de los oídos, pero continuaba rugiendo como algo que notabas en el cuerpo. Thurwar se aferró al arma que le habían dado: un delgado sacacorchos de espiral con mango de madera de cerezo. Era ligero, sencillo y débil.

—Entonces, ¿no eres la Señoritinga Peleona? —dijo Wright, trazando una amplia órbita alrededor de ella.

—No.

—Puede que sea mejor así, Loretta. —Dio un paso hacia su propia tribuna—. De todas formas, odio malgastar los buenos nombres. —Se rio y la muchedumbre le hizo eco—. Bueno, Loretta Thurwar. —Le lanzó de lleno su prepotencia juguetona al trocearle el nombre de pila en tres sílabas diferenciadas y emplear una voz infantil y cantarina para el apellido—. Bienvenida al Campo de Batalla, cariño.

Se oyó una tos eléctrica en el ambiente y Thurwar se vio empujada al suelo con tanta brusquedad que, por un instante, temió haberse dislocado el brazo a la altura del hombro. De rodillas, sin saber qué otra cosa hacer, comenzó a reírse. Primero ente dientes, luego a carcajadas. La sensación de presión que desprendían los implantes magnéticos de los brazos era, de hecho, la de un delicado masaje bajo la piel. Podía mover los dedos con libertad, pero tenía las muñecas pegadas a la plataforma. Qué ridiculez la de todo aquello. Se rio hasta que se quedó sin aliento y luego siguió riéndose más.

Empezaron a sonar las campanadas.

Wright le gritó al aire:

—¡Haced el favor de poneros en pie por Su Majestad!

Fue corriendo el resto del camino a la tribuna del comentarista.

La muchedumbre se puso de pie. Se quedaron quietos y erguidos. Por ella.

Salió caminando al campo de fútbol de imitación. Aleación de aluminio en los brazos. Trenzas que le llegaban hasta la nuca. Hombros al aire, con sendos tatuajes del logo de WholeMarket™. De la armadura del pecho le salían una serie de varas y le recorrían el musculoso abdomen hasta formar un elegante protector. Era su propia creación. Thurwar había contemplado, incluso vitoreado, la primera vez que había visto cómo aquellas piezas metálicas, que en un principio se suponía que solo eran defensivas, eran mucho más. La había estado observando, pegada a la retransmisión de vídeo en directo y apiñada con las demás de su pabellón, cuando la mujer se había quitado dos varas de la armadura y se las había clavado en los ojos a Tirachinas Bob.

Y ahora Thurwar las veía de cerca. Era el último combate de Melancolía Bishop. Bishop lo había conseguido. Había conseguido lo que ninguna otra mujer antes que ella había logrado: sobrevivir tres años en el Circuito. Tres años de golpear con el martillo, *Hass Omaha*, y blandir la maza, *Vega*. Tres años de conquistar almas.

—¡La mismísima Reina de los Condenados del Condado del Rey Ahogado!

Todo lo que llevaba en las manos era su casco, el Casco de Melody. Era del estilo de las Cruzadas, hecho de latón con una cruz dorada en el medio.

—¡La Aniquiladora, la Zorra de las Malas Noticias, la mismísima Cantante de la Muerte!

Sonó la séptima campanada y la gente chilló. Llevaba años

siendo su ritual sagrado. Las siete campanadas de Melancolía Bishop. Habían visto cómo borraba del mapa a la escoria. Habían visto cómo mataba a mujeres y hombres que en el pasado habían afirmado querer. Ahora estaba allí y los miraba por última vez. Pronto sería libre.

—¡Melancolía!

—¡Melancolía!

—¡Melancolía!

La muchedumbre coreaba. Los ojos marrones de Melancolía exploraron las gradas. Luego alzó el casco por encima de la cabeza. En cuanto se lo puso, ya estaba en casa.

—¡Melancolía!

—¡Melancolía!

—¡Melancolía!

—Por última vez, haced el favor de darle la bienvenida a la mayor ganadora que jamás ha pisado el Campo de Batalla —jaleó Wright—. La Ama de la Balada Asesina. La Amante Sagrada. La Cruzada. La más mala que el planeta ha visto nunca. ¡Vuestra mismísima Melody *Melancolía Bishop* Price!

«¿Vuestra?», pensó Thurwar, enfurecida por la potencia del amor que explotaba en el público. La querían mucho y, no obstante, aquella mujer no les pertenecía. Desprendía un aura que lo dejaba claro. Bastaba para que Thurwar bajara la mirada al suelo. Como si la mujer delante de ella fuera de la verdadera realeza.

Thurwar observó, hizo una reverencia en su Jaula, ante un poder imposible. El martillo y la maza. A un lado del campo había una caballera de armadura. Al otro estaba Thurwar con un mono y un sacacorchos escurridizo en las sudorosas manos.

—¡Bishop!

—¡Bishop!

—¿Tienes unas últimas palabras para nosotros, Melancolía?

—preguntó Wright.

—¿Qué me queda por decir? —dijo ella; la voz le resonó metálica pero familiar en el casco cuando se dirigió a la muchedumbre—. Estoy en el mismo sitio que cuando empecé.

La multitud la vitoreó con locura.

—Cuando llegué aquí, tenía dos letras *A* en la espalda. Dos asesinatos. Cuando me marche, ahí seguirán. Pero he tenido que matar a muchísimas más personas que a esas dos para llegar aquí.

—Tienes toda la razón. Has despedazado a muchísimos más —asintió Wright—, pero ¿hay alguno que quieras destacar? Son muchos buenos momentos. Y has superado más dudas de las justas. Aquí, en la cima, cuando vuelves la vista atrás, ¿de qué estás más orgullosa?

—¿Orgullosa?

Un rostro metálico se giró hacia el cielo. Alzó los hombros y se rio. La muchedumbre la siguió con incomodidad. Se reían entre dientes porque era su reina. Cuando la multitud armaba un escándalo de carcajadas, Melancolía guardó silencio. Luego, hubo un momento en que la muchedumbre pareció no saber qué hacer a continuación.

—¡Apresadla! —gritó Wright.

De nuevo, se oyó una fuerza y esa vez apresó a Melancolía Bishop en la plataforma que había debajo de ella. La HCM[1] a la que le había estado hablando salió volando detrás de ella. A la muchedumbre se le escapó un gritito ahogado. Apresarla, silenciarla el día de su liberación. Para ellos, era rastrero. Se apresaba sin previo aviso a las despreciables, a las no iniciadas, a las rebeldes y a las cobardes. Así que le pusieron mala cara a aquel gesto, pero se dieron prisa en cambiarla para contemplar la historia que se desarrollaba ante ellos: la liberación de Melancolía Bishop.

—¡A luchar a muerte! —gritó Wright.

El sonido alto y vacío de las Jaulas al abrirse atravesó la palestra. Soltaron a las mujeres, una frente a otra.

Thurwar se puso de pie y corrió, corrió directa a la mujer irrompible que tenía delante. En cuanto estuvo lo bastante cerca como para que le importase, saltó al aire, echó atrás el puño, cerrado alrededor del sacacorchos, y apuntó para atacar. Chilló y cayó abajo. El cuello, el cuello. El cuerpo le decía que el cuello.

Melancolía la agarró de la muñeca, disipó su potencia de ataque y luego le dio un puñetazo en el estómago.

—¡Melancolía!

La gente chilló al ritmo del bombo. Una y otra vez habían visto cómo «atrapaba y aplastaba», habían visto cómo soltaba a *Hass Omaha* o a *Vega* y cogía a su oponente con una mano antes de usar cualquier arma que blandiera con la otra para lanzar un golpe mortal. Pero ahora agarró a aquella doña nadie por la muñeca y le propinó un puñetazo con los nudillos desnudos. Un golpe al que cualquiera podría sobrevivir. Jugaba con la comida. Se rieron y vitorearon y chillaron. Una artista del espectáculo hasta el final.

—Ataca a matar, sin rodeos —dijo Melancolía.

La multitud no lo oyó. Con el casco, sin ninguna HCM que zumbara a su alrededor (podrían distraerlas o afectar al combate), las dos mujeres en el Campo de Batalla estaban solas con sus palabras.

Melancolía le dio otro puñetazo a Thurwar y la tiró al césped.

Thurwar supo que la había perdonado. No sabía por qué. Se tragó la muerte que había visto cuando Bishop la había sujetado. Levantó la mirada hacia la mujer heroica y terrible que se cernía sobre ella.

—¿Me oyes? —le preguntó Melancolía.

Thurwar gateó por el campo, jadeando con fuerza y

peinando el césped. Había perdido el sacacorchos. Se odió a sí misma, una emoción intensa y familiar. Lloraba. Se compadeció de la cosita triste en que se había convertido en aquel momento, encogida y a tientas. Frenética y, pronto, muerta. Pero su asesina le hablaba:

—Escúchame —le dijo.

Después, Thurwar notó una patada en las costillas. Rodó por el césped, inspiró una bocanada de aire y gateó hasta volver a ponerse de pie.

Se recompuso y miró a la Cruzada. Thurwar quería ganar. Lo deseaba con desesperación. Sentía un deseo furioso de machacar a la mujer que tenía delante. Quería que la muchedumbre llorase. Por primera vez en mucho tiempo, quería vivir.

Sin armas cerca, Thurwar echó a correr hacia Melancolía. Antes de que pudiera saltar, vio que tanto el martillo como la maza yacían en el suelo. La titán jugaba con su vida. Esprintó y se abalanzó sobre la mujer con el apremio de quienes agonizan. Se revolcaron juntas un instante, sus cuerpos rodaron por las líneas blancas del campo. Después, Thurwar sintió una tirantez en el cuero cabelludo. Intentó tocárselo en mitad del forcejeo y notó un golpe en el pecho. Le tiraron del pelo hasta ponerla de rodillas.

—Rápatelo al cero —dijo Melancolía, con el puño lleno del pelo de Thurwar.

Aquella vez, Thurwar sí la oyó y entendió que le estaba dando una orden.

—Rápate el pelo —repitió Bishop con voz dura y grave.

Le dio otro puñetazo en la cara a Thurwar.

Thurwar saboreó la sangre que le caía de la nariz a los labios. Volvieron a tirarla al suelo.

—Lo tienes justo delante —oyó Thurwar—. Decídete.

Melancolía levantó los brazos en señal de victoria. Todo el mundo chilló.

Thurwar la vio, la espiral de metal incrustada en la madera. Saltó a por ella como una serpiente y, con las prisas de cogerla, se hizo un corte profundo en el dedo corazón. Ignoró la sangre, se puso de pie y, mientras tanto, Melancolía Bishop se giró hacia ella, se agachó y cogió el martillo.

Thurwar dio pasos grandes, con cautela, mientras trazaba un ancho perímetro alrededor de Melancolía. El ruido se había convertido en un rugido continuo, pero el sonido ya era solo eco, igual que el dolor del cuerpo.

—He jugado a su juego. Tú no juegas.

—No voy a morir aquí —declaró Thurwar. Emergió una parte de ella reprimida hacía mucho tiempo.

—Pues ataca a matar, sin rodeos.

Thurwar observó a Bishop.

—Estoy cansadísima —dijo la otra mujer—. ¿Lo entiendes?

—No voy a morir aquí —repitió Thurwar, las palabras se invocaban a sí mismas.

Continuó rodeando a Bishop, replegándose más y más, ganando espacio para cargar. Bishop la siguió con un giro suave.

—Pues ataca a matar, sin rodeos. Y rápate la puta cabeza. Y haz que quieran a una versión de ti. Es lo más importante, da igual lo que hagas. Que te quieran y luego te largas.

Thurwar esperó. Apretó el sacacorchos.

Bishop dobló las rodillas lo justo para que su pose dijera «ven a por mí». Miró a Thurwar y habló:

—No te voy a dejar vivir. Vas a decidir vivir. Voy a balancear el cuerpo. En cuanto baje el martillo, no podré parar. ¿Lo entiendes?

Thurwar lo entendía y no lo entendía. No podía. No en aquel momento. Bishop se tocó el casco y se lo quitó. Incluso en

la piel oscura, las cicatrices del cuello resplandecían. Llevaba el pelo negro recogido en prietas trenzas africanas. Melancolía levantó los brazos y la muchedumbre volvió a chillar de placer. Thurwar echó un vistazo al Jumbotrón. Entonces se le ocurrió que aquella diosa era una mujer, como ella.

Melancolía Bishop sonrió brevemente una vez más, antes de que su rostro se tornara duro y letal. Thurwar dio un paso adelante, hacia su destino.

Elevó el brazo izquierdo. Tenía la mano un tanto ahuecada y la pierna derecha salió disparada. La plantó con toda la firmeza que pudo. Se propulsó adelante, bien sumida en la libertad de coger impulso. Fijó los ojos en el cuello de Bishop, igual de blando y humano que el de cualquiera. Dobló el brazo izquierdo hacia detrás, de modo que cortó el aire a su espalda, a toda velocidad, mientras lanzaba la pierna izquierda, la rodilla empujaba al frente y su zancada se engrandecía. Corrió.

—¡Mel…

El pie izquierdo cayó primero, la planta aterrizó y rodó a conciencia hasta llegar a los dedos antes de volver a coger impulso. Su cuerpo recordaba, siempre recordaría, cómo correr con un propósito.

—… an…

De nuevo, los brazos revertieron la marcha, se deslizaron con precisión y se dejaron atrás mientras alzaba y bajaba la pierna derecha, engrandeciendo aún más la zancada. Estaba muy cerca. No pensó en nada, depositó su confianza en el cuerpo mientras aceleraba hacia delante.

—… colía!

Sus brazos cortaban como navajas y sus piernas la transportaban. Siguió el impulso y el vaivén de los brazos y las piernas, cogiendo velocidad. El cuerpo le dijo: «A esta velocidad, yo, tu cuerpo, soy tu arma».

Cuando estaba a dos pasos, Melancolía echó el brazo atrás, un movimiento negativo, para coger fuerza. Tiró del martillo atrás, la imagen del potencial destructivo.

El pie de Thurwar volvió a bajar. Melancolía avanzó, primero empujó y luego dejó que el martillo tirase de ella. Surcó el aire con una canción asesina. Thurwar se lanzó al suelo, agachó la cabeza y el cuello y rodó mientras el martillo sembraba muerte fresca y no cosechaba nada. Se agazapó y luego saltó, con el puño derecho, el del sacacorchos, por delante. Chilló cuando le desgarró la mandíbula a Melancolía.

El silencio le trajo algo nuevo a Thurwar. El cuerpo le hormigueaba mientras lo rojo le caía al puño. Una salpicadura de sangre salió despedida de los labios de Melancolía. El martillo se alzó brevemente y cayó con aplomo, solo le rozó a Thurwar en el hombro mientras ella se retorcía para apartarse de su camino letal. Thurwar se le subió en la espalda de un salto. Le rodeó la cintura a Bishop con las piernas y la apuñaló con saña en el lateral del cuello, luego tiró del sacacorchos, lo sacó y volvió a golpearla. Esa vez, al intentar sacarlo, el sacacorchos se le resistió, atrapado en la maraña de carne de Bishop. Thurwar tiró con más fuerza y, al tirar, solo salió el mango, la espiral de metal se perdió en algún lugar de la garganta de Bishop. Sin nada más con lo que apuñalarla, le dio un puñetazo en la cabeza a Melancolía. Ya le había dado tres antes de que notara cómo a la campeona le fallaban las rodillas.

Bishop atizó con debilidad a Thurwar, a su espalda, como si se tratara de una mosca molesta. El martillo estaba en el suelo. Thurwar bebió el rico y dulce silencio del asombro absoluto.

Chilló y rugió, y en aquel momento el suyo fue el único sonido. Bajó de un salto de la espalda de la mujer y Melancolía se quedó soñolienta y, en cierta manera, quieta. Al ver a la mujer de pie, Thurwar gateó para coger el martillo. Sus dedos encontraron

la empuñadura y Melancolía la miró. Con un miedo repentino, Thurwar se levantó de un salto. Bishop se bamboleó, se sujetó el cuello y luego lo soltó. Sus preciosos ojos marrones estaban cansados y, aun así, se agrandaron un instante al mirar a Thurwar, su asesina.

«Ven a por mí», dijeron esos ojos.

Thurwar la obedeció. Corrió. Lanzó el martillo como una bomba contra la cara de su primera dueña y la gente, aquellas personas, dejaron de guardar silencio.


Primera
parte

Huracán Staxxx

Era sagrado.

El grave rugido de los miles de personas que la esperaban. Un océano de voces encima, por todas partes. Blandía la guadaña. Les dijo a los guardias que le dejaran sitio y la balanceó a la izquierda, luego a la derecha. Calentó la columna vertebral. La energía fluía a través de ella. Cerró los ojos y entró en su propio cuerpo. No siempre se sentía a salvo en su cuerpo, pero allí, bajo un océano de voces, se sentía inmaculada.

Abrieron la puerta ante ella. Allí, al final del túnel que conducía a la luz, Hamara *Huracán Staxxx* Stacker seguía siendo una silueta.

Ante ella apareció una pelota flotante de metal resplandeciente. Ella le habló:

—¿Qué alegra al cuchillo?

Un sintetizador electrónico se acopló a una melodía cañera y a un bucle de una voz autotuneada. A la gente le latió el corazón con más fuerza.

—¡Staxxx! —bramaron al unísono, con decisión.

Salió corriendo al campo. Los focos la iluminaron desde las alturas y le doraron la piel, de color marrón arena. Las trenzas, gruesas cuerdas, le caían libres por el cuello, por los hombros e incluso por la armadura pectoral ligera, de polímero reforzado con fibra de carbono y estampada con el logo de WholeMarket™, una copiosa cesta de fruta. Llevaba las espinillas y el brazo izquierdo momificados con tiras de cuero

blanco, el estilo que Thurwar había popularizado. También tenía una manga de armadura pesada encima del tejido de batalla que le envolvía el brazo izquierdo. Las botas de combate, otrora blancas, tenían salpicaduras de marrón y rojo, un tono a tierra granulada y pálida. Llevaba los muslos comprimidos en un elástico que se le estiraba por los músculos; las mallas también iban marcadas con la cesta de fruta de WholeMarket™, estampada cerca de la cadera. Resultaba obvio que no se la habían colocado en los genitales, la zona por la que muchas otras grandes marcas habrían optado. WholeMarket™ era una marca familiar.

Le brillaban las muñecas, una prueba perenne de la prisión permanente que suponían los magnetogrilletes bajo la piel.

A su alrededor se movió una cámara flotante adicional y capturó las equis que llevaba tatuadas por todo el cuerpo. Tenía una en el tenso abdomen, unas cuantas en el cuello, varias en los brazos y una en cada párpado. Cada x era una historia de cómo su vida había prevalecido ante otra. Era una colección de muerte y vitalidad.

—¿Eso es todo? —le gritó al estadio.

Contrajo el rostro en un mohín que el Jumbotrón, arriba, magnificó por cien. Al ver que había fracasado, la muchedumbre chilló con más fuerza. La boca de Staxxx se tornó en una sonrisa malvada.

—¿Quién es la preciosa zorra con la que os pajeáis, cabrones? —le cantó Staxxx a la Holo Cámara y Micrófono que flotaba delante de ella.

Trazaba surcos con la guadaña, *Treta de Amor*, alrededor de las manos y los antebrazos. Tomó más y más impulso, con la cuchilla por delante, acelerando y comiéndose el aire a medida que Staxxx la hechizaba alrededor del cuerpo. El mundo sabía que aquel mango y aquella cuchilla eran una extensión de su

persona. Gritaron su nombre.

—¡Staxxx!

—¿Quién es la rompecorazones que necesitáis que os destroce?

—¡Staxxx!

—¿A quién queréis tanto que os duele, hijoputas?

—¡A Staxxx!

Huracán Staxxx. Eran su viento y trueno.

—El amor ha muerto aquí. Intento cambiarlo. ¡Vamos, resucitadme!

Staxxx estampó en el suelo la cabeza de *Treta de Amor*, de modo que la punta de la cuchilla quedó enterrada y el mango, envuelto en tiras de cuero doradas y negras, florecía torcido de la tierra compactada de la palestra, vacía y plana salvo por unos cuantos montículos cerca del centro y cinco coches situados a su alrededor para darles a los espectadores la exposición óptima a los modelos en exhibición. El borde exterior del terreno se había dispuesto para que pareciera una carretera ondulante, aunque el «asfalto» solo era plástico tratado. El sedán blanco delante de Staxxx tenía el parabrisas resquebrajado del combate anterior. La puerta del copiloto de una camioneta azul, no muy lejos del centro del terreno, colgaba de la carrocería como un diente suelto en unas encías sangrientas.

—¿Os gusta la Huracán o sentís tanto amor que os duele?

—Amor. Amor. ¡Amor! ¡¡Amor!!

—Ni siquiera sabéis lo qué significa. ¿Cómo ibais a saberlo? Jamás lo habéis visto. Pero lo vamos a solucionar. ¡Esta noche vengo a repartir un poco de amor eléctrico! ¿Os apetece?

La inundación de sonido hermanó a todo el público, de la gente en lo alto del gallinero a quienes se sentaban delante, en la Cávea de Sangre, justo detrás de los Eslabones que habían pagado Puntos de Sangre por estar allí, como Thurwar.

A Thurwar le picaba la cabeza calva mientras observaba en un silencio reverencial. A su derecha e izquierda había dos policías-soldados; la habían apresado en el asiento con las palmas hacia arriba, mirando al cielo, como si pidiera la gracia divina. Las tres rayas verticales, resplandecientes y rojas en cada una de las muñecas significaban que no podría moverse ni aunque quisiera. Bajó la vista al brazo derecho, a la raya quebrada del centro, nada más que un defecto de naturaleza cosmética. Se obligó a olvidar el picor y, en su lugar, a concentrarse en el asombro que sentía por la artista que cautivaba a la muchedumbre ahí fuera.

—¿Cuánto? —dijo Staxxx al arrancar a *Treta de Amor* del suelo y dar un paso adelante.

A modo de sello personal, a veces Staxxx comenzaba el partido con el arma por ahí tirada, lejos de ella. Se ponía a sí misma en desventaja para el disfrute de la muchedumbre.

—¿Tanto me queréis? —escupió Staxxx al HCM delante de ella.

La siguió, justo una fracción de segundo por detrás de cada uno de sus movimientos, mientras ella empleaba el extremo del mango de la guadaña para trazar una línea en la tierra. La muchedumbre la abucheó, quería más.

—¡Cabrones avariciosos! —se rio Staxxx mientras avanzaba unos pasos corriendo y bajo sus botas se levantaban y caían nubes de polvo—. ¿Y qué tal así?

Trazó otra línea. De nuevo, la muchedumbre chilló con fuerza en señal de queja.

—Vale, vale, ¿creéis que puedo encargarme de él? —dijo Staxxx, señalando a la puerta delante de ella.

Caminó hasta el mismísimo centro de la palestra y subió a un montículo de tierra bien compacta. La gente volvió a estallar. *Treta de Amor* descansó sobre el hombro de Staxxx un instante,

luego se la despegó del cuerpo con un balanceo y hundió la cuchilla afilada en el suelo. La soltó, dejó la guadaña allí plantada como una bandera izada. Nunca habían visto que la dejara tan lejos. Chillaron de júbilo.

Se quitó un grueso coletero de la muñeca, se recogió los cordeles del pelo y se lo ató de tal modo que pasaron de ser látigos sueltos a una sola rama que le salía de la cabeza. Luego se alejó del arma. Volvió caminando mientras la gente chillaba. El ánimo estaba para sentirlo, no para domarlo. Fluía a través de ella, le hacía sentir dichosa, brillante, viva y casi libre. Se dirigió a la losa negra que estaba instalada delante de la puerta por donde había salido a la palestra. Los bordes de la plataforma de la MagnetoJaula resplandecieron con un brillo rojo cuando se acercó.

Staxxx se detuvo con los brazos por encima de la cabeza. Dejó que el sonido de la adoración la bañara y luego se señaló una sencilla x negra en el lado izquierdo del cuello.

—¡Dadme justo aquí y seréis los que acabaron con Huracán Staxxx!

Notó la vibración: el sonido de los grilletes magnéticos al encenderse. Durante un momento, que fue una actuación en sí misma, Staxxx se resistió a la increíble presión que la empujaba al suelo. Las muñecas pasaron del naranja al rojo triple mientras los grilletes bajo la piel, injertados en los huesos, le exigían que cayera a la plataforma que tenía a los pies. Puso cara de dar un beso cuando transcurrió el medio segundo y las magnetoesposas de las muñecas se estamparon contra la plataforma negra, forzando a que el cuerpo se arrodillara con irreverencia. Staxxx esperó, con las rodillas en la plataforma y las muñecas apresadas de manera magnética. Extendió los dedos, lista para impulsarse cuando llegara el momento.

Micky Wright observaba mientras subía a su Cávea de

Batalla, que servía de escenario y de tribuna del comentarista. Estaba a escasos metros de la puerta por la que había emergido Staxxx. Se comprobó la sonrisa en el Jumbotrón antes de respirar hondo y gritarle a una HCM:

—Una de nuestras contendientes está lista para arrasar. Pero ¿quién sobrevivirá? ¿El oso gris o la tormenta?

«Oso gris en la tormenta» era el título del combate y los puestos estaban llenos de camisetas que representaban a un gran oso gris dando zarpazos a una nube, la cual estallaba en relámpagos dentados.

—Parece que la Huracán sopla un vendaval —dijo Micky mientras iba y venía en la cima de la Cávea de Batalla—. A ver qué tal está el Oso.

Al otro lado de la palestra se agitó y se abrió una puerta de metal. Emergió una descomunal montaña humana: Barry *Oso Loco* Harris.

El *death metal* sonó atronador por los altavoces. Abuchearon sin piedad a Oso Loco. Avanzó caminando con pesadez, iba despacio debajo de la armadura: una losa de grueso latón en el pecho y en la espalda que parecía que habían arrancado del casco de un viejo submarino. Tenía un trozo de metal similar en uno de los muslos. Las manos, los brazos, los codos y las rodillas desprotegidas estaban sucias y eran rosas. No llevaba camiseta debajo del conjunto de placas del pecho y la espalda. De la espalda y la cadera le colgaban dos murciélagos de metal que chirriaban contra las placas, ambos lucían la marca de la famosa h alada de Horizon Wireless. Tenía un casco de hierro que le tapaba el rostro igual que la máscara de un soldador. En la parte delantera habían pintado con espray la boca abierta y salivosa de un oso gris y plateado.

Delante de Oso flotó una HCM y él le gruñó. Su característico «Gruñido de Oso» sonó como si se derrumbara la

ladera de una montaña y cosechó unos cuantos vítores de sus seguidores más fieles. Al fin y al cabo, había aplastado a unos cuantos Eslabones que eran bastante buenos. Había conseguido que la lanza de Powell el Rape pareciera el aguijón de una abeja. Y Powell el Rape no había sido un mindundi.

Oso se quitó los murciélagos y los colocó en el suelo, junto a la plataforma. Se arrodilló en su Jaula, que vibró y lo atrapó.

—Vale, tenemos a la Huracán y a un Oso de lo más hambriento apresados y listos —dijo Micky Wright con felicidad —. Hora de las últimas palabras.

Descendió de la Cávea de Batalla y se subió a un patinete eléctrico. Recorrió el perímetro de la palestra; iba sonriendo y saludando. Alargó el momento, la espera por lo que la gente quería de verdad.

Se abrió camino al descomunal Barry Harris. Cuando se acercó, apartó el patinete de una patada y se sentó con las piernas cruzadas junto a Oso Loco, en la plataforma de la MagnetoJaula; los dos hombres, tan cerca uno de otro, constituían una imagen que Wright sabía que la gente iba a recordar. El oso-hombre de metal oxidado y él de traje gris y hecho a medida. Por supuesto, Wright seguía lo bastante lejos como para quedar fuera del alcance de Oso Loco en caso de que se le desactivaran los magnetogrilletes de alguna manera.

—Bueno, ¿qué te cuentas, Oso? ¿Unas últimas palabras antes de enfrentarte a la Huracán?

Agachado y con los grilletes de rojo brillante, Oso miró al otro lado del ondulado campo de tierra, a Staxxx y la guadaña que había situado bien lejos de ella; a él le quedaba igual de cerca que a ella.

—Ninguna para esa zorra —respondió Oso. La máscara le amortiguó la voz seria.

«Mata a esta zorra, mata a esta zorra —le decía el Oso a

Barry. El Oso le había mantenido vivo todo ese tiempo—. Mata a esta zorra». Había llegado lejos. No podía pensar en nada más. Estaba listo. Rugió. Estaba listo. La muchedumbre chilló. Le odiaban. Pero si el partido se torcía a su favor, sería el indudable favorito.

—¡Ay, qué peleón! —dijo Wright al levantarse de un salto, volver a subirse al patinete eléctrico y dirigirse hacia Staxxx para repetir la misma rutina, solo que más rápido, pues la gente ya se había calentado bastante. Esperarían y pronto les darían su golosina. En aquella ocasión no se bajó del patinete, como si llegara tarde a alguna cita. Su voz retumbó en la palestra—: ¿Y qué pasa contigo, señorita Staxxx? ¿Unas últimas palabras?

Staxxx miró arriba. Había agachado la cabeza durante un buen rato, como si hubiera estado sumida en sus meditaciones u oraciones. Sonrió con sinceridad.

Thurwar casi pudo verle el incisivo inferior y mellado. No le hizo falta mirar a la pantalla masiva para ver que a Staxxx le brillaban los ojos con una amabilidad que a Thurwar le inspiró algo parecido al miedo.

—Te quiero —susurró Staxxx al mirar a Barry Harris.

Sus últimas palabras eran las mismas últimas palabras que había pronunciado en todas y cada una de sus últimas diez apariciones en el Campo de Batalla, y así, al decirlas, se vieron multiplicadas por mil con las voces de las gradas, que repitieron el mantra con ella.

—¡Te quiero! —chilló el mundo entero.

Staxxx oyó cómo la proclama reverberaba por el estadio y se replegó en su propio cuerpo para sentir la verdad de su poder. Era un vehículo para el amor y en cada combate a muerte lo pregonaba de forma explícita. Amor, amor, amor. Metía el amor por la fuerza en aquel espacio sin amor, lo convertía en el lema de su vida. Les mostraba que ella, la Huracán, albergaba un gran

amor y que, si ellos miraban, verían que también lo albergaban. Y tal vez algún día entenderían lo que habían permitido, lo que habían creado.

—Bueno, vale —dijo Wright—. ¡Ya no aguanto más!

Condujo hasta la tribuna del comentarista, se puso a salvo a sí mismo y al patinete allí dentro. Echó un vistazo por el plexiglás que iba del suelo al techo y se inclinó ante un micrófono cableado que tenía cerca de la cara.

—¡Soltadlos! —chilló.

El sonido de los campos magnéticos de alta potencia al desconectarse, como si el mismísimo aire tosiera con violencia, atravesó el estadio. Y entonces comenzó.

Oso rugió y le ofreció la furia al cielo, como de costumbre. Al otro lado del campo, Staxxx se había propulsado de la plataforma con las palmas de las manos, se había levantado e iba caminando. Los primeros pasos fueron precisos y deliberados. Como si se estuviera estirando.

Oso se llevó los murciélagos a las manos y echó a correr. Eran movimientos torpes, hambrientos y obvios. Los murciélagos le rechinaban por encima de la cabeza a medida que avanzaba. Las HCM, que lo seguían a una buena distancia, captaron el sonido de las placas de hierro, sujetas a los hombros por tiras de cuero, chocaban y restallaban en la piel húmeda y en la espalda.

Staxxx también empezó a correr. Thurwar observó cómo salía disparada hacia delante, con facilidad y sin impedimento alguno. Tenía las manos abiertas y suaves mientras los brazos subían y bajaban más y más rápido, zancada a zancada se merendaba la distancia ante ella.

Justo cogía el mango de *Treta de Amor* cuando los dos se encontraron.

El ataque de Oso la iba a aplastar.

Con *Treta de Amor* en la mano, Staxxx retorció el cuerpo hacia detrás con la misma facilidad que si fuera una coreografía. Los dos murciélagos abrasaron el aire a unos centímetros de su flanco izquierdo con el impulso cruel y frío de un bateador que falla una bola de demolición. Staxxx no dejó de girar, inclinaba la cuchilla hacia debajo para que cosechara el mundo que dejaba atrás, con un resplandor tan severo que no fue hasta que el pesado cuerpo de Oso rebotó en el suelo cuando él entendió que le había cercenado la pierna derecha.

La muchedumbre se unió: una inspiración estupefacta.

Después, la euforia y la pura alegría sincera se tragaron a todos. Se levantaron de los asientos. Thurwar, de haber podido, se habría levantado con ellos. Una obra maestra de la violencia. Un golpe legendario. Y luego Thurwar se alzó mientras los guardias le ponían los grilletes en naranja y le pedían que los siguiera a la zona de preparación. Observó a Staxxx hasta que ya no pudo torcer más el cuello. Luego Thurwar se desvaneció en el estadio con los guardias.

Oso tenía la cara en la tierra, pero seguía balanceando los brazos, seguía blandiendo los murciélagos, arriba y abajo, arriba y abajo, como si intentara nadar en tierra firme. La HCM más cercana descendió flotando y captó los gritos, que se convirtieron en gruñidos, en balbuceos y en gemidos. Los años de vida con los que contaba le fluían por el muslo cual erupción volcánica. La muchedumbre había enloquecido.

—Mierda —dijo Barry.

—Te quiero, ¿vale? —contestó Staxxx, y entonces sacó el arma secundaria, un cuchillo de caza llamado Mata, y le cortó las tiras del casco y de la armadura corporal a Oso.

En la piel de la espalda tenía tatuada una sola letra a azul. Le dio la vuelta para que pudiera ver algo más que el suelo. Cuando le quitó el casco de hierro de la cabeza, la muchedumbre

pudo ver el aspecto de Oso ante la muerte. Los ojos marrones parecían incapaces de enfocar nada, como si tratara de seguir algo que flotaba por aquí y por allá. Tenía el pelo enmarañado y grasiento. Las mejillas regordetas habían perdido el color.

—No te preocupes por ellos, cariño —dijo Staxxx—. No te preocupes por ellos. Es tu momento. No te lo pierdas.

Le besó la cara varias veces y luego le cortó el cuello[2]. Su *leitmotiv* irrumpió en los altavoces y el público rugió. Le grabó varias equis en el cuerpo. La sangre brotaba y, con cada x, le besaba la piel llorosa. Se sentía agradecida por lo mucho que era capaz de distanciarse de sí misma. Sabía lo que tenía que hacer y por qué lo hacía, se observaba como si formara parte del público que chillaba.

Cuando terminó, parecía que a Oso lo habían sacado de una trituradora de madera. Parecía que Staxxx se había duchado con sangre.

—¡Te quiero! —chilló mientras los guardias la zarandeaban y la empujaban para volver a aprisionarla en la Jaula.

—Ha acabado listo para un funeral a ataúd cerrado, ya os digo —apuntó Micky Wright desde su tribuna mientras dos guardias enrollaban al muerto en plástico y lo arrastraban por el túnel de donde había salido. Un tercero los seguía detrás con la pierna de Barry—. Lo que significa más Puntos de Sangre que añadir al ya voluminoso montón de la señorita Stacker.

Wright asomó la cabeza y fue dando saltitos hacia Staxxx por la tierra marcada por la batalla.

Staxxx levantó la cabeza y escupió al suelo según se acercaba. Wright aminoró la marcha, pero no se detuvo.

—¡Menudo espectáculo! ¡Menudo espectáculo! —dijo, con una sonrisa en la voz—. ¿Y ahora qué se siente al ser la Huracán?

—Es como si aplastara a un niño con las manos. Es como si observaras cómo se te abre la piel y te grabara un mensaje para el

futuro en tus propios brazos —dijo Staxxx mientras se le iba calmando la respiración. También era una espectadora. Lo estaba observando todo—. Llámame Colosal, porque veo el futuro. De nada.

Algún día lo entenderían.

La muchedumbre aplaudió en señal de aprecio. Eran cultos, les gustaban Staxxx y sus palabras. Querían que ella viviera y les encantaba que continuara con vida. El Campo de Batalla era un altar a la violencia dura y Staxxx era violenta como la que más, pero, al contrario que el resto, ofrecía algo más después de casi cada partido. Un poema, un relato y, por supuesto, más amor. Insistía en ello. Su violencia, su calidez, los mensajes crípticos o claros: todo sumaba al personaje que llamaban la Huracán. Y mientras se consideraban personas buenas y cultas, hacía mucho que habían decidido que podían apreciar el modo en que los entretenía, incluso aunque notaran un peso en el pecho, incluso aunque se preguntaran si… Bueno, no hace falta recrearse en eso. A la mayoría les emocionaba que estuviera mucho más cerca del rango de Colosal, un nivel que solo los Eslabones más grandes alcanzaban.

En los pasillos del estadio, Thurwar sonrió ante la punzada de inquietud que sintió como la recién nombrada Gran Colosal[3]. Una especie de sentimiento de propiedad. Ya llevaba casi tres años enteros y notaba que el nuevo título le pertenecía. Un título que se había ganado tras la reciente muerte de uno de los mejores amigos que había tenido en aquella etapa de la vida. Ahora era suyo, la Gran Colosal. Y mientras Staxxx le acaba de decir a la muchedumbre que la llamaran Colosal, el caso era que, al menos por ahora, Staxxx seguía siendo una Segadora Dura.

—La poeta ha hablado —dijo Wright, llamando con un gesto a los guardias para que se llevaran a Staxxx—. ¿Unas palabras de ánimo para tu churri? —Cogió un puñado de pelo de

Staxxx empapado en sangre para luego soltarlo y poner cara de asco al sacudirse el rojo de la mano—. Es una gran noche para ella, ya sabes. Si gana, habrá alcanzado un nivel nuevo. Casi treinta y cinco meses. ¿Qué te parece?

—Creo que lo vamos a celebrar en el Circuito —respondió Staxxx—. Y quizá los tíos como tú tengáis algo con lo que machacárosla.

La muchedumbre se rio al unísono. Wright se tapó la boca con una mano para fingir vergüenza.

—Es cuestión de esperanza —comentó Wright mientras uno de los guardias detrás de Staxxx le apretaba con una Magnetoporra[4] negra en las muñecas.

Las tres rayas rojas de estado se fundieron en una sola cuando las muñecas de Staxxx quedaron adheridas a la porra y ella se levantó. Al ponerse de pie, pareció un tiburón en una caña de pescar.

—Os quiero —repitió Staxxx al partir.

La muchedumbre rugió. Volvió la cabeza mientras tiraban de ella para ver si podía vislumbrar a Thurwar. Dio con un asiento vacío, como era de esperar. Uno de los guardias recogió la guadaña y el cuchillo de Staxxx y todos desaparecieron en las tripas del estadio mientras la muchedumbre veía el anuncio de una nueva camioneta FX-709 Electriko Power™.

Las botas de los policías-soldados restallaban en los suelos grises y resonaban por las paredes, que estaban llenas de los retratos de los Vroom Vroom City Rollers, un equipo de béisbol de una liga menor.

—Bueno, ¿a nadie se le ha ocurrido que igual necesitaba una toalla? —protestó Staxxx.

El guardia que tiraba de ella se tambaleó un poco. Ella pudo distinguir que se sentía avergonzado, a pesar de la pantalla facial que llevaba. Como todos los policías-soldados, el casco

tenía un visor negro que le tapaba los ojos por completo.

—Calla, reclusa —dijo el jefe de los guardias, distinguido por un brazalete gris en el bíceps.

La empujó en la espalda con la porra negra.

—No lo dices en serio —dijo Staxxx, clavando la mirada en el visor.

—Tienes que callarte la boca, reclusa —repitió el guardia. Hizo un gesto para indicarle a la unidad que continuase.

Staxxx cerró los ojos y siguió andando.

—Quiero una toalla.

—Tendrás una en el vestuario. Y una ducha. Ya lo sabes, Stacker.

—Staxxx.

—Reclusa —dijo el jefe.

—Colosal.

—Ni de coña.

Staxxx se tiró al suelo. Cayó de espaldas, con los brazos levantados y aún conectados a la Magnetoporra™ del guardia. Notó la sangre en la piel, que se secaba y se descascarillaba. Trató de absorber aquellos momentos, aquellos escasos momentos de la vida cuando no la observaban cientos de miles de personas, sino solo unos pocos hombres débiles. Cuando no tenía cámaras flotándole por el culo, pidiéndole que fuera la Huracán. Allí podía lamentarse con libertad, podía esperar sin trabas y podía ser ella misma. Trató de pensar en ella en concreto. No en el Circuito, no en Thurwar ni en Atardecer ni en el pobre hombre al que acababa de aniquilar.

Uno de los guardias le golpeó las costillas con la porra. Con tanta fuerza que ella tosió, pero con bastante delicadeza como para que supiera que él tenía miedo de lo que le pasaría si le hacía daño a Staxxx.

—Vamos, reclusa.

Quería disfrutar de aquel tiempo consigo misma, a quien apenas tenía ocasión de ver. Notaba un temor profundo, la bajada de adrenalina, un dolor de cabeza y el miedo intenso a las represalias que podían ir a por ella de muchísimas formas. Se recordó que era Huracán Staxxx. Luego se recordó que tampoco era ninguna de esas personas. La ansiedad la presionaba e intentó acordarse de respirar, intentó recordar que aquella era su hora feliz. Le volvieron a dar una patada en las costillas y una porra la golpeó con fuerza en la cadera. Inspiró y pensó en lo que tenía delante: hombres débiles que la temían. Sangre recién derramada. La frialdad del cemento. El sonido de más botas que resonaban cerca.

Staxxx volvió a abrir los ojos y miró al jefe. Las cabezas se giraron. Toda la unidad se centró en él.

—Poderosa señorita Staxxx —dijo el jefe—, haga el favor de levantar el culo Colosal.

Le tiró de la axila. Ella se lo permitió y se levantó.

—Es todo lo que pido —respondió con dulzura.

Giró los hombros y estiró el cuello para mostrar que no le habían hecho daño, que los policías-soldados no podían hacerle daño. Unos metros delante de ellos se abrió una puerta. Staxxx sonrió y movió los dedos a modo de saludo.

—Dejadme verla —dijo Thurwar con calma.

—Date prisa —le respondió uno de los policías-soldados. Al fin y al cabo, era Thurwar.

Thurwar se percató de que Staxxx había orquestado una escasa pausa que les permitiera encontrarse en el pasillo. Al verla viva y sonriente, incluso vestida de sangre (sobre todo, vestida de sangre), Thurwar notó que por fin podía contemplar a la verdadera Staxxx. Aquella persona que acababa de matar y tenía frescos todos los sentimientos que despierta dar muerte. Asió con más fuerza el martillo de guerra que llevaba en la mano y

caminó adelante. Los que rodeaban a Staxxx sabían que tenían que apartarse según se acercara Thurwar. El agente que sujetaba a Staxxx con la porra miró al superior, que asintió con la cabeza, y entonces liberó a la prisionera. Las muñecas lucieron dos rayas rojas y se pegaron una a otra. Las dos guerreras, una limpia y otra empapada de vida segada, se miraron a los ojos.

—Has estado bien —observó Thurwar; sus muñecas se besaron, igual que las de Staxxx.

—¡Qué romántica! —exclamó Staxxx, torció el gesto y proyectó una decepción demasiado grande para ser real.

Thurwar sonrió. Luego se volvió y le ofreció el hombro, protegido por una armadura de fibra de carbono que llevaba estampado un martillo que aplastaba un clavo, el logo de LifeDepot™. Staxxx se giró de la misma manera y le ofreció su propio hombro. Los frotaron uno contra otro, la sangre manchó el logotipo de la empresa de reformas del hogar mientras Thurwar cerraba los ojos. Staxxx los dejó abiertos y observó cómo Thurwar disfrutaba del momento. Era un abrazo de batalla entre dos auténticas guerreras, de la clase que el mundo llevaba siglos sin ver.

Thurwar siguió frotándose hasta que Staxxx se apartó, se irguió y esperó a que Thurwar abriera los ojos.

—Ahora concéntrate —dijo Staxxx—. Necesito que vuelvas conmigo para que podamos cambiar las cosas. Hazlo como quería Atardecer. —Se privó de decir nada más; sugerir un futuro más allá de los combates era peligroso. Tenías que estar presente en el ahora para matar—. Somos tú y yo —concluyó.

—Tú y yo —articuló Thurwar con los labios.

Y entonces Thurwar se puso a pensar en Atardecer, el anterior Gran Colosal. Como ella, había comprendido lo que era elegir esa vida y prosperar con tal decisión. Pero un poco antes, aquella misma semana, se habían despertado y lo habían

encontrado muerto. Había aparecido muerto y nadie se había responsabilizado. Había muerto durante una Noche de Apagón, cuando todas las cámaras estaban desconectadas. Nadie en todo el mundo había visto cómo lo habían matado, salvo la persona responsable. Habían descubierto que le habían rajado el cuello, como si alguien se le hubiera acercado por la espalda. Quienquiera que hubiese sido había usado la propia espada de Atardecer y había sido certero. Atardecer había estado muy cerca de ver el mundo. Thurwar había dejado que se le escapara de las manos. Uno de los suyos, uno de los otros miembros de la Cadena de presos Angola-Hammond, había matado a Atardecer Harkless y ella, Loretta Thurwar, que sabía todo de A-Hamm, que era A-Hamm, apenas tenía idea de quién había sido. Y no podía ni ponerse a pensar en la pequeña pista que sí tenía.

En su interior surgió un sentimiento y lo reprimió, como era habitual. Respiró por la nariz, contuvo el aire y luego soltó todo lo que no fueran ella y el martillo. Hasta que el combate terminara, no podía existir nada más allá. Al final, abrió los ojos y miró a Staxxx. A Thurwar le había tocado una pelea contra un Interrogante, así que no había manera de saber a quién estaba a punto de enfrentarse ni qué podían hacerle. Ni siquiera en eso podía pensar.

—Ahí fuera no hay nadie de quien debas preocuparte —aseguró Staxxx—. Tienes suerte de estar en mi Cadena —añadió con una sonrisa.

Era una broma, pero también era cierto. Los Eslabones de la misma Cadena nunca luchaban entre sí en el Campo de Batalla. Una Cadena no se concebía como un equipo, pero debido a aquella regla, podía serlo. Podían compartir estrategias de batalla o ayudarse a ganar armas, como Thurwar había hecho con muchos. Solidaridad en la Cadena, era lo que Atardecer había predicado. Los Eslabones de tu Cadena eran algunas de las

únicas personas en quienes podías confiar. Aun así, se destruían entre sí con frecuencia. Pero Atardecer era diferente y había forzado a los demás a que también lo fueran. Se había contado en sus filas, un campeón, sin que destacara su fuerza o a cuántos había matado, sino predicando la idea de que cada uno de ellos era mejor de lo que el mundo creía y que podían ayudarse mutuamente a demostrarlo.

—Tú estás en mi Cadena —replicó Thurwar, enfatizando de forma implícita cuál de ellas era la Colosal.

Staxxx trató de sacarle otra sonrisa más, pero el rostro de Thurwar había regresado a la inexpresividad. Sabía que Thurwar ya se había transformado en la guerrera que el mundo temía. Deseó unos pocos minutos más, unos pocos segundos cálidos más, con su persona especial. Pero se acabó.

—Vale, vale —dijo el jefe de los agentes de la comitiva de Staxxx, y por un instante todos en el pasillo se lo agradecieron.

Staxxx avanzó hacia la zona de procesamiento, a por una ducha y una x nueva en la piel.

Thurwar continuó caminando. Oía cómo Micky Wright preparaba al público.

B3

—¡B Tres no es para mí! ¡B Tres no es para mí! ¡B Tres no es para mí[5]!

La Coalición para Acabar con la Neoesclavitud solo era uno de los varios grupos de manifestantes fuera del estadio MotoKline. Todos juntos sumarían… ¿unas docenas de personas? ¿Habría unas cien personas allí? Nile no lo sabía, pero esperaba que los reporteros dijeran que eran centenares de personas y no docenas, a pesar de que definitivamente no había doscientas personas en la manifestación. Aun así, se sentía orgulloso, con las palmas sudorosas alrededor del megáfono. Habían lanzado la convocatoria a la concentración. Habían visto las noticias en sus aplicaciones. Y la muerte sorpresa de Atardecer Harkless significaba que sí tenían que venir.

Nile había acudido en su propio coche desde Saylesville, donde tenía sede su rama de la coalición. Había llevado unos tentempiés. Le había decepcionado que Mari no fuera en su coche, sino con su madre, Kai, la presidenta de la junta directiva de la coalición. Pero había acudido vestido de negro, igual que todos, y allí fuera estaba sudando y coreando sin ver a Staxxx o a Thurwar o a Sai Ay Ai; en cambio, les recordaba a todos los que pasaban por allí y entraban en el estadio que consumían veneno, sin que importase lo apetitoso que fuera el envoltorio. Allí estaba con su amiga para lamentarse. Además, era guay que los demás miembros creyesen que haría un buen trabajo con el megáfono, un trozo de plástico brillante y retro que resultaba poderoso en

las manos.

—¡B Tres no es para mí!

Su voz amplificada lideraba a las docenas que lo seguían. Habían rodeado el estadio más veces de las que era capaz de contar. Se esforzaron en que oyeran sus voces a cada paso. Llevaban allí más de una hora antes de que se sintiera lo bastante confiado como para aceptar el megáfono. Y allí estaba ahora.

—Vale, dale caña —dijo Mari al propinarle un codazo en las costillas con delicadeza—. Tienes el megáfono, así que no pares.

—¡B Tres no es para mí! —coreó Nile una última vez.

A Mari el pelo le explotaba en una espiral de rizos negros alrededor de la cabeza y se los sujetaba con una diadema negra que le tapaba la frente y el nacimiento del cuero cabelludo. Sus ojos albergaban un sabio fuego marrón y, si curvaba ligeramente los labios, los hoyuelos a cada lado de la cara cobraban vida. Aquello no había pasado mucho durante la manifestación, lo cual Nile comprendía, por supuesto.

Nile escuchó a la muchedumbre, oyó cómo arrastraban las palabras en vez de lanzarlas por la garganta. Retiró la cara del megáfono y le susurró a Mari:

—Vale, ¿y ahora?

—Es un mal que no se ve, no queremos nada de BBB —le respondió.

—¡Es un mal que no se ve, no queremos nada de BBB! —repitió Nile al megáfono.

La pequeña multitud rugió en señal de aprobación mientras continuó con la vuelta alrededor del estadio. Con los soldados-policías observándolos de cerca, corearon con un vigor renovado. Antes de haber reunido el valor suficiente para liderar el ejercicio de proclamas y respuestas, Nil había observado a los demás con atención. Era un arte. Había que elegir las palabras que representaran el momento con rapidez, precisión y

honestidad. Si te equivocabas, era incómodo, como correr con un tobillo torcido. Si acertabas, era como si hubieras cosido todas las almas que se habían congregado en una única fuerza poderosa, unificada e invencible. Y si lograbas aunar a bastante gente en una sola voz, Nile creía que podrías conseguirlo todo.

—¡Es un mal que no se ve, no queremos nada de BBB!

—¡Es un mal que no se ve, no queremos nada de BBB!

—¡Es un mal que no se ve, no queremos nada de BBB!

Nile reparó en las personas que los rodeaban. Los policías-soldados eran sus «acompañantes», estaban allí para protegerlos, como prometían los permisos. «Pídeles permiso y les darás poder», había dicho Kai hacía tres reuniones. Pero el grupo local de Vroom Vroom que lideraba la manifestación había optado por los permisos. Habían esperado que la convocatoria fuera un éxito y querían cerciorarse de que las cosas no se desmadraran demasiado. Ahora, Nile estaba de acuerdo con Kai.

Los policías-soldados llevaban el uniforme azul oscuro y negro mate, orbitaban alrededor del grupo en las motocicletas o caminaban sacando pecho; las placas les brillaban al sol suave de la última hora de la tarde. Y, como era el caso en la mayoría de los principales acontecimientos deportivos, conciertos y (sobre todo) concentraciones y manifestaciones, había un pequeño tanque negro aparcado al otro lado de la calle, con las letras dpvv inscritas en un lateral, en amarillo brillante, y la cabeza de un solo agente de policía-soldado asomando por encima, con una sonrisita tranquila a la vista debajo del visor del casco[6]. Cuando pasó un coche y gritó «¡Putas!» a la muchedumbre, Nile vio cómo uno de los agentes reía entre dientes y le levantaba el pulgar al conductor.

Aun así, había varios transeúntes que sí levantaban los puños en solidaridad. Algunos aplaudían al pasar. Algunos se reían. Pero casi todos actuaban como si los manifestantes ni

siquiera estuvieran allí. Y, por supuesto, algunos no fingían. Había quienes de verdad no se fijaban en el hecho de que el mismo gobierno al que sus hijos juraban lealtad en el colegio estuviera asesinando a hombres y mujeres todos los días.

—¡Es un mal que no se ve, no queremos nada de BBB!

—¡Es un mal que no se ve, no queremos nada de BBB!

Nile se estaba quedando ronca. Pellizcó a Mari en el hombro y le tendió el megáfono.

—No, todo tuyo —dijo Mari, le quitó el tapón a su botella de agua e hizo un numerito de cómo se refrescaba. A punto estuvo de atragantarse con el agua de tanto reírse.

Nile tragó saliva y ya iba a gritar de nuevo cuando regresó la música. Desde fuera se la oía bien: era el *leitmotiv* de una de las estrellas más letales y queridas de los deportes de acción dura: Hamara Stacker, más conocida como la famosa Huracán Staxxx.

—Mierda —le dijo Nile al megáfono antes de que pudiera pensar en retirárselo de los labios.

Se había esmerado en evitar el Campo de Batalla como tal, pero su brutalidad era omnipresente. Supuestamente, SportsViewNet se preparaba para retransmitir todos los juegos. Por el momento, solo habían mostrado fotos fijas de los Eslabones con una persona chocando los puños o flexionando los bíceps o golpeándose el pecho mientras la otra yacía muerta en el suelo. Ahora, incluso esa pequeña decencia editorial iba a abandonarse a favor de la retransmisión completa. En vez de por el modelo de pagar por la retransmisión, la Cadena de presos estaba a punto de ser fácilmente accesible en las plataformas habituales de vídeo en directo.

Nile ya no veía SportsViewNet.

El Campo de Batalla le hacía sentir como si tuviera los órganos al aire. Cuando aún estaba en la universidad, pocos años después de la creación de *La Liga de los Presos*, había perdido a

varios amigos por negarse a hablar de los combates a muerte, salvo para dedicarse a criticar los asesinatos con dureza. Había pasado unos años trabajando antes de matricularse. En primero había tenido la edad típica de un estudiante de cuarto, y la negativa a apuntarse a nada que tuviera que ver con las Cadenas de presos lo marginó todavía más en el campus.

—Es un deporte.

—Para eso se han apuntado.

—Ese tío es un violador, colega.

—También hay gente blanca, es justo.

—Esa gente es peligrosa.

—No seas nenaza.

Lo había rechazado todo y se había convertido en una persona muy particular. Pero había acabado por encontrar amigos que sentían lo mismo que él, y entonces, dado que sabían que necesitaban hacer algo, se habían convertido en activistas. O lo habían intentado. Solían acabar de fiesta, estudiando y viviendo unas vidas de jóvenes ingenuos. Pero cuando habían tenido tiempo, se habían manifestado y habían organizado asambleas. Se hacían llamar la Liga Humana. Nile, que se había graduado hacía tres años, se sentía orgulloso de que siguiera habiendo una rama de la liga en el campus.

—Aparta, chico —dijo Mari con rapidez, y le quitó el megáfono de las manos a Nile. Respiró hondo y gritó con más fuerza y más claridad—: Hoy han asesinado a un hombre —La primera vez que habló, pareció que constataba un hecho, casi en tono informal—. ¡Hoy han asesinado a un hombre! —proclamó una segunda vez, y se puso de rodillas.

El grupo alrededor de ellos la imitó en una ola que no tuvo la misma uniformidad que las fichas de dominó al caer. Al final, acabaron todos bocarriba o bocabajo en la plaza Sur del estadio MotoKline, como era la costumbre cada vez que concluía un

partido mientras se estaban manifestando.

—¡Hoy han asesinado a un hombre! —repitió Mari, chillando como si contemplara a un familiar delante de ella. A un padre.

Nile veía cómo le subía y le bajaba el pecho; sentía su energía cruda, violenta y auténtica. No había tenido una vida fácil. La mayor parte había quedado definida por personas a quienes ella no conocía, personas que le habían arrebatado. Cuando Nile intentó hablar con Mari de cómo se había criado, ella se había dado prisa en cambiar de tema. A él no le gustaba presionarla, pero decidió preguntarle si quería hablar después de la manifestación.

—¡Hoy han asesinado a un hombre! —volvió a chillar Mari, mirando al cielo y respirando hondo entre grito y grito.

Los manifestantes la acompañaban. Nile la acompañaba. Por accidente, rozó el suelo con los labios y no le importó lo más mínimo. Eran un monumento viviente. Estaban totalmente juntos. Las voces, dirigidas por Mari, les salían de la boca y les unían las almas en una especie de sincronización. Repitieron y corearon:

—¡Hoy han asesinado a un hombre!

—¡Hoy han asesinado a un hombre!

—¡Hoy han asesinado a un hombre!

Y después:

—Deseamos y rezamos por un mundo distinto. Os pedimos que veáis que hemos perdido el rumbo. Hay otra manera mejor. Por favor, vednos. Tenéis miedo. Tenemos miedo y somos iguales. Por favor, oídnos. Han asesinado a un hombre. Se llamaba…

Nile rebuscó en el móvil y dio con la información:

—Se llamaba Barry Harris —le dijo a Mari.

—¡Se llamaba Barry Harris! —gritó Mari, y el aparato

convirtió su voz en un coro de furia y adoración en sí mismo.

—¡Se llamaba Barry Harris! —le chilló el grupo al mundo —. ¡Se llamaba Barry Harris! —repitieron, y juntos tuvieron mucho más peso.

—Nació y vivió y amó y odió. No lo excusamos a él ni al caos y al dolor que le infligió al mundo, pero como vemos y sabemos que lo que hizo en un instante de confusión e ira fue un ataque a todo lo sagrado, hemos de recordar y ver que lo que le hemos hecho a él como castigo le ha demostrado que no se equivocó. Los castigos del mismo tipo demuestran que no se equivocó, sino que era insignificante. Castigar de esta manera es regar una semilla. Se llamaba Barry Harris. Se llamaba Barry Harris. Lo hemos sacrificado para alimentar nuestro miedo. Para consentir nuestra pereza.

—Se llamaba Barry…

—¡Que os den por el culo a todos! —espetó alguien desde la rendija de una ventanilla casi cerrada.

El coche aceleró al pasar sin detenerse, pero las palabras les habían impactado de lleno.

—¡Que te den a ti! —dijo uno de los manifestantes al levantarse de repente, tenso y furioso.

—¡Eh! No pasa nada, oye.

—¡No! ¡Que le den por el culo a ese tío!

Kai y unos pocos más fueron a calmar al hombre, que estaba de pie con los puños a los lados como armas pequeñas. Nile observó cómo el agente de policía-soldado cerca del paso de peatones se reía y mostraba unos dientes blancos. El agente borró la sonrisa cuando se percató de que Nile no le quitaba el ojo de encima y luego volvió a reírse antes de retomar una débil sonrisa. Nile se limpió la grava de los labios. Oyó, de pronto y con claridad, el paf de un puño al golpear una cara. Hubo un momento de confusión en cuanto al cómo y al quién, pero,

cuando se dio la vuelta, vio que un nuevo grupo de hombres, todos con camisetas adornadas con sus Eslabones favoritos y uno con una x tatuada debajo del ojo derecho, habían ido corriendo a la plaza Sur. La trifulca ya se había desatado. Mari se apresuró hacia las personas que se sacudían unas a otras.

Mari, que acababa de perder a su padre, el hombre conocido como Atardecer Harkless, uno de los Eslabones más famosos del mundo, corrió a la pelea.

Y Nile corrió tras ella, sintiéndose también lleno de violencia.

Tacita

Hass Omaha estaba vivo en sus manos mientras lo balanceaba en el aire, usando los hombros y la espalda para tirar del martillo despacio y meticulosamente. Tenía la cara ancha y roma y una empuñadura de sesenta centímetros que terminaba en una punta furiosa y capaz de atravesar el hueso, la piel y algunos metales, como Thurwar había demostrado en los combates contra Kenny *Er Maldito Semidemonio* Fletch y Sarah Ya. La parte trasera del martillo se retorcía como la cola de un escorpión y acababa en punta.

Tras un año blandiendo el martillo, Thurwar había envuelto la empuñadura de *Hass* con tiras de cuero tratado que impedían que se le resbalase por el sudor de las palmas de las manos. El martillo era parte de ella y le había cantado una canción de Marcha que le había oído entonar a otro Eslabón, uno que la cantaba antes de cada partido, mientras enrollaba aquel material en el mango.

Había seis guardias en torno a Thurwar. Aunque los guardias trataban a la mayoría de los demás Eslabones como si fueran peleles o ganado para el matadero, a Thurwar la trataban como a un pariente anciano, con una distancia cuidadosa e incluso, a veces, con destellos de deferencia.

Miró los labios jóvenes del guardia a su izquierda. Movía la mano inquieta alrededor de la porra. Thurwar notó que quería decir algo. Como el miedo que sentía empezaba a aburrirla, habló:

—¿Qué tal el día? —le preguntó.

La boca se le fragmentó en una sonrisa dentada y nerviosa que pronto aumentó a una distante sonrisa de satisfacción.

—Muy bien, señora.

—Vale ya, Rogers —lo amonestó el guardia jefe—. Necesita concentrarse —añadió con caballerosidad.

—No pasa nada —dijo Thurwar, pensando en lo permisivos que eran los hombres con ella.

Estaba completamente liberada de los grilletes, con una sola raya verde en las muñecas. Esa escasa libertad era lo máximo que podían soltar a cualquier Eslabón. Podía mover los brazos y, en teoría, alejarse hasta cuatrocientos metros de uno de los puntos de Ancla centrales de las instalaciones. Por alguna ironía enfermiza, cuanto más letal demostraba ser, menos precauciones tomaban con ella los hombres y las mujeres que la cambiaban de sitio entre actuación y actuación. A menudo le parecía que querían apoyarla. Sabía que el éxito legitimaba algo en sus mentes. Mataba, la querían más y ella los odiaba más y más. Respiró. Solo eran personas y todas las personas son iguales. «Todos quieren ser felices». Se lo había oído decir a una mujer brillante con quien había compartido celda cuando estaba en prisión. Todos buscaban lo mismo de muchas formas diferentes.

—¿Qué quieres preguntarme? —dijo Thurwar.

—Bueno —empezó el guardia—, ¿cómo te sientes ahora? En plan… ahora mismo. ¿Cómo es?

Thurwar se tomó un instante para observarlo. Era delgado, joven y no solo su carcelero, sino su verdugo, y él ni siquiera se daba cuenta. Se alivió al no sentir un impulso violento contra él. Hubo una época, hacía mucho tiempo, antes de que conociera a Staxxx, en que le solían abordar profundos impulsos repentinos de destruir a los demás. Sentía el impulso de destruirse a sí misma, por supuesto, con más constancia.

—¿Has…, has ido en bici rapidísimo cuesta abajo?

—Ajá —asintió él.

Ella reparó en cómo les iba a narrar esa anécdota a sus amigos.

—Es decir, lo más rápido que pudieras. —Se lo explicaría en términos superlativos: la más confiada, la más tranquila, la piel más suave, la más fuerte, la más guay, la más fría. La Eslabón más grande, quizá la segunda más grande, de todos los tiempos —. Y quizá, mientras vas en bici, intentas frenar y te das cuenta de que te han cortado los frenos. ¿Te ha pasado alguna vez? —le preguntó, mirando a cada uno de los hombres que la rodeaban.

Asimilaron las palabras, pensaron en ellas y trataron de apreciar el momento y la atención.

—No. Pero claro, lo pillo —le dijo.

—Pues a mí sí me ha pasado —intervino otro hombre con timidez—. No en una cuesta supergrande, pero sí en una bastante grande. De niño. Pues eso.

—Ese pánico, que solo se conoce cuando bajas a gran velocidad. Ya sabéis de qué hablo. —Todos los hombres asintieron. Ella bajó la voz y observó cómo se acercaban más—: Cuando cualquier error puede sacarte las tripas y es casi como si tu alma ya lo supiera y se te empezara a caer a tiras. ¿Conocéis esa sensación?

Cuando era así, cuando no corría mucho riesgo, cuando no le importaba, Thurwar se acordaba de cómo encandilar al público. Los hombres asintieron con tanta fuerza que los cascos les resonaron en las cabezas.

—Bueno, pues no se le parece en nada —concluyó Thurwar, y apartó la mirada.

El guardia joven bajó la barbilla como si estuviera a punto de decir algo más, pero la subió con rapidez al pensárselo mejor.

La puerta delante de ella desapareció. La gente rugió. No

había música, Thurwar se había declarado en contra de la tradición al tildarla de «una distracción reconfortante en un mundo nada reconfortante» ante su agente/funcionario de prisiones.

Oficialmente, era la tercera concursante que más había aguantado en el programa EPAC y, desde que Atardecer había muerto, era la Eslabón del Circuito más próxima a aquella meta universal, la libertad. La libertad, para Thurwar, era una posibilidad ridícula. Una que había sido tan remota durante tantísimo tiempo que no había tenido que imaginarla. Ahora se le echaba encima como si fuera un tren.

Era un icono del mundo de los deportes de acción dura. Lo sabía porque Micky Wright le preguntaba a menudo cómo se sentía al ser un icono del mundo de los deportes de acción dura. La pregunta solía revolverle el estómago. Se había convertido en una especie de ídolo sexual.

—¿Qué se siente al ser la puta mujer más buenorra del planeta? —le había preguntado Micky Wright después de que ella le hubiera aplastado el cráneo a una mujer de Tennessee, quien había gritado la primera mitad de una súplica desesperada antes de que el martillo cayera:

—¡Por fa…!

Unas patéticas últimas sílabas. Y Thurwar se había dado asco a sí misma por haber disfrutado al oírlas. Había sido su tercer combate. Y había congregado a la mayor multitud de la historia de los deportes de acción. Un récord que mantuvo hasta el siguiente combate. Había pasado de ser una doña nadie a una leyenda. Era la mujer que había ganado el martillo.

Tras el éxito inicial, Thurwar se había rapado la cabeza al cero. Siguió el consejo de Melody Bishop, creyendo que atenuaría su fama y, también, que el pelo era una debilidad en el terreno de juego. Pero la cabeza rapada, igual que el martillo,

solo la había vuelto más icónica. En la muchedumbre, la mitad de las mujeres se habían rapado la cabeza. Entre los seguidores, el corte L. T. solo valía si te lo habías hecho tú mismo, igual que ella. Tenía que parecer que te habías rapado con un cuchillo, como Thurwar.

No podía escapar de ella, de la fama. Leía cada vez menos el correo de los seguidores; la gran mayoría era de hombres que le decían que tenía una piel marrón deliciosa, que si se quitaba la hombrera los golpes serían más mortíferos, le decían qué tenía que hacer con Staxxx cuando se acostaran juntas.

Hubo una época en que a Thurwar le encantaba la adoración sin filtros, le encantaba agradar a sus seguidores. Para ser sincera, aún le encantaba, incluso aunque la odiase. Le encantaba no ser la débil. La persona a quien el mundo conocía como Thurwar era todo lo que ella llevaba conociendo mucho tiempo. Y así continuó. Aún continuaba. Todos los días se despertaba avergonzada de que hubiera pervivido tanto tiempo, pero tener a Staxxx en su vida, tener algo real a lo que aferrarse, le facilitaba desprenderse de los seguidores, la fama, todos los adornos bonitos que oscurecían el hecho de que el estado trataba de matarla y de que, incluso aunque se avergonzara de su vida y no creyera que se mereciera vivir, no se lo iba a permitir.

Todo era muerte, lenta o rápida. Dolorosa o repentina. Nada más. La cultura de la Cadena de presos era la muerte.

Y fue una cosa que había entendido al firmar la documentación. Había querido ponerle fin a su triste y miserable vida. Pero ahora tenía a Staxxx, tenía su Cadena y se sentía como si no pudiera marcharse sin más. Y así continuó en un mundo donde la muerte les llegaba a todos, menos a ella.

Hacía cuatro meses, en el Campamento, hubo un Eslabón de su Cadena, Pistolín Puddles, que mutiló a otro Eslabón, luego se sacó la polla y le meó al cadáver mientras las HCM lo

rodeaban como si fueran luciérnagas.

—Bienvenido a la primera división, chaval —había dicho Puddles mientras se subía la cremallera de los pantalones.

Thurwar observó cómo sucedía. Puddles había matado a un Novato que había intentado hacerse hueco como alguien a quien no le tocaran los cojones, pero en el ínterin le había tocado los cojones al Eslabón equivocado. Thurwar había visto tantas cosas en el Circuito que había observado el asesinato con tranquilidad, incluso con un interés fortuito, mientras se llevaba una cucharada de la cena caliente a la boca, al lado de Staxxx.

Atardecer también había contemplado cómo sucedía. Había liderado una tibia protesta. Pistolín le había mandado a la mierda. Atardecer se había reído, pero solo porque Staxxx y Thurwar ya habían cogido las armas para defenderlo y estaba cansado y listo para la libertad.

* * *

Ahora Thurwar salía caminando a la luz y a un coro de chillidos.

—¡Thurwar!

—¡Thurwar!

—¡Thurwar!

Delante de la boca le flotaba un orbe y ella no dijo nada. Habían pasado muchos meses desde que pronunciara unas últimas palabras. Durante un tiempo había fingido, había interpretado a un personaje que quizá sí quisiera esa vida. Que quisiera existir y prosperar. Pero ahora, incluso con Staxxx en su vida, la vergüenza de su existencia convertía el Campo de Batalla en todo menos radiante. De modo que eligió el silencio. Eligió el silencio porque no podía decirle a la gente que se avergonzaba de

su éxito, del mismísimo hecho de que continuara existiendo.

—Aquí está, con treinta y dos victorias y veintitrés finales de ataúd cerrado. ¡La mujer más mortífera del planeta, Loreeeeettaaaaaaa! —chilló Micky Wright—. ¡Thurwar!

Thurwar se agachó en la oscura plataforma. La rodilla izquierda, la rodilla problemática, le crujió y ella respiró el dolor al arrodillarse en la Jaula.

—¡Estoica como siempre! —dijo Micky Wright desde el lugar de las gradas donde retransmitía el combate—. ¿Habéis visto a una máquina de matar más concentrada?

La muchedumbre berreó como respuesta.

La mayoría de los humanos nunca sentía eso, Thurwar lo sabía. Esa electricidad. Esa atención concentrada. Esa solidaridad colectiva en el nombre de su perseverancia. Dejó que la energía le fluyera por el cuerpo. Se permitió disfrutarla a pesar de la vergüenza. Era el momento, y el momento era todo lo que había en el terreno de juego.

—Y hoy lucha contra su quinto Interrogante, ¡un récord! —continuó Wright.

Las magnetoesposas se le pusieron rojas bajo la piel mientras esperaba.

—¡Siempre ha sido una mujer de acción!

Wright intentaba crear un drama con la rotunda negativa a ser dramática. Y, por supuesto, lo consiguió. Con más y más ruido.

Habitualmente, Thurwar se habría puesto a repasar unas específicas notas mentales acerca de su contrincante, su arma y su temperamento. Pero era un Combate Interrogante. Lo único que podía hacer era tener en cuenta lo básico, acordarse de no resistirse al dolor de rodilla. Moverse con rapidez y eficiencia. Atacar a matar, sin rodeos.

—¿Y su contrincante? —le preguntó Wright al mundo, y en

el Jumbotrón relució la imagen de una gigantesca máquina tragaperras, con los tres rodillos girando.

La expectación inundó la palestra.

Nadie se había aventurado a lo desconocido tantas veces y había regresado. Quizá era porque Thurwar sabía que buena parte de su poder residía en los preparativos; había escogido que la eligieran para otro Combate Interrogante porque quería que la persona al otro lado tuviera una oportunidad. O quizá quería demostrar que ella, y no Bishop ni Atardecer, era la mejor Eslabón de todos los tiempos.

El primer rodillo se fue frenando y se detuvo en las letras CCN[7]. A la gente no le impresionó lo más mínimo. La CCN era uno de los mayores canales, así que eso no les decía nada. Esperaron a que el segundo rodillo se ralentizara y se congelara en una gran V con una serpiente reptando por una de las dos mitades. Eso sí les encantó.

Las Víboras de Velmont era una Cadena que había surgido en una instalación penitenciara de Velmont, en Indiana, y durante un tiempo había proporcionado unos Eslabones increíblemente queridos: Ray *el Zurdo* Peterson, Tito *el Aparecido* Marcon y Jane Marshall, todos fallecidos. Se las habían apañado lo bastante bien para que los forofos solieran ver a la Cadena Víbora llena de potencial. Dos de las victorias más célebres de Thurwar habían sido contra Eslabones Víboras. ¿Quién podría olvidar el combate maratoniano contra Udine *Úlcera* Potly o cómo había machacado a Winston Eaton, el *Halcón*? Suponía una extraña ocasión de venganza en el nombre de las Víboras. La gente se quedó afónica al esperar a que el último rodillo se detuviera.

Todo aquello era un mero espectáculo, por supuesto. Quienquiera que fuera a enfrentarse a Thurwar y *Hass Omaha* ya esperaba al otro lado del túnel con puerta.

Thurwar alzó la vista al Jumbotrón. «Ya», pensó.

El rodillo se detuvo y acabó en la cara de un chico a quien Thurwar no había visto jamás. Frunció el ceño. El público, los vehementes mecenas de los deportes de acción dura, se quedó sin aliento. Luego se rio, abochornado y nervioso, y volvió a rugir.

—Bueno —exclamó Wright—, ¡vaya forma de estrenarse!

La puerta enfrente de Thurwar ascendió. Salió caminando un par de piernas delgadas con vaqueros. El chico no llevaba camiseta, de modo que las dos A de color azul que tenía tatuadas en la espalda quedaban a la vista de todo el mundo. Llevaba una cacerola en las manos. Thurwar se dio cuenta, y reparó en ello brevemente, de que el fondo de la cacerola estaba requemado. ¿Acaso la había cogido un productor de su casa, con la esperanza de que se la reembolsaran tras la ceremonia armada? ¿O se habían tomado el tiempo de poner la cacerola en un fogón hasta que los círculos oscuros del fondo dieron una perversa impresión de autenticidad?

Los ojos del chico no le dijeron nada. Parpadeó mientras avanzaba, mirando a la muchedumbre, que lo animaba e insultaba.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Menudo yogurín! —chilló Micky Wright desde la tribuna—. Por favor, díganos cómo se llama, caballero.

—Tim —dijo.

Vieron cómo le impresionaba la magnitud de su propia voz por los altavoces. El orbe al que le habló se le acercó más a la cara. En el Jumbotrón se le podía ver una erupción de acné en la frente.

—Nombre completo, por favor —dijo Wright, poniendo los ojos en blanco adrede para las cámaras.

—Soy Tim Jaret —contestó el chico[8].

—Tim Jaret, Tim Jaret. Por ahora te llamaremos Tacita. —

Micky Wright se llevó la mano a la boca y se inclinó a un lado como si estuviera contando un secreto y no se lo oyera por los altavoces—: Porque parece que igual te rompes en dos si te caes. —El público se rio. Wright continuó—: Pero, en serio, Tacita, ¿por qué estás hoy aquí? ¿Cómo te has metido en tantos líos?

—Maté a mamá y a papá —dijo Tacita.

La muchedumbre lo abucheó y le chilló. Querían a sus madres y a sus padres.

—Un niño problemático. Ya los hemos visto antes —comentó Wright—. Pero he oído que eres un caso un poco especial.

—No soy especial —replicó Tacita.

No parecía saber adónde mirar mientras hablaba, así que fijó la mirada en la tribuna de Micky Wright, al otro lado del campo. Wright se la devolvió.

—Pues sí lo eres —soltó Wright—. Con dieciséis años y ciento veintidós días, eres oficialmente ¡el Eslabón más joven de todos! ¡Enhorabuena!

Tacita no dijo nada.

Wright prosiguió:

—¿Y por qué ma…?

—Basta.

Su voz cautivó y acalló a la muchedumbre. Wright le sonrió con odio en los ojos.

—¡Ah! La señorita Thurwar tiene algo que…

—No digas nada más —declaró Thurwar, mirando a Tacita, al otro lado—. Arrodíllate y no digas ni una palabra más.

¿Era cruel acortar aún más la vida de ese chico? Ella había sido Tacita. Y con cada palabra que decía, pensaba en el pasado, lo cual allí, en el Campo de Batalla, era incluso peor que pensar en el futuro.

Micky Wright hizo un mohín.

—Pues si lo dice mami… —dijo, fingiendo divertirse—. ¿Por qué no vas a esa base de allí?

Tacita miró a Thurwar y obedeció. A ella le pareció verle una breve sonrisa en el rostro, pero supuso que no tenía motivos para ello. Cuando alzó la vista al Jumbotrón, la cámara ya la enfocaba a ella. Parecía tensa y enfadada. Respiró hondo y comprobó si se había relajado. Para nada. Al final, se volvió y se concentró en su contrincante, el joven llamado Tim, a quien no tardaría en matar.

El carro

Era una competición. Todos los demás deportes solo eran una metáfora de aquel. Aquel sí era el bueno. No había nada mejor. Y, aun así, Wil no estaba contento. Sus asientos eran cojonudos. Iba hasta arriba de una vigorosa cerveza IPA local, fue una agradable sorpresa verla en el grifo del bar, y contemplaba un tercer perrito caliente embadurnado de mostaza y chucrut. Había visto cómo Staxxx daba hostias como panes. Fue rápido, pero también había sido precioso. Un alocado tajo de revés. Un golpe que chillaba «Colosal». Se moría de ganas de volver a verlo en casa: había grabado todas las retransmisiones de *La Liga de los Presos*, incluso aunque estuviera allí en persona. Se había gastado un dineral en la suscripción platino para tener acceso a todo lo relacionado con la Cadena de presos a todas horas. Hasta a los archivos.

Había sabido que el combate de Staxxx sería rápido. Sus combates duraban, de media, menos de dos minutos. Era de las que no hay. Había pasado un tiempo pensando que quizá fuera incluso mejor que Thurwar. Lo llevaba pensando desde mucho antes que todos los demás también empezaran a pensarlo y ahora le molestaba que, si se ponía a decirles a los demás que Staxxx era su favorita, parecía que se había subido al carro cuando, en realidad, él conducía el carro. Él había construido el carro de Staxxx. Había sabido que llegaría a Colosal cuando era Culmen. Él no tenía ninguna x en el cuerpo (por ahora), pero lo habían conocido por llevarse los dedos anulares al cuello y cruzarlos allí

delante cuando su jefe se marchaba, ante las risitas y las sonrisas de aprobación de los compañeros de trabajo.

Lo mejor de que Staxxx hubiera desmembrado a Oso Harris fue que significaba que él había perdido contra Kyla, que le había apostado que Staxxx vencería a Oso en menos de un minuto. Wil se había figurado que, si ella iba a ganarle a Oso Loco, le ganaría en menos de cuarenta segundos, pero había apostado por lo alto porque quería perder contra Kyla; era la forma más viable de acercarse a ella. De acercarse a su vida y meterse en sus pantalones. Ahora podría irle en plan «Me has ganado» y ella se reiría y puede que le dijera lo que quería comer aquel día, cosa que, al haber perdido, él tendría que pagarle, y le ofrecería la mejora gratuita de ir a cenar aquella noche o más tarde esa semana. La invitaría, por supuesto. Estaba seguro de que ella se apuntaría. Llevaba tirándole la caña desde que se había enterado de que a él le iban los deportes de acción dura. Y, si algo se le daba bien, era saber cuándo le tiraban la caña. Así que el combate de Staxxx le vino genial. Lo cual estaba bien porque el contrincante de Thurwar le cabreó un montón. Miró al mierdecilla matapadres de la puerta este. Era puta carne de cañón, no tenía dudas. Se oyó el sonido de las esposas magnéticas y al chico, Tacita, por poco no le arrancaron los brazos cuando se desplomó en la MagnetoJaula.

«La belleza de los deportes de acción —le explicaba a menudo a quienquiera que no lo pillara— es que todo el mundo tiene una oportunidad de luchar». Los combates le daban a esa gente (que, admitámoslo, no se merecía ni una mierda pinchada en un palo) una oportunidad de vivir, de competir, de ver el país y hasta de ser héroes. En el fondo, eran un ejercicio de justicia. Mujeres, hombres e individuos disidentes de géneros, de todos los colores y religiones y procedencias, todos tenían una oportunidad contra los demás. Casi el cien por cien de las veces,

las peleas de Campo de Batalla eran bastante justas. Procuraban enfrentar a luchadores que hubieran superado una cantidad similar de combates. Y hacían un gran trabajo, teniendo en cuenta que las derrotas conllevaban bajas. Había algunos que eran un caso aparte, pero entonces las lesiones y el peso de sobrevivir al Circuito tanto tiempo cambiaban las tornas, más o menos.

Pero un novato contra la campeona de todos los pesos: carne de cañón. Y era cierto; ahora que Atardecer Harkless había muerto, Thurwar estaba en la cima de la montaña. Thurwar era la montaña. Y Wil se había gastado una montaña de pasta para celebrar su grandeza. Se consideraba feminista y ella lo había guiado al alucinante mundo del poder femenino. Pero alguien de la GEOD[9] debía de haber movido los hilos para asegurarse de que se le garantizaba una victoria según se acercaba a la línea de meta. No quería mancillar nunca el buen nombre de Thurwar (era la más grande de la historia, aparte de M. Bishop y de Staxxx, que iba camino de conseguirlo), pero había que llamar a las cosas por su nombre. Un chaval de dieciséis años.

—¡Menuda puta mierda! —dijo Wil, lo bastante alto para invitar a la conversación a la gente sentada alrededor de él y de su mujer, Emily.

—Se merece una noche tranquila —dijo un hombre con una gorra que rezaba «Thurwar».

—Ya, ya. —Wil sonrió abochornado—. Lo que necesita es algo con lo que seguir en racha. Staxxx ya le pisa los talones. Thurwar tiene suerte de que estén en la misma Cadena.

Él era el puñetero director de orquesta.

—A ver si Staxxx puede llegar a Colosal. Entonces sí la compararé con la puta señorita Loretta Thurwar.

—¡Seguro que es un puto virgen! —gritó Wil, y cosechó una buena cantidad de risas.

La aprobación de los extraños cercanos le satisfizo de un modo robusto y nada complicado. Se recostó un momento para ver cómo estaba Emily, que había permanecido sentada y observando todo, horrorizada. A veces lo avergonzaba de verdad.

—¿Estás bien, churri? —le dijo, agachándose a su nivel y desapareciendo en un mar de huecos entre muslos y bolsillos traseros.

Apenas podía ver la palestra.

—Estoy bien —respondió Emily, actuando como si observara con atención, sin molestarse en mirarlo a él, aunque sí alzaba la vista al Jumbotrón de vez en cuando.

—Pero ¿entiendes por qué no es justo? Porque Thurwar es la puta ama. La Gran Colosal. Significa que lleva como más de treinta victorias. Es la número uno. No hay nadie más arriba. Bueno, excepto un Liberado, pero eso no importa ahora mismo. Y este chaval es un Novato de la hostia. Incluso aunque fuera Culmen, no sería justo. Un Culmen…

—Ya lo pillo, Wil. Va a matarlo.

—Sí, pero no suele ser así. —Tenía paciencia con ella porque era algo en lo que había admitido que podría esforzarse más y aquel era el momento de darle una lección—. A Thurwar le suelen dar Eslabones mucho más curtidos en batallas. Un Segador o más…, alguien que tenga una oportunidad, ¿sabes?

—Lo entiendo.

—Y, o sea, puede que la estén compensando porque no sabía para quién prepararse, como era un Combate Interrogante. Pero…, o sea, ¡mierda! ¿Sabes?

—Lo sé.

—¿Estás bien? ¿Seguro que no te quieres poner de pie?

—Segurísima —dijo Emily.

—Pues vale —soltó Wil.

Se levantó y fue como entrar a un mundo completamente nuevo. Era más brillante y ruidoso y él se puso más contento. El aire era fresco, con la cerveza derramada y la carne ahumada y la tierra y el aliento de los miles de personas que sí entendían lo que era la competición. Que no tenían miedo del hecho de que alguien muriera en cierto momento. De que no tenía sentido escapar de ello.

—¡¿Estáis listos?! —chilló Micky Wright de aquella forma singular.

Al oírlo en directo, Wil se sintió como si él mismo estuviera allí abajo, en el Campo de Batalla.

—¡Sí, hostias! —chilló, y todos sus hermanos y hermanas chillaron con él.

Pero podía sentir la intranquilidad. Seguía chillando en caliente y no sabría cómo decir lo que sentía o, si lo obligaban, minimizaría el sentimiento a una reacción visceral a que el chaval, el tal Tacita, fuera repugnante, estuviera grillado o fuera raro. Pero lo que de verdad molestaba a Wil, y era capaz de distinguir que molestaba a los demás por el sabor de sus gritos, el escupir abucheos y el volumen (alto en extremo, pero podía ser más alto), era que ante ellos, abajo, en el Campo de Batalla, que apreciaba en su totalidad gracias a los alucinantes sitios que se había agenciado, podía ver sin esfuerzo cómo, con los vaqueros y las zapatillas y una cacerola en las manos, Tacita se parecía mucho a un cordero. Y observar cómo masacraban a un cordero no era muy deportivo.

—¡A luchar! —exclamó Micky Wright.

Dispararon una bengala al aire. Wil tragó saliva cuando el sonido de la liberación magnética le golpeó en los oídos. Thurwar corrió. El peso de *Hass Omaha* debería haberla vuelto un poco más lenta que los demás Eslabones de élite, pero hoy, como ya había demostrado antes, incluso con la densa potencia

de metal en la mano, su zancada era dura y suave. No era igual que hacía un año, cuando estaba en su mejor momento, pero seguía siendo increíble de ver. No se le podía ver la A por la armadura, pero la espalda parecía fuerte al moverse. Examinó a Tacita. El chico estaba de pie, apuntaba la cacerola redonda hacia Thurwar como si se tratara de una varita mágica y como si de ella fuera a salir una explosión de luz verde y, de un golpe, fuese a matar a Thurwar para siempre. Thurwar avanzó, la distancia se evaporaba bajo sus largas piernas. ¿Qué se sentía al ver cómo corría hacia ti? Nadie que siguiera vivo lo sabía. Luego cayó la cacerola. Wil lo vio. Se le cayó al chico de las manos. Sus asientos eran buenísimos. Y Thurwar se abalanzó sobre él, una gran potencia sobre un cordero. El joven lanzó el brazo adelante como si fuera a apuñalarla, pero tenía la mano vacía. Se le ensancharon los ojos. Thurwar se balanceó con dureza y rapidez, echó atrás las piernas y la cadera para coger impulso. *Hass Omaha* obedeció sus movimientos y encontró el objetivo.

El estadio entero oyó cómo le rompía el cráneo al chico. Como un árbol que se parte en dos.

Wil lo observó, apreciando la masacre. ¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que hacía solo un momento aquel cuerpo fuese un chico y un instante después fuera una cáscara? Una cuna vacía. Un monumento a algo muerto.

Y aun así…

—¡Toma ya! —gritó Wil.

Puede que hubiera sido incluso más rápido que el combate de Staxxx. Chocó los cinco con el hombre de la gorra de «Thurwar» y luego bajó la vista para ver a su mujer. Se tapaba la cara con las manos y, por entre los dedos, echaba un vistazo al Jumbotrón. Él se escabulló y se agachó a su lado entre el caos de vítores y júbilo.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Wil, pinchando a

Emily en un costado.

—¿De verdad disfrutas?

—No me digas que no has disfrutado un poco —dijo Wil —. ¿Ni siquiera un poquitín?

—Quizá un poco —admitió ella, frunciendo el ceño.

Luego le dio un puñetazo en el brazo a su marido.

Eléctrica

—Otra victoria. Una ofrenda, quizá, al caído Atardecer, que seguro que se habría emocionado con semejante destrucción —dijo Wright.

Como si una cuerda tirase de ella, Thurwar dejó de caminar hacia su Jaula.

—No —respondió Thurwar.

La palestra se sumió en el silencio.

Micky Wright sonrió.

—¿Qué has dicho, Mami Sangre?

—Para —dijo ella.

La gente murmuró; no sabían qué esperar y Thurwar los entusiasmaba.

—Ya sabes que odio esa palabra. Pero cuéntenos qué le preocupa, Su Sangridad.

—Te digo que eso no es cierto. No le habría emocionado.

Thurwar miró a Micky Wright y se concedió el pequeño placer de observar cómo a la autoproclamada «voz más eléctrica de todos los deportes de acción» se le descomponía el rostro solo un momento antes de que aquella sonrisa perfecta volviera a resplandecer. La sangre del chico aún seguía caliente. El estadio estaba lo más callado que recordaba después de un combate. La HCM se le acercó flotando a los labios. Ella habló:

—Hace unos días, me desperté y me encontré a Atardecer muerto en el suelo, lo bastante lejos del Campamento como para que yo…, yo tuviera un solo instante antes de que el Ancla se lo

llevara. Había pasado allí toda la noche y la mañana, con la garganta rajada. —La multitud escuchaba—. Muerto sin ningún motivo. Muerto y yo ni siquiera me di cuenta hasta unos momentos antes de que comenzara la Marcha. Apenas pude mirarlo. Muerto y sin que yo pudiera hacer nada al respecto. Ni siquiera sé quién lo mató. ¿Y me decís que hoy se habría alegrado? ¿Estáis locos? ¿Estáis todos locos?

Estaba gritando. Se había prometido a sí misma que nunca permitiría que la oyeran así. Respiró hondo y halló la calma.

Micky Wright se reía nervioso.

—Es un crío. Un crío muerto. Atardecer era… Es probable que hubiera llorado por él. Nada más.

Cada palabra hizo eco antes de desvanecerse en la siguiente. Cuando terminó, fue caminando a su plataforma, juntó los brazos y se arrodilló para que la esposaran. Era una campeona, así que le ofrecían la dignidad de ir ella misma a la Jaula. Se le tensaron los músculos de la anticipación y las muñecas marrones no tardaron en mostrar las tres rayas rojas.

Thurwar agachó la cabeza, como siempre, y aguardó al comentario de Micky. A sí misma se dijo: «Te echo de menos, Atardecer. Lo siento», tan bajo que incluso las HCM a unos centímetros de la boca no oyeron más que su respiración.

El estadio albergaba el barullo de muchas personas que, en conjunto, no sabían qué decir. Micky Wright odiaba ese sonido. Salió de su Cávea de Batalla y recorrió la palestra a zancadas.

—Bueno, ¡ahí la tenéis, gente! Como si el Combate Interrogante no fuera suficiente, ahora vemos el duelo, vemos la desoladora tristeza de la mismísima Madre Sangre.

Hubo murmullos, pero la muchedumbre seguía mucho más callada de lo que le hubiera gustado. Se pasó las manos por el pelo rubio y engominado y respiró hondo antes de gritarle al orbe que había ante él:

—¡Tras masacrar a Tacita, quien (habrá que comprobarlo) quizá sea la persona más joven ejecutada en un castigo penal[10], la Reina de las Esposas, Loretta Thurwar, ha compartido su rabia por el asesinato del hombre que ostentaba el título de Gran Colosal antes que ella! ¿Podrá controlarse? —Más murmullos, pero nada de rugidos. Wright quería rugidos—. ¡Menuda zorra más sádica, sensible y preciosa! —bramó.

Con eso se animaron. Al equipo T le encantaba cuando la llamaba preciosa, igual que le encantaba que la llamase zorra. Loretta Thurwar. Era fácil que fuese la mayor estrella del Circuito. Llevaba casi tres años. La esperanza de vida media de los Eslabones actuales era de unos tres meses, pero muchos no pasaban de la tercera semana. Dentro de menos de esas tres semanas, si sobrevivía, a Thurwar la liberarían con el pueblo; habría pagado por sus crímenes con sangre.

Micky Wright había querido a Thurwar. Su auge había sido también el suyo. Pero con esa actitud ufana y santurrona con todo, él sentía un pozo en el pecho. Olfateó el privilegio de Thurwar. Bastaba con fijarse en su nombre o, más bien, su negativa rotunda a aceptar cualquiera de los alias que él le había asignado. Había comenzado como un juego desenfadado: él le ofrecía un nombre y ella lo rechazaba. Pero en ese punto quedó claro que ella se pensaba que estaba por encima de él. Le había dado muchísimos apodos (Mami Sangre, la General T, la Jesús Calva), pero casi todos la llamaban Thurwar. El único nombre que él no se había inventado.

A Wright le gustaba saber que era uno de los pocos hombres del mundo capaces de ponerse al lado de Thurwar y no sentir ni una pizca de miedo, a pesar de que solo lo hacía cuando ella se agachaba y no podía moverse. A la mayoría de hombres le habría dado miedo, incluso aunque ella yaciera muerta a sus pies. El corazón le latía del puro júbilo de estar junto a la estrella. Y

no era estúpido: sabía que ella era la estrella, no él. Aquella zorra despiadada y preciosa. Le había pillado desprevenido a propósito, para armar jaleo.

Wright caminó con pasos precisos y pequeños. Estiró el brazo y le dio unas palmadas a Thurwar en la cabeza gacha. Suave, solo un poquito mojada. Ella no se movió.

—¿Quién sabe? Ha ganado aquí, pero ¿perder a Atardecer Harkless podría ser el quebranto que acabe destruyendo a la poderosísima Thurwar? —Más rugidos. La polla se le movió con los gritos. Se agachó a la Jaula y se puso a su lado—. ¿Eso es lo que pasa, Lori? —dijo con su especial voz de bebé, una de sus muchas marcas de la casa—. ¿Mami por fin se está, crac, crac, rompiendo?

Podía olerle el sudor. La miró. Las prominentes hombreras. La armadura de los muslos que le bajaba a la rodilla izquierda. Las impolutas tiras de cuero, el uniforme de batalla que le rodeaba los brazos y el cuello. Una encuesta reciente había revelado que los espectadores de los programas de la Cadena de presos sentían una mayor atracción por Thurwar después de los combates. Desde entonces, los productores le habían dicho a Wright que alargase esos momentos con ella. Tres HCM flotaban en el aire: un trío de luces les rodeaba los cuerpos y daba a los espectadores acceso a cada encuadre que pudieran desear.

Era la primera vez en meses que Thurwar hablaba tras una batalla. Y, para ser sincero consigo mismo, la reticencia de Thurwar lo había ofendido. Él era su compinche. Se habían convertido en estrellas juntos. Él le había mostrado el mejor amor del que es capaz un actor, había dado lo mejor de sí mismo en todas y cada una de las apariciones de Thurwar en el Campo de Batalla. Y ella pasaba de él. Le dolía. Pero no importaba. No tardaría en marcharse y él seguiría siendo la voz del programa que más rápido crecía en todo el mundo.

Wright señaló y uno de los holoorbes se abrió paso debajo de la cabeza gacha de Thurwar. La pesada respiración retumbó cual gran viento por los amplificadores. Wright permitió que los sujetos de las gradas escuchasen cómo respiraba su reina. Podía sentir cómo los excitaba. Les encantaba todo lo relacionado con ella. Literalmente. Durante *Vida eslabón*, no había ni una sola parte del día de Thurwar que los espectadores se perdieran. Era la más brillante entre todas las supernovas y, de algún modo, su estrella no dejaba de crecer.

Cuando ya no pudo soportar más escuchar la respiración, Wright se puso en pie de un salto.

—Igual de parlanchina que siempre —comentó con una risita. Se sacudió el polvo de los pantalones y le dio una última palmadita en la cabeza a Thurwar—. Gracias a Wal-Stores, Sprivvy Wireless y McFoods por patrocinar la trigésima segunda temporada de *La Liga de los Presos*. Como siempre, todo ha sido posible gracias a la CCN, la GEOD, los Sistemas Correccionales Espita y TotemWorks, los mejores de las prisiones. Y un gran aplauso para Seguridad ArcTech[11]. ArcTech, los mejores en sistemas de seguridad táctica. Volved la próxima semana para ver cómo Mark Marks y su *Mole Pálida* se enfrentan a Levi Paul y su espada, *Chupa-Escupe*. Y no os olvidéis de compartir con nosotros vuestras reacciones al gran momento de la Reina Thurwar. ¡Nos vemos en el próximo Campo de Batalla!

Antes de que la condujeran al furgón de transporte, donde aguardaría a su banda en un silencio forzado, Thurwar iba a saludar a la gente que, como siempre, la esperaba. Los guardias la sacaron de la palestra por una salida de carga, las puertas pálidas y pesadas se abrieron con un chirrido metálico.

Los ojos se le ajustaron al sol vespertino; la gente chillaba.

Iba en chándal, con una sudadera de cuello redondo.

Llevaban pancartas con su imagen. Decían que la querían. Chillaban su nombre como si les perteneciera. Una aglomeración de cientos de personas se congregaba tras una barricada metálica.

Los policías-soldados la guiaron hacia la muchedumbre y ella respiró despacio. La vergüenza se calmaba. Rugían y ella se sentía aliviada. Aliviada de que el sonido de tal adoración pudiera distraerla del hecho de que seguía allí.

Tenía las manos sueltas y relajadas, en verde. Los guardias la miraron. Ella asintió y la siguieron. Las barreras metálicas se tensaban por la emoción de la gente. Levantaban las manos como si fueran hierbajos. Avanzó caminando y dejó que la tocaran. Le frotaban la cabeza y le palpaban los brazos. Les dejó, incluso se inclinó hacia ellos, les tendió los brazos. Les tocó la piel, de una suavidad imposible. La ropa, el pelo. De haber sido posible que se llevaran un pedazo de ella, se lo habrían llevado. La pellizcaron. Frotaron y tiraron. Los hombrecillos fingían que era un accidente cuando le rozaban, y luego le agarraban, el pecho con los dedos.

—Thurwar. Thurwar. Te quiero. Vete a la mierda. Thurwar. Puta. Asesina. Zorra *queer*. Aquí. Aquí. Una foto. ¡Foto! Por favor. Thurwar. Aquí mismo.

La golpearon en el cuello, le tiraron de la sudadera y ella siguió adelante; a veces se paraba para darle la mano a alguien. Un apretón de verdad. Los guardias observaban, pero con calma. Era Thurwar, al fin y al cabo. Se estiró para tocar a un niño que iba sentado en los hombros de su padre. No sabía si el calor que notaba era el odio que sentía por sí misma cuando la gente que había pagado por ver cómo la encarcelaban le suplicaba una oportunidad de tocarla. Era como si necesitaran tocarla con sus propias manos para saber que era real. ¿Qué creían que podían obtener de su piel? Ella podía embriagarse de sus deseos salvajes.

Hacían que se sintiera como si fuera otra persona. Una persona que sí se lo mereciera.

Vio a un hombre y a una mujer en las barreras. La piel canela de la mujer brillaba con un tono de morado suave alrededor del ojo. Llevaba una diadema negra en la cabeza. El hombre que la acompañaba era alto y le habían retorcido la camiseta de tal modo que el cuello se había dado de sí y dejaba a la vista el pecho oscuro. También chillaban y la voz de la mujer atravesaba la muchedumbre; le hablaba de una forma que sugería que la conocía de antes. Sonaba desesperada y familiar.

—¡Loretta! —dijo la mujer.

Tendría veintipico años, probablemente. Thurwar miró a la mujer y al hombre, que la ayudaba a abrirse hueco a medida que se acercaban a empujones.

—¡Loretta!

Alargó una mano.

—¡Eres digna, Loretta!

Thurwar notó cómo ella misma alcanzaba el brazo estirado.

—¡Eres digna!

La voz sonaba desesperada, con una energía que traspasaba a los demás. Era la voz de alguien que la llamaba incluso aunque se le tensara la garganta, incluso mientras luchaba por su propia vida.

Un hombre bajo y de rostro grasiento se interpuso entre ellas, levantó la mano y le tocó la clavícula a Thurwar antes de dejar que los dedos le encontraran los pezones, los cuales pellizcó ligeramente, adrede. Thurwar lo miró. Él hizo una mueca y luego se desvaneció en la muchedumbre. Ella no dijo nada. Buscó a la mujer del ojo morado; le aterraba haberla perdido en el bosque de humanos. Sabía que esa mujer era distinta. Lo sabía por el sonido de su voz. Por cómo pronunciaba su nombre, por las lágrimas. Mucha gente lloraba

en su presencia, pero ella era distinta. Parecía que a esa mujer le importaba de verdad; era algo real para ella, no un momento que consumir. Thurwar frenó para permitir que la mujer volviera a encontrarla.

—Loretta.

Esa vez estaba a la izquierda, más lejos que antes. Thurwar torció la cabeza y descubrió que la joven seguía estirando el brazo y cerraba la mano en un puño tenso. Se inclinó adelante y unos brazos le inundaron los hombros, el cuello, el pecho y la espalda. Cuanto más daba, con más agresividad la agarraban. Le tiraban del tejido de la sudadera.

—Thurwar, Thurwar.

Al fin, sus dedos encontraron los de la mujer. Al alcanzarla, notó las manos de la mujer, de una suavidad no imposible; abrió los dedos y las dos mujeres se cogieron de la mano.

—Soy una amiga. Quiero que sepas lo que se avecina —dijo la mujer, o Thurwar creyó que decía.

Había muchísimas voces y todas pedían atención a gritos. Y luego la soltó y observó cómo Thurwar continuaba recorriendo la larga fila de adoración; ahora llevaba un pequeño trozo de cartulina escondido en las manos.

—¿Señor? —dijo uno de los policías-soldados.

A Thurwar le dio una punzada el corazón. Se preguntó si los hombres habían visto la transacción. Si le iban a quitar la mercancía de contrabando antes siquiera de haber tenido una oportunidad de echarle un vistazo. La asió con más fuerza.

—Sí, Daniels —dijo el jefe de la tropa.

Thurwar apretó la mandíbula. Decidió que no era una cosa de la que fuera a desprenderse. Prefería que usaran el Influyente antes que soltar el regalo.

—Me preguntaba si podría hacerme una foto —dijo el agente llamado Daniels—. Con Thurwar.

—¿Te parece apropiado mientras estás de servicio?

—Lo entiendo, señor, es solo que… Jakey es muy fan y…

Thurwar observó aquella interacción. Cómo regateaban con su cuerpo.

—Joder, pues no me hagas quedar como un capullo. Al menos quítate el casco. Dame la cámara.

—Gracias, señor.

Daniels se quitó el casco y se descubrió el pelo marrón, apelmazado por el sudor. Se pasó los dedos por los mechones mojados unas cuantas veces.

—¿Tengo buen aspecto? —preguntó Daniels.

—¡Por el amor de Dios, Daniels! —dijo el jefe.

—Vale. —Daniels se volvió hacia Thurwar—. ¿Te importa sonreír?

Posó con los puños en las caderas, cerca de la pistola, la porra y el Influyente.

—Pues sí —respondió ella.

—Ah, por supuesto —musitó Daniels, y se reincorporó un poco, dejando un par de centímetros más entre ellos mientras el jefe hacía la foto.

Thurwar, muy a su pesar, sonrió cuando el fogonazo capturó la estampa.

—Gracias —dijo Daniels.

—No hay de qué —contestó Thurwar.

Los hombres abrieron el furgón y ella entró caminando. Estaba vacío.

—Te voy a poner las esposas en azul. ¿Entiendes lo que significa?

Thurwar resistió el impulso de decir algo insidioso; por supuesto que entendía que las rayas azules significaban silencio. Que, si hablaba mientras tenía las muñecas azules, sentiría una descarga paralizante. Era difícil olvidar lo que te hacía daño. No

solías olvidar la forma de tu celda. En cambio, asintió con la cabeza y respondió:

—Lo entiendo.

Quería estar sola.

—Vale —dijo el jefe—. Hoy has hecho un buen trabajo —añadió, y pulsó unos botones en el mando Pizarra, de color negro, que tenía en la mano.

A Thurwar le apareció en cada muñeca una raya azul. Cerraron las puertas.

Thurwar suspiró de alivio, en silencio. Estaba sola. El lujo más extraño de su vida. Antes de abrir la mano, descansó sola en aquel momento en que no la veían ni observaban. Se permitió descender del subidón de las multitudes. ¿Cómo se había convertido ella, una persona que, antes de todo aquello, había dejado sin vida a una buena mujer, en esa persona a quien la gente creía amar? Se merecía la A de la espalda. Y, por lo que había hecho, no solo creía que no se merecía la adoración. No creía que se mereciese existir en absoluto. Y, aun así, allí continuaba.

Abrió la mano, estiró la pierna y dejó que la sangre le fluyera a la rodilla. La cartulina estaba arrugada, pero las palabras en ella eran claras. En la parte superior de la cartulina se leía: «CADENA DE PRESOS TEMPORADA 33». Examinó lo que estaba escrito debajo del encabezado y le arrancaron el poco bien que le quedaba. Sintió como si se le hubieran licuado las entrañas y una adrenalina galopante le abrasara el pecho. Oyó la algarabía de la muchedumbre fuera. Se limpió las lágrimas de los ojos. Rompió la nota por la mitad y se metió los dos trozos en la boca. La cartulina sabía a tierra seca.

Para cuando abrieron las puertas del furgón para meter a otro Eslabón de la Cadena, Thurwar casi sonreía.

Hendrix *Escorpión Cantarín* **Young**

Dentro, no tengo nada que decir[12].

—Sé que me oyes, Ocho Dos Dos —dice el guardia de la mañana. Va lanzando las palabras como si no le importase el tesoro que tiene. Yazco en el catre y, al no moverme, lo obligo a volver a hablar—: Ocho Dos Dos, vamos.

¡Y listo! Mira qué poder tengo.

—Vamos, arriba.

Lo miro al otro lado del hierro. Muevo el brazo y veo cómo lo sigue con los ojos. Estamos juntos aquí, pero no. Un hombre famélico conoce mejor el precio de la comida. Un glotón tira su ración al suelo. Va de uniforme, de verde oscuro por debajo y de un verde más claro en la camisa, y lleva una pistola en la cintura y un espray de pimienta en la cintura y una porra en la cintura y un Influyente que te puede moler hasta los huesos, derrumbarte y ponerte a llorar y hacer que te cagues encima porque tu cuerpo le pertenece al dolor y no a ti.

Solo algunos guardias llevan el Influyente, y a esos guardias solo los ves cuando la has cagado hasta el fondo. Además de todo el dolor a la cintura, el guardia de la mañana lleva un teléfono de emergencias para hablar con los demás guardias. Todos tienen uno. Me miro las muñecas. Me miro la raya azul allí, en la vena. La raya azul significa que, como hables, te duele. Habla y te llevas una buena sacudida. Usa la voz y siente el duro relámpago. La raya azul significa que te calles la puta boca mientras esté ahí, lo cual es siempre. La raya azul significa que

aún seguimos aquí. Aquí siempre llevamos una raya azul en las muñecas.

Asiento con la cabeza al guardia de la mañana, que deja atrás mi celda solitaria para perturbar al siguiente. Me visto. Y antes de que pase mucho rato estoy sentado, metiéndome huevos grises en la boca con el cuchador. Suena a masticar y a dar cucharadas y a veces a mascar. No hay ni una voz en el sitio del papeo. Miro alrededor y veo cómo los hombres dan cucharadas y cortan, igual que yo. Hombres en largas mesas grises con asientos grises.

Soy igual que ellos y ellos son como yo. Nuestras muñecas. Nuestras manos. Nuestros ojos. Nuestra piel. Suena el timbre y todos pasamos de papear al Cuadrado. Nos ponemos un mono blanco encima del mono gris. Y encima llevamos mandiles verdes o naranjas. Nos dan gafas protectoras claras para los ojos. Redecillas para el pelo. Guantes para manipular la matanza.

El Cuadrado es tal cual suena. Una sala grande. Más bien una nave. Cuatro lados largos. La carne cuelga de los ganchos y viene despacio por una abertura en la pared este. Carcasas que pronto serán hamburguesas y filetes. Hay sierras verticales a mi lado del Cuadrado. O mejor, a nuestro lado. Nuestro trabajo: partir los animales en dos. Tiramos, bajamos la carne a las cuchillas. Sierras, tres que salen de la cinta transportadora delante de nosotros. Después de partirla, la carne va flotando a la siguiente mesa, donde los hombres con cuchillos despedazan los cuerpos un poco más. Los hombres de mandiles verdes tienen cuchillos y los hombres de naranja trabajan con las sierras y la cinta transportadora. Un cuadrado de hombres, todos cortando. Todo lo que hacemos es desgarrar carne. Imagínatelo, una prisión llena de hombres que blanden y manipulan cuchillos. Los controlan tan bien que no hay de qué preocuparse. Así es el Cuadrado. Así es el trabajo. Así es la jornada. Preparamos carne.

Hay sangre por todo el suelo y también nos mancha a nosotros. En el Cuadrado, tenemos las muñecas azules, más una raya roja para que no podamos movernos del sitio.

Encima de nosotros, los guardias observan.

Las muñecas se ven moradas desde la distancia.

Trabajamos. Mi trabajo es mi vida. Rezo por el trabajo. Odio mi trabajo. Necesito mi trabajo. Tiro/empujo la carne a las sierras zumbadoras.

Parto el cuerpo en dos.

La sierra come con alegría.

Dos mitades de un cuerpo.

Tengo un cuerpo.

Parto un cuerpo.

Lo repito. Lo repito.

La sierra funciona como si Dios le hubiera dicho que no se parase. Todos los de la fila trabajamos igual. La sierra es fuerte y está caliente.

Haz la tarea. Hazla bien.

Un hombre a mi lado hoy. Corta y empuja bien. El hombre a su lado, no. Trabajamos. Apenas nos separa poco más de un metro. Las rayas azules de todos nosotros significan que no hay nada que decir. Siempre son rayas azules.

Cortamos y al otro lado rebanan y empujan. La sierra canta «zzzz» cuando hay aire y «criiii» cuando hay carne y «craaaac» cuando hay hueso. La sierra se marca un solo. Por el quinto año de los veintinueve. Cinco años llevo sin oír mi voz más de un instante. Pero me lo merezco. No hay excusa.

Presiona y aguanta para que la sierra se coma la carne y no las manos. La sangre es del mismo color. Pierde media mano y no te darás cuenta hasta que intentes hacer el gesto de la paz y no tengas dedos. Solo una ele carnosa. El solo. A la sierra no le importa lo que tiene delante.

El hombre a mi lado no lleva mucho tiempo a mi lado. Un año, quizá dos. El hombre a su lado es viejo. Podríamos ser parientes. Generaciones de negros más negros y más negros. El hombre al lado del hombre a mi lado es viejo y endeble. No puede cortar bien. Si la lía, nos dolerá a todos.

Cortamos por la mañana, luego papeamos.

Arroz acuoso y gris, y quién sabe qué más. Se oye el sorber y el mascar, y mis manos huelen a sangre, igual que todo lo demás en este sitio. Luego, de vuelta al Cuadrado. Es un trabajo cansado. Miro al hombre a mi lado y al hombre a su lado y me veo a mí mismo, luego me veo a mí mismo incluso más lejos. El último hombre tiene el pelo cano y gafas y tiembla cuando trata de quedarse quieto.

No es un lugar feliz.

Más tarde todos estamos cansados y, más tarde, el último hombre está cansado en particular. Peor que cansado. Endeble y encorvado. Trabajamos por nada. Trabajamos y trabajamos a cambio de nada de dinero. Nos equivocamos, así que ahora somos esclavos[13]. Dentro trabajamos por nada para la gente de fuera. Sí. Esclavos en una caja mala. Nada más.

El último hombre ha sido esclavo. Ahora es endeble. Demasiado endeble. Una rama delgada en una silenciosa canción del viento. Le doy un codazo al hombre a mi lado para que le dé otro al hombre a su lado. Para que lo despierte de un golpe porque el tercer hombre no tiene buena pinta. Me tengo que apoyar en una pierna para alcanzarlo, pero lo consigo. Le doy un codazo para que le haga lo mismo al último hombre para que el último hombre, el viejo, no se mate. El hombre a mi lado no hace nada. Lo único que puedo hacer es volver a darle. Le hinco el codo en el hombro. Todos estamos encadenados al sitio donde estamos. Lo miro y le digo con los ojos que mire al viejo a su lado. El hombre a mi lado me mira con mala cara, como si yo

fuera quien lo ha encadenado magnéticamente a esta fila para que tenga que cortar carne eternamente. Sus ojos dicen «Vete a la mierda». Luego mira al último hombre de nuestra fila, que se tambalea en el sitio, y el hombre a mi lado niega con la cabeza y no hace nada más. Le doy otro codazo porque todo lo que tiene que hacer es darle un codazo al viejo y despertar al último hombre. El último hombre corta sin ton ni son. La carne se va a desperdiciar. Todos vamos a sentir el dolor. Se lo ve enfermo, como si fuera a caerse atrás y al suelo; es probable que se golpee en la cabeza con la barandilla, o adelante y a destriparse a sí mismo. El hombre a mi lado echa un vistazo al último hombre, que se esmera y tiene pinta de loco, luego me mira de nuevo a mí y me sonríe con una mueca, como si fuera la parte de la película que esperaba ver.

Intento dar un paso. A veces no aprietan del todo el agarre magnético. No suele pasar, pero siempre lo compruebo y miro. Nos podemos mover dentro de una caja invisible para que podamos cortar la carne y, por lo general, nada más. Intento dar un paso atrás. Lo consigo. Intento dar otro y es como si una mano más fuerte que la de cualquier hombre me devolviera a mi sitio. La cadena invisible nos ata a todos a la fila de carne. Todo lo que hacemos es cortar carne.

El último hombre deja pasar los trozos sin cortarlos. Se tambalea. Doy palmas una vez. Vuelvo a dar palmas. El guardia de arriba me mira. No ve nada, salvo unos esclavos, así que vuelve a mirar a cualquier otra cosa. Le doy otro codazo al hombre a mi lado. Con fuerza y en las costillas porque el último hombre no está bien y no va a aguantar mucho más. El hombre a mi lado me golpea en el hombro no para decirme nada, salvo que como me vuelva a meter con él me va a dar algo más que un codazo. Doy palmas y miro. Parto un cuerpo por la mitad. Veo al hombre allí, el hombre que lleva años de esclavo, se tambalea

adelante y atrás. Igual necesita caerse. A veces pienso lo mismo. Igual hemos tenido suficiente. Igual es una forma de escapar. Lo veo y miro alrededor, a la carne que cortan y a todos los hombres con rayas azules en las muñecas, que significan que le dan al tajo y nada más.

Recuerdo cómo hablar. Lo recuerdo y respiro hondo porque la raya azul de las muñecas significa que no hay nada que decir, excepto lo que atraviese el dolor.

—¡Eh! —digo con mi propia voz.

Llevaba sin oírla mucho tiempo, un tiempo triste. Suena estirada y seca, como un animal atropellado, pero es mía y la quiero. Todos me miran. Joven y el centro de atención, y entonces la electricidad me hace trizas. Es una tensión que te estruja todos los músculos a la vez. Chillo un poco más y esa es mi voz, diciéndoles que aún me tienen y, al mismo tiempo, que no.

Me caigo al suelo. Más lejos de lo que debería ser capaz. El choque me da un respiro. Las esposas no son capaces de hacer tantas cosas a la vez.

—¡Eh! —repito desde el suelo, y vuelvo a sentir que el rayo me apuñala.

Pero puedo moverme un poco. Me esfuerzo en el suelo. Me arrastro por los mares superficiales de sangre del suelo. Me siento poseído por el dolor y por una especie distinta de fuerza que no se puede ignorar.

—¡Eh! —vuelvo a chillar, y mi cuerpo se retuerce con tanta fuerza que la lengua se me sale de la boca y choca con el suelo manchado de sangre.

Si saboreo algo, lo desconozco. El dolor es lo que veo, oigo, saboreo y siento. Presiono las rodillas contra el suelo sangriento. Me empujo y me arrastro. Me muevo hacia el último hombre mientras las botas se me acercan a zancadas.

Luego oigo más voces, voces como la mía, pisoteadas, pero ahí siguen.

—¡Lionel! —grita alguien arriba.

—Mary, te echo de me…

Una pequeña revuelta, del tipo que se desata cuando se sabe que no hay mucho que se pueda hacer con el caos.

—¡A la mierda! —chilla alguien, que luego chilla de otra manera cuando recibe la descarga.

—Veintidós años mañana y…

Más y más de ellos lo intentan. Un coro de esclavos. Cada nota es cercenada por la electricidad, pero sigue siendo un coro. Todos aguantan la descarga solo para oírse a sí mismos. Solo para decir algo, al menos. Ellos, al igual que yo, siguen gritando sus nombres y todo lo que se les pasa por la cabeza. Aquí dentro, tu propia voz es una especie de deseo. Una estrella fugaz. No la malgastas por nada. Es un espectáculo de magia de voces rápidas, seguidas de gruñidos y chillidos duros. Acaban hechos una pena; después vuelven a levantarse, listos para cortar.

Me arrastro porque es difícil. Me arrastro más allá del hombre que estaba a mi lado. Respiro con pesadez y me impulso a por el último hombre y tiro atrás del viejo esclavo y lo siento en el suelo duro y sangriento para que no se caiga y se destripe entero.

Me levanto. Me pongo de pie.

Bajo la vista al último hombre, que no tiene buena pinta, pero al menos no se ha abierto en canal, y noto cómo las muñecas tiran de mí y casi vuelvo haciendo el *moonwalk* adonde estaba. Y entonces hay un cuerpo de piernas verdes y de camisa menos verde que me da con una porra en la cara y me empuja a los zumbidos.

Bueno, John el Largo,
se fue hace mucho.

—¿Cómo conoce esa canción, hijo? —me pregunta, y quiere que le conteste.

Sigo cantando:

Como un pavo por el maíz,
por el alto maíz.

—Si firma estos documentos, ¿entiende cómo será su vida en el EPAC, señor Young? Es importante que lo entienda.

Es un hombre trajeado que me habla como si yo no supiera leer ni pensar. Estoy en una cama que es suave, así que canto. Estoy en una cama. Como comida que puedo saborear, comida de colores, así que canto. En la muñeca me veo el verde, un color que llevo mucho, muchísimo tiempo sin ver. Así que canto:

Bueno, dijo Juan,
en el capítulo diez,
«si muere un hombre,
volverá a la vida».

Me dejé el brazo en la fábrica, así que canto. Canto porque, incluso aunque me hayan cortado una parte del cuerpo, vuelvo a estar completo, escuchándome a mí mismo. Es duro y suave al puñetero mismo tiempo, mi voz lo es, como un árbol con carne tierna bajo la corteza.

—Ya pasó por el procedimiento de instalación de las esposas Arc cuando ingresó en este centro, así que es una cosa menos que tendrá que hacer en esta transición. No necesitará más cirugía nueva, salvo la que ya ha experimentado con relación a su reciente... —Hace una pausa como si no supiera cómo decirme que me habían cercenado el brazo—. Accidente.

Bueno, crucificaron a Jesús
y lo clavaron a la cruz;
la hermana María lloró:
«¡He perdido a mi hijo!».

—Si es lo que pide, ¿puede hacer el favor de firmar aquí para indicar que lo ha decidido por su propia voluntad y criterio y que nadie del centro Nueva Auburn lo ha forzado jamás, de ninguna manera, a que buscara ir al programa EPAC?

Bueno, John el Largo,
se fue hace mucho,
se fue hace mucho.

Y ahora se pone a hablar de Auburn. El lugar al que nunca volveré. Canto una canción que me llena. Le firmo los documentos y me sonríe, me frunce el ceño y se da media vuelta y yo estoy en la cama, a la espera de curarme lo bastante como para ver el mundo exterior, si me acepta.

El furgón

Toda la Cadena Angola-Hammond viajaba en el mismo furgón. Iban todos ellos y, además, Jerry. Y, por supuesto, también las cámaras de circuito cerrado apostadas en los cuatro rincones de la unidad de detención trasera del furgón, las cuales le daban a Jerry unas buenas vistas de los Eslabones en todo momento. Mientras salían escopetados de Vroom Vroom hacia la siguiente parada, Jerry se esforzó en mirar, por el espejo retrovisor analógico y por una serie de pantallas instaladas debajo del salpicadero, el cargamento de supervillanos/superhéroes. Se esforzó en observar a todos a conciencia mientras iban sentados en silencio. Allí estaban los ocho, retenidos por las esposas magnéticas. En aquel momento, supuso, él era el líder. El furgón estaba en silencio, salvo por sus silbidos. Se imaginó que probablemente les gustaría oír algún sonido humano, dado que el silencio los atrapaba.

Jerry se consideraba un miembro adicional de ese grupo de bandidos y, en cierto sentido, sí, pues claro que era su líder. Si no, ¿cómo se llamaba al tipo que conducía el furgón (bueno, que iba sentado en el asiento del conductor del furgón mientras el piloto automático los llevaba con firmeza por la autopista, rumbo al punto de descarga)? Jerry observó las pantallas debajo del salpicadero mientras se recostaba en el asiento. El ascenso a ayudante de producción y a director del transporte intercircuito del Sistema de Eslabones Angola-Hammond había sido uno de los pocos triunfos definitivos de su vida. Y uno de los beneficios

que le daban era su propio episodio especial de *Vida eslabón*, que nadie vería jamás. *Vida eslabón: El furgón*. Algún día de estos, igual les proponía esa idea a los peces gordos.

Porque nadie salvo Jerry sabía que, tras una victoria brutal, Staxxx le lloraba en el hombro a Thurwar en silencio. Era Thurwar, siempre Thurwar, a quien Staxxx buscaba en esos momentos. Y nadie más sabía cómo Thurwar le masajeaba el cuero cabelludo a Staxxx con delicadeza mientras las lágrimas le mojaban la sudadera. Aunque hoy Thurwar parecía ensimismada. Rodeaba a Staxxx con los brazos, pero sin fuerza, como si se sorprendiera de estrechar a esa mujer, a quien ya había abrazado muchas veces.

Allí pasaban muchas cosas mientras esperaban a que los dejaran en el siguiente lugar de Marcha. Una ópera silenciosa solo para él. Nadie más sabía cómo Pistolín Puddles, aquel cabronazo calvorota, se pasaba todo el trayecto en el furgón lanzando miradas fulminantes y apretando la mandíbula en el asiento más cercano a la puerta. Nadia veía a Sai Ay Ai, aspirante a Thurwar y convertide en pute ame por derecho propio, mientras elle trataba de hacer reír a los demás Eslabones. Si las risas duraban más de medio segundo, Jerry oía los chillidos mientras las muñecas les daban una descarga eléctrica. Si alguno se llevaba una descarga, el juego se acababa durante un rato y luego se reanudaba unos pocos kilómetros más adelante. Y allí estaba Randy Mac, quien se esforzaba al máximo en parecer indiferente, hasta relajado. Sobre todo, se esforzaba mucho en que pareciera que no le importaba si era a Thurwar a quien Staxxx acudía en busca de consuelo en vez de a él. Mac ocultaba los celos al jugar torneos de piedra, papel o tijera con Rico Muerte o Sai o Hielo. Pero Jerry veía por las pantallas cómo Randy miraba de soslayo a Staxxx, incluso mientras le mostraba la palma de la mano a Hielo Hielo el Elefante, la mole samoana,

que esgrimía un puño masivo. Y, por supuesto, todo el furgón notaba la ausencia de Atardecer Harkless, el único de ellos a quien Jerry había llegado a conocer de verdad…, un poquito.

Los Eslabones de A-Hamm conocían bien a Jerry, aunque apenas hubiera cruzado una palabra con ellos. Durante el último año, se había encargado de la mayoría de sus desplazamientos; los dejaba en campos en el quinto pino, como si llevara a sus hijastros al colegio. Solía ser lo bastante amable como para compartir su silencio. En el negocio del entretenimiento, se conocía aquel periodo como «tiempo congelado». La idea era que los Eslabones no hablasen cuando las cámaras no los observaban; de lo contrario, se corría el riesgo de desperdiciar jugosos manjares antes de que el mundo pudiera recibirlos. El furgón era uno de los pocos lugares donde una Cadena podía estar junta sin que se la supervisara directamente, sin contar, claro, con la atenta mirada de Jerry. También estaban las Noches de Apagón, pero eran impredecibles y escasas.

Si no los hubieran obligado, de forma fisiológica, a guardar silencio, Jerry les habría hablado de su propia vida. Quizá el furgón, en el programa que se iba montando en la cabeza, podría servir de magacín de tertulias. Les hablaría de su exmujer, Meghan, y de su hijo, Kyle. Pero ¿hablar de su familia sería como agitar un filete delante de unos perros hambrientos? Y, para ser sincero, llevaba meses sin ver a su ex ni a su hijo. Era obvio que no les podía hablar de su trabajo y, por supuesto, aquello era lo único de lo que quería hablar. No podía hablar de su relación personal con el difunto Atardecer, de la que ni siquiera sus jefes sabían nada. De haberlo sabido, seguro que no le habrían concedido el puesto nuevo, que en realidad consistía en ser ayudante del ayudante de producción y codirector del transporte intercircuito del Sistema de Eslabones Angola-Hammond.

A sus nuevos amigos (todos sus viejos amigos estaban de parte de Meghan) les encantaba oírle hablar de su puesto de ayudante del ayudante de producción y codirector del transporte intercircuito del Sistema de Eslabones Angola-Hammond. ¿Y de verdad había reconectado por ese tema con su sobrina (o exsobrina)? Antes nunca le había caído bien. Hasta se lo había dicho a Jerry en más de una ocasión. Pero, de todos modos, la había llamado después del divorcio para ver cómo estaba, para decirle que esperaba que mantuvieran el contacto.

Mari era de esa clase de crías (bueno, ya no era una cría), pero era el tipo de persona a la que no le gustaba nada. Odiaba al gobierno, odiaba casi toda la comida que no se hubiera cocinado en una especie de altar de paz y felicidad y odiaba a la mayoría de la gente de la tele porque no hacían nada para solucionar esto o aquello. Era un hueso, siempre lo había sido y, si se tenía en cuenta que no había podido contar con su padre en la vida, le parecía justo. Le habían tocado unas cartas malas y ahora jugaba igual todas las manos: de forma crítica y sin fiarse. Pero, a pesar de todas sus quejas hipócritas, sí había parecido emocionarse cuando él le había mencionado el ascenso. Al principio dijo que no se lo creía, que no se creía que él fuera a viajar con Atardecer, que fuera a hablar con —y, más o menos, a conocer a— su padre. Después, le había pedido, primero con timidez y luego con más insistencia, que le hablara de su padre. ¿Cómo era de cerca? ¿Qué le parecía en persona? Y Jerry le dijo la verdad: el tío siempre iba sonriendo. Costaba creer que había hecho lo que había hecho. Siempre era el primero en subir al furgón y el último en bajar. Cuando no lo habían silenciado, le preguntaba a Jerry qué tal el día; ambos fingían que sus exparejas no eran hermanas.

Mari escuchaba, en silencio, por el holomóvil. Una vez, Jerry le había contado lo siguiente:

—Es mucho mejor hombre de lo que era cuando entró. El programa tiene mérito al…

Pero Mari le había colgado antes de que pudiera terminar.

Jerry se había sentido culpable porque Mari lo había llamado después de que asesinaran a su padre, antes de que él hubiera podido ponerse en contacto con ella. Le había dicho la verdad, no sabía qué había pasado. Y como no sabía qué más decir (no podía decir «Era un buen hombre»), se había limitado a ponerse a hablar del programa y se le habían escapado algunos cambios de las reglas que había descubierto en un correo electrónico en el que lo habían puesto en copia por error. No fue hasta que Mari le dijo adiós y colgó cuando se dio cuenta de que había difundido información confidencial. Le envió un mensaje para pedirle que no lo volviera a mencionar nunca. Ella respondió: «Pues claro».

Tanto su exsobrina como su excuñada le habían dejado claro, mucho antes de que tuviera ese trabajo, que no les molaba la Cadena de presos. Pero a Jerry y a su familia les daban de comer los deportes de acción dura. Y, aunque no era quién para pronunciarse al respecto de si las vidas de los Eslabones eran justas o no, ni para juzgar las formas en que esos delincuentes servían a la comunidad entreteniéndola, sí dejó claro que no iba a ver el programa en casa. Podría ser bastante siniestro.

Aun así, dado que era ayudante del ayudante de producción y codirector del transporte intercircuito del Sistema de Eslabones Angola-Hammond y secretario de actividades y seguridad humanas y le confiaban la responsabilidad de garantizar que la Cadena Angola-Hammond llegaba adonde necesitaba ir, sí le importaban los convictos. Eran la Cadena más popular de la historia; muchos de ellos eran celebridades por derecho propio. Y en aquellos momentos en la carretera, cuando nadie más observaba, él era su líder, más o menos.

Jerry sentía cierto afecto paternal por ellos. Cuando volvía a por los Eslabones después del Campo de Batalla o los recogía en una parada de Ciudad Foco o los dejaba listos para la Marcha, los contaba mentalmente y sentía una pizca de pena si solo faltaba uno de ellos. Daba igual que hubiera sido cosa del Campo de Batalla o de algún conflicto interno de A-Hamm, le dificultaba mirarlos a los ojos. Solo hacía unos días que Thurwar había subido al furgón seguida de Staxxx, toda la Cadena se había sentado y no había habido ni rastro de Atardecer; Jerry estuvo a punto de echarse a llorar allí mismo, en ese instante. Mientras transportaba a A-Hamm, ya sin Atardecer, notó con desesperación que de verdad quería volver a formar parte de la vida de su hijo. La hija de Atardecer no iba a volver a verlo nunca, pero con Jerry y Kyle no tenía por qué pasar lo mismo. Salvo que Meghan aún seguía poniéndoselo difícil y Kyle sufría. Por el momento, Jerry fingía que había un montón de Kyles en la parte trasera del furgón.

Un bulto mullido, de color blanco y negro, saltó a la carretera, a muchos metros de distancia. Más de los necesarios para que le diera tiempo a quitarse del medio. El furgón no frenaba y el bulto no se movía. ¿Una mofeta? Una mofeta. Se plantó en la carretera como un mártir. Jerry se inclinó adelante, pero no tocó nada. El furgón cargaba con las cuatro ruedas. No había motivo para aminorar la marcha en aquellos cerros vacíos. Excepto ahora. El bicho seguía allí, mirando a Jerry como si los hubiera estado esperando y se aliviara al ver que por fin llegaban. Jerry echó un vistazo por el parabrisas, observó cómo el volante fluctuaba a un lado y luego al otro, corregía el rumbo y permanecía sereno, con una calma autónoma.

—¡Qué putada! —dijo Jerry al coger el volante y pisar los frenos mientras tocaba el claxon.

Frenaron con bastante brusquedad como para que notara

cómo el cuerpo se le iba adelante. Debajo, oyó los sonidos de cómo las armas arañaban el chasis del furgón. Pero fue el claxon, al parecer, lo que lo consiguió. Logró que la criatura casi saltara por los aires antes de marcharse correteando al otro lado de la carretera, debajo de un guardarraíl y hacia la hierba alta.

Jerry miró el retrovisor. Miró a los ojos a Randy Mac, que le devolvió la mirada, hambriento y cansado. Randy Mac sonrió y alzó los brazos, mostrándole a Jerry las palmas y el brillo azul de las muñecas. Luego levantó lo que le quedaba de los dedos corazones (del dedo corazón de la mano izquierda, que también hacía las veces de dedo anular, le habían cortado un trozo hacía unos meses) y le hizo a Jerry una peineta entera y parte de otra con el muñón.

Era un trabajo desagradecido, la verdad.

Jerry dejó de silbar. Permanecieron en silencio absoluto, al parecer, durante los últimos kilómetros hasta que, recostado en su asiento, notó cómo el vehículo frenaba y se paraba.

—Buena suerte, ¿eh? —dijo Jerry bien alto para que los Eslabones pudieran oírlo, a pesar de que seguían encerrados.

Había aparcado en una carretera vacía. Jerry abrió el chasis del furgón y sacó una larga vara metálica y negra que se desplegó hasta formar un disco casi perfecto y plano en la parte superior y un cono en la base. El Ancla de ArcTech, que había estado durmiendo debajo de ellos durante el viaje, como siempre, se irguió, luego se alzó, quedó suspendido en el aire y allí aguardó. Jerry sacó la pequeña armería de la equipación de debajo del furgón y la colocó en el suelo para que cada uno cogiera lo suyo. Dispuso el hacha, tratando de no lesionarse la espalda en el intento, además de la guadaña, varios cuchillos, un tridente, un palo de golf y el resto del cargamento destructivo; lo soltó en la hierba frágil, al borde de la carretera.

Después, abrió la parte trasera del furgón para que los

Eslabones pudieran salir. Volvió corriendo al asiento delantero y cerró la puerta mientras ellos bajaban. En todas las muñecas brilló un aviso rojo y parpadeante mientras las esposas se sincronizaban con el Ancla. Ese mismo rojo parpadeó en el contorno del largo cabecilla metálico, de un metro y medio de alto, como una torre Space Needle en miniatura, como un cuerpo negro y flotante.

Mientras se acostumbraban a quedar retenidos al aire libre, miraron a la nada que los rodeaba y a los demás. Thurwar cerró las puertas del furgón. Los habían soltado a las afueras de una granja que llevaba muerta mucho tiempo. No pasó ningún coche mientras esperaban y las únicas luces que se veían provenían del resplandor menguante del cielo y de sus cuerpos astrales y de las muñecas de los reclusos. Cinco de ellos habían visto el Campo de Batalla aquel día: Thurwar, Staxxx, Randy Mac, Hielo Hielo el Elefante y un hombre llamado Agua Mala. Cada uno había ganado su asalto correspondiente, preservando los ocho Eslabones que componían la fuerte Cadena A-Hamm.

No llevaban ni un minuto fuera cuando el furgón en el que habían venido emprendió la marcha. Y se quedaron juntos en el pequeño trocito de tiempo invisible y sin silenciar. Thurwar, Staxxx, Randy Mac, Sai Ay Ai, Hielo Hielo el Elefante, Pistolín Puddles, Agua Mala y Rico Muerte: la Cadena Angola-Hammond.

—Me alegro de veros a todos —declaró Staxxx con una amplia sonrisa.

La esquina de un parche blanco le asomaba por el dobladillo de la camiseta. Debajo, el tatuaje de la x más reciente, que le había hecho su tatuador poscombate, se le curaba en la piel. Los tatuajes se habían convertido en una tradición poscombate tan arraigada que se los ofrecían en cada estadio sin que tuviera que pagar Puntos de Sangre por ellos.

Se oyó un repiqueteo que sonaba como si un trozo de latón golpeara el hormigón. Las muñecas cambiaron al naranja. Staxxx cogió la guadaña y Thurwar fue a por el martillo. En cuanto Staxxx se hizo con la guadaña, pareció brillar, como si le hubieran quitado una parte de sí misma con mucho dolor y solo ahora volviera a estar completa. Con la guadaña en la mano, Staxxx fue corriendo hacia Thurwar y la rodeó con los brazos. Le besó la parte superior de la cabeza y le apretó el abdomen. Thurwar miró a Randy Mac, que sonrió con la comisura de los labios mientras Staxxx la apretaba, y ella le devolvió el abrazo antes de apartarla a un lado. Sai Ay Ai se acercó a Thurwar y la rodeó para darle un buen apretón.

Thurwar respiró en aquel breve descanso antes de que desplegaran las HCM y comenzara el espectáculo. Así se las gastaban, y no ignoraba que era distinto de lo que hacían las otras Cadenas. Cuando bajaban del furgón, se saludaban unos a otros. Era una costumbre que Atardecer y ella le habían inculcado al grupo. Sintió que debería decir que quienquiera que hubiera matado a Atardecer debía dar un paso al frente y al menos explicar el porqué. Quería restablecer la jerarquía que había comenzado con ella, incluso cuando Atardecer vivía. Quería saber quién había matado a su amigo.

—Mami Sangre —dijo Sai Ay con una sonrisa de escasos dientes. Una pedrada en la boca le había saltado dos premolares superiores y un canino inferior. Elle tenía la piel de color arena y clara y la cabeza igual de calva que la de Thurwar—. Ha sido una noche interesante —opinó—. Eres la Gran Colosal, lleva el título bien. Te acompañaremos hasta la Alta Libertad.

Sai sonrió del modo en que sonreía une camarada de verdad.

Tras el viaje en silencio, poder hablar era como el agua para una boca seca.

—Eh, sí —contestó Thurwar—. Has estado bien.

Thurwar y Staxxx tuvieron un gesto con Hielo Hielo el Elefante y le tocaron el hombro. Asintió en señal de respuesta. Thurwar le sacaba unos pocos centímetros, aunque era probable que él pesara el doble que ella, con unos brazos, unas piernas y un torso gruesos como el tronco de un árbol.

—Bien luchado —dijo Hielo.

—Lo mismo digo —respondió Staxxx. Luego continuó—: ¿Quién quiere otro buen achuchón antes de que nos pongamos en marcha? —Detuvo la mirada en Randy Mac—. Creo que veo a uno que lo quiere aquí mismo.

—Depende de dónde me achuches —repuso Mac.

Staxxx se acercó a él.

—La retransmisión comenzará dentro de sesenta y cinco segundos —dijo la voz ligera y aérea del Ancla. Sonaba humana, si bien quedaba claro que no tenía alma; su única preocupación era llamarles la atención.

En la cabeza del Ancla se abrió un panel y tres orbes HCM salieron flotando.

—Sé que lo necesitas. Seguro que te preocupabas por mí, pedazo de oso miedica.

Staxxx tuvo cuidado al abrazar a Randy para no decapitarlo con la guadaña. Él la aceptó con calidez. Se fundió en ella. Todos los observaron con atención. Costaba comportarse igual que Staxxx. Permitirse servir de alivio a los demás en un deporte diseñado, muy específicamente, para que nadie se aliviase nunca de nada.

Pistolín Puddles escupió al suelo.

—Yo también necesito un poquito —dijo Sai Ay Ai.

—A mí tampoco me importaría, de hecho —añadió Rico Muerte.

—La retransmisión comenzará dentro de treinta segundos.

Poneos en fila.

—Vale, tendrá que ser un trabajo en equipo —contestó Staxxx con una risa maligna.

Sai se encogió de hombros y Staxxx lo envolvió con el brazo derecho mientras Rico Muerte avanzaba y dejaba que ella lo estrechara con el derecho.

—No seáis tímidos. Ha sido un día largo.

Durante el último par de meses, aquella había sido la costumbre de Staxxx. El tacto de otro humano era como amor en la piel. Atardecer había animado a Staxxx cuando ella había convertido en una tradición que cada Marcha empezara con un poco de amor. En cierto sentido, había guiado a Staxxx hasta convertirla en la estrella que era.

—Iniciando holovisión.

Se acabó. Se separaron, de ellos tiró la fuerza de su amo, el Ancla. Se pusieron en fila, hombro con hombro, separados por casi un metro. Las tres HCM flotaron y descansaron a los pies de Rico Muerte. Él ya estaba posando, se agazapaba con el hierro seis en el suelo como si evaluara el terreno de un *green* complicado. Las HCM volaron y los rodearon.

El programa de deportes de acción dura más famoso de Norteamérica había comenzado.

Estatus de Eslabón

—Hay unas cosas que le tengo que explicar.

Pues vaya verdad más trascendental.

—Necesito que confirme que entiende la naturaleza del programa de Entretenimiento Penitenciario de Acción Criminal, que de ahora en adelante se denominará EPAC, que es una extensión de su condena de treinta y seis años por el asesinato de Keyan Thurber y que, de ningún modo, le garantiza clemencia alguna por los crímenes que cometió contra Keyan Thurber[14]. Sin embargo, gracias a su participación en el programa EPAC, quizá se gane la exoneración y le pongan en libertad, pero es improbable. Para ello, ha de participar con éxito en el programa EPAC durante un periodo de tres años, a partir del momento en que firme el documento que estoy a punto de leerle. Tiene su propia copia, así que puede ir leyendo conmigo mientras repaso los términos en voz alta. ¿Sabe leer?

Habla igual que una máquina, dice los nombres con mucha facilidad. Duele. No me convierte menos en un monstruo por decirlos así. Ni tampoco que yo lo sepa. Sigue doliendo.

Hay tres hombres blancos en este despacho. Puedo girar la cabeza y verme a mí mismo en un espejo de la sala. Todos los espejos son una puerta. En este me veo la cara, la piel oscura, los ojos marrones y brillantes. El pelo negro y salvaje de la cabeza y la mandíbula. Necesito afeitarme. Un buen afeitado es una especie de amor. Amor que llevo un tiempo sin sentir.

El hombre que habla es un representante del programa,

lleva una corbata con pintas del gobierno. El hombre a mi lado de la mesa es Dan, el llamado director de personal aquí, en Nueva Auburn. Me quema la piel haber vuelto aquí. Un lugar que me silenció. Un lugar donde fui esclavo.

Voy a firmar estos documentos, no me importa de qué clase de muerte hablen.

O, más bien, un lugar donde me esclavizaron. Solo porque te esclavicen no te conviertes en esclavo. Nunca puedes serlo.

Dan, el director, el sublime amo de los esclavos. Dan, a quien apenas veía dentro y, cuando sí lo veía, decía que estaba bien que apenas lo viera.

La primera vez que me reuní con Dan, me hizo una pregunta. Me miré las muñecas. La operación era reciente, pero el azul me brillaba por los puntos. Dan dijo:

—Asienta o niegue con cabeza para responder a lo que diga.

Luego contesté:

—Me llamo…

Y la electricidad me tumbó en el suelo. Me pasé un tiempo llorando allí. Dan dijo:

—Haga el favor de volver a su asiento, señor Young.

Fue el comienzo de mi estancia en Auburn.

Enfrente de Dan hay otro hombre con el pelo negro y peinado hacia detrás y una corbata del color de una carpa dorada. Para empezar, me dice que se llama Sawyer.

—Seré como tu agente —afirmó—. También soy tu nuevo funcionario de prisiones. Nos lo vamos a pasar bien, hermano.

Sonríe e intenta no mirar el muñón vendado que me sale del hombro.

Estamos en el despacho de Dan. Una sala estrecha de paredes vacías con una televisión retro y plana contrapuesta al vacío. Hace más calor del necesario. Estamos en el despacho de

Dan, pero ahora mismo no parece que sea suyo.

—Sí sabe leer —comenta Dan, mirándome a mí y luego a los dos hombres frente a nosotros antes de continuar—. Ponemos en práctica el protocolo del silencio en calidad de iniciativa conductual y reexperimental y lo seguimos todo el tiempo mientras…

—Ya sabemos que aquí dentro no hay ruido. Igual que sabemos que huele a mierda —dice Sawyer, y luego me mira.

Me guiña un ojo. «Estoy de tu parte, colega», oigo que piensa, incluso aunque ha de saber que veo la guillotina que lleva.

—Quisiera que mi cliente fuera capaz de hablar. Es importante, Dan. Ya le oímos hablar hace un poquitín cuando estaba hospitalizado, así que ¿por qué seguir insistiendo?

—En este centro cumplimos con las normas a rajatabla. En la enfermería permitimos que los desconecten por razones obvias.

La razón es que todos chillan cuando les duele. No se pueden consentir los chillidos y la electricidad para que haya más chillidos. Aquí, un hombre se rompió la pierna y a punto estuvo de freírse el cerebro por chillar tantísimo. A veces puedes llorar si lo haces lo bastante bajito y no te sueltan una descarga. A todos se nos acaba dando bien llorar bajito en Nueva Auburn.

El hombre del gobierno habla:

—De nuevo, ya tenemos la confirmación preliminar, pero necesito que el señor Young sea capaz de hablar por sí mismo. Es el requisito para seguir adelante, agente Rottermith, que los futuros participante de EPAC han de mostrar conformidad por medio de una confirmación verbal y una firma, a menos que no estén físicamente capacitados para ello. Y si quiere tener la oportunidad permanente de que sus reclusos opten al programa, igual que otros centros, cumpliremos con estos estándares.

Casi me apena ver cómo Dan pierde el control que tiene sobre mí. Puedo ver cuánto le duele tener que escuchar mi voz, oírme usar mi voz, incluso usarla para elegir la muerte. Siempre hay más perversidad si sigues hurgando.

—Es parte de…

—No es un asunto negociable. El presidente de su empresa accedió a ello hace mucho tiempo. Haga el favor de dejar de silenciar al señor Young.

Dan parpadea. Después, sin mirar a la izquierda, a mí, saca del escritorio una pequeña pantalla negra. La pulsa y desliza el dedo, vuelve a pulsar y a deslizar el dedo. Las rayas de la muñeca se me ponen verdes.

—Gracias —dice el hombre del gobierno—. De nuevo, quisiera que leyera conmigo mientras repaso las reglas y las condiciones de EPAC con usted, señor Young. ¿Me confirma que sabe leer?

Miro a Dan y veo lo triste que está. Sawyer le sonríe al hombre del gobierno y el hombre del gobierno se aburre. Un verdugo aburrido. Una camisa blanca y una corbata negra. Parece que le han exprimido la vida de la cara.

—Ya puedes hablar, Hendrix —dice—. ¿Sabes leer?

—Sí sabe leer —tercia Dan.

—Estamos hablando con el campeón —interviene Sawyer.

—Necesitamos que nos confirmes que eres capaz de seguir y comprender lo que decimos. Y necesitamos que nos confirmes que lo haces sin coacción.

Una cosa que les concedo, pienso mientras empiezo a reír, es que toman el dolor y lo convierten en algo completamente nuevo a la mínima. Tienen de todos los sabores y no dejan de fabricar más.

El hombre del gobierno frunce el ceño. Sawyer se ríe conmigo, porque esa es la clase de hombre que es. Ja, ja.

—¿Sabes…?

Y no soporto que me lo vuelva a preguntar. Me retuerzo en el suelo. Es sorprendente que aún pueda. No nos reímos en Nueva Auburn y el espíritu sigue aquí, esperando este momento.

—Sí sé leer —digo, riéndome todavía.

—Gracias —contesta el hombre del gobierno, y vuelve a quedarse inexpresivo.

Sawyer asiente con la cabeza. Dan, lo noto, hubiera preferido no volver a oír mi voz nunca. Como si mi sonido fuera a mancharle las paredes de algo que no pudiera limpiar.

—Continuaré —dice el hombre del gobierno, bien encorsetado en su lenguaje, pero lo único que significa es asesinato.

Trata de pintar toda esa nada en la muerte. Él también es la nada. Es del único modo que podría. Una cáscara, una cifra para algo tan grande que lo destruiría al mirarse en el espejo, si ya no estuviera muerto por dentro. Como yo.

Me pregunto a mí mismo: «¿Acaso puedo odiar a semejante hombre?».

—Por favor, escucha con atención y, si tienes preguntas, haz el favor de formularlas cuando haya leído todos los términos.

Pues claro que sí.

—Usted, Hendrix Young, al firmar este documento confirma y reconoce que ha elegido renunciar al periodo restante de veinticuatro años y treinta y nueve días de un total de veintinueve años en el centro reexperimental Nueva Auburn para participar en el programa EPAC, una plataforma de entretenimiento de deportes de acción dura e hiperatléticos que está compuesta, sobre todo, por la asociación de la Corporación de Correccionales de Norteamérica, que de ahora en adelante se designará CCN y GEOD, y entiende que Cadena de presos

ilimitada y todas sus series subsidiarias son parte del programa EPAC y, como tal, se rigen por los muchos modelos iniciados por el programa de castigos corporales y conductuales.

Pintan las paredes con palabras. Construyen muros con sus palabras.

—En calidad de participante en el programa, acepta las siguientes condiciones irreversibles:

»En calidad de Eslabón, el nombre comodín para los participantes de la rama de Cadena de presos ilimitada del programa EPAC, usted viajará con sus socios Eslabones de la Cadena Sing-Auburn-Attica-Sing, formalmente conocida como la Cadena Sing-Attica-Sing. La Cadena consta de reclusos del centro penitenciario Attica, en Attica (Nueva York); del centro penitenciario Sing Sing, en Ossining (Nueva York); y del centro reexperimental Nueva Auburn de Auburn (Nueva York), todos los cuales son propiedad de la corporación de correccionales GEOD o los gestiona GEOD de acuerdo con los propósitos de la programación EPAC. La Cadena también constará de Eslabones que se le hayan reasignado o “cambiado” a la propia Cadena, como a veces se estima necesario y beneficioso en términos logísticos o financieros. El programa EPAC se reserva el derecho último a reubicar a cualquier Eslabón, siempre que los directores de las Cadenas puedan alcanzar un acuerdo.

»En calidad de miembro de Sing-Auburn-Attica-Sing, su primer deber será defenderse en todo momento, y ninguna responsabilidad recaerá en el programa EPAC, en ninguno de los socios de negocios del programa ni en el gobierno de los Estados Unidos de América.

»En calidad de Eslabón, accede a que graben todos y cada uno de los aspectos de su vida para exhibiciones públicas/privadas y consiente que se use su imagen en calidad de reclamo de *marketing* a la discreción del programa EPAC, desde el

momento de la firma y para la posterioridad.

»Al firmar el presente documento, accede a renunciar a los derechos sobre todas y cada una de sus posesiones, salvo aquellas que gane al participar con éxito en el programa EPAC y prevea, en parte, este documento.

»En calidad de Eslabón, se le asignará un valor económico y numérico. Dicho valor se cuantifica en puntos coloquialmente conocidos como "Puntos de Sangre", que se ganan al participar con éxito en el programa. Dichos Puntos de Sangre le permitirán comprar bienes, tales como comida, armas, ciertos niveles de atención médica, armaduras y ropa, entre otros servicios. Los patrocinadores externos también pueden apoyar su participación. Los Puntos de Sangre solo se pueden usar para adquirir armas o armaduras nuevas después de que un Eslabón haya superado una aparición en el Campo de Batalla.

»Al firmar este documento, se le premiará con quince Puntos de Sangre. El valor de cada Punto de Sangre es de una milésima de centavo.

»Todos los eslabones comienzan con el rango uno: n o Novato. Tras tres asaltos exitosos en el Campo de Batalla, los Eslabones se alzan con el estatus de Superviviente.

»La actual secuencia de rangos es la siguiente: Novato, Superviviente, Culmen, Segador, Segador Duro, Colosal y Gran Colosal. Recibirá una lista más completa de qué oportunidades, armaduras y servicios hay disponibles por Puntos de Sangre en cada rango a medida que se publiquen las normas nuevas de cada temporada.

Escucho cómo sube hablando por la escalera que han montado. Todos los peldaños, los distintos nombres que te puedes ganar a medida que traficas con la muerte. Todo el dinero que puedo ganar al matar a los mejores.

—¿Por ahora me sigue?

Lo miro directamente y asiento con la cabeza.

—¿Eso es un sí? —pregunta el hombre del gobierno.

—Sí —digo.

Continúa:

—Una vez que se le haya asignado el estatus de Eslabón, usted, Hendrix Young, accede a cumplir el resto de la condena esposado por la tecnología de ArcTech. También accede a que cualquier intento de huir de la custodia del programa conllevará la ejecución inmediata por inyección, detonación, electrocución o cualquier otro método que se estime oportuno.

»Al aceptar participar en la programación Cadena de presos ilimitada del programa EPAC, también acepta participar en las Marchas habituales, de una duración indeterminada (aunque suelen comprender de cuatro a dieciséis días). Durante dichas Marchas, los Eslabones permanecen esposados a un Ancla de prisión en todo momento. Cualquier intento de huir conllevará la persecución o la ejecución forzosa.

»Al final de cada Marcha lo sigue, de inmediato, una estancia en una "Ciudad Foco", donde los Eslabones participarán en actividades comunitarias y cívicas para enriquecer y apoyar a las comunidades anfitrionas. El fallo a la hora de atenerse a dichas actividades conllevará la ejecución inmediata.

»Durante la estancia en una Ciudad Foco, que no durará más de cuatro días, los Eslabones dormirán en las habitaciones asignadas en una residencia, las cuales pueden mejorarse con Puntos de Sangre.

»Tras las sesiones en la Ciudad Foco, se conducirá a los Eslabones, por medio de los transportes del programa EPAC, a un estadio para los asaltos del Campo de Batalla, que se habrán decidido durante las sesiones de Marcha y se les habrán comunicado a los Eslabones por mensajería electrónica. Los

avances informativos relativos a los asaltos en el Campo de Batalla también se podrán comprar con Puntos de Sangre.

»Durante los asaltos en el Campo de Batalla, los Eslabones deben defenderse a sí mismos en todo momento. Un Eslabón solo puede proclamarse ganador si ha ejecutado a todos los oponentes. En lo que respecta a la actual temporada de Cadena de presos ilimitada, a los Eslabones no se les puede asignar otro Eslabón de su propia Cadena en calidad de oponente en el Campo de Batalla.

»El fallo al defenderse a uno mismo y el fallo al tratar de ejecutar a los Eslabones rivales conllevará la ejecución inmediata de todas las partes.

Sigue y sigue sin parar. Es imposible seguir todo lo que dice y, a la vez, resulta obvio: lo único que no deja de decir es «ya estás muerto».

—¿Lo entiende?

—Sí —digo. Otra especie de altar.

—Ahora bien, al haber entendido estos términos y condiciones irreversibles, ¿usted, Hendrix Young, acepta alistarse en el programa EPAC?

Miro a Dan. Puedo ver que aún le duele. Miro al hombre del gobierno, que intenta no sentir nada y lo logra. Puedo ver a Sawyer, que se relame los dientes.

—Sí —digo.

Sawyer me tiende un bolígrafo.

—Chachi. Ahora que se ha acabado lo aburrido, vamos a prepararte. Mañana saldrás a por tu arma. Y te ganarás los puntos y unos trapos básicos.

Miro a los hombres y me miro la única muñeca. Estoy aquí con ellos porque amar una voz es doloroso. Y ahora que he vendido el brazo para recuperarla, todo mi interior sabe que no puedo regresar al silencio, a menos que me vuelva a abalanzar

sobre la sierra con más precisión.

Firmo.

Circuito

Emily fijó la vista a la pantalla de 8K alojada en el fondo del nuevo Ufrigo para ver un programa que odiaba en público, pero que ahora veía con religiosidad. Con el dinero que le había dejado su abuela, había sincronizado al completo los electrodomésticos del piso, de modo que apenas quedaba un solo aparato no conectado a la Unube. Pasó la vista por las uvas demasiado maduras y vio cómo Rico Muerte se ponía en cuclillas cual golfista absurdo; llevaba un pañuelo en la cabeza y unos pantalones de trabajo y de camuflaje que se le estrechaban en los tobillos. Al agacharse, se señaló el tatuaje de la cruz invertida que tenía justo debajo del ojo izquierdo. Muerte no tenía ningún arma principal de verdad, ni mucho menos una secundaria, dado que aún era un mero Novato… ¿O Muerte ya era Superviviente? Emily no estaba segura, aunque Muerte seguía siendo carne fresca. De modo que resultaba apropiado verlo allí, dentro del frigorífico. «Puaj», pensó Emily al venírsele a la mente una de las bromas de Wil.

De toda la Unificación, la del frigorífico había sido la más ridícula. A Wil le encantaba todo aquello, la había urgido a gastarse parte de la herencia de esa manera. Y aunque a ella le perturbaba ver los Campos de Batalla de *La Liga de los Presos*, el programa hermano, *Vida eslabón*, era un estudio sobre la humanidad al que había decidido que cualquier persona con inquietudes intelectuales y sociales al menos tenía que echarle un vistazo. Formaba parte de las conversaciones culturales; incluso

aunque la ética del programa le resultase ambivalente, no podía fingir que no fuera una parte interesante del mundo y, a causa de Wil, de su propia vida. Veía ambos programas, pero *Vida eslabón* era muchísimo más interesante para Emily. Todo importaba en *Vida eslabón*.

Cada Marcha nueva empezaba con la Alineación. Era un recordatorio de quién seguía vivo y quién no. Era épica. Podías apreciar cómo se sentían los Eslabones, que acababan de contemplar cómo sus compañeros de Cadena triunfaban o morían. Podías ver quién era la persona a la que esperaban catapultar a los corazones y a las mentes de Estados Unidos y podías ver su potencial. Como en el caso de Rico Muerte, el nuevo chaval de aquella Cadena potente, que tenía cierto sentido del humor. No se acobardaba ante la enormidad de sus compañeros de Cadena. Con cada movimiento decía: «Aquí estoy, miradme, no tengo miedo».

Wil le había explicado una y otra vez los matices de la Alienación de apertura. Había rebuscado en los archivos y se había desgañitado enseñándole una Alineación de A-Hamm de hacía cuatro meses, la que siguió a la caída de Madame Lulu Watts[15]. Cada miembro de A-Hamm había hecho su gesto característico, levantar el meñique como si bebieran de una taza invisible, mientras las cámaras captaban una panorámica del grupo. A veces, Staxxx aún levantaba el meñique en recuerdo de su difunta hermana de armas; Emily se había dado cuenta.

Ahora la pantalla mostraba a Hielo Hielo el Elefante, cuya sólida constitución y buen ojo para montarse la armadura con inteligencia le habían salvado la vida los últimos cuatro asaltos. En la carretera, llevaba unas sencillas botas de trabajo y un par de pantalones de chándal grises. También tenía una camiseta y una cazadora ligera que rezaba «TALLERES MIKE» en letras tan pequeñas que era probable que no aguantasen mucho más

tiempo. Hielo se iba haciendo más y más famoso, y a los Talleres Mike pronto los reemplazaría alguna empresa más grande. La bola con pinchos del mangual iba metida dentro de un bolso y se enrollaba la cadena en la gruesa cintura, como si fuese un cinturón. Cuando las cámaras subieron a la cara de Hielo, rezongó un gruñido juguetón.

A continuación, la cámara examinó las botas de vaquero azules que se habían convertido en la marca de Pistolín Puddles, con las letras M y F doradas de McFoods cerca de los talones. No tenía armas visibles, pero se lo conocía por tener cuatro armas secundarias, sus cuchillos arrojadizos, y ningún arma principal. Una descarga única que, por el momento, había demostrado ser efectiva. El pelo ralo parecía grasiento, lo llevaba peinado hacia atrás. Según entraba en el plano su cara pálida, escupió al suelo.

Pero a Emily ya le dolía la espalda.

Se estiró, con un *ginger ale* en la mano, tras haberse llevado a la boca unas uvas dulces y haber cerrado la puerta del frigorífico.

—Merece la pena —se dijo a sí misma en voz en alta, y recorrió el corto camino que la separaba del sofá, donde encendió la pantalla principal con un gesto.

Un reproductor Teleflex Infinity, con mejoras de captación de todos los gestos, totalmente listo para retransmitir a todo 3D. ¿Cuántas veces les había preguntado a los invitados si querían contemplar las vistas, solo para que ella pudiera decir «enciéndete, U» mientras juntaba los dedos y luego los separaba como si abriera unas cortinas? Era mágico.

—*Vida eslabón* —dijo Emily, y la pared frente al sofá se convirtió en el programa.

Aún seguían con las Alineaciones. La cámara enfocaba a Staxxx, que plantaba en el suelo las botas de senderismo. Luego a

los pantalones de chándal que Staxxx se había roto a la altura de los muslos, con tres cortes en cada pernera. En el pecho de la sudadera llevaba estampado el logo de WholeMarket™.

Cuando Staxxx no estaba en el Campo de Batalla, lucía un rollo de tiras de cuero en el brazo izquierdo y se veía cómo le trepaba hasta la palma de la mano.

—U, enciéndete y sumérgete —dijo Emily y, básicamente, viajó allí fuera con ellos.

Podía ver el campo abierto, con la hierba recreada bajo sus pies y superpuesta al suelo de madera. Podía admirar de nuevo las equis de los abdominales y el cuello de Staxxx, y menudo lujo era contemplarlas. Staxxx se había recortado la sudadera con capucha para que se le vieran los abdominales y el mosaico de x en la piel marrón. El pelo le caía por detrás, hasta la mitad de la espalda.

Las vistas también eran perfectas. Cuando las cámaras pasaron a la cara de Staxxx, tenía el gesto juguetón de siempre: se llevó el antebrazo derecho a los ojos para que las dos equis tatuadas encima del cúbito se los taparan. Sacó la lengua e inclinó la cabeza a un lado, como un dibujo animado fuera de combate. Con el otro brazo fingió sujetar una soga invisible por encima de la cabeza. Emily observó, un poco sorprendida. Staxxx no había hecho nada en recuerdo de Atardecer Harkless. Sintió una punzada. Atardecer había sido un buen tipo en la Cadena, sin duda. Había visto vídeos de cómo decidía ponerse a bromear cuando otros se habrían puesto a matar y le había sorprendido cómo las noticias de la muerte de un hombre, a quien solo había conocido por los vídeos de archivo, había proyectado sobre ella una sombra que aún no se desvanecía.

«Mierda», pensó.

Staxxx aguantó la pose hasta que fue Thurwar quien apareció en la pantalla. Thurwar y su cuerpo perfecto quedaban

casi escondidos bajo los anchos pantalones negros metidos en los calcetines altos. Llevaba ambos brazos envueltos en tiras de cuero y tapados por las mangas de una sudadera gruesa que lucía el logo de LifeDepot™. Thurwar miraba a la nada y no daba nada, igual de estoica que había permanecido los últimos meses. Luego, en el último momento, se protegió los ojos con la mano, la pose clásica de Atardecer. Emily notó cómo se le humedecían los ojos.

—La Marcha se iniciará dentro de veinticinco segundos.

—Vale —dijo Emily al secarse las lágrimas y sumirse en el placer de una aventura de otro mundo.

—Marchad —soltó el Ancla.

Empezó a tirar de ellos.

El Ancla solo daba unas pocas órdenes y todas eran absolutas: «Alineaos», «Marchad», «Melé», «Proseguid con la Marcha», «Deteneos», «Descansad» y «Apagón». Te arrastraba antes de que tú pudieses arrastrarlo, y el tirón magnético que notabas en el cuerpo era lo único certero en la vida de cualquier Eslabón. Se alzó más en el aire, hasta quedar cuatro metros y medio por encima de las cabezas de A-Hamm y empezar a flotar al norte con indiferencia.

Los Eslabones estaban acostumbrados, de modo que echaron a andar, estiraron los brazos y trataron de no preguntarse qué vendría a continuación. Siguieron al Ancla y se desplegaron en un círculo que trazaba un espacio uniforme en torno a la máquina.

—Me da que le caes bien a alguien importante —comentó Pistolín Puddles, mirando al frente y a Thurwar.

Pistolín Puddles, que se situaba al sudeste de la brújula humana, odiaba a esa zorra, demasiado buena para que la

llamaran otra cosa que no fuera por su nombre real. Pero no había duda de que era su líder. Una zorra negra era su alfa, imagínate. Caminó, curioso por ver cómo Thurwar se tomaba que él hubiera denunciado la discriminación positiva que se disfrazaba del partido del Campo de Batalla con el que acababan de bendecirla. Pistolín escupió al suelo y avanzó por la hierba.

Thurwar, al norte, dijo:

—Ajá.

Intentaba no enfadarse por el modo en que todos evitaban hablar de Atardecer. A medida que daba más pasos, la memoria muscular de caminar con el tirón del Ancla le centró la atención en el momento presente. ¿Cómo los iba a liderar durante sus últimas semanas? ¿Cómo iba a tratar con Pistolín Puddles, un violador/asesino que llevaba queriendo verla muerta la mayor parte de los últimos dos años? ¿Cómo lo iba a lograr sin que Atardecer estuviera allí para hacer que todo pareciera más fácil de lo que era? Y ahora que había descubierto lo que había descubierto de la chica de Vroom Vroom, ¿acaso le importaba nada?

Staxxx era el polo sur, llevaba un tiempo siéndolo. Caminaba un poco más rápido que todos los demás porque iba justo detrás del Ancla; si no mantenía siempre el ritmo, la acabaría arrastrando. A veces dejaba de caminar y observaba cómo le tiraba de los brazos y luego echaba a correr para dejar atrás el tirón y que se le volvieran a bajar los brazos; después se paraba, mientras las muñecas le flotaban al obedecer otra vez al Ancla. Hoy no estaba para nada de eso. Hoy sonreía y observaba con atención. Todos los de la Cadena sabían que la situación de Staxxx a las seis en punto era una promesa: si alguien atacaba a Thurwar (si alguien hubiera atacado a Atardecer Harkless), que era relativamente vulnerable al caminar con tanta gente a la espalda, Staxxx se les echaría encima de inmediato. Staxxx se

enorgullecía de hacer de vigilante. No le había hecho gracia partir en dos a Whittaker *Tachán* Ames, pero cuando él había tratado de apuñalar a Thurwar en la Marcha de hacía unos meses, había acabado hecho trizas. Odiaba lo que era, pero le encantaba lo que era capaz de hacer.

Walter Agua Mala caminaba a la izquierda de Staxxx, justo delante de ella. Como siempre, la observaba en silencio, asombrado ante su propia supervivencia y la inocencia que aún albergaba en el corazón, como algo moribundo que acunase hasta la tumba. No había hecho nada y allí estaba, castigado. Tenía un cuchillo de caza que le había regalado Pistolín Puddles. Lo había aceptado antes de saber que coger un regalo de Pistolín lo enemistaría con Atardecer, con Thurwar e incluso con Staxxx. De nuevo, su inocencia no significaba nada.

—Parece que va a ser una noche tranquila. Ojalá los mosquitos no nos toquen los cojones hasta matarnos —dijo Hielo Hielo el Elefante.

Iba a sobrevivir al día e intentaría sobrevivir a los días venideros. Justo antes de aquello, había matado a un hombre. Había matado a un hombre y ahora hablaba de los mosquitos. Pero así funcionaban las cosas allí. De día en día. Era lo que se había dicho a sí mismo antes y después de cada Marcha. Su cadena de metal le repiqueteaba en la cintura, un sonido que siempre lo reconfortaba.

—Ya te digo —convino Sai Ay Ai, haciéndose eco de las palabras de su amigo.

Justo delante de elle, un poco a la derecha, iba Thurwar, L. T., la Gran Colosal. Sai sentía un persistente subidón de placer, una euforia que se había asentado en cuanto elle había concluido su propio asalto, con rapidez y sencillez, y había continuado hasta cuando se había revelado el oponente del Combate Interrogante de Thurwar y había aparecido el chaval: un blanco

fácil. Lo había visto desde el vestuario. Aún se estaba limpiando la sangre de su propio cuerpo. Le asqueó haber sentido tal júbilo. Pero el crío no tenía ninguna oportunidad, de todos modos, y lo único que elle quería mientras lo veía era que la líder sobreviviera a las dos últimas semanas que le quedaban. L. T. era L. T., al fin y al cabo. También era cierto que pensar en L. T. le facilitaba no pensar en Rolade Qurriculum, el guerrero al que elle había matado en el terreno de juego. Ya pensaría en él y procesaría esa muerte, pero por ahora iba a enfocarse en L. T. y a cerciorarse de que lo que le había pasado a Atardecer no le pasara a ella.

—Fuera de coña, los mosquitos de hace unas noches eran unos salvajes —comentó Rico, solo por decir algo—. Unos putos vampiros con alas.

Se rio. Nadie más se rio. Caminaba detrás de Pistolín Puddles, cerca de Staxxx, y daba gracias por ello porque se sentía seguro al estar cerca de ella. Nadie más de la Cadena se había metido con él y también daba gracias por ello. Estar en un mal lugar volvía a la gente taciturna, él mismo lo había comprobado. A medida que las botas aplastaban la hierba seca, notó cómo se hundía en el terror habitual.

«Señor, conoces mi corazón —rezaba—. Sé que he tenido una tendencia a fastidiarla y no digo que no haya hecho nada para no merecerme un castigo, pero conoces mi corazón, Señor, y rezo para que me concedas una pizca de tu misericordia en esta prueba que hay ante mí».

Randy Mac era Segador y caminaba con su tridente, *Santo Santo*, en la mano; lo usaba de bastón. Iba en silencio, perdido en sus pensamientos y ponderando el hecho de que ahora, después de Staxxx y Thurwar, él era el Eslabón de más rango de la Cadena. A medida que avanzaban, el suelo parecía ablandarse. No le gustaba la idea de semejante responsabilidad e hizo una

mueca al presionar el cayado contra el barrizal. Vivían en la era pos-Atardecer.

La Cadena caminó siete kilómetros. Caminaron hasta que la oscuridad se extendió por todo el cielo. Y salvo por el apunte de Pistolín, no comentaron nada del Campo de Batalla. Se movieron con facilidad. Sus cuerpos se habían entrenado para situaciones mucho peores, Thurwar se había cerciorado de ello.

Randy Mac habló:

—¿Conocéis esta zona? Sé que no andamos lejos de Vroom Vroom, pero nada más.

—Soy de Old Taperville. No queda muy lejos —dijo Staxxx, animándose un momento.

La Cadena la escuchaba.

—¿La gente como tú se cría en esta mierda de sitio? —dijo Randy Mac sin mirar atrás, confiando en que sus palabras dieran en el blanco incluso aunque hablase con la suavidad que solo le reservaba a Staxxx.

—La gente como yo no se cría por aquí. Me refería a que es donde aterricé —dijo Staxxx.

—¿Así que eres una extraterrestre? —preguntó Mac.

—Soy de la otra cara de Urano —afirmó Staxxx.

—Creo que eso cambia un poco la imagen que tengo de ti.

—Sabía que eras racista —dijo Staxxx, riéndose.

—Mi cuñado es extraterrestre. Tengo un montón de amigos extraterrestres. No puedo ser racista —continuó Randy Mac.

La Cadena se rio. Randy tenía una especie de encanto perezoso que entretenía a Staxxx. Era bastante fuerte, guapo y, aparte de unas cicatrices en el cuello y de, por supuesto, los trozos de dedos que le faltaban, su piel marrón claro exhibía escasas imperfecciones de las batallas o de lo que fuera. Y, además, no era imbécil (no solía serlo). Randy Mac era la clase de tío que te informa de cuántos libros ha leído. Y, como Thurwar

admitía de mala gana, era práctico para el proyecto de tener a Staxxx lo bastante contenta para que funcionase y fuera de Marcha con la Cadena.

Acabaron llegando a una gran hoguera en medio de un Campamento que habían montado los ayudantes de producción antes de que aparecieran. Junto a la hoguera había una pila de leña GoFlame™, lista para arder. El Ancla encontró un lugar alto, sobre las llamas, y habló:

—Fase de inicio del Campamento. La Marcha proseguirá dentro de once horas.

Las muñecas se les pusieron verdes. Durante los Campamentos, el verde les permitía moverse trescientos metros en cualquier dirección, aunque la mayoría solía quedarse allí mismo, cerca de la hoguera. Había cinco tocones rodeando las llamas; parecían auténticos a la luz tenue, pero en realidad eran asientos de BackYardPro™, de plástico tratado. Junto a ellos habían esparcido varias cajas de diversos tamaños y colores.

Así había sido desde la temporada diecisiete. El público se había acabado cansando de ver cómo los agotados Eslabones luchaban por sobrevivir en la naturaleza, de modo que habían implantado el Campamento, un lugar seleccionado que imitaba a una acampada, pero en realidad se revisaba y se montaba con fines comerciales todas las noches para cada una de las Cadenas de Presos del Circuito. Unos operarios habían limpiado los emplazamientos y los habían inspeccionado en busca de fauna que fuera particularmente peligrosa, plantas tóxicas o cualquier cosa que pudiera suponer un riesgo para la seguridad de los Eslabones. La gente quería ver cómo a las personas las mataban otras personas, no las mordeduras de serpientes. Había tiendas y catres que los Eslabones podían comprar con los Puntos de Sangre, con diversos productos disponibles para cada uno de los rangos. La comida la preparaban y suministraban profesionales.

El último toque de realidad era la hoguera resplandeciente en el centro de cada Campamento, aunque también había unos cuantos faroles y unas lámparas térmicas para cuando caían las temperaturas. El fuego significaba hogar. El fuego significaba algo más cercano a la libertad. Se suponía que no debían usar la hoguera para nada más que alumbrarse, por lo que se complementaba con antorchas esparcidas por el campamento de un modo que parecía azaroso cuando, en realidad, se había diseñado con meticulosidad para proporcionar un buen equilibrio de luz y oscuridad por todas las partes que entraban en el rango de libertad.

Había un surtido de mochilas y macutos esperándolos, apoyados en los «tocones» que se situaban en torno a la hoguera bien cuidada. Como siempre, la primera parte de la Marcha era el viaje hacia las cosas que los Eslabones llevaban consigo, además de las armas. Sus posesiones terrenales metidas en mochilas marcadas. Thurwar fue la primera en acercarse y coger un macuto negro. Cada uno de los gruesos tirantes tenía estampado el emblema de un martillo dorado. Lo cogió y desapareció en el interior de la tienda más grande: la Tienda de la Reina, la única que había en el Circuito. Ahora que Thurwar era la campeona de todos los pesos en todos los Circuitos, la Tienda de la Reina era suya.

Staxxx asió su macuto verde y dorado y se lo acercó al cuerpo.

—No hay nada como el hogar —dijo mientras tomaba asiento en uno de los troncos.

Los demás Eslabones cogieron sus mochilas. En las Cadenas menos estables, aquel era un momento peligroso como el que más. Los Eslabones perdían las manos por tocar la mochila de otra persona. Staxxx, con *Treta de Amor* descansando contra el cuerpo, contemplaba el proceso. Había una sensación

de calma impuesta en el grupo. Staxxx respiró y miró el fuego.

—Chúpame la polla, Estados Unidos —suspiró Randy Mac mientras levantaba su mochila vaquera del suelo.

Era su muletilla, dicha sin sonreír.

Había ocho Eslabones en la Cadena y seis tiendas. Rico y Agua Mala aún no se habían ganado aquel lujo, así que tenían sacos de dormir y el gran techo del cielo, a menos que alguien de la Cadena les ofreciera un sitio. La Tienda de la Reina le había pertenecido, hasta hacía poco, a Atardecer, aunque aquel nombre siempre se referiría a la gran Melancolía Bishop, que había convertido la sumisión en su estilo de vida. Era lo bastante grande como para ponerse de pie en el interior y venía con raciones adicionales (de pan de pita y humus y de agua con gas, además de compresas, tampones, manteca de cacao y papel higiénico en una mesita) y se ataba con firmeza al suelo donde se erguía. Las demás tiendas eran las más tradicionales de acampada, aunque Staxxx y Randy Mac y Pistolín tenían sitios lo bastante grandes como para ponerse de pie, con más de un compartimento. En todas las tiendas, lo que más importaba era la cama. La suya, creada por SleepRoyal™, era el sitio más cómodo donde se podía dormir en la naturaleza.

Thurwar se dejó caer en la suavidad. La verdad era que llevaba durmiendo en la SleepRoyal™ desde que había sido Segadora Dura, gracias a su éxito sin precedentes. En el mundo de las Cadenas de Presos, Loretta Thurwar había sido rica desde el primer día.

Y, a cambio, las imágenes de Thurwar en la cama habían convertido a SleepRoyal™ en una de las empresas de colchones con más beneficios del mundo.

Una HCM flotó en su dirección. Soltó el macuto en el suelo, a los pies. De él sacó una botella de agua AquaHGente™ y le dio un trago. Allí también había un conjunto de ropa cálida,

que incluía ropa interior (siempre había un conjunto nuevo listo para ella) y un poncho, además de un cuaderno y dos bolígrafos y su arma secundaria, un cuchillo militar llamado *Jack*. Ese momento de reencontrarse con sus posesiones era a la vez íntimo y violento. Thurwar se masajeó la rodilla dolorida. Se la presionó y sintió el dolor bueno.

Staxxx entró caminando en la tienda.

—Sé qué te pasa —dijo Staxxx.

Tiró su macuto al suelo y soltó la guadaña junto a la cama.

Thurwar puso a *Hass Omaha* junto al macuto.

—¿Qué? No me pasa nada.

Lo lamentó de inmediato. Siempre le pasaba algo. Thurwar, de corazón, era pesimista. Pero desde Vroom Vroom y lo que había aprendido, los años de pesimismo habían quedado validados.

Staxxx se quitó las botas a patadas y se hizo un ovillo en la cama.

—No pasa nada —dijo Staxxx y, de repente, se echó a llorar.

Se acercó a Thurwar. Así era exactamente como se comportaban después de cada combate de Staxxx desde hacía meses. Staxxx, como si fuera un ritual, se tomaba un tiempo después de haber matado a alguien en el terreno de juego y se lo soltaba todo a Thurwar.

—Llorica —dijo Thurwar, frotándole a Staxxx la marca más prominente del cuello.

—Vete a la mierda —respondió Staxxx, sorbiéndose los mocos de la nariz, solo para que se le volvieran a deslizar hasta el labio superior mientras respiraba con pesadez.

Staxxx se zafó de la sudadera y solo se quedó con la camiseta de tirantes. Luego comenzó a desenredarse las tiras de cuero del brazo. Thurwar la atrajo hacia sí y le besó el cuello. La

x del cuello de Staxxx, «la diana», era la primera que se había hecho. Se había convertido en el símbolo definitivo de aquella luchadora a quien la gente había llegado a amar.

Thurwar le pasó el brazo por la cintura a Staxxx y la abrazó mientras lloraba. Le besó la nariz mocosa y sintió cómo se le expandían y contraían los abdominales con la respiración pesada.

—Sé que a ti tampoco te gusta. Pero hoy tiene que ser el día —dijo Staxxx.

Thurwar se quedó paralizada un instante, antes de que una expresión de entendimiento se le dibujara en el rostro.

—Será dentro de poco. Antes tengo que resolver estas cosas de Atardecer. Despejarme la cabeza. No te preocupes. Sé que te lo pongo difícil al quedarme tan poco tiempo.

Thurwar pensó en la cartulina y en la información que le había revelado y en lo cerca que estaba de ser Liberada. A punto estuvo de ponerse a llorar con Staxxx.

—Hoy —repitió Staxxx.

Thurwar sintió cierta resistencia a que le dijeran qué hacer. Muy pocos podían decírselo desde hacía mucho tiempo, pero Staxxx continuó:

—Hay algo que tengo que contarte, pero primero tú.

Los llantos se frenaron como para no impedir que Thurwar advirtiese la profundidad de la convicción de Staxxx.

—Pues hazlo tú —dijo Thurwar.

—Has de ser tú. Justo como él habría hecho —dijo Staxxx.

Un fogonazo de resentimiento vino y se fue. Thurwar levantó la mirada con desdén hacia la HCM que flotaba encima de ellas. Miró fijamente al país a los ojos. Thurwar era la Gran Colosal y, cuando había que hacer algo, le tocaba a ella.

—Podemos esperar hasta el siguiente partido de dobles. No quiero…

—Pues entonces esta noche me voy con Randy —declaró

Staxxx—. Y si voy allí esta noche, no sé si volveré. Como dices, solo te quedan unas semanas. Igual empiezo ahora el proceso de duelo.

Thurwar hizo una pausa para considerarlo. Quería decir que, con independencia de dónde durmiera Staxxx, era suya, pero esperó y dejó que las palabras le calaran en la mente. Los celos le habían condicionado la vida de muchas maneras. Eran parte del motivo por el que había ido a prisión y ahora eran otra de las cosas que al país le encantaban de ella. Su relación con Staxxx, cómo se abría lo suficiente para que Staxxx pudiera acostarse con Randy Mac de vez en cuando y cómo ella controlaba esos celos lo suficiente para permitir que aquello sucediera en paz.

—¿Te crees que me importa? —replicó Thurwar. Intentó sonar aburrida, aunque estaba de todo menos aburrida. Las dos HCM giraban a su alrededor.

—Recibido —dijo Staxxx.

Levantó a *Treta de Amor* del suelo y con la otra mano cogió su macuto. Se levantó y, de inmediato, Thurwar también se puso de pie.

—Por favor —dijo Thurwar.

Se movió lo bastante rápido para que se le quejara la rodilla, pero ignoró el dolor. Se plantó delante de la abertura de la tienda, con *Hass Omaha* en la mano. Pareció que había cogido el martillo sin siquiera darse cuenta. A Thurwar le creció una gran vergüenza en el corazón.

—Hoy —dijo Staxxx—. Atardecer ha muerto. Somos tú y yo.

—La Cadena ya está bien. ¿Por qué vamos a hacer nada que nos desconcentre…, que me desconcentre… del juego? —preguntó Thurwar.

Pero ¿cómo iban a estar «bien» si les acababan de arrebatar

a Atardecer?

—No nos va a desconcentrar. Te lo prometo —dijo Staxxx, que se ponía de nuevo las botas—. Podemos hacerlo ahora. Hará que te sientas mejor después de lo de hoy. Lo del chaval.

—Me siento bien al respecto —dijo Thurwar, y la voz le apestó a verdad.

—Claro que sí —dijo Staxxx—. Pues más motivos para hacerlo ya. —Staxxx se secó los ojos una última vez y se adentró en la noche. Seguía oliendo a la llovizna de antes, que había mojado la tierra y la hierba seca y moribunda—. ¡Eh! —exclamó. Era capaz de oír a la Cadena—. Venid todos. Tenemos que deciros una cosa importante.

Las HCM pasaron zumbando al lado de Thurwar, salieron de la tienda en busca de Staxxx.

Thurwar las siguió. Tenía hambre y vio una gran caja negra con una porción caliente de la cena en el interior. La mayoría de A-Hamm ya estaba comiendo.

Se aclaró la garganta. Fue el ruido más débil que había hecho en mucho tiempo. Caminó adelante, hacia la hoguera, con una sombra gigante detrás de ella. Los Eslabones estaban allí, más o menos prestaban atención. Thurwar miró a Staxxx, que le sonrió con complicidad. Después, Thurwar comenzó:

—Voy a decirlo ya porque he estado esperando a que alguien diera un paso al frente. —Staxxx sonrió menos—. A Atardecer Harkless lo mataron la semana pasada y quiero saber qué pasó. Quiero saber quién fue y por qué y lo quiero saber esta noche. Quiero saber qué le pasó a mi amigo. Y cuando oigáis lo que estoy a punto de decir, veréis que no os tiene que asustar admitirlo.

Miró a cada uno de sus Eslabones a los ojos durante un instante mientras hablaba, demorándose para luego continuar, demorándose para luego continuar. Intentaba enmascarar la

verdad: quienquiera que lo hubiera matado hacía bien en asustarse.

—Podéis venir a decírmelo luego. Pero quiero saberlo esta noche.

Habló con el pecho, dirigiéndose al grupo del modo en que les hablaba durante los simulacros de batalla o cuando corrían con las armas los días previos al Campo de Batalla. Estaba acostumbrada a hablarle al conjunto. Pistolín le clavó la mirada con frialdad. Agua Mala miró al suelo. Mac y Sai la observaron con atención. Continuó:

—Hemos perdido a alguien importante para A-Hamm. Y para honrar a Atardecer, esto es lo que vamos a decir: de ahora en adelante, es oficial que no vamos a atacar a nadie más de esta Cadena. Esa es nuestra nueva política. Igual de real que cualquier otra parte de los juegos. No atacamos a nuestros compañeros Eslabones de Angola-Hammond. Se acabó. Eso no se les hace a los demás.

Los Eslabones parecían confusos, incluso ligeramente divertidos.

Thurwar volvió a aclararse la garganta. Recobró la voz del vientre.

—Lo que digo es que de ahora en adelante, a menos que estéis en un combate del Campo de Batalla, nada de violencia entre nosotros. Eran las mierdas que Atardecer predicaba. Ahora nos guiarán en la vida.

Respondieron incluso con menos interés. Como si les hubiera contado una broma pasable por segunda vez. Thurwar asió a *Hass Omaha*, se lo pasó de la mano izquierda a la derecha. Sabía que, hasta cierto punto, lo que decía no tenía sentido. Su poder, su habilidad para matar, era el motivo por el que era quien era. La muerte, y su potencial para ella, era el superpoder de Thurwar.

—Ya sabéis que, cuando entramos Atardecer y yo, se abría la veda con todo el mundo y a todas horas. Y esa era la cuestión, más o menos. Alguien como Rico ya habría muerto solo por haber sido el nuevo.

Miró a Rico y vio cómo el terror se apoderaba de él antes de que pudiera intentar esconderlo.

—Era la cuestión porque todo esto era una escapatoria.

»No os cuento nada nuevo. Ya lo sabéis. La mayoría no esperáis ver la Alta Libertad. Aun así, la mayoría sabéis que somos algo distinto a las demás Cadenas. Aquí tenemos oportunidades de verdad. De no ser por lo que pasó hace una semana, dos de esta Cadena podríamos haber visto la Alta Libertad con dos semanas de diferencia. Eso nunca ha pasado antes. Pero estuvo a punto de pasar porque hemos crecido juntos. Solo fue posible porque Atardecer y yo no andábamos siempre preocupados de que nos clavaran un cuchillo cuando estábamos en el Circuito. Tengo una A, como muchos de vosotros.

La Cadena pareció prestar más atención al haberse puesto de ejemplo a sí misma. No hablaba de su propio pasado. No a todos ellos y no así.

—Estaba con una mujer. Era… —Thurwar ya lamentaba el camino que había emprendido e hizo una mueca mientras las cámaras volaban a su alrededor—. Era especial y la traté como si me perteneciera. Cuando quiso marcharse…, lo… lo que digo es que sé qué se siente al retorcerle el pescuezo a alguien a quien amas. Y por eso me odio a mí misma. La primera vez que conocí a Atardecer, lo único que quería era una salida. Me ayudó y lo ayudé y ayudamos a los demás y ahora todos estamos aquí, hablando. Atardecer era como era en la Cadena porque creía que la gente puede cambiar. Hablaba de ello todo el puñetero rato.

En aquel instante, Randy dijo:

—No hay duda.

Thurwar se lo agradeció.

—Y a lo que intentaba llegar era a este punto. A convertir la Cadena en una familia. Así que, de aquí en adelante, en honor de Atardecer, nada de matar. Ni siquiera peleéis con nadie, a menos que sea para salvar la vida. Nada durante la Marcha, nada durante el Campamento, nada al zampar ni cuando la gente duerme. Dejadlo para la palestra. Aquí somos una familia, ¿vale? Angola-Hammond es una familia. No solo por Atardecer, sino por nosotros. Llevamos mucho tiempo jugando al juego como quieren y ahora nos toca cambiarlo.

Thurwar los observó y captó las sonrisas débiles y la confusión en los rostros a su alrededor. Dio un paso adelante, hacia la luz de la hoguera, y notó el calor. ¿Lo que les pedía era simbólico? No, habría de imponerlo. Sería de verdad. Y sí, no se había curado de su propia culpa. Sí, de no ser por Staxxx, casi seguro que no seguiría viva. Pero era Loretta Thurwar y era su Cadena y, funcionara o no funcionara, iban a intentar ser algo de lo que enorgullecerse.

—No os pido un gran cambio. Ya somos bastante estables. Lo que quiero ahora es que todos aceptéis estos términos. Que, si estáis en esta Cadena, juréis ver a los compañeros Eslabones como familiares y no los ataquéis.

Hielo Hielo el Elefante dijo:

—Y si intento no aplastar a alguien y luego van y me apuñalan, ¿qué pasa?

Miró a Thurwar con atención. Le era leal y haría lo que ella quisiera. Dentro de lo razonable. Ella le había ofrecido la protección y las armas que le habían salvado la vida hasta el momento.

—Solo digo que aquí no todos somos santos.

—Para empezar, puedes ser un santo o lo que quieras —

dijo Thurwar—. ¿Qué llevas en la espalda? ¿Una A doble? Además de otra A.

Hielo Hielo el Elefante asintió y luego se miró las botas.

—Tampoco está tan mal; tuviste problemas con la bebida, un homicidio y quizá te cargaste a un tío por el camino.

—Una es por mi madre —dijo Hielo Hielo el Elefante[16].

—Es demasiado, siento lo que pasó —contestó Thurwar—. Pero te conozco y puedes llegar a ser un santo. —Trató de no perder el impulso que había cogido—. Y tú.

Todos los Eslabones que formaban la Cadena prestaron más atención cuando señaló a Rico Muerte.

—Llevas una I y una A, ¿no? De modo que un incendio mató a una persona. También podrías ser el próximo santo, si quisieras. Y tú también, Sai.

Sai Ay Ai se puso rígide y asintió con la cabeza.

—Fue una iglesia lo que quemé, pero lo pillo —dijo Rico Muerte con una sonrisa débil.

—Jesucristo aún te quiere, estoy segura —aseguró Staxxx. Se puso de pie, arrastrando a *Treta de Amor* a su lado—. La cuestión es que no vamos a hacernos nada malo nunca más. Esa era la regla de Atardecer.

—Así no funciona este juego —protestó Pistolín Puddles.

—Así funciona ahora —respondió Staxxx sin mirarlo.

—Sí. Exacto —dijo Thurwar. Soltó a *Hass Omaha* en la tierra—. Vamos a intentar mejorar. Estas marcas no significan que no seamos personas. Estas cadenas no significan que tengamos que hacer lo que quieren.

—A la mierda —masculló Pistolín Puddles. Tenía la caja de la comida en las manos y dos cuchillos en el regazo. Estaba sentado en un tocón—. No he venido aquí a ser un copito de nieve. A Atardecer le iba ese buenismo de mierda, murió bocabajo y ni siquiera nadie admite que le rajó el cuello al

hijoputa. Sé por qué vine aquí. Y no fue para hacerme amigo de nadie. Estoy aquí para comer hasta que me suelten.

—Aún puedes hacerlo todo —dijo Thurwar—. Aún vas a luchar, aún te vas a ganar unos buenos Puntos de Sangre en tus cara a cara. Pero lo que no va a haber es ninguna guarrada en el camino. La Cadena de presos es una familia de ahora en adelante.

Puddles era un veterano. Dos años en el Circuito. La suerte y un verdadero talento para lanzar cosas afiladas le habían granjeado un buen montón de seguidores.

—Sé quién soy —dijo Pistolín Puddles[17].

Era un hombre a quien le habían arrebatado la vida después de que el cruel desprecio que sentía por las mujeres le hubiera explotado de forma terrorífica. Y Thurwar, una mujer, estaba en la cima del averno que habitaba. Pistolín clavó la vista en la hoguera.

—¡Qué oportuna! —dijo al fin—. La mujer mágica, hasta el cuello de los cadáveres que ha matado, decide que todos deberíamos bajar la guardia y hacernos mimos, justo antes de que se marche a ver mundo sin nosotros.

Ahí estaba. La esperada lucha de poder. Y Walter Agua Mala ya había dado un paso atrás, igual que Rico Muerte.

—Estoy mucho más cerca de ser Liberada que tú y lo que intento decirte es que es la mejor forma de conseguirlo. Es más calidad de vida y una estrategia mejor.

—Así que esas tenemos. Vamos a ser una gran familia. Las únicas personas a quienes sabemos que no vamos a tener que enfrentarnos ahí fuera somos nosotras. Nada de violar, nada de matar, nada de robar y nada de nada —dijo Staxxx.

Thurwar notaba calor en el pecho. Esperó un momento y fijó los ojos en Puddles y habló despacio:

—Nada de violar, nada de matar y nada de nada.

—Ya te he oído, pero a tomar por el culo —soltó Puddles

con la boca llena de arroz con salsa de carne—. Ya sabes que ese cabrón, que según tú era un profeta del bien, mató y violó y es el motivo por el que estaba aquí, para empezar. Da igual que fuera en plan colega, no cambia nada. Aquí todos nos lo merecemos.

Thurwar se preguntó si estaría de acuerdo. Sabía que, por lo que a ella respectaba, el Circuito, la constante amenaza de la muerte, el dolor y el sufrimiento eran más de lo que se merecía.

—Se acabó —dijo.

El horror que causabas te pertenecía para siempre.

—Me importa una puta mierda qué clase de…

Staxxx lanzó a *Treta de Amor* adelante, como si fuera la cola de un escorpión. Se movió hacia Pistolín Puddles con una velocidad letal, pero de alguna forma fue capaz de, en mitad del ataque, girar la cuchilla para que el lado romo apuntara al hombre. Luego frenó el golpe para que el reverso de *Treta de Amor* le besara el cuello a Puddles con fuerza. No había nada que Staxxx no pudiera hacer con la guadaña y cada movimiento era intencionado y preciso. Con *Treta de Amor*, no cometía ningún error. Todas las HCM se arremolinaron en torno a la acción. Una tos de arroz con salsa de carne le salió volando de la boca a Puddles. Los Eslabones observaron.

—Lo pillo —dijo Staxxx—. Te has asustado por un instante. ¿Y no habrías vivido un final triste y sin sentido?

Pistolín no se movió. Miró a Staxxx, con fuego en los ojos.

—Inténtalo si quieres. Me lo merezco tanto como tú y como Atardecer. Todos sabéis que ese hombre era un cabrón violador y asesino que se merecía morir de esa manera. Igual que todos los presentes nos merecemos lo que se nos venga encima.

—¡Joder, Puddles! ¡Cierra la puta boca! —gritó Mac.

—Acabad con él si es lo que quiere. A los demás nos parece guay hacer lo de la familia —intervino Sai Ay Ai.

—De ahora en adelante —dijo Staxxx, apartando la cuchilla

y dejando a Pistolín Puddles vivo y entero.

Staxxx le tocó el hombro y luego caminó hacia Thurwar. Le pellizcó el costado con el pulgar y el nudillo del dedo índice.

—¿No te alegras de tener esta regla nueva?

Pistolín Puddles se llevó la mano al ligero moratón del cuello. Se levantó y se dirigió a su tienda.

—Como decía. —Pistolín se dio media vuelta—. Eres oportuna de cojones. No hace ni una semana, uno de estos hijos de puta que quieren ponerse a cantar el *kumbayá* mató al mismo hombre al que todos reverenciáis.

—A propósito… —comenzó Staxxx. Había dado un paso adelante y la hoguera la iluminaba como si fuese un foco—. Tengo que deciros una cosa —dijo. Parecía no saber adónde mirar al hablar—. Yo maté a Atardecer Harkless.

Emily se puso de pie en su piso y exclamó:

—¡Ay, la hostia!

Sports Central

Tracy Lasser se sentó a la mesa, lista para hablarle al mundo.

—Opal optó por partir de Oxenfurt con un optómetro.

Miró a la cámara una vez y luego practicó cómo pasar despacio a la cámara dos, un movimiento que Lee, el director del plató, la había obligado a repetir más y más en las semanas previas a aquel momento. Las semanas previas al día en que su sueño se cumpliría.

—Tres tristes tigres tragaban trigo en un trigal. Opal optó por partir de Oxenfurt con un optómetro.

Midió las palabras, trató de vocalizar cada una lo justo. Se tiró del vestido que llevaba puesto. Se le ceñía un poquito a las caderas, pero coincidió con el estilista del estudio, Tom, en que brillaría en pantalla; era una prenda tostada que le resaltaba la silueta con toques granates. El pelo también se le veía bien. Había sabido que aquella peluca, una hecha a medida que le había costado más que un mes de alquiler, iba a ser parte de su debut, su compañera. Había llamado a la peluca *Stella*.

Volvió a girar la cabeza a la cámara uno, *Stella* seguía sus movimientos magníficamente.

—Tres tristes tigres tragaban trigo…

—No te preocupes, lo vas a hacer bien —dijo Elton Vashteir, su otro compañero de debut, sonriéndole a su manera. Una sonrisa que decía «puedo resolver la mayoría de mis problemas mirando a la gente con esta cara».

—Gracias, Elton —contestó Tracy.

Cerró los ojos y se imaginó a sus padres reunidos ante la pantalla del proyector de retransmisiones en Old Taperville. Los mismos padres que le habían pedido al colegio una copia de los boletines matutinos que ella había leído en sexto. Los que le habían organizado una fiesta la primera vez que había informado desde la línea de banda para una cadena local. Y ahora iban a ver en SportsViewNet cómo presentaba *Sports Central*, el programa deportivo número uno de Estados Unidos, o eso decían todas las sudaderas que les había enviado a casa. Había pasado mucho tiempo queriendo que se sintieran orgullosos y, ahora que el momento estaba a punto de llegar, se le revolvió el estómago.

Justo antes de marcharse a trabajar, había sentido un pánico tan fuerte que pudo oír cómo la sangre le tamborileaba en las orejas; parecían las aguas de un río embravecido. Por acto reflejo, había ido al teléfono y, al cogerlo, vio que tenía una llamada de su padre. Con solo ver la notificación disminuyó el sonido del flujo de sangre. Había dejado el teléfono en la mesa y había dicho:

—Establece la conexión por holovisión.

Y allí apareció la cara de su padre.

—¿Estás lista? Estoy llamando.

Había observado cómo su padre le gritaba a alguien a quien no veía, pero sabía quién aparecería allí con él.

—Espera un momento.

La voz de su madre se oyó con claridad, aunque seguía sin poder verla.

—Bueno, pues ya he empezado. Ay, ¿qué diablos es eso?

Su padre entrecerró los ojos y miró el proyector, intentando asegurarse de que se veía bien y lo podían ver.

—¿Quién te ha dicho que fueras y empezaras? —dijo su madre, según aparecía su rostro junto al del padre.

—Intentaba ponerlo en marcha para que no se nos hiciera

tarde. Ya funciona, creo, así que no la líes.

—Ya la has liado bastante —sentenció su madre, y los dos se quedaron mirando fijamente a su hija—. Hola, cariño —dijo su madre.

—Hola, Prisas —dijo su padre con una gran sonrisa en el rostro.

Al principio, Prisas se había convertido en el apodo de Tracy porque de niña se había dado prisa en enfadarse y prisa en pelearse. Nadie de su pueblecito en el quinto pino se metía con Tracy porque todos sabían que se daría prisa en soltarles un sopapo. Le funcionó hasta que le empezaron a gustar las carreras de doscientos metros y de cuatrocientos metros en el instituto. Por aquel entonces, ella era a quien entrevistaban los reporteros por batir el récord con el equipo de relevos.

—Hola, mamá. Hola, papi —los saludó.

—¿Qué pasa, cariño? —La voz de su padre se oyó con claridad por el proyector.

—No pasa nada. Solo estoy emocionada. —Con cuidado, se secó un poco la humedad debajo de los ojos para que las lágrimas oscuras no le mancharan la cara.

—Bueno, sabemos que es mucha presión, pero te queremos. Sabemos que lo harás fenomenal —afirmó su madre.

—Gracias, mamá —dijo Tracy. Ya lloraba a lágrima viva. Tenía tiempo de volver a maquillaje y empezar de cero. Se tapó la cara para que sus padres no la vieran—. No sé —murmuró.

Solo pensarlo era una locura. Aquel sueño que había tenido desde hacía mucho tiempo, uno que había tenido desde que se reventó el ligamento lateral interno en los relevos de South New Florida y su carrera de deportista había terminado. Por fin iba a suceder.

—Oye, Prisas, eres lo bastante buena como para no preocuparte por nada. Ya estamos orgullosísimos de ti.

Cuando hablaba su padre, Tracy siempre se sentía mejor. Pero hoy sus palabras solo conseguían que se sintiera peor.

—Pase lo que pase, estamos contigo, cariño. Te va a ir genial.

—Gracias, mamá.

—¡¿Y yo qué?!

—Gracias a ti también, papi.

—Te estaba tomando el pelo. Te queremos, ¿vale?

Se miraron. Tracy se obligó a sonreír.

—Solo estaba nerviosa, creo. Voy a volver a que me maquillen, ¿vale?

—¡Vale! —respondieron sus padres al unísono, dejando claro que ellos también estaban nerviosos.

—Hablaremos después de que les des las noticias a todo el mundo —dijo su padre.

—Pero ¿por qué dices eso? La niña te lo acaba de explicar, pedazo de…

—¡Adiós!

—Te queremos —volvieron a decir sus padres a la vez.

Ella hizo un gesto de despedida con la mano y la holovisión terminó. Luego fue a que la maquillasen y la pusieran a punto.

Había pasado mucho tiempo trabajando para estar allí. Iba a tener un buen aspecto.

Sentada a la mesa principal de *Sports Central* con las cámaras uno, dos y tres enfocándola a ella y a Elton, Tracy se esforzó al máximo en no vomitar.

—Tres tristes tigres tragaban trigo en un…

—Te lo prometo, lo vas a hacer bien. No te estreses. Sabes leer y ya lo has hecho genial. La única diferencia es que esta vez te observa todo el mundo. Pero cálmate. —Elton se acercó a ella en la silla giratoria—. Estoy aquí, contigo. —Le tocó el muslo y le masajeó arriba y abajo el tejido del vestido—. Me encanta

cómo te queda, por cierto. Te queda genial.

Tracy miró a Elton y notó cómo el miedo se transformaba en enfado.

—Estoy tranquila —dijo, y se enderezó, quitándole la mano de un empujón.

Le había dejado claro la primera vez que le había masajeado los hombros «de manera amistosa» que no quería que la tocara. Y dejárselo claro no había servido de casi nada para cambiar aquel comportamiento. De hecho, durante los últimos meses que había pasado ensayando en el plató, él le había dejado más que claro que, mientras él fuera el mismísimo Elton Vashteir, iba a hacer exactamente lo que le placiera. Por el momento, consistía en tocarla de refilón y masajearla de manera amistosa, pero quedaba claro qué era lo siguiente.

—Estamos en directo dentro de cuarenta segundos —la avisó el director al oído.

Tracy asintió con la cabeza mientras Elton volvía rodando a su sitio a un metro, delante de sus apuntes.

Ella también tenía apuntes y su propio lápiz óptico. Era la presentadora de *Sports Central*. La segunda mujer negra en las décadas de historia del programa.

Examinó los apuntes delante de ella. No le sorprendió ver el nombre de una vieja amiga en las noticias de última hora. Una vieja compañera de equipo. Parpadeó deprisa. No iba a llorar, aunque quería derrumbarse.

—Veinte segundos.

Pensó, durante la cuenta atrás, en lo que significaba amar el deporte, lo que significaba recibir un relevo y correr. Ser parte de un equipo. Le había encantado lo que suponía desear algo con tantas ganas. Le había encantado correr lo más rápido que podía. La sensación de dar con la línea de meta y mirar atrás, sabiendo que lo que quedaba en la pista era lo único que tenías. Y le

encantaba cómo en las victorias o en las derrotas se podían descubrir avenidas hacia el crecimiento. ¿Quién era mejor? ¿Tú o yo? ¿Ellas o nosotras? ¿Yo ayer o yo hoy?

La carrera de relevos de cuatrocientos metros era el culmen de la mayoría de los torneos. Había querido ser la última relevo el último curso y, en cambio, había sido la tercera.

—Diez segundos para el directo.

La última, la persona a quien le había pasado el relevo, era una deportista sobrehumana. Una chica que era tan rara y peculiar, incluso en el instituto, que casi todos los que la conocían la querían. Su talento la convertía en la joya del distrito.

En las carreras de relevos de South New Florida, durante el último curso, a Tracy le habían entregado un buen testigo. Un intercambio a ciegas. Extendió la mano y confió en su compañera de equipo. Sintió el metal suave en la palma de la mano y, luego, salió volando. Dura y pesada. Dejando todo en la pista. Pero a unos trescientos metros…, un crac en la rodilla derecha. Su velocidad se fundió en una cojera. Le suplicó al cuerpo que se moviera, pero se negó. Vio cómo las espaldas de las demás chicas pasaban zumbando y la dejaban atrás. Se había roto un ligamento, pero pasaría un rato sin saberlo. Todo lo que sabía entonces era que no iba a ser la persona que había esperado, nunca más. Pero incluso cuando todas esas chicas salían volando, su compañera, la última relevo, Hamara Stacker, fue corriendo hacia ella, tiró de ella, la llevó a hombros y cargó con el peso de Tracy. Bajó a Tracy cuando hubo terminado con el tercer tramo y le dijo:

—Joder, tía. No tienes que ir tan rápido. A ver qué puedo hacer.

Y echó a correr. Y, de alguna manera, había hecho sonreír a Tracy, incluso cuando el dolor de la pierna creció hasta volverse

real; incluso aunque, por supuesto, hubieran perdido y las hubieran descalificado. Incluso aunque no quedara nada que ganar, Hammy acabó la carrera. Los sanitarios ya se ocupaban de Tracy antes de que Hammy cruzara la meta; aun así, Hamara había encontrado una forma de llegar a la ambulancia para decirle adiós con la mano antes de que cerrasen las puertas y Tracy se quedara sola con la segunda entrenadora y los sanitarios.

—En directo dentro de cinco, cuatro, tres, dos…

—Hola y bienvenidos, buenas gentes, a *Sports Central* —comenzó Elton—. Ha sido una semana ajetreada en el mundo de los deportes y, como habrán imaginado, hay un par de mujeres dominantes que hoy llevan la delantera. Pero antes de hablar de eso, quiero que le den la bienvenida al equipo de *Sports Central* a otra mujer increíble.

—Gracias, Elton —contestó Tracy. Tenía dos frases de introducción antes de pasar a recapitular los últimos combates a muerte—. ¡Menudo sueño es hablar de deportes en este plató! Es un honor estar aquí. —Miró a Elton y él sonrió para ella, para el país. Tracy se giró hacia el teleprónter—. Y, como ha dicho Elton, hoy vamos a empezar con las hazañas de Loretta Thurwar y la mujer a quien conocen como Huracán Staxxx.

En el monitor dos se veía un vídeo de cómo Staxxx le hablaba a la muchedumbre. Se suponía que Tracy iba a comentar los vídeos del resumen, que iba a continuar viéndose en la televisión.

—Lo curioso es… —dijo Tracy, y de inmediato notó cómo cambiaba la energía del plató— que conocí a Huracán Staxxx muy bien. Era una gran amiga mía. La llamábamos Hammy. Era una de las mejores deportistas que he conocido. Pero a lo que se dedica ahora, lo que este programa os dice que es un deporte…, no es deporte.

»Quería formar parte de este programa para hablar de hazañas, no de asesinatos, de linchamientos ni de muertes. Pero, durante los últimos meses, este programa con el que me he pasado años soñando ha adoptado la práctica de emitir justo eso: asesinatos, linchamientos y muertes. Esperaba que fuera una fase que pasara deprisa. Me equivoqué. ¡Vergüenza debería darte, *Sports Central*! Me llamo Tracy Lasser.

Los vídeos habían terminado y a la cámara no le quedó otra opción que volver a enfocarla a ella.

—Y me declaro en solidaridad con aquellos que, por todo el país, se han manifestado en contra de los llamados deportes de acción dura. Apoyo la derogación de B3 y los llamados deportes de acción dura, igual que apoyo el fin de la pena de muerte. Luchamos por una sociedad más humana. Gracias por su tiempo.

Se levantó. Elton se quedó con la boca abierta. Luego se volvió hacia la cámara.

—Bueno, vaya forma de debutar. Siempre pasa algo interesante en *Sports Central*.

—Vete a la mierda, Elton —soltó Tracy, y se marchó caminando del plató hacia el camerino, hacia el resto de su vida.

Esperó al sonido de la pausa publicitaria.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —chilló Elton en cuanto dejaron de emitir en directo—. ¿Qué cojones acaba de pasar aquí?

Tracy fue a recoger sus cosas. Y cuando se fue del plató, con lágrimas en los ojos, sonreía porque, a la hora de la verdad, había sido justo quien había esperado ser.

Baño con sales

A-Hamm miraba a Thurwar, esperaba que les dijera qué hacer. Thurwar miraba a Staxxx, con la verdad acerca del asesinato de Atardecer Harkless flotando en el aire que las separaba.

—¡Vaya! Parece que doña Paz y Reconciliación no creía en el tema la semana pasada —dijo Pistolín, riendo—. Pero, mira, no me enfado contigo. Como dije, era un hijo de puta. Igual que la mayoría de los que estamos aquí de charleta.

Thurwar pensó en Atardecer. Había visto cómo lloraba por la vida que había perdido, por su hija, a quien había cogido en brazos y estaba seguro de que ya no se acordaba de él. Había visto cómo el país llegaba a quererlo al abrirse un camino de sangre con la espada. La noche que asesinaron a Atardecer Harkless, Staxxx le había dicho que la había pasado con Randy Mac.

Thurwar se puso de pie con el rostro ilegible.

—¿Por qué? —preguntó.

Staxxx la miró a los ojos, aunque pareció que le costaba.

—No me siento orgullosa. —Soltó a *Treta de Amor* en el suelo y dio un paso hacia los Eslabones—. Yo también quería a Atardecer. Estábamos tomando el aire y charlábamos sobre la Alta Libertad.

Thurwar se acercó más a la hoguera. Quería verle la cara a Staxxx mientras contaba la historia de cómo había matado a su mejor amigo. El aire era seco y cálido. La hoguera le proyectaba sombras bailarinas a Staxxx en la mandíbula. Thurwar asió a

Hass Omaha; la ayudaba a navegar por sus sentimientos. Hasta cierto punto, no era nada sorprendente. No había querido pensar en ello directamente, pero no le había quedado claro quién, aparte de Staxxx, podría haber pillado por sorpresa a Atardecer.

—Todos sabéis que éramos colegas. Pues sí, salí con él, le estaba hablando del final de todo esto y del mundo que hay después y… —Staxxx recorrió el grupo con la mirada. Los ojos le brillaban por las lágrimas—. Lo siento, pero tenía que hacerlo. Espero que podáis entenderlo.

Thurwar sabía que le tocaba hablar primero y sabía que lo que dijera los ayudaría a pasar la noche.

—¡Es acojonante! —exclamó Pistolín Puddles—. La señorita Amor se carga a un pavo y sorpresa, sorpresa, ni siquiera…

—¿Sientes… que no te quedaba otra? —preguntó Thurwar.

—Sabes que lo quería, Lo —dijo Staxxx.

—¿Y ahora qué? —preguntó Puddles—. ¿Qué pasa ahora que todos somos una gran familia feliz y una hija ha matado a papi?

Staxxx miró a Pistolín. Cogió a *Treta de Amor* del suelo y, con el mismo movimiento, se secó las lágrimas en el brazo forrado de tiras de cuero.

—Eso es. La verdad nos liberará —dijo Pistolín.

Se sacó tres cuchillos arrojadizos del abrigo. Se puso uno en la boca, sujetó la hoja con los dientes y cogió los otros dos con sendas manos, listo para lanzarlos.

—Haz lo que quieras, que yo haré lo que quiera —dijo con los dientes apretados.

—Como le lances un cuchillo, morirás hoy —le advirtió Thurwar.

Miró a Hielo Hielo el Elefante y a Randy Mac, y ellos se levantaron. Randy apuntó a Pistolín con el tridente y Hielo se

rozó con los dedos la cadena que le rodeaba la cintura; los dos inclinaban el cuerpo hacia Pistolín.

Staxxx negó con la cabeza.

—Acabamos de acordarlo. Si me lanza un cuchillo al ojo ahora mismo, no vais a matarlo. Ya no nos comportamos así. Desde ya mismo. Siento lo de Atardecer. Lo juro.

Después, Staxxx les dio la espalda y entró en la Tienda de la Reina, arrastrando la guadaña detrás de sí.

Sai se había levantado, se había interpuesto entre Pistolín y Thurwar y miraba a la última como para decir «Haznos una señal y bo-rramos del mapa a Pistolín Puddles». Thurwar miró a todos los ojos que la observaban e intentó no imaginarse los ojos que la contemplaban por todo el mundo.

—No lo toquéis —dijo. Sus Eslabones no se movieron. Se quedaron listos, a la espera de que Pistolín hiciera algo a lo que pudieran responder—. He dicho que no —repitió Thurwar, y sus Eslabones siguieron observando a Pistolín, pero relajaron el cuerpo para mostrar que la habían oído y solo se iban a mover si él daba el primer paso.

—Putas ovejas —masculló Pistolín Puddles.

Soltó el cuchillo de la boca y lo cogió, para después guardarse los tres en el abrigo largo y dirigirse a su tienda.

Todos se sentaron, excepto Thurwar.

—¡Joder! —chilló Rico, tratando de espantar el pánico con unas risas.

—¡Cállate! —dijo Randy Mac.

—Vale, pero no me hables así. —Rico sacó pecho.

—¡Cállate, Rico! —lo amonestó Thurwar.

—Vale —dijo Rico, que se desinfló al dar un bocado al sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada.

¿Y ahora qué? Ahora que todos la miraban, ¿qué?

—Bueno —comentó Sai al cabo de un rato—. Las dos

habéis hecho un buen trabajo hoy en la palestra.

—Era un crío —dijo Thurwar.

—Cada Campo de Batalla cuenta —afirmó Sai.

Era lo mismo que Thurwar le había dicho a Sai hacía mucho tiempo, después de que le hubieran obligado a destrozar a una persona que apenas podía caminar y se asustara mucho.

Thurwar asintió con la cabeza.

—Staxxx lo ha petado —comentó Rico, animándose un poco y con la boca pegajosa de masticar el sándwich.

—Staxxx hace lo que sabe —dijo Randy Mac.

—Es por la preparación —respondió Thurwar.

Notaba cómo la Cadena les daba un respiro a Staxxx y a ella. Notaba los placeres de la lealtad y el poder y cómo iban a lograrlo, así que no tendría que hacer nada de nada.

Aun así, hasta la palabra «preparación» le recordaba a Atardecer, que había estudiado tanto a todos y cada uno de sus oponentes antes de los combates que para él eran de la «familia». Thurwar lo ayudó a diseccionar los vídeos de las peleas que compraba con los Puntos de Sangre. Y también examinaba los vídeos de los demás. Ella, Atardecer y Randy Mac habían visto los vídeos del último contrincante de Randy, Glaciar Reme, y Atardecer le había dicho que esperase hasta que Glaciar se cansara antes de ir a matar. Y, de hecho, cuando Randy le había clavado el tridente a Glaciar en el costado, el hombre jadeaba de extenuación tras haberse pasado un buen rato persiguiéndolo con las cimitarras.

Y ahí estaba Randy ahora, actuaba como si fuera agua pasada. Y quizá lo era, porque quería a Staxxx, igual que ella. No sentía nada de la tranquilidad que Randy parecía mostrar, mientras descansaba apoyando los codos cerca de la hoguera.

Quería hacer algo, pero todas las formas que conocía de honrar la muerte, todas las formas de honrar la muerte que todos

ellos conocían, conllevaban más muerte, y no era una opción.

Se dirigió a su tienda.

Staxxx se empapó de agua caliente y sales de Epsom. Dejó que se le cerraran los ojos. Oía cómo Thurwar se meneaba y aplastaba el aire al guiar a *Hass* durante uno de sus ensayos, con cuidado de no dar a las paredes de la gran tienda, pero seguía siendo igual de letal al practicar. Staxxx no creía que fuera el momento oportuno de ensayar ataques.

—Estás enfadada —observó Staxxx, dejando que el cuerpo se le sumiera en la calidez.

Trató de inspirar la sensación de hacer una cosa buena y justa y difícil que nadie más entendía. No se preguntaba si se había equivocado, se preguntaba por qué su destino era hacer tantas cosas duras y difíciles. Las cámaras flotantes la observaban.

Thurwar dio un golpe de revés y Staxxx notó cómo la brisa que había levantado le rozaba el contorno de la piel.

—Siempre estoy preocupada —dijo Thurwar. Su respiración era constante y controlada, aunque continuaba aplastando la nada que la rodeaba.

Staxxx intentó tragarse una pequeña carcajada y fracasó.

—No siempre estás preocupada —replicó—. Solo te lo decimos para que te relajes más.

Contempló a Thurwar.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Te lo acabo de contar.

—¿Por qué no me lo contaste cuando pasó?

—El Apagón había terminado, así que no podíamos hablar a solas. Y no quería distraerte antes de tu Combate Interrogante —aclaró Staxxx, inspirando y espirando con los ojos cerrados.

Todo aquello era cierto.

Thurwar dejó de practicar y se arrodilló despacio. Staxxx siguió sin abrir los ojos, aunque notaba cómo la cara de Thurwar se cernía sobre el borde del barreño. Thurwar ejercía una especie de presión solo con estar presente. Staxxx se había acostumbrado a amar aquella sensación, como si fuera un abrigo pesado, una gravedad espesa.

—¿No creías que me distraería al encontrarme muerto a mi mejor amigo? No tiene sentido. ¿Por qué no acudiste a mí?

—Creía que yo era tu mejor amiga —dijo Staxxx.

—Deberías habérmelo dicho.

—Tomé una decisión.

Dos HCM flotaban encima de ellas. Las luces que emitían centelleaban en el agua.

—Pues no fue una buena decisión.

Staxxx frunció el ceño. Entendía la frustración de Thurwar y, aun así, odiaba tener que explicarle lo que sentía de corazón a la mujer que mejor la conocía.

—Sé que parece que te lo pongo difícil.

—¿Parece? —repitió Thurwar, y a continuación—: Lo siento.

Staxxx abrió los ojos. Igual de impresionante que la presión que Thurwar solía ejercer eran los momentos en los que la retiraba. Cuando se permitía ser la luz para las personas a las que quería.

—Te pido que confíes en mí —dijo Staxxx.

—Sí, confío. Quiero confiar, pero no me apartes de una cosa así. Quiero que cuentes conmigo —insistió Thurwar.

Staxxx se levantó de la bañera. Las HCM trazaron espirales alrededor de su cuerpo desnudo.

—Tienes razón. Somos tú y yo. Debería habértelo contado antes —dijo Staxxx.

Abrazó a Thurwar. Thurwar protestó brevemente por la humedad y luego comenzó a despojarse de la ropa.

—Te preocupas demasiado —murmuró Staxxx mientras la ayudaba a desvestirse.

Ligera, desarmada, solo su cuerpo.

Fueron a la cama, fingiendo estar a solas. Aunque nunca lo estaban. Incluso aunque las HCM les flotaran a unos centímetros de la piel, se movían con tranquilidad, unas alrededor de otras; las humanas y las cámaras se habían acostumbrado a estar juntas. Despacio, Thurwar le acarició a Staxxx las caderas y bajó por los muslos. Staxxx se relajó en el momento presente mientras se besaban. Estaban juntas más allá de los pensamientos, sentimientos con sentimientos. Staxxx dejó que las manos adorasen las curvas de Thurwar, sus músculos y su cuerpo forjado por la muerte, también capaz de semejante suavidad. Thurwar movió los dedos entre las piernas de Staxxx y, antes de entregarse por completo al momento, ella esperó que Thurwar lo entendiera. Que Thurwar confiara en Staxxx igual que Staxxx confiaba en ella.

Thurwar miró a Staxxx a los ojos marrones y le besó la boca. Y luego cambió de postura. Pasó de las miradas hondas a Staxxx, examinarle la cara y saborear los detalles a un lugar más lejano, ya pensaba en lo siguiente que tenía que hacer, después de no pasar ni siquiera treinta minutos acostada con ella. Staxxx quería decirle «espera» y llamarla antes de que Thurwar se levantara, pero sabía que la otra mujer ya se había marchado. Thurwar no se daba muchas alegrías. A Staxxx le complacía ser una de las grandes excepciones. Le encantaba hacerle sentir a la gente aquello a lo que, de lo contrario, no tendrían acceso. Era lo que le encantaba, no tenía problema en admitirlo, como lo admitía

ante la muchedumbre antes de los combates. Sabía que estaba cambiando el mundo, incluso aunque fuera en el peor contexto posible, al hablarles a todas aquellas personas dolidas desde la parte más sincera de sí misma. Todo al servicio de su mensaje. Cuando había hecho piruetas y ganado a *Treta de Amor* en calidad de arma principal, cuando había eviscerado a la primera media docena de contrincantes, por fin lo había entendido. *La Liga de los Presos* era su propósito en la Tierra. Era un lugar para recordarle al mundo una cosa que había olvidado. Y para cumplir con tal propósito, necesitaba a Thurwar. Había sido obvio desde el principio.

Pero Staxxx, además de tener un propósito, también era una persona. Una persona que necesitaba que los demás se entregaran a ella. Una persona que necesitaba que la cuidaran y la quisieran. Y Thurwar se dedicaba a ello, pero solo lo justo para asegurarse de que Staxxx no se sentía vacía; nunca lo suficiente como para llenarla.

Staxxx observaba cómo Thurwar se levantaba y cogía un rollo de tiras de cuero. Despacio y con cariño, se lo enroscó en el antebrazo izquierdo. Sentir cómo la mezcla de tejidos grises te apretaba la piel te ayudaba a concentrarte. Era un recordatorio de que no tenías el lujo de prepararte. La «preparación» tenía que vivir dentro de ti. Las tiras de cuero transpiraban, pero no lo bastante para que fueran comodísimas. Aun así, los Eslabones que se las podían permitir las llevaban la mayor parte del tiempo que pasaban en el Circuito. Solo podías comprar unos pocos metros cada vez, así que la mayoría se las enrollaba en un brazo, quizá ambos, y convertía los antebrazos en escudos.

Se contuvo. Era uno de los poderes de Thurwar. Un instante podías transitar la sensación de amar y que te quisieran y, al siguiente, te marchabas con ella y te ponías a pensar en el juego. A pensar en cómo el cuerpo tenía que sobrevivir. Thurwar

llevaba las tiras de cuero en un brazo, en un muslo y a la cintura. Era una de sus muchas costumbres que le copiaban unos cuantos Eslabones de todas las Cadenas.

A Thurwar le obsesionaba entrenar. Todos lo sabían. Era el motivo por el que se había convertido en quien era. La Madre Sangre. La Colosal. Staxxx lo entendía bien. Pero ver cómo se vestía y blandía el martillo tan pronto… era doloroso. El cuerpo solo era una parte de lo que tenía que sobrevivir a los juegos.

Staxxx se levantó y dio con el camino de vuelta al barreño. Le habían interrumpido el primer baño.

Abrió el grifo y el agua fluyó con rapidez al barreño desde un depósito a unos metros del Campamento. Esa agua iba a otros tres barreños que había fuera y a dos mangueras comunes. Las mismas estaciones de higiene existían en todos los Campamentos, además de tres o cuatro grifos de agua potable.

Staxxx cerró los ojos y dejó que el calor se adueñara de su cuerpo hasta que oyó cómo el agua caía al suelo. «¡Qué derrochadora!», pensó. Luego abrió los ojos para mirarse el resplandor verde de las muñecas. Un recordatorio constante de que no les debía nada. Se rio con todo el cuerpo y dejó que se acumulase más agua y rezumase por el borde del barreño. Observó cómo la HCM orbitaba despacio alrededor de ella, como si fuera una luna. La segunda oscilaba entre ella y Thurwar.

—No os debo nada —dijo Staxxx. La HCM se acercó flotando—. Nada más que amor —concluyó.

Volvió a cerrar los ojos y dejó que el agua burbujeante la abrazara. Oyó cómo se acercaba Thurwar. Los pasos suaves sobre el nailon.

—Me preocupo porque alguien ha de preocuparse —dijo Thurwar.

Staxxx notó cómo la miraban los ojos marrones de

Thurwar antes de abrir los suyos. Thurwar se plantó encima de ella, respiraba hondo y el sudor se le perlaba en las sienes.

Staxxx notó que la atravesaba un escalofrío, a pesar del agua caliente. Le encantaba cómo Thurwar le hacía sentir con solo una mirada.

—Hemos hecho lo correcto. Ya veremos cómo va —dijo Staxxx. Notaba cómo ella misma hacía una mueca y sonreía—. No quiero sentir que… es una carga extra en tu esprint final.

Thurwar dio dos pasos hacia la cama y dejó a *Hass Omaha* en el suelo. No hablaban del final. Eran guerreras en un viaje que continuaba hasta que fueran Liberadas. De una forma o de otra. Con la Alta o con la Baja Libertad. Pero, de alguna manera, allí estaban. Quedaban dos semanas.

—En cualquier caso… —Staxxx procuró que la voz le sonara soñolienta y relajada—. Este nuevo camino es una garantía. Ahora hay unos estándares. Y si somos buenas aquí, somos buenas en todas partes.

—Lo sé —asintió Thurwar—. Solo quedamos cinco.

—Las gigantes.

Y, aunque no debería haberle molestado, Staxxx notó una punzada de dolor en el pecho al verse excluida del grupo en el que Thurwar pensaba. Aun así, en las Cadenas activas que había en el Circuito solo quedaban cuatro Eslabones con el rango de Colosal, aparte de Thurwar. Después de la siguiente victoria, Staxxx se iba a unir a esa estimada categoría.

—Nosotras, las gigantes —dijo Thurwar.

—Es lo mejor para todas nosotras —respondió Staxxx, y cerró los ojos.

Thurwar empezó a quitarse la ropa otra vez. Cuando se desnudó, se sirvió de la alcachofa de ducha conectada al barreño para asearse. Se secó y se encaminó hacia la ropa fresca y limpia que le habían dejado. Unas prendas con el martillo y la copiosa

cesta de fruta. En calidad de cortesía, los productores dejaban juegos de ropa para Staxxx tanto en la tienda de Thurwar como en la de Randy Mac, para que nunca tuviera la tentación de ponerse la parafernalia de una empresa que aún no la había patrocinado.

Staxxx no cambió de expresión. Se miró los brazos y vio los nombres. Kitty la Despiadada era la x del bíceps y Higgs *Avalancha* Letupe, la del antebrazo; sobre la rodilla, una gruesa raya negra se cruzaba con otra en honor de la mole de hombre que había sido el Oso. Todos habían hecho muchísimas cosas. Aquel era su propósito, darles sentido a esos horrores. ¿Y había alguna diferencia entre el Oso al que había despedazado aquella mañana y Pistolín Puddles, a quien a punto había estado de partir en dos hacía una hora? ¿Era una asesina o el mundo la había convertido en una?

—Sí —murmuró para sí misma.

—¿Qué?

—La defensa propia y legítima es otra cosa —dijo Staxxx en alto y con aspereza.

—Eso digo —dijo Thurwar—. Ya somos buenas.

—Bueno, así quedará bien claro. No debería ser muy difícil.

Staxxx miró a Thurwar y luego la HCM, que en el código de los Eslabones significaba «no dejes que te vean así» o, en ese caso, «no dejes que te conviertan en lo que no eres».

—No le des más vueltas. Lo vamos a intentar, nada más. Les vamos a recordar a todos que son importantes, unos diamantes. Mejores que los diamantes.

Thurwar intentó no poner los ojos en blanco.

—Te digo que podemos demostrar que en el fondo somos, no sé, prístinas. Solo nos tapan un montón de capas de mierda. En el interior resplandecemos. Es lo que les podemos decir. Y te

escucharán porque se lo dirás tú. Eres la madre de esta familia. Yo solo soy la tía loca barra amante. Tú decides cómo jugamos.

Thurwar pensó que, si todos eran así de prístinos, ¿de dónde salían todos aquellos horrores? Se quedaron en silencio y Staxxx vio cómo Thurwar parpadeaba por lo que acababa de decir.

—Y lo siento, por cierto. Siento lo de hoy, lo del chaval —dijo Staxxx—. ¿Cómo te encuentras?

Se protegían una a otra de una miríada de formas. Esa era una de ellas.

Thurwar se puso una bata con el logo del martillo de LifeDepot™ bordado en el pecho. La HCM que rebotaba entre ellas se le acercó más para conseguir un encuadre óptimo del logo antes de alejarse y volver a oscilar entre las dos.

—Me encontraba bien, físicamente. Estaba lista.

—Ajá.

Staxxx se incorporó en el agua. Una HCM captó cómo le goteaba el cuerpo.

—Y por eso… —Thurwar se volvió hacia la HCM, indecisa. Respiró y luego habló como si dijera «esta verdad sí la voy a compartir»—: Estaba enfadada. Me sentía engañada. Estoy…

Staxxx salió del barreño, se secó y se tapó con una toalla.

—No necesito ayuda.

—Tiene sentido —dijo Staxxx—. Nadie quiere darle a un chavalín con un martillo en la cabeza. —Se sentó en la cama junto a Thurwar.

—Sí, y en especial yo no, porque no lo necesitaba. Pero además… —Thurwar se quedó callada.

—Pero, además, pues claro que te sentiste aliviada y medio contenta al no tener que preocuparte de ganar.

—Ni siquiera dejé que terminara de decir lo que fuera que

iba a decir —murmuró Thurwar. Se apoyó en Staxxx y se rio. La risa seca y plena que Staxxx sabía que le salía en los momentos en que otras personas habrían llorado—. ¿Por qué? ¿Por qué no le dejé hablar? ¿Por qué me dieron a ese crío?

—Supongo que querían ver si el crío podía hacerle un Thurwar a Thurwar.

—Supongo —concedió Thurwar—. Es una estupidez.

Y se acabó. Staxxx quería más, sabía qué le suponía a Thurwar cada combate en el Campo de Batalla. Sabía que, todas las veces, había una parte de Thurwar que esperaba fracasar. Y cada fracaso al fracasar era una herida reabierta.

—Vale —concedió Staxxx—. Nosotras dos —dijo, y volvió a cerrar los ojos.

Simon

Ese, i, eme, o, ene.

Me marcho. No creo que vaya a volver[18]. He visto cómo unos hombres se marchaban seis meses por contrabando[19]. No me van a pillar con la mercancía de contrabando[20].

Igual salgo.

No creo que vaya a volver.

Lo nuevo

«Otras dos» fue lo primero que pensó al despertarse. Al menos tendría que matar a otras dos personas. Otras dos veces tendría que defender su propia vida en el Campo de Batalla.

Thurwar era una colección de números y estadísticas. Números y estadísticas que ella, una Gran Colosal, definía y desafiaba. Una buena parte de su letalidad era la habilidad para entenderlos.

Al principio, cuando todavía era más civil que Eslabón, había atesorado los momentos en que casi podía olvidarse de su situación. Aquellos segundos por la mañana cuando, si las HCM no flotaban encima de ella para empezar el día, podía disfrutar de un dulce silencio y fingir que su vida era algo más que un entretenimiento brutal.

Miró a Staxxx, que apretaba la mandíbula mientras dormía, y le dio un beso en la frente. A ella se le relajaron los músculos tensos a los lados de la cara. Thurwar salió rodando de la cama, cayó al suelo y se lanzó a las primeras cincuenta flexiones del día. Con cada empujón a la tierra, hacía una especie de autoinventario. Se comprobaba la resistencia de los codos, el aguante de los hombros. Tensaba el abdomen con cada flexión y, al bajar, se resistía a la gravedad con una energía gradual. Una y otra vez presionaba el pecho contra el suelo de nailon. Aún seguía cansada, pero tenía el cuerpo tal y como lo necesitaba. Se estiró, arqueó la espalda y luego empujó el abdomen hacia el suelo, gato y camello, varias veces para calentar y relajar la

columna.

Cogió a *Hass Omaha* del suelo y se puso a hacer sentadillas. *Hass* tenía un mango de un metro de largo y, gracias a la aleación, era bastante ligero. La cabeza, aunque resultaba un tanto anacrónica, tenía la misma forma que un martillo cualquiera que podía encontrarse en una tienda de LifeDepot™, salvo que era ocho veces más grande. Dura y roma, con una cara de hierro que se afilaba y terminaba en una punta bañada en oro. Todos los días, pagaba Puntos de Sangre adicionales para poder llevar su arma principal consigo en la carreta; la mayoría de los Eslabones que podían permitírselo también pagaban por ello.

En total, Thurwar había acumulado suficientes Puntos de Sangre como para que, por lo que respectaba a las personas a quienes habían privado de una libertad básica, viviera bien. Contaba con dos comidas increíbles al día, la primera de las cuales le traerían dentro de unos —miró el dispositivo WaYTime™ que proyectaba en el aire el holograma de las 7:08 de la mañana— veintidós minutos. No se sorprendió. Se despertaba prácticamente a la misma hora todos los días. Intentaba no enfurruñarse consigo misma por desviarse un par de minutos del horario habitual. Sujetaba a *Hass* con los brazos extendidos, asía la base del cuello con la mano dominante y el final del mango con la izquierda.

Continuó haciendo sentadillas. De nuevo, una colección de datos. Una que se tornaba más y más macabra. Hacía un año, era capaz de hacer las cincuenta sentadillas con el martillo y la rodilla izquierda solo le empezaba a doler poco a poco mientras bajaba en la cuadragésima. Las piernas, en la vida antes y después de la cárcel y en el Circuito, eran su salvación. Se blande un martillo con las piernas y la espalda. Corres hacia los demonios, esprintas. Así era como llegabas a Gran Colosal. Pero ahora, desde la primerísima sentadilla, notaba ciertas molestias. Una

chispa de dolor que crecía y se relajaba un poco al calentar; después, volvía a crecer hasta que zumbaba con consistencia. Pero continuó. Por lo que podían apreciar los millones de personas que veían la retransmisión, Thurwar no sentía dolor alguno.

Iba a estirar más a fondo y luego se daría una ducha rápida. Pondría la mejor de las sonrisas cuando Staxxx se despertase sobre las siete y media. Intentaría que todo siguiera igual, aunque Staxxx hubiera matado a Atardecer, aunque se hubiera enterado de un devastador cambio de reglas para la trigésima tercera temporada gracias a la mujer de Vroom Vroom.

Se acercó al barreño. Staxxx pestañeó y luego movió los brazos frenéticamente, intentando dar con Thurwar.

—¡Aquí estás! —dijo, y apretó la almohada de espuma viscoelástica REMington™ Sleep Cannon™ donde Thurwar había reposado la cabeza por la noche.

Abrió los ojos.

—Ah, ¿creías que te buscaba a ti?

Staxxx asfixió la almohada aún más, la apretó con los brazos y las piernas del mismo modo que había apretado a Pincer Goreten al destrozarlo con cuatro puñaladas rápidas en el cuello y en un ojo. Staxxx llevaba la x de Pincer en el párpado izquierdo.

—Eres genial —dijo Staxxx—, pero me encanta el tacto de esta almohada.

Thurwar se rio, a pesar de todo. Costaba imaginar a una persona mejor o peor dotada para esa vida que Staxxx. Aparte de su obvia habilidad para despedazar humanos, era graciosa y siempre pensaba. Sabía que si, durante la Marcha, había un comentario o momento lo bastante bueno como para hacerse viral, al Eslabón responsable le concederían una reunión con la empresa que habían destacado y era probable que aquello

condujera a una oferta de patrocinio. El patrocinio conllevaba un mayor acceso (a veces en exclusiva) a las cosas que había que comprar con los Puntos de Sangre. Y a veces con descuento, lo que significaba que podías ahorrarte unos puntos. Más Puntos de Sangre significaban más vida. Staxxx entendía el juego. Era casi seguro que REMington™ la llamaría cuando llegaran a la siguiente Ciudad Foco.

—Boba —respondió Thurwar.

Abrió la llave para que el agua saliera de la alcachofa de la ducha, en lo alto. Se sirvió de un trapo que estaba fresco y seco y tuvo oportunidad de continuar con la inspección diaria. Se lo presionó contra los hombros, los bíceps y los tríceps, los costados y la nuca, en busca de algún dolor no registrado. Continuó con los estiramientos ligeros. Se movía despacio, evitando las HCM que seguían sus movimientos como sombras.

—Me follo a zorras y gano dinero —repuso Staxxx—. Y también te quiero.

—Pues vale —dijo Thurwar y, de nuevo, le perturbó la facilidad con que Staxxx era capaz de sacarla de su ensimismamiento y devolverla al mundo.

Staxxx se acercó rodando a su macuto. Para recogerse el pelo, se sirvió de una rasta gruesa y luego se lo protegió con un gorro de ducha que habían fabricado con ella en mente. Se cepilló los dientes y se enjuagó con agua embotellada. Cuando aún estaba Atardecer, solía cambiarles la tienda a Thurwar o a Staxxx y les dejaba la Tienda de la Reina, así que no era una gran novedad tener de todo en abundancia, aunque notaba cierta molestia y extrañeza por el hecho de que todo le perteneciera a Thurwar.

—No os olvidéis de las muelas, niños —dijo Staxxx.

Staxxx participaba en el juego como si fuera una parte natural y previsible de la vida. Le hablaba al público

directamente, le gastaba bromas que solo tenían sentido si seguías el programa interminable y se ganaba la popularidad con encanto, lo cual le granjeaba patrocinadores, que en última instancia la convertían en una Eslabón más letal.

Las dos HCM salieron zumbando. Se quedaron solas, sin cámaras a la vista. Había pasado mucho tiempo sin que Thurwar se sintiera observada en el Circuito. En lo primero en lo que pensó fue en la felicidad de estar a solas con Staxxx, sin que los ojos del mundo las contemplaran. Una oportunidad para contarle a Staxxx lo que había descubierto gracias a la mujer de Vroom Vroom. Aquel momento le valdría. La verdad se le posó en los labios, pero supo que, en cuanto hablara, nunca volverían a comportarse de la misma manera. Se tragó las palabras y, en aquel instante, se le ocurrió que fuera de la tienda tendría que estar pasando algo señalado, lo bastante para que las HCM las abandonasen a ella, que estaba desnuda, y a Staxxx, que se puso la bata, pues quedaba claro que se había dado cuenta de lo mismo que ella.

—Mierda —soltó Staxxx, y corrió a por *Treta de Amor*.

Y el momento, la oportunidad de Thurwar de contárselo a Staxxx, se desvaneció.

Salió del barreño de un salto, cogió una toalla y se envolvió el cuerpo con ella. Salió rápido, detrás de Staxxx. Fuera de la tienda, la hierba le abrazó las húmedas plantas de los pies y se le pegó a la piel mientras corría con el martillo en la mano.

Rico Muerte estaba cerca de la tienda más pequeña, cogía el hierro seis con las dos manos. Sai Ay Ai se había sentado a poca distancia de él, en uno de los tocones del Campamento. Con una mano blandía a *Knobkierrie* y, con la otra, a *Colmillo*. *Knobkierrie* era un bastón duro que estaba hecho de hueso y tenía una piedra redonda por cabeza. *Colmillo* era un trozo de madera más fina que contaba con un mango de goma. Sai había

actualizado de muerte a *Colmillo* hacía unas cuantas semanas, de modo que ahora le salían unos clavos retorcidos de la punta, como si fueran unos dientes afilados.

—¡Me importan una mierda esas gilipolleces! —dijo Muerte.

Sacaba pecho y blandía el palo de golf; los ojos le ardían, iban y venían a las miradas que se clavaban en él para luego concentrarse en Sai.

—Hola, chicos, ¿qué problema hay? —los interrumpió Staxxx.

Thurwar la observó con atención. Ya había una pelea. Por supuesto. Era estúpido pensar que podían contener todos los instintos de la historia humana con solo pedirles que se calmaran.

—Sai tiene que saber que no me ando con chorradas.

Staxxx miró a Rico. Habló como si estuvieran los dos solos en una sala, aunque el resto de la Cadena se congregó a su alrededor.

—¿Y por qué no me dices qué problema hay y lo solucionamos?

—Elle sabe qué pasa. Yo…

—Porque no vais a pelearos.

Thurwar se acercó un paso más porque sabía lo que Staxxx iba a decir a continuación.

—Solo pensar que vais a actuar en contra de lo que justo ayer dejamos bien claro es insultante, ¿sabes?

Staxxx giró despacio a *Treta de Amor*, de modo que la cuchilla apuntó brevemente en todas las direcciones. No dejó de girarla; trazaba el recorrido de una brújula que les sobrevolaba las cabezas en el aire húmedo de la mañana.

—No tengo ningún problema contigo ni con L. T., pero no voy a dejar que nadie me insulte como si fuera un crío. Con todo

el respeto y por mi madre, no lo voy a permitir.

Como si de repente le hirviera la sangre, Sai se levantó y su energía se oscureció.

—¡Basta de darle al palique! Me voy a cobrar los puntos de tu cabeza, tigre.

Sai habló sin tapujos, casi con aburrimiento, pero con la sed de sangre de una persona que pronto sería Segadora. Era un título apropiado para cualquiera que durase tanto en los juegos. El título previo era Culmen y resultaba obvio que en aquel momento estaba en lo más alto, a punto de convertirse en otra clase de homicida. A punto de desearlo, de ver la muerte como una herramienta de la que servirse en cualquier momento y lugar.

—Me gusta lo que intentáis poner en marcha, pero si quiere matarme, lo voy a matar yo —replicó Sai.

Randy Mac se asomó y echó un vistazo desde su tienda. Thurwar notó cómo le miraba a Staxxx el cuerpo y el albornoz. A más distancia de Sai y Rico, Hielo Hielo yacía en el suelo y usaba la mochila de almohada. Walter Agua Mala estaba cerca de la ducha común, tenía la piel rosada húmeda y resbaladiza.

—No me asustas ni una mierda —dijo Muerte.

—Lo siguiente que me vais a dar es una explicación clara.

Treta de Amor dejó de girar. Staxxx la soltó, de modo que la cuchilla se clavó en el suelo, entre Rico y Sai.

Thurwar observó a los tres y supo que lo único que querían todos era no pelearse. Al ser Eslabón, sin que importase el rango, el posible precio que se pagaba por una pelea era enorme. Incluso aunque ganases, era casi seguro que acabarías herido, lo cual conllevaba muchas más posibilidades de no sobrevivir al siguiente combate del Campo de Batalla. Era mucho mejor matar con rapidez que pelear. Aun así, de Rico emanaba una peste que arruinaba las vidas de los hombres y todo lo que tocaban. Necesitaba que lo vieran como a alguien fuerte, amenazante y

poderoso. No dejaba de debatirse por ello.

—Estaba a mi puta bola —comenzó Rico, y asió con fuerza el hierro seis—. Hablaba de cómo estoy hasta los cojones de ser el novato y que a lo mejor no vuelvo a comer mantequilla de cacahuete nunca más.

—Vale —dijo Staxxx.

—Y entonces, aunque estaba a mi puta bola y hablando con Hielo, Sai se pone a opinar. —Rico frunció el ceño mucho antes de imitar la voz grave de Sai—. «Más te vale preocuparte por lo que tienes que por lo que comes». Así que le dije «no te hablo a ti, joder» y se puso en plan «no le vas a hablar a nadie como no te andes con ojo», presionándome un montón. ¡A mí! —dijo Rico, envalentonándose. Se puso a clavar el palo en la hierba.

Staxxx miró los movimientos tensos y violentos y luego a Rico a los ojos. Dejó de apuñalar el suelo.

—¡Por Dios! Es lo que ha pasado, ¡Hielo lo ha visto! —insistió Rico.

Hielo Hielo el Elefante leía un libro; la lectura era una costumbre que acababa de adoptar de Sai Ay Ai. Por supuesto, Rico comprendía que Hielo Hielo y Sai Ay habían hecho buenas migas. Estaban casi en el mismo nivel e incluso habían peleado juntos en los combates de dobles. ¿Pretendería Rico, en cierto sentido, poner de manifiesto el hecho de que sentía que nadie estaba de su parte? Thurwar lo sopesó y observó.

Staxxx miró a Hielo, que dijo:

—Sí, básicamente.

Una confirmación que denotaba poquísimo interés en todo el tema.

—¿Quieres añadir algo, Sai? —preguntó Staxxx,

—No, es exactamente lo que ha pasado —contestó.

—Bueno, mira, ya se han puesto de acuerdo —se rio Mac desde las proximidades de la tienda.

—Tú te callas. —Staxxx volvió la cabeza hacia él durante un instante.

—Sí, señora —aceptó Randy Mac.

—Entonces, lo que dices es que… —empezó Staxxx.

—Lo que digo es que no soy gilipollas. Soy un Pipiolo, pero por algo se empieza. Puedo decir que no quiero comer más puñetera mantequilla de cacahuete el resto de la vida y me importa una mierda lo que quieran decir los demás —soltó Rico.

Pistolín Puddles había salido de donde quiera que hubiera estado y se plantó a solo una brazada de Thurwar. Le dedicó una sonrisa dentada y dio unos pasos hacia el resto del grupo.

Como pasaba en la vida civil, lo ruidoso y escandaloso solía ser menos preocupante. Era a los silenciosos a quienes había que observar con atención.

—Es sencillo —proclamó Staxxx.

—Sí, lo sencillo es que no soy un blandengue y se lo voy a demostrar si hace falta. Va en serio.

—Lo que iba a decir es que puede que te hayas cansado de ser el nuevo —continuó Staxxx—, al no tener un arma principal de verdad ni nada.

—El chaval ni siquiera tiene un arma principal de verdad —repitió Staxxx.

—Pues a cuatro hijoputas mis mierdas les parecieron de lo más principales y se ganaron la Baja Libertad con ellas —dijo Rico, sacando aún más pecho.

Staxxx siguió como si no hubiera oído a Sai ni a Rico:

—Y te ha sentado mal que te lo restregaran en la cara.

—No soy gilipollas.

—No creo que nadie intente demostrar lo contrario. Me parece que es un malentendido.

Staxxx apuntó a Sai Ay Ai con la guadaña. Era un gesto que solo se hacía al amenazar a otro Eslabón. Apuntar a otro con el

arma principal significaba que estabas listo y deseando matarlo. Aun así, con las reglas nuevas, el gesto era benigno, si bien resonó el eco de su significado previo.

—Sai, ¿crees que nuestro amigo Rico es, como él dice, gilipollas?

A Sai, de repente, le hizo gracia el numerito que había montado.

—Cualquiera que entre y salga del Campo de Batalla es más duro que la mayoría. Si lo consigues unas cuantas veces, pues bueno, no eres un mindundi.

A Staxxx se la veía radiante. Thurwar frunció el ceño. Echó cuentas. Nada de aquello (el estallido rápido y la resolución sencilla) parecía encajar.

—Bueno, pues listo —dictaminó Staxxx—. ¿Todos contentos?

El grupo observó a Rico.

—Para empezar, no me sentía presionado. Solo lo dejaba claro de una vez por todas.

Staxxx le puso una mano en el hombro a Rico. Él la contempló y se ablandó.

—Sí, no me voy a calentar más.

—¿Y tú qué? —preguntó Staxxx.

—Fríe como el hielo —dijo Sai, soltando la muletilla obvia y pegadiza de Hielo Hielo.

—¿Veis? No ha sido tan difícil.

Las HCM enfocaron a Sai y a Rico para ver si el conflicto estallaba de nuevo. Thurwar aprovechó la ocasión para hablar rápido con Staxxx, mientras ella pasaba a su lado caminando, de vuelta a la tienda.

—¿Cuándo? —fue lo único que preguntó.

Puso la cara rígida, ni siquiera movió los ojos. Casi de inmediato, una de las HCM comenzó a acercarse a ella.

—No sé de qué me hablas —dijo Staxxx, y despareció dentro de la tienda.

Cuando la HCM reafirmó su posición cerca de la sien de Thurwar, ella lucía una sonrisa ebria al observar cómo la Cadena aceptaba la decisión.

«Es el primer día de las normas nuevas —pensó Thurwar. El juego como tal la había recompensado con semejante consistencia que, al alejarse de la violencia con tanto dramatismo, se preocupó—. Tienes miedo», pensó sin rodeos, tan claro que lo habría dicho en voz alta de no ser porque siempre la observaban, de no haber necesitado guardarse algunas cosas para ella y solo para ella.

«Te da miedo lo nuevo. Te dan miedo las intenciones ocultas. Te dan miedo las sorpresas».

Thurwar se examinó la consciencia, respiró despacio y dejó que los sentimientos del cuerpo le aclarasen la mente.

«Te da miedo y odias que quizá hayan vuelto a hacer planes sin ti. Que Staxxx haya planeado una pelea de mentira sin ti».

El calor se le metía más y más en el pecho. Thurwar repasó el numerito entre Rico y Sai, porque era obvio que eso había sido. Por cómo habían estallado y se habían calmado con rapidez. Así no funcionaban las cosas. Staxxx debía de haber organizado la pantomima, un intento de reforzar la idea de que la Cadena era una familia. Pero la había organizado de una manera de lo más obvia y chapucera. Era impropio de ella.

La mañana después del anuncio.

Qué conveniente era que, de pronto, dos Eslabones populares tuvieran una rencilla que podría terminar fácilmente con uno de ellos muerto. Y qué conveniente era que Staxxx hubiera sido capaz de zanjar la disputa en un momento. Tendrían que haberla planeado. Pero ¿cuándo? Thurwar pensó que fue durante la última estancia en una Ciudad Foco y trató de formar

el puzle del itinerario de Staxxx.

«Te lo preguntas porque no confió en que tú la ayudases —pensó—. No te gusta que solo haya compartido contigo parte del plan».

«Además, igual estás paranoica».

«Igual estás paranoica porque también guardas un secreto».

«Igual es real».

«Igual conviene imaginar que es real».

Le quedaban otras dos semanas.

Otras dos peleas.

Intentó concentrarse en los próximos combates y no en lo que Staxxx había planeado o no. Al pensar en aquel lugar, el campo de la muerte, la invadió una especie de calma explosiva y confusa.

Desde la primera vez que Thurwar pisó el Campo de Batalla, notó cómo algo se desataba dentro de ella. Como una maldición. Una cosa que no solo la empujaba a luchar, a pesar de no sentirse digna de vivir, sino a prepararse con meticulosidad y de forma obsesiva. Había querido ser la mejor.

Parpadeó y miró al cielo. Se secó los ojos. Un enjambre de drones flotaba encima de los árboles y comenzó a descender hacia ellos. Otras dos peleas, la primera un combate de dobles con Staxxx, tras lo que Staxxx se convertiría en Colosal, y terminaría la trigésima segunda temporada. Y una vez que comenzase la trigésima tercera temporada, cambiarían las reglas.

«Te da miedo que Staxxx tenga secretos para ti porque tú también le ocultas uno».

Y el secreto era que, en cuanto comenzara la temporada nueva, ya no permitirían que dos Eslabones de nivel Colosal estuvieran en la misma Cadena. En cuanto comenzase la trigésima tercera temporada, obligarían a Thurwar a pelear contra la persona que quería, la mismísima Huracán Staxxx, el

día de su Liberación.

Thurwar observó cómo descendían los drones y se le hizo la boca agua.

Comida

La comida bajó flotando al suelo, cerca de ella. El dron que transportaba la caja de comida preparada contaba con tecnología magnética y antigravedad. Volaba con la misma tecnología que empleaban el Ancla y las HCM para volar. No hacía ruido al deslizarse por el aire y formar parte de una pequeña bandada de triángulos oscuros y lisos. De cada uno de ellos colgaba una malla en la que, a modo de bodega, transportaban las cajas con la comida.

Podía oír a Staxxx en la ducha mientras observaba cómo descendían, caían del cielo y luego planeaban con calma antes de depositar la carga en un círculo alrededor del Ancla, que flotaba encima de las ascuas de la hoguera de la noche previa. Randy Mac fue a por su cesta de un salto, con una sonrisa salvaje. Había pagado Puntos de Sangre para garantizar que su paquete diario era acorde al estatus de Segador: comida caliente y preparada por un chef de verdad. Cosas que solían saber bien, a veces incluso muy bien.

Hielo Hielo y Sai y Randy se apiñaron en torno al Ancla, apenas se movieron del lugar donde habían dejado la comida. Thurwar sabía que ellos eran el núcleo de la Cadena. Aquellos tres las habían pasado putas. Daba gracias por ellos y por cómo le permitían que los liderase. Incluso aunque Randy quisiera a Staxxx solo para él. Incluso aunque, quizá, Sai hubiera organizado en secreto una trifulca con Rico para sellar el nuevo decreto de Thurwar y Staxxx.

—Es la hora de comer. La mejor de todas —dijo Mac al llevarse su ración a un tocón para sentarse.

Randy Mac había pasado de estrangular hasta la muerte a los Pipiolos con un alambre de cobre a ser el Segador confiado del tridente. Ella lo había visto. Es más, lo había parido para que sobreviviera, igual que había parido a muchos de los demás.

Miró a Rico, observó cómo cogía un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, un tetrabrik de zumo de «vitaminas» y un plátano. Miró de refilón a Randy, a Hielo y a Sai, y luego empezó a caminar hacia la segunda facción de la Cadena: Pistolín Puddles y Walter Agua Mala. Pistolín prefería comer lejos del núcleo duro y Agua Mala, un hombre débil que probablemente no iba a durar mucho en esa Cadena ni en ninguna otra, nunca se había sentido atraído por el resto del grupo. Agua Mala acababa de poder permitirse más que el clásico sándwich de mantequilla de cacahuete y hacía aún menos tiempo que se dedicaba a pasar el rato con Pistolín. Se habían hecho amigos tras sobrevivir al último combate de dobles. Pocas cosas unían más a la gente que matar por parejas.

Agua Mala le había explicado a Thurwar que él «creía que la gente negra no estaba mal», pero que le había parecido que Pistolín era un tipo solitario a quien le vendría bien la compañía. Agua Mala se rascó la diadema morada y sonrió al abrir la cesta de comida. En calidad de Superviviente, probablemente tendría huevos, queso y tostadas. Tras unas semanas solo a base de mantequilla de cacahuete y mermelada, los huevos y el queso le sabrían a gloria.

—¿Estás presentable? —le preguntó Thurwar a Staxxx sin quitarle los ojos de encima a Rico, que caminaba despacio hacia Pistolín y Agua Mala.

—Nunca —respondió Staxxx.

—Creo que es la hora de desayunar con Rico —dijo

Thurwar—. Voy a llamarlo.

Era su trabajo. Atardecer y ella habían averiguado cómo controlar una Cadena juntos.

—¡Oh! —Staxxx sonó sorprendida pero contenta.

¿Ella tenía el control? Sí, e invitar a Rico les recordaría a los demás y a ella misma quién era.

—Sí —dijo Thurwar—. ¿Por qué no?

—Vale.

Thurwar oyó cómo el agua dejaba de fluir.

—Llámalo.

—¡Rico! —exclamó Thurwar.

Estaba a unos pasos de Pistolín y Agua Mala.

—¡Ven a desayunar conmigo!

Era probable que Rico sintiera que había aprobado una especie de examen. Thurwar miró a Randy y a Sai y a Hielo Hielo. Cada uno de ellos llevaba mucho más tiempo en la Cadena que Rico cuando los había llamado para hablar con ella. Sai asintió. Hielo se rio para sí mismo, pero también asintió. Randy frunció el ceño, luego se encogió de hombros y acabó asintiendo con la cabeza. Ella no necesitaba que le dieran permiso, pero aquel momento de entendimiento, mientras Rico estaba radiante y trataba de comportarse, era una forma de mostrarles que aún le importaba lo que opinaran. A-Hamm no solo eran Thurwar y Staxxx, sino una serie de Eslabones que eran lo bastante buenos y listos como para protegerse unos a otros. Rico no había demostrado que mereciera que lo invitaran allí. Aún no. Pero Thurwar lo consideraba una parte de sus responsabilidades antes de partir. Limpiar la casa para lo que quedase después de ella.

* * *

Thurwar avanzó hacia el estuche que contenía su desayuno y se detuvo.

—Recógeme estas dos. —Señaló la gran caja negra con aislamiento térmico, que llevaba a un lado su nombre grabado en relieve y en letras doradas, y la caja de Staxxx, junto a esa, roja y con equis negras y blancas pintadas por todas partes.

Rico recogió las dos y puso su propia comida encima de la caja de Staxxx para poder apilarlas y llevarlas todas. Fue caminando hasta la puerta de la tienda y le dedicó una sonrisa estúpida a Thurwar.

Thurwar se dio la vuelta y entró.

—Vamos dentro —le ordenó. Luego se giró de nuevo hacia Rico y le vio el orgullo en la cara y la comida en las manos—. Vamos.

Se ajustó la toalla larga que llevaba y entró. Rico la siguió con alegría.

Para cuando Sai Ay Ai se unió a la Cadena, quizás incluso antes, la mayoría de los Eslabones que se veían destinados a A-Hamm conocían bien a Thurwar. Habían visto sus grandes éxitos y les había sorprendido la reticencia de su cuerpo a doblegarse. Algunos la habían seguido antes de la fusión de las Cadenas de Angola-Smith y de la penitenciaría Hammond. Ya era el único motivo por el que muchos de los nuevos se apuntaban a EPAC, para empezar. Y Rico era el más novato de los nuevos. Ella y Atardecer habían significado algo similar a la esperanza para las personas como él. Le ofendía, pero también le encantaba saber que su nombre y su vida representaban toda una avenida de posibilidades para personas como Rico. Su supervivencia hacía que el juego imposible pareciese posible. Y claro que eran ingenuos y se equivocaban y acabarían muertos. Pero en los momentos de más debilidad había disfrutado de ser un modelo. Cuando se sentía fuerte, sabía que era una llama para

las polillas.

—¡Qué locura! —exclamó Muerte al apreciar el lugar.

Staxxx acababa de ponerse el albornoz. Tenía un pie metido en el barreño y les daba la espalda mientras se masajeaba la pierna con mantequilla de cacao.

—Cuesta mucho llegar aquí —observó Thurwar.

—Pero sí, tienes razón, es una locura —dijo Staxxx al darse la vuelta.

Thurwar le permitió que apreciara el lugar y, mientras tanto, se puso un albornoz oscuro encima de la toalla. Dejó que se sintiera a gusto entre el lujo que solo ella podía proporcionar.

Rico se giró despacio, como si necesitara el esfuerzo de todo el cuerpo para absorber con los ojos la Tienda de la Reina.

—¡Vaya puta locura! —declaró al final.

—Siéntate —dijo Thurwar.

Dos HCM iban y venían de ella a Staxxx, mientras la otra flotaba encima del sillón orejero de felpa que había frente a la cama, como si subrayara adónde se suponía que tenían que ir ahora. Rico dio tres pasos deprisa y luego se derrumbó en el sillón orejero. Las pequeñas cosas, como aquella, eran lo importante. Si Thurwar te decía que te sentaras, te sentabas. Decirles qué hacer con sencillez y comodidad a los hombres y a las mujeres que mataban para vivir formaba parte de ser Thurwar. Todos habían incumplido una ley sagrada y, aun así, su palabra seguía teniendo valor.

—Gracias —dijo Thurwar cuando iba a por una de las cajas que Rico había traído.

Tiró de una pestaña y los laterales de la caja se desplegaron para revelar un plato de huevos benedictinos con una guarnición de espárragos, además de un cuenco de fruta fresca, todo en una bandeja.

—¡Joder! —dijo Rico. Con tristeza, se rio entre dientes.

Asió con más fuerza la bolsa de plástico.

Staxxx fue caminando a un lado de la cama y cogió su caja, el paquete STAXXX.

Hoy consistía en un cuenco con un huevo frito encima de un montoncito de quinoa y verduras variadas. Humeó al quitarle la tapa de plástico. De civil, Thurwar nunca había ido a un buen hotel. Y, al contrario que durante la temporada que pasó en Angola —donde vivía del economato cuando podía permitírselo porque la comida del comedor era más moho que otra cosa—, en el Circuito Thurwar comía bien[21]. Comía de lujo. Comía platos de los que nunca había oído hablar antes de que la metieran en prisión, el tipo de cosas que la mayoría de Eslabones ni siquiera llegaría a oler jamás. Miró el plato. Se quedó con el cuenco de fruta y dejó en la cama el bol de trozos brillantes y plastificados de piña, melón y uvas. Luego levantó la bandeja con el resto de la comida y la sacó de la caja negra y grande.

—Ten cuidado, que quema —le advirtió Thurwar al inclinarse y ponerle la bandeja a Rico en el regazo. Le quitó la tapa de plástico.

—¿Te gustan los huevos benedictinos? —preguntó Staxxx.

Rico miró lo que tenía ante sí. La salsa holandesa resplandecía al cubrir los huevos escalfados y luego se amontonaba, amarilla y cremosa, por todas las grietas del pan inglés. Debajo de los huevos asomaba una gruesa loncha de beicon canadiense, con los bordes chamuscados con delicadeza. Unos espárragos lucían las marcas frescas de la parrilla. Y había un termo frío y sellado de lo que Thurwar sabía que era zumo de manzana o de guayaba. En la caja también había tres botellas de agua; Thurwar se iba a rellenar la cantimplora con ellas. Por ahora observaba cómo Rico contemplaba la comida. Sabía que, al menos, llevaba casi cuatro años sin comer comida de verdad. Y allí estaba, de repente se enfrentaba a lo que, para él, debía de ser

el mejor de los banquetes.

Le temblaban las rodillas y el tenedor repiqueteaba en la bandeja.

—Por favor, Rico —lo animó Thurwar con suavidad—. Adelante.

Era una voz de una suavidad calculada. Quería que él sintiera, en lo más profundo de su ser, que por fin estaba a salvo con ella.

Thurwar se metió un trozo de piña en la boca y echó un vistazo a Staxxx. Había hecho lo mismo muchas veces y Rico no era el primero en llorar, pero le seguía proporcionando una sensación que no quería perderse. Una cascada que parecía caerle del pecho y por el cuerpo, un orgullo por aquello en lo que se había convertido. Un oasis en el infierno. Un poder improbable forjado por la fuerza de la voluntad. En aquellos momentos, entendía con precisión y de forma íntima lo que sentía de corazón la muchedumbre que coreaba su nombre. No actuaba del modo ruidoso y escandaloso de antes, pero seguía actuando. Era un método. Conseguía que pareciese real. Era su trabajo y se permitió disfrutar de él.

Observó a Rico hasta que él se volvió para mirarla.

—No… —Respiró y se secó los ojos—. Llevo muchísimo tiempo sin comer, ¿sabes?

—Lo sé —dijo Thurwar—. ¿Me lo das? ¿Nos lo cambiamos? —Señaló la bolsa de plástico que Rico aún tenía en las manos.

—¿Esto?

—Cámbiamelo —insistió Thurwar.

La miró como si estuviera loca y ella lo miró para dejarle claro que no se lo iba a repetir.

—Falta una hora para iniciar la Marcha —sentenció la voz del Ancla.

Rico le dio la bolsa. Contenía un sándwich de pan integral y quedaba claro que lo habían preparado a toda prisa antes de meterlo en una bolsa con cierre hermético y demasiado grande, hecha de ecoplástico biodegradable.

—Comed —dijo Thurwar.

—Estoy en ello —bromeó Staxxx al meterse la quinoa en la boca.

—Gracias —murmuró Rico.

—Y gracias —contestó Thurwar.

—Come un poco y luego seguimos hablando —lo instó Staxxx.

—Adelante —dijo Thurwar.

Le dio un bocado al sándwich, de una dulzura insoportable, una familiaridad sencilla. Rico por fin se puso a comer. A Thurwar le divirtió observar cómo sorbía el tallo de un espárrago para empezar, cosa que la sorprendió, y luego se comía los huevos benedictinos con las manos. Pensó en recordarle que había un cuchillo y un tenedor de plástico metidos en la esquina de la bandeja, pero le quedó claro que él había decidido cómo iba a disfrutar. Masticó con fuerza y deprisa, luego bajó el ritmo, saboreando por un instante, y continuó con rapidez. A la mierda el quedarse ensimismado.

Para cuando terminó, a Thurwar aún le quedaba un trozo del sándwich. En un mundo donde los asesinatos abundaban, cada comida podía ser la última. Y cuando eso te quedaba claro, una cosa tan sencilla como un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada sabía a otra clase de muerte. Aunque lo paladeó y no le supo tan mal. Lo dijo:

—Cuando empecé en el Circuito, acababan de poner dos comidas obligatorias. Los sándwiches estaban rancios y ni siquiera llevaban mermelada. —Se lo terminó y se lo tragó. Luego volvió a tragar otra vez porque tenía la boca pegajosa—.

Pero fue hace mucho tiempo.

Rico la miró, tenía los dedos manchados de salsa holandesa. Staxxx se levantó y cogió una toalla de mano de un estante cerca del barreño del agua. La humedeció un instante y se la pasó a Rico, que se limpió los dedos de uno en uno antes de lavarse la cara.

—¡Joder! —exclamó al desplomarse en el sillón—. Esto sí es vida.

—No está mal, ¿no? —dijo Thurwar.

—¡Es la leche!

Rico sonrió. Sonreír le rejuvenecía. Apenas tenía edad para beber alcohol.

Pasaron un momento en silencio. Thurwar reposó la comida y luego miró a Staxxx.

—¿Por qué te marchaste? —inquirió Staxxx.

—Sabía que no podía vivir en la cárcel. Decidí que prefería morir fuera.

—¿Dónde estabas? —preguntó Thurwar.

—En Jersey, en una de las prisiones normales. Nada de mierdas experimentales. Con el populacho.

—¿No hiciste amigos? —dijo Staxxx.

—Tenía mi grupito, pero luego ya no. Las cosas se torcieron por varias gilipolleces. Me la intentaron jugar. Los que se suponía que eran mis hermanos me intentaron apuñalar cuatro veces. Así que firmé los papeles.

—¿Y qué cambió? ¿Por qué cambiaron de parecer? —preguntó Thurwar, y se inclinó adelante.

—¿Acaso importa? —Rico dejó la bandeja en el suelo de nailon, debajo de ellos.

—Cierto —dijo Staxxx.

Rico no respondió nada.

—¿Qué pensaste cuando te mandaron a la Cadena Angola-

Hammond?

—Pensé que alguien me quería.

—¡Oh, qué dulce! —comentó Staxxx.

Thurwar sonrió de forma genuina.

—¿Y por qué lo pensaste?

—Ya sabes por qué.

—Quiero que me lo expliques.

—Estar en vuestro equipo es la hostia. Todo el mundo lo sabe.

—¿Qué sabe todo el mundo?

Rico miró a Staxxx. Thurwar sabía que ella se pondría a asentir para tranquilizarlo.

—En cuanto las dos conectasteis… O sea, Atardecer y tú cambiasteis las cosas. Y, por supuesto, la Huracán las mejoró más todavía. Conseguisteis que la gente fuera más fuerte junta. Que se ayudasen unos a otros.

—A Atardecer Harkless lo mataron hace poco, como recordarás —dijo Thurwar—. ¿Qué piensas al respecto?

No había planeado aquella parte. Pero había decidido no cuestionarse a sí misma si podía evitarlo. Giró la cabeza solo lo justo para ver a Staxxx, que se desanimó un poco, aunque no dejó de sonreír a Rico.

Rico se mordió el labio. Thurwar lo miró con severidad. Notaba cómo se esforzaba en seguir mirándola a los ojos.

—Me puse triste de cojones, para ser sincero. O sea, al principio. Pero Staxxx es legal, así que vale. Todo bien por mí. Es solo que no sabía si seguirías con el rollo de Madre Sangre y Ángel sin él.

—¿A qué te refieres? —lo presionó Thurwar.

—Eres en plan el ángel de estas mierdas. Animas a la peña y demás. Le das una oportunidad a la gente. En mi pabellón te llamaban la creadora de Segadores. Le pedías a la peña que no se

anduviese con gilipolleces contigo y tu Cadena fue la menos salvaje durante un tiempo. He visto en el proyector cómo aquí la gente no intenta darse de hostias. Excepto la semana pasada, sin ánimo de ofender. Y cosas como lo que hicisteis anoche lo vuelven más oficial. Decente de pelotas. Es un honor formar parte de la Cadena.

—Has mencionado anoche —dijo Thurwar.

Cogió a *Hass Omaha*, que había estado durmiendo cerca de sus pies con pantuflas todo el rato que llevaban en la tienda. De repente, la presencia del martillo inundó el lugar. Rico Muerte se sentó un poco más recto.

—Anoche dije que la postura oficial de esta Cadena es evitar la violencia contra los compañeros Eslabones, cueste lo que cueste. ¿Te acuerdas?

Thurwar observó con cuidado para ver si Rico miraba a Staxxx en busca de ayuda. Quizá admitiría sin más que la «pelea» con Sai no había sido más que una artimaña.

—Pues claro.

—Y ahora estoy aquí sentada y amargada porque a la mañana siguiente vas y amenazas a otre de mis Eslabones. Une del núcleo duro. ¿Cuánto tiempo llevas en el Circuito?

Rico no le rehuyó la mirada y Thurwar lo respetó por ello.

—Un mes y medio. He visto el Campo de Batalla tres veces. La próxima semana volveré a luchar.

—¿Qué rango tienes? —preguntó Thurwar.

—Pipiolo…, o sea, Novato. Pero seré Culmen…

—Dices que tienes el rango más bajo de todos.

—Sí, pero…

—¿Y qué rango tiene Sai Ay Ai?

—¿Y yo qué sé? El problema con elle era que…

Thurwar se puso de pie. Había Cadenas en las que aquellos hubieran sido los últimos momentos de la vida de Rico Muerte.

—Casi es Segadore —dijo Thurwar—. Lleva más de un año en el Circuito. Une Eslabón sólide durante más de un año y tú vas y al día siguiente de que yo deje claro que se acabaron las gilipolleces, al día siguiente de que haga algo para todos, intentas pelearte con elle.

—Fue, o sea…

Y entonces miró a Staxxx. Justo a la derecha de Thurwar. Thurwar se agachó, ignoró el quejido de la rodilla y cogió a Rico de la barbilla con la mano. Le acercó la cara a la suya.

Hacía diez meses que un Eslabón llamado Refar Nichs había estado en la misma situación que Rico. Allí habían estado presentes Thurwar y Atardecer y Staxxx. Refar había entrado en pánico por la presión y había intentado coger a *Treta de Amor* mientras hablaban con él. El mundo nunca sabría qué quería hacer con ella. Thurwar le había reventado el cráneo antes de que pudiera asir el mango de la guadaña. Con la luz de la mañana sacaron a rastras el cadáver de la tienda y nadie de A-Hamm dijo ni una sola palabra acerca del muerto.

—¿Fue qué? —preguntó Thurwar. Se imaginó que le reventaba el cráneo allí mismo. Quería que él notara que se lo imaginaba. Lo sencillo y completo que sería—. ¿Fue como si quisieras escupirme en la cara?

Rico trató de bajar la vista a la comida que acababa de devorar. A los platos casi limpios.

—Mírame a mí —insistió Thurwar. Le notó los parches de pelusilla en la cara.

—Me cabreé. Lo siento.

—Lo sientes. ¿Y qué más?

—Y… No sé. ¿No volverá a pasar?

—¿A mí me lo preguntas?

—No volverá a pasar. Fue culpa mía, Mamá Sangre. Fallo mío.

Lo soltó.

—Gracias, te lo agradezco. Ahora podemos hablar de lo que quería hablar. —Thurwar no dijo nada, pero contempló cómo Rico se emocionaba. Intentó no sonreír, pero fracasó y se le dibujó una amplia sonrisa—. ¿Por qué te alegras tanto?

—Por esto —dijo Rico—. Por este momento. Pensaba que, ya que estoy aquí, quiero petarlo con algo molón, igual algo como lo de Mac. Igual un hacha grande de cojones.

Staxxx se rio un poco. Thurwar, no.

—Entonces ya sabes de qué quiero hablar contigo.

Rico se acercó.

—Todos lo saben. Así ha sido con la mitad de la peña.

—Me alegro de que te hayas informado bien.

—Nada de trolas, soy tu fan. Es un honor.

Thurwar pensó en todas las armas que había acumulado durante los juegos. Habían cambiado las reglas en la vigésima cuarta temporada para permitir que los Eslabones se gastaran Puntos de Sangre en otros Eslabones y, así, los juegos cambiaron para siempre. Al principio, Thurwar se había dado cuenta de que te podías aprovechar de la riqueza y de la promesa de poder para sobrevivir. Desde el principio, por cómo había entrado, por la montaña que había coronado, nunca había necesitado un arma ni Puntos de Sangre.

—Las he repartido y no son gratis. Ya sabes lo que espero de mi generosidad.

—Hasta la Alta o la Baja Libertad, lo pillo —dijo Rico. Se puso de pie. Se llevó un puño al pecho y respiró hondo por la nariz.

—Gracias. También quiero que incluyas a Staxxx en el juramento.

Thurwar llevaba un tiempo pensando en ello. Había querido repasar los detalles con Staxxx antes. Pero en ese

instante decidió dejar claro lo que la mayoría daba por sentado.

—Me quedan dos semanas, dos combates para la Libertad, y tengo intención de seguir por ese camino.

Rico asintió con la cabeza.

—Después, quiero que le muestres a Staxxx la misma lealtad que a mí. El puesto que ocupo aquí será suyo cuando me marche, ¿lo entiendes?

—Pues claro. Estoy listo para jurársela a quien sea.

—A quien sea, no. A mí y, cuando sea Liberada, a la mujer a mi derecha.

Thurwar se imaginó que Staxxx se habría enfadado antes de darse la vuelta y verle la dura sonrisa en el rostro.

—Recibido, claro —dijo Rico—. Lo juro, lo prometo y demás.

—Y otra cosa. De ahora en adelante, nada de comer esos sándwiches.

Rico la miró, confundido.

—Ahora que somos familia, todo el mundo come. Ya montaremos un sistema, pero a partir de ahora todo el mundo contará con una comida decente.

Thurwar no había echado cuentas. No estaba segura de si iba a poder cumplir con aquello cuando saliera del Circuito. Pero sabía que Rico se alegraría. Y las cuentas que sí había echado le decían que era mejor que Pistolín solo tuviera un buen amigo en el Circuito en vez de dos. Así que estaba bien tener a Rico allí, feliz de recibir la bendición de Loretta Thurwar, el personaje en quien él pensaba cuando firmó los documentos. Era la llama que le acabaría derritiendo las alas.

—Te lo agradezco y significa mucho para mí, pero quiero cargar con lo mío igual que todos. Solo necesito un arma principal molona para tener una oportunidad ahí fuera.

—Con preparación es como se ganan los combates. Eso

incluye lo que comas.

Notó cómo el poder fluía por ella. Observó cómo las cámaras volantes le bailaban alrededor de la cara.

—No sé qué decir —musitó Rico—. Gracias.

—¿Volvemos al motivo por el que este tío se ha emocionado? —propuso Staxxx.

Thurwar se giró hacia ella y sonrió. Las dos eran capaces de cosas sorprendentes.

—Sí, es una buena idea —dijo Thurwar.

—Bien, pensaba que quiero algo que llame la atención. Algo fuerte de pelotas.

—Vale —asintió Thurwar.

Levantó el brazo y sostuvo a *Hass Omaha* delante de ella.

—Imagina que llevas algo así en el combate a muerte.

—¡Hostias! —soltó Rico.

—No te emociones —añadió Thurwar antes de dejarle coger el mango—. Es la única vez que vas a llevar este martillo. Solo quiero ver cómo te las apañas.

—Recibido —dijo Rico.

Thurwar soltó el martillo. Aunque solo fuera una prueba, le parecía un pecado.

Casi de inmediato, en manos de Rico, el martillo cayó y cayó al suelo. Se esforzó en levantarlo.

—Vamos a seguir pensándolo —dijo Staxxx.

Y, aunque estaba avergonzado, a Rico Muerte se le escapó otra sonrisa.

La puerta número cuatro

Quizá le perteneces a un hombre, como me ha pasado a mí. Quizá le perteneces al estado, como me pasó a mí. Quizá la cautiva es tu propia voz, te la quitan y te la arrebatan. Tu cuerpo vive bajo la mirada de las chispas eléctricas. Quizá son ellas a quienes les perteneces. No quiero volver a pertenecerle a nadie. Cuando me encerraron, debatían sobre los juegos de matar; no iban a suceder. Demasiado crueles, demasiado malvados, demasiado de todo lo malo. Eso dijeron. Luego dijeron menos cosas. Ahora los juegos de matar son el nuevo fútbol americano. Dicen que ahora les pertenezco a ellos. Mis cadenas están hechas de una libertad lejana. He estado callado. Nunca he sido ciego. Les pertenezco a mis propios errores y a nada más.

Ya no, Señor.
Ya no, Señor.

—Sigue con esas canciones tuyas. Gustan un montón —dice Sawyer.

Sawyer, mi funcionario de prisiones. El hombre de la sonrisa impecable. Un mentiroso de traje que a veces dice la verdad. Me cuenta que a la gente le gusta cómo he sobrevivido. Cómo he matado. Cómo he usado la voz desde que la recuperé. Mi voz me hace compañía.

«Escorpión Cantarín», así me llaman. Gano, Auburn y todo el sistema gana. Se alegran todo el tiempo que respiro. Nos sentamos en una sala, antes de que salga ante la gente que me jalea.

—Ya sabes que has revolucionado la cultura de las personas de extremidades diversas. Eres un icono para esa comunidad. Te has convertido en un icono antes de tu sexto combate y eso significa que puedes seguir mejorando. Necesitamos conseguirte una armadura mejor. Al principio no estaba mal, este aspecto libre y abierto, pero te acabará matando.

Ya lleva un mes diciéndomelo.

Señor, nunca te daré la espalda.
Ya no.

—Y esta gilipollez de las canciones. Sigue así. A la gente le encantan. Escorpión Cantarín. Sigue así. Vas a tener una oportunidad de verdad.

Echo de menos la lanza. Me gusta tenerla en las manos, lo admito. No fue un accidente. Cuesta decir que algo sea un accidente si sucede. Una lanza. La tengo desde hace unos meses y la conozco bien. La lanza me abre igual que abre a los demás. Me eligió a mí. También lo admito. Ni siquiera tuve que ganármela. Dios, un poder divino o quien fuese me la puso justo en las manos. Gira la ruleta y consigue una oportunidad de vivir. Gira la ruleta y come del árbol. Gira la ruleta. La *Azul Gigante*. Hace dos meses que la giré y la liberé.

Durante el espectáculo, un hombre gira la ruleta con miedo en el

corazón. Le toca una llave inglesa, negra por la grasa, como si justo acabara de salir del taller. La coge con alegría. Dios, cómo se siente. Perdóname, porque he pecado.

La siguiente en darle es una mujer. Le tocan unas tijeras. Unas afiladas que quizá hayan salido de una cocina. Da un salto, emocionada y feliz. Feliz por la oportunidad. La muchedumbre la aplaude y la anima. Felices por la oportunidad de las tijeras, feliz, ella está feliz, como si todos estuvieran en el mismo equipo.

Luego se acerca a la ruleta un hombre. Emocionado. Como si la benevolencia que los dioses han mostrado con la mujer que lo precedía siguiera presente para él.

—¿Estás listo? —dice el presentador rubio.

Nosotros, aquellos que elegimos la muerte antes que el confinamiento, nos sentamos en un banquillo de madera a la izquierda del escenario.

—Listo de la hostia —asegura, temblando.

Ya no, Señor.

Le tiembla todo el cuerpo. De la emoción. La muchedumbre también la siente. La multitud enloquece por él.

—¡Nací listo, Micky!

Esta parte es un concurso. Todo es un concurso. *El especial de iniciación a las Cadenas de Presos: La ruleta de la fortuna*. Un concurso malo. Detrás de las puertas números uno, dos y tres hay lo mismo.

—¡Dale a la ruleta!

Clac, clac, clac, clic, clic, clic… y la muchedumbre ahoga un grito. El hombre clava la mirada. Intenta volver a girar la ruleta.

—¿Verdad que no estaría nada mal? Solo una vez por

Eslabón, por desgracia —dice el presentador.

Una cuchara. Una resplandeciente cuchara de plata.

Es la broma del grupo. La ruleta tiene imágenes de todo tipo de sandeces. De nada sirven en una pelea. Pero todos vemos que la cuchara es la más cruel. La cuchara está ahí para que la gente recuerde de qué va todo esto. Pero el público no lo ve así. Ahoga un grito y luego se pone a abuchear. Como si todos fueran del mismo equipo. Como si les chocara.

La puerta número dos se abre y el hombre ve su propio cadáver. ¡Premio! ¡Tres sietes! ¡Todo el mundo gana! Pero él seguro que no. Deja de temblar. Lo observo con atención. Los operarios le entregan un cojín morado con una cuchara encima. Más sal a las nuevas heridas. Sujeta la cuchara con la mano. La mira. Se ve a sí mismo estirado en la concavidad. Lo observo con atención. Es un espectáculo que ya he visto. Cuando un hombre ve que lo han olvidado. Descubre que igual no lo han bendecido. Piensa que lo entiende. A la vez, ve que los dioses en los que confiaba lo han abandonado. No es como esperaba. Ve que se ha equivocado desde el principio.

¿Me dices dónde ha ido?
Desciende, desciende.

Al siguiente hombre le toca una bola de bolos.

Luego camino adelante. Canto, tarareo y hago ruido, incluso aunque ahoguen un grito al verme. Les doy pena. Han pagado por estar aquí. No sabían que habría un hombre con solo un brazo luchando por sobrevivir. Me acerco caminando. A veces siento el brazo izquierdo, aunque no quede ni rastro de él. Un hombro y, luego, aire. Puedo sentir ese aire, a veces mejor

que cuando tenía carne. En la sala de la ruleta hace calor. Se me sigue poniendo la carne de gallina en un brazo que ya no tengo.

—¿Nombre?

Miro al presentador y a la muchedumbre. El tipo de la cuchara está por ahí detrás, oigo cómo vocea. Se arranca el corazón a gritos. Todos lo oímos. La puerta número uno se ha abierto delante del tipo de la cuchara y esta tampoco le gusta. Las está pasando canutas con esa puerta.

Y quizá lo encuentres,
lo encuentres allí.

—¡Menuda voz más bonita tienes! Entonces, ¿cómo te llamamos? ¿Elvis, quizá?

Lo miro fijamente; él mismo es un Elvis rubio.

—Parece que ya has pasado por un par de combates duros.

Intento estrangularlo con el brazo que no tengo. El brazo que me falta da con el cuello y lo aprieta.

Hace una pausa al ver que la broma no ha surtido efecto. Se aclara la garganta.

—Vale, vale. Me he pasado. ¿Cómo se llama, caballero?

—Hendrix Young —digo.

Agarro el tirador de un quesito morado de la ruleta y tiro. El destino gira. Gira y gira y gira y gira. Oigo cómo chilla el hombre de la cuchara. El destino gira para todos. No deja de gritar.

Detrás de la puerta número tres no hay más que un espejo.

Y, con el brazo que me falta, toco la ruleta y la freno lo justo. Y cuando deja de girar, la flecha apunta al quesito dorado. La gente chilla por mí. Lo celebran en el pequeño plató. Es algo

que me puede servir. Lo contrario a una cuchara. Un premio.

La puerta número cuatro. No hay una puerta número cuatro. Pero la veo delante de mí.

Un asta negra y larga con una cuchilla negra en el extremo. El asta es fuerte y tiene ribetes de un tono dorado y apagado. Es preciosa. La gente chilla. Está feliz. El mismo equipo. ¡Vaya, mira por dónde!

La uso para matar, mi lanza. La llamo *Azul Gigante*, igual que el escorpión. El escorpión.

Estable

—¿La razón por la que a la gente le encanta Thurwar es porque les da armas a todos? —preguntó Emily mientras el vídeo de un directo se reproducía de fondo y sin sonido.

Rico Muerte, un Eslabón flacucho de Jersey, blandía una espada imaginaria en el aire mientras Thurwar y Staxxx lo observaban. Emily quería ver el resto de la evaluación de Rico, pero su marido, Wil, le quitaba el sonido al programa de forma intermitente para explicarle las cosas.

—Básicamente —dijo Wil, y se tocó el hoyuelo de la barbilla, absorto en sus reflexiones—. Pero también se ha ganado el respeto que le tienen. No es ninguna chorrada. No es una seta, como Nova Kane Walker.

Wil dijo el nombre «Nova Kane Walker» con tanto desdén que se pensaría que los crímenes por los que le habían absuelto al participar en el programa EPAC los cometió contra sus propios familiares.

—Ese es el que sale de analista o lo que sea en los programas de la tele.

—Sí, el tío ese. Que le jodan. Era un pedazo de seta. El único que ha llegado al final —dijo—. Thurwar tiene un grupo que le es más o menos leal. Incluso cuando Atardecer Harkless vivía, Thurwar tenía un grupo que la seguía a ella en particular. —Cuando Wil mencionó a Atardecer, se dio dos toquecitos en el pecho en memoria de la leyenda caída.

—Es obvio que Staxxx es la mano derecha de Thurwar y es

una putada que se cargara a Atardecer. Y, para serte sincero, si hubiera sido otra persona, creo que en A-Hamm estarían jodidos. Pero fue Staxxx, así que sé que sus motivos tendría. Es doloroso. He estado dándole vueltas. —Wil se rio, abochornado —. Se suponía que Atardecer iba a ser Liberado.

Emily escuchó a Wil y pensó: «Es lo interesante del juego». Wil, que era un tanto simplón, pero solía ser lo bastante amable, ese hombre que se había convertido en un hogar para ella, gestionaba un perdón complicado en tiempo real que motivaba ese programa. Casi por accidente, se había vuelto, en general, mucho más abierto acerca de lo que significaba ser una buena o mala persona. Una persona a quien respetaba se había portado de la peor forma posible con otra persona a la que él había respetado y, por cómo era A-Hamm, Wil pensaba en ello de un modo que a Emily se le resistía, aunque también admiraba en silencio.

—Pero sí, a Staxxx se la consideraba de lo más leal que hay. Aunque ya no lo sé. —Wil hizo una pausa para cerciorarse de que Emily captaba la gravedad de sus reflexiones y luego continuó—: En fin, a Staxxx y Hielo Hielo el Elefante y Tracer McLaren y Blusie el Triste y Sai Ay Ai les dieron una cantidad ridícula de Puntos de Sangre para las armas principales. Se empieza con las armas, pero es un tema mucho más profundo. A algunos les llegó la Baja Libertad poco tiempo después, pero bueno. —La miró y ella vio que Wil asumía que se le escapaba algo—. La Baja Libertad significa…

—Significa que están muertos —dijo Emily con rapidez.

Sabía que su marido se alegraba de darle lecciones, pero le había contado aquello mismo tantas veces durante los últimos días que no aguantaba volver a oírlo. Se había hartado a ver los grandes éxitos del programa. Había avanzado una alarmante cantidad de temporadas con solo ver los momentos más

explosivos.

—Exacto, churri.

Emily sonrió.

—Pero las armas son un *quid pro quo*, la verdad, y no duran mucho. Thurwar es más de lo que da. Muchísimo más. Es… Bueno, se reconoce a una líder cuando la tienes delante. Como en el libro ese al que te dije que le echases un vistazo.

Emily había hojeado las primeras páginas de *Liderar con cabeza: La guía del macho alfa para entender y liderar a los del montón* y le había faltado tiempo para abandonarlo.

—Ya.

—Aunque antes dije que la Cadena era menos interesante porque era muy estable, creo que hay muchas cosas por las que merece la pena ver el directo.

En aquel instante, se frotó las palmas de las manos, literalmente.

—Sí, están pasando muchas cosas.

—Ya sé que tu favorita es la Cadena Sing —comentó Wil. Se cruzó de piernas, pasó la derecha por encima de la izquierda y se recostó en el sofá de felpa, con una sonrisa soñadora—. La mujer de mi corazón.

—Creía que a ti te gustaba más Angola-Hammond —dijo Emily.

—O sea, es la más vista y claro que tiene a Thurwar y a Staxxx, pero también tienes razón.

—¿Acaso tiene sentido que haya Cadenas si en el juego manda el sálvese quien pueda? ¿Por qué no hay más Cadenas como A-Hamm?

Eso era lo que Emily se había estado preguntando. Aquel era uno de los motivos por los que el drama le atraía tanto. Era como si el programa y aquellos personajes que constituían A-Hamm se estuvieran adaptando a lo poco que toleraba los baños

de sangre.

—Lo bello de las Cadenas de Presos es que se trata de un deporte por equipos y de un juego individual. —Era una frase que Wil pronunciaba varias veces a la semana—. La tensión entre estas dos partes es la clave de todo. En la Melé tienen que trabajar en equipo, igual que en los combates de dobles, pero también te recompensan por cargarte a tus compañeros de equipo.

—Pero ¿de verdad son un equipo si solo van andando juntos del punto A al punto B?

Inclinó el cuerpo para apartar la vista de la pantalla y mirar a Wil a los ojos.

—Em, Em, Em. —Negó con la cabeza en señal de decepción—. Se trata de mucho más que de caminar. Pero ya lo verás cuando lleguen a la Ciudad Foco. La Marcha es donde se forman muchos vínculos. Como ahora mismo. Thurwar acaba de invitar a Rico Muerte al núcleo duro. Básicamente, lo está adoptando. Y le ha pasado por alto que no respetase la ley de Nada de Guerra… Así la llaman en los hilos. Entre las Ciudades Foco y la Marcha al Circuito pasan muchísimas cosas. La Marcha es donde suceden las partes más sesudas del juego.

Emily parpadeó y volvió a centrarse en la televisión. Rico seguía luchando contra un oponente imaginario. En las esquinas derecha e izquierda había unas ventanas más pequeñas que dejaban a la vista lo que captaban las otras dos HCM. La de la izquierda también estaba en la Tienda de la Reina; casi siempre enfocaba a Thurwar, pero, de vez en cuando, echaba un vistazo a Staxxx, sobre todo cuando ella hablaba. La imagen de la esquina derecha de la pantalla sobrevolaba el centro del Campamento y rotaba con la luz del sol. Mostraba cómo Randy Mac y Hielo Hielo comían y hablaban. La sensación que había ido disminuyendo a medida que Emily veía la Cadena de presos le

creció en las tripas.

Ni siquiera había votado a Robert Bircher, el presidente que les había allanado el camino a los deportes de acción dura, y creía que no era un accidente que la mayoría de los integrantes del programa fueran personas de color; en particular, personas de la diáspora africana. Sabía que era desproporcionada la cantidad de gente negra y de otras minorías que acaba en prisión[22]. Thurwar, Staxxx y Sai Ay Ai eran afroamericanas, igual que Randy Mac, aunque él también era medio filipino. Además, estaba Rico Muerte, que era dominicano y, según había aprendido en el documental, contaba en calidad de negro.

Aun así, le interesaban de verdad las vidas de esos delincuentes que veía en la consola de directos conectada a la Unube. Reproducía la fantasía de algún capullo rico y le llamaba la atención igual que un accidente en la carretera. De alguna manera, la promesa de las masacres potenciales te obligaba a estirar el cuello, y si el esfuerzo conducía a un premio sangriento, ¿a ti qué te quedaba? Una historia que contar. Un trauma.

Una vez, vio cómo un hombre salía despedido de la motocicleta en la autopista. Emily iba rápido, atenta a los carriles porque iba en modo manual (su coche era lo bastante viejo como para que fuera seguro controlarlo con el cuerpo). De repente, notó una sacudida, una rueda que se meneaba de izquierda a derecha. Un movimiento que no resultaba natural para la velocidad directa que se cogía en la autopista. Cuando se quiso dar cuenta, vio cómo un hombre salía volando de la moto. Emily frenó para observar el panorama. El cuerpo del hombre cogió un impulso terrible y se fue rodando por el arcén. Lo último que vio al pasar fue el rojo pegajoso en la camisa de manga larga, de color amarillo neón. Se aferró al volante. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Nada, ya estaba a casi medio kilómetro del lugar.

Pero había sentido el extraño subidón de ser testigo. La consciencia eléctrica de los riesgos de la vida. Ya estaba a casi medio kilómetro de distancia. No había nada que pudiera hacer. Esperaba que él estuviera bien. Se habría quemado la piel del hombro y de la espalda y quizá nada más. Al final, había aceptado que ella seguía adelante, a salvo, y él no. Cerró los ojos y le dio la orden al vehículo de pasar al piloto automático. Se le habían quitado las ganas de seguir con el modo manual de nada.

Y ahora Wil le explicaba el concepto de «estabilidad de la Cadena» por cuarta vez. Parecía bastante intuitivo saber que, cuando una Cadena no tenía problemas, cuando la tensión entre los Eslabones no resultaba obvia, se hablaba de «estabilidad». Cuando todos los Eslabones de la Cadena podían superar la Marcha del día sin muchas dificultades. La verdad era que ya lo sabía antes de que Wil se lo hubiera contado. Ella sola había visto bastantes vídeos y comentarios en el ordenador del trabajo. Había pasado varias horas viéndolos para llegar a entender que las complejidades del juego eran igual de infinitas que su jerga.

—Que sí, vale —dijo Emily. Era capaz de llenar las pausas de Wil con un asentimiento general y él continuaba sin percatarse ni preocuparse de que ella ya no lo escuchara. Emily se preguntaba cómo sería ser una mujer como Thurwar. Tener esa clase de poder y que legiones de personas te adorasen. Miró a Thurwar a los ojos y vio la vaga diversión que le producía Rico Muerte—. Pero ¿ahora mismo sí son estables? —preguntó al volverse hacia Wil.

—¿A qué te refieres? ¿Al tema de Atardecer?

—Sí, me refiero a que Thurwar ha hecho muchos cambios, pero, literalmente, Staxxx acaba de matar a uno de los líderes de la Cadena. Parece que no para de haber cambios en el grupo.

Al ponerse al día, se había dado cuenta de que era inaudito que una Cadena se comprometiera en firme a que sus miembros

no se atacasen unos a otros. También había observado que a la mayoría de las Cadenas estables el término les resultaba poco apropiado. «Nada es siempre estable en la vida de nadie —pensó Emily—, y menos en las vidas de la gente del Circuito».

—Como en ese vídeo de archivo que vi anoche sobre la otra Cadena —comenzó Emily—. Aunque no había rencillas entre los hermanos Exterminadores y el rubio, lo mataron.

La vergüenza, aquel sentimiento, volvió a despertarse en ella. El día anterior se había sentado y había visto cómo asesinaban a un hombre. Sí, técnica y legalmente fue el Estado y no los trillizos Exterminadores quien había condenado y ejecutado al fulano rubio o como fuera que se llamase, pero fue ella quien había observado cómo los hombres lo mataban a palos antes de irse a la cama la noche anterior. Había sentido aquel subidón y había mirado con todo el mundo mientras ellos también lo notaban. Luego lo había vuelto a ver.

—Sí, pero había rencillas, churri. —Le hablaba como si fuera una niña—. Iban de tapado. Los Exterminadores nunca jodieron a Phil la Píldora porque creían que era un traidor a la raza por llevarse bien con Navaja, Campanilla y esa parte de la Cadena.

—Pero al haber facciones distintas dentro de una Cadena se sugiere que la Cadena es inestable.

—En todas las Cadenas hay personas que se acaban haciendo amigas íntimas. Como en cualquier trabajo. Pero, a veces, hay facciones como los Exterminadores que quieren matar a los demás en secreto. Esa es la verdadera inestabilidad. Técnicamente, A-Hamm nunca va a ser estable mientras viva Pistolín Puddles, pero Thurwar es tan épica que zanja las discusiones en A-Hamm, más o menos. El tema de Staxxx… Ya lo pillo. Pero creo que no va a pasar nada, probablemente.

—No sé —dijo Emily.

—Confía en mí, churri. Thurwar los mantiene a raya. No va a pasar nada.

—Pues sí que te gusta Thurwar, ¿eh?

—No es que me guste, es que me encanta. Posiblemente sea la mejor deportista de su generación.

—Eso he oído —concedió Emily con remilgo.

Para ella, la última vergüenza deliciosa era cómo la obvia pasión de su marido por Thurwar le despertaba más interés por el programa que ninguna otra cosa. La pasión por una mujer que no podía ser más distinta de ella. Que no era como nadie con quien supiera que Wil hubiera estado antes. Y no solo porque era negra, aunque esa distinción le destacaba en la mente, sino por lo equilibrada y llena de violencia que estaba, si bien casi siempre mantenía la calma de un modo que le resultaba inspirador y también irritante.

—No me digas que odias a Thurwar, churri —dijo Wil, con una sonrisa gigante que le agrandaba las mejillas. De repente, se puso encima de ella y le hizo una especie de placaje en el sofá.

—Aún no me convence. Ya veremos. La última vez que la vi, mató a un chaval.

Emily se rio mientras Wil se la comía a besos.

—Necesito que tengas cuidado con lo que dices. No insultes a la más grande de la historia. En serio, imagina que el chaval ese gana el primer combate. Así es como Thurwar empezó en las Cadenas de Presos.

—No sé. No me convence. Convénceme.

Wil la retenía en el sofá por las muñecas.

—Convénceme —repitió.

Wil la miró y ella lo miró. No se podía negar que para ellos, para su matrimonio, era increíble que se hubieran aficionado a los deportes de acción dura. Era cierto que ayudaba a que su marido la quisiera con mayor plenitud y riqueza.

—Vale, te convenceré. No has visto su primer combate. Por eso pronuncias el nombre de la reina en vano. —Wil la soltó, cogió toda la energía que habían acumulado y la tiró a la basura —. Te voy a poner el vídeo. ¿Estás lista? —preguntó con la voz llena de júbilo.

No respondió, pero Wil ya toqueteaba la tableta de control y marcaba sus deseos con los dedos.

—Fue hace un par de temporadas, así que algunas cosas eran distintas.

—¿Hace cuántas temporadas? —quiso saber Emily.

Podía echar cuentas o buscarlo ella misma, pero, a pesar de que casi la incomodaba, también le facilitaba las cosas darle a Wil lo que él quería: permitirle ser el experto, el bastión del conocimiento.

—Bueno, el último par de años ha habido unas tres temporadas de Cadenas de Presos al año.

—¿Por qué son tan cortas?

—Parecen cortas en comparación con otros deportes —dijo Wil, volviendo a sumirse en un ensimismamiento que igual no era mentira. No dejaba de pensar en aquel tema—. Es un deporte muy joven, como los deportes de acción dura en general. Cada temporada hay una clasificación nueva y las clasificaciones cambian muy a menudo porque, bueno, ya sabes.

—Porque la gente muere.

—Sí, exacto. Por eso y porque el juego no deja de evolucionar, así que cambian las reglas cuando cambian de temporada. Al madurar, los cambios son menos dramáticos, pero cada temporada hay algo distinto. Cuando empezaron las Cadenas de Presos, los soltaban en medio del campo y tenían que cazar para comer.

—¿Y cómo les fue?

—Lo cambiaron como por la novena temporada —dijo

Wil.

—Vale.

—Y en la temporada que estamos a punto de ver, era completamente nuevo lo de coger el arma de la persona a la que habías ganado. Aunque al menos debía tener dos rangos más que tú.

—Hacer un Bishop —respondió Emily con conocimiento de causa.

—¡Sí! Exacto, churri. Estoy a punto de enseñarte por qué se llama así.

Acabó de trastear con la tableta. La pantalla viajó al pasado.



Segunda parte

Simon Craft

—Enhorabuena, Craft. Has llegado a los cien —dice el agente Lawrence, como si llevara una tarta en las manos—. Cien días en el paraíso.

Ce, erre, a, efe, te. Craft. Es lo primero que hago. No. Lo primero que hago es levantarme antes del timbre. No oigo gran cosa aparte de los sonidos de los hombres al chillar. Si no es Lawrence, es el timbre. El sonido te sacude. Agudo y cortante.

Hay una cama y un cagadero. Aquí se está a oscuras la mayor parte del día. Pero brillan en mi cerebro. El agujero es negro. Solo veo cuando abren la puerta. Abren la puerta una vez al día. Me siento, duermo, canto, me estiro, respiro, me desentumezco, tiemblo, toso y cago aquí. Aquí es donde me desmorono[23].

Hace cien días, volvieron a empezar a matarme. Ya he muerto tantas veces que debo de ser inmortal. Soy imperecedero. Es una vida dura y maravillosa.

Hace ciento diecisiete días, no le caí bien a un hombre. Maté a un hombre hace ciento diecisiete días.

Aquí hay sangre por todas partes[24]. Sobre todo, en el suelo. Sobre lo ve. Las ratas beben la sangre del suelo. Con la sangre al aire. La gente se revuelve. Yo no. Soy imperecedero. No me revuelve. A los veinte días en el agujero, lamí el suelo para ver si igual pillaba un poco de muerte. Ni siquiera me dio fiebre. Fue entonces cuando supe qué era. Que estaba destinado a vivir para siempre. Soy Job. No. Job me compadece. Vivo bajo el puño de

Dios. Me quitan los ojos veintitrés horas al día. La única hora que salgo del agujero es la peor de todas. Paso los cincuenta y nueve minutos con miedo de volver.

Me atacó con el extremo afilado de un cepillo de dientes que había convertido en una sirla. Corrió, pero lo vi. A veces veo cosas. Me han atacado con un montón de objetos punzantes. Me atacó cerca de las duchas del C. Un hombrecillo calvo, de por aquí. Era un pueblerino, como la mayoría de estos tipos. Yo no soy de por aquí. No hablo lento ni con rodeos. Hablo en silencio. Y con un nudillo contra los huesos y la carne de la puta cara. Por aquí, no queda otra. Por eso me atacó. Porque aún no he perdido ni una sola vez. Para demostrar que no era un don nadie pensó en ir a por el yanqui tranquilo a quien no hay que joder. Luego se le cayó la sirla de la mano cuando le reventé la muñeca. Luego le clavé el colmillo hecho con un cepillo de dientes en el ojo y en el ojo y en el cuello y en el cuello. Luego le escupí y respiré hondo. Luego volví a escupirle y me sentí mal, porque no entendía por qué había intentado ir a por mí. Me quedé quieto para que no se cebaran conmigo antes de mandarme al agujero. Se cebaron conmigo. Los últimos días antes de volver a morir, lo único que podía ver era lo hinchada que tenía la cara.

Luego me encerraron.

No cuentes nunca. Pero tienes que contar. Nada dura en el agujero. En el infierno. Pero, para matar el tiempo antes de lo que venga después, lamo el suelo y saboreo mi propio sudor. No pueden matar este cuerpo. Este cuerpo es más fuerte que antes. Todas las mañanas empujo el suelo. Lo empujo las primeras doscientas veces. Luego lo empujo más veces de las que sé contar. Ya no sé contar mucho. Cuento hasta veinticuatro y me

cuesta recordar qué viene después. Así que vuelvo a empezar por el uno. Una y otra vez. Una y otra vez. Me cuesta pensar en palabras que empiecen por la letra j; nunca sabes qué será lo próximo que pierdas. «Justicia». Aquí sigo. «Jarabe».

—¿Tienes planes para hoy, Craft? —me dice Lawrence cuatro veces a la semana. Se ríe y golpea la puerta de hierro con la porra.

—Lo de siempre, lo de siempre —le contesto. Me río.

—No te rías de mí, hostias —masculla Lawrence.

Jungla.

Es lo que hago cuando no empleo las piernas y los brazos para empujarme arriba y abajo. Trazo letras en las paredes y me imagino que brillan en la oscuridad, en la nada que veo. Trazo una letra con el dedo. Con el dedo puedo sentir las ondas de la pintura barata sobre el cemento duro. Una pintura que no sirve de nada. En mi aislamiento está oscuro. El agujero no tiene luz. Me paso veintitrés horas al día sin ojos. La hora restante no la entiendo ni sé cómo hablarte de ella. Como fuera y me tiembla el cuerpo. Pero trazo letras en la pared y mi dedo puede conseguir que la pared brille. Dibujo una letra y luego hago un dibujo con el dedo y quizá uso aquello que empieza por la letra que he grabado con luz en la pared. El dedo índice de la mano derecha y el dedo meñique de la mano izquierda pueden pintar luz en las paredes. Fui al infierno y me hice artista. Es lo que hago. Doy puñetazos al aire y las paredes y empujo el suelo debajo de mí, el cuerpo sube y noto el calor en el pecho y respiro por la nariz y espiro por la boca y siento cómo se me recompone el cuerpo. Se me recompone. Salto. Se me recompone con todo el infierno que me rodea para que, cuando me saquen de aquí, no solo sea artista, sino un gran demonio sombrío. Se piensan que no sé lo que pasa. Lo sé mejor que ellos. Simon J. Craft. Aquí sigo. No por mucho. Lo sé. Se piensan que no lo sé.

—Eh, Craft —exclama Lawrence al otro lado de la puerta.

—¿Sí?

—Eres un hijoputa asqueroso. Y lo sabes.

—Eso dicen.

—Tienes suerte de estar aquí, ¿sabes? Ahí fuera te destrozarían. Puto cabrón violador.

—He estado fuera. Y sigo entero.

—Ya veremos —dice Lawrence.

—Supongo.

Se ríe un poco. Fue la vez que pensé que no tenía nada que perder. Siempre, siempre hay un fondo que no te imaginas. Por entonces no lo sabía.

Un día me preguntó:

—¿Has oído hablar de la porra Influyente?

Y desde entonces bajé al infierno y vi cómo era de verdad.

Los hijos de las personas encarceladas

Polvo y canela.

En la reunión había quince organizadores principales. Había agua y té y también un tarro con tamales. La tía de Marta vendía tamales para apoyar a los trabajadores de los que abusaban los productores de leche locales. Primero, comieron. Mari se tomó su tiempo para pelar la hoja de plátano humeante y mirar el montoncito de amor en el plato. Resplandecía con un tono marrón claro y le hizo un agujero pequeño con el cuchillo para que se enfriara. Decidió disfrutar de la comida con la que contaban allí, aunque la razón por la que habían ido allí la ponía enferma. Le daba miedo lo que pensaba hacer.

Era la primera reunión de la Coalición para Acabar con la Neoesclavitud desde que Tracy Lasser se había pronunciado, en público, en contra del programa EPAC. La reunión de hoy era sobre una manifestación que se había planeado para el próximo combate de Thurwar, que se iba a celebrar a casi cien kilómetros de distancia, en el estadio Renshire a las afueras de Old Taperville. Y ahora que Tracy Lasser, originaria de Old Taperville, había saltado a las noticias nacionales, se esperaba que la manifestación fuera una de las mayores actuaciones contra el programa EPAC. A la Coalición para Acabar con la Neoesclavitud la habían invitado a manifestarse junto a un creciente número de grupos abolicionistas y contrarios a los deportes de acción dura. La increíble muestra de humanidad de Tracy había insuflado una vida nueva a la lucha; al mundo le

habían recordado la putada que era que el Estado asesinara a los ciudadanos de una u otra manera. Por tanto, se preveía que aumentaría la presencia de los policías-soldados en los actos de *La Liga de los Presos* y muchos políticos ya habían mandado holodirectos para llamar a la no violencia. Era absurdo que un estado asesino suplicara tal cosa, pero, como siempre, la violencia masiva del Estado era «justicia», era «ley y orden», y la resistencia a la violencia perpetua era un acto terrorista. Hubiera sido divertido, de no haberse derramado tanta sangre por todos lados.

Pero Mari intentaba concentrarse. Le parecía de lo más importante ver más allá de lo que había comenzado. Era una de las personas que le habían dado a Thurwar la nota que la avisaba de lo que se avecinaba. Había tocado a la mujer que no solo había conocido a su padre, sino que había matado con él. Lo único que recordaba del hombre al que llamaban Atardecer Harkless era que olía a polvo y a canela. Eso y que a veces la lanzaba por los aires, bien alto, antes de cogerla cuando ella aún no tenía edad ni de atarse los cordones. Su padre, un hombre a quien apenas conocía, había cometido un asesinato. Había cometido una agresión sexual. Le avergonzaba descender de él. Y la dura verdad era que, a pesar del trabajo que Mari hacía, un trabajo en el que creía, no había tenido claro si quería ver cómo su padre salía en libertad al mundo. No queria que apareciera en su vida. No quería que el mundo supiera que ella era su hija.

Y luego murió y lo único que le había quedado eran el polvo y la canela y la sensación de volar y luego caer.

Había mirado a Thurwar a los ojos y había visto con claridad que ella también la había visto. La había visto una mujer que había querido y cuidado a su padre, un hombre que había infligido un dolor increíble. Y ahora quería ayudar a esa mujer, una mujer que también había infligido un gran dolor, pero no a

ella; con más ganas que nunca.

Se le revolvió el estómago y le hizo otro agujero al tamal justo cuando Nile la encontró. Le sonrió con debilidad y se sentó en el suelo cerca de las piernas de Mari; Kendra y Pracee ya habían ocupado el sofá. No tardarían en empezar. Mari observó cómo Nile abría su propio tamal y se llevaba un trozo a la boca demasiado rápido. Ella se rio en alto para que él la oyese mientras trataba de inspirar aire fresco para aliviar el fuego que se había comido. A veces Nil era divertido, incluso aunque siempre estuviera a punto de resultarle molesto. Pero lo más importante era que Nile era sincero, y ella no conocía a muchos hombres sinceros.

Kai se inclinó por encima de Jess, que también estaba en el sofá, y le tocó la rodilla a Mari:

—¿Estás lista?

Quedaba explícito que la coalición no tenía líder y, en cambio, la dirigían varios comités y las presidentas; si bien había un comité general y se sobreentendía que Kai era la líder no oficial. A otras personas, el miedo y el dolor les impedían hacer lo más difícil, pero parecía que Kai siempre se tragaba los suyos y la empujaban de forma que pudiera cambiar las cosas. Había conseguido acuerdos entre las bibliotecas comunitarias y los colegios locales, y se había pasado años trabajando para cortar el vínculo que los departamentos de policía mantenían con los colegios. Era profesora de forma intermitente, pero se había pasado las últimas tres décadas trabajando de activista.

Kai también era la tía de Mari, aunque había sido la persona que la había criado casi toda la vida. La madre biológica de Mari, Sandra, cumplía el sexto año de una condena de diez. Una condena obligatoria. La naturaleza arbitraria de la ley y el modo en que la balanza había decidido el destino de la vida de su madre le quitaban el sueño a Mari. Se crio con un buen

conocimiento de las estadísticas acerca de los hijos de las personas encarceladas. Se había convertido en una experta del sistema penal y los efectos a largo plazo que tenía en las familias. Se acordaba, con un rencor particular, de un estudio titulado *No es tan malo, ni de lejos.* La tesis del autor era que los hijos de las personas encarceladas tenían el séxtuple de probabilidades de «vérselas con la justicia», un eufemismo del que ella se lamentaba. Y mírala ahora, no se las veía con la justicia. Se dedicaba a la justicia. Mejor todavía, estaba lista para conseguir que muchas más personas se dedicasen a repartir toda la justicia que pudieran.

Sandra, que había estado entrando y saliendo de prisión antes de la condena actual, evitaba a Mari como si le estuviera haciendo un favor. Cuando habían ido a verla juntas, Mari se había mostrado seca con ella. Educada y distante. Se habían dado un buen abrazo, imaginando cómo podría haber sido todo a partir de esos momentos de aceptación, antes de que Sandra volviese a desaparecer.

Tardaban seis horas en coche en ir a visitar a su madre a la prisión. Intentaba ir allí dos veces por estación. Mari se había graduado en Ciencias Políticas justo hacía tres años. En la graduación, Kai había estado presente, con un ramo de flores de enhorabuena. El orador invitado, un multimillonario de una empresa emergente de realidad virtual, dio un discurso sobre cómo podrían ser unos líderes si «marcaban el rumbo». Como si el liderazgo fuera el fin y el culmen de la existencia humana. Mientras hablaba, lo único en lo que Mari podía pensar era en su madre, encerrada durante años en un centro penitenciario. Y en cómo, gracias a cómo torturaban perpetuamente a su madre (por cómo ella se las había visto con la justicia en la vida), algunos consejeros delegados, algunos líderes, eran millonarios. Muchos de esos centros privados tenían contratos con el gobierno que

quedaban determinados por el número de reclusos: cuantos más prisioneros, mayores eran los contratos.

Pero su madre acabaría por salir. Su padre se había ido para siempre.

Había celebrado un funeral de una asistencia imposible, con todas aquellas personas que habían venido a presentarle sus respetos a Atardecer Harkless. Habían llevado carteles. Habían llorado. Miles de personas.

El orador de la graduación había terminado levantando el brazo en el aire.

—¡Sed vuestros propios consejeros delegados! ¡Y, luego, los del mundo! —dijo, sin aliento.

Se había inspirado a sí mismo igual que la muchedumbre, no costaba verlo. Mari lo había observado. Escuchó los vítores sin moverse. Sus compañeros de clase, abrumados por la posibilidad de que también pudieran ser líderes, dieron un salto.

—¡Gracias! ¡Felicidades!

Hubo una explosión de confeti azul y verde. Lanzaron al aire los birretes con borlas y luego les llovieron. Mari se había quedado sentada, se había quitado el birrete y le había dado un empujón delicado para que se elevara, le subiera a la nariz y luego volviera a caerle al regazo.

Ahora Mari miraba a Kai y asentía con la boca llena. Tragó.

—Sí, adelante.

Kai siempre parecía estar lista para lo que viniera a continuación. Mari la quería, pero a veces lamentaba mucho que no fuera su madre. Kai no se enganchaba a nada que se viese a simple vista. Siempre tenía el control de sí misma. Confiaba en sí misma por encima de todos los demás. No tenía ni una sola arruga en la piel marrón y, aunque le sacaba veinte años a Mari,

la gente solía preguntarles si eran hermanas. No para decirle un cumplido a Kai, sino en calidad de pregunta legítima. Kai era el contacto de emergencia de Mari para todo. Era la madre de Mari a todos los efectos.

—Vale, chicas.

La sala se quedó en silencio con tanta rapidez que Mari notó calor en la garganta. Bebió un poco de agua del vaso.

—Hoy vamos a hablar del acto que estamos planeando para los próximos linchamientos por entretenimiento.

»Antes que nada, seguro que todas vimos cómo la hermana Tracy Lasser dio un paso adelante y se sirvió de su canal para darle voz a la causa.

La sala estalló en unos aplausos rápidos y sinceros.

Mari observó cómo Nile daba palmas.

—La lucha contra los próximos linchamientos por entretenimiento ha vuelto a protagonizar la conversación nacional y supone una gran oportunidad de mostrar solidaridad con las personas dentro y fuera del sistema. Queremos aprovechar la oportunidad para dejar claro que no solo son inaceptables, sino que no vamos a permitir que continúen.

»También quiero hablar de lo que pasó en Vroom Vroom. Queda claro que hay gente que cree que se merece ver asesinatos y nos odia por luchar. Entiendo lo frustrante que es verlo. Estuve allí con todas vosotras. Por fin vuelvo a caminar sin cojear —dijo con una carcajada mientras cerraba el puño y se daba unos toques juguetones en la cadera. Se había hecho un esguince en la trifulca, sin saber cómo.

»Y lo hemos repetido una y otra vez, eso no nos va. Sé que defenderse no cuenta como violencia, pero quiero dejároslo claro, por si acaso quedan dudas. No somos más efectivas porque unos idiotas quieran pelearse con nosotras. De hecho, buena parte del trabajo que íbamos a hacer ese día se perdió con

la pelea. Y claro que fue un día difícil. Sobre todo, si tenemos en cuenta la reciente pérdida de Shareef, que era el marido de mi hermana y el padre de Marissa. Pero lo fundamental es recordar que luchamos para apoyar el movimiento. Nos oponemos a la esclavitud, la tortura y el asesinato institucionales.

»Ahora tenemos otro gran acto por delante; esta vez lo dirigen Tracy Lasser y unos organizadores de Los Cielos. Aquí tengo un holo breve que Tracy ha enviado a todas partes, una invitación. Puede que muchas ya lo hayáis visto…, se ha hecho viral estos días. Nile, ¿lo enciendes?

Nile abrió el portátil y pulsó un botón del círculo proyector que había situado al lado del ordenador. Kai fue a apagar la luz y, a continuación, Tracy Lasser apareció en la sala con ellas.

—Me llamo Tracy Lasser y estoy aquí, ante todas vosotras, porque ya basta. Hoy no vengo en calidad de analista de deportes, sino de ciudadana preocupada y abolicionista. Estamos en un punto muerto. Estados Unidos tiene el porcentaje de personas encarceladas más alto del mundo. Nos aferramos a la práctica arcaica y destructiva de recurrir a la muerte como una pena por los delitos, cuando la mayoría de los países han abolido la pena de muerte. Pero, en vez de seguir el rumbo que marca el resto del mundo, hemos ido justo en la dirección contraria. Bajo la premisa del estímulo económico y la prevención punitiva, hemos permitido que el Estado convierta las ejecuciones públicas en entretenimiento. Hemos perdido el norte, pero lo perdimos mucho antes de los deportes de acción dura, como *La Liga de los Presos.*

»Me avergüenza haber tardado tanto tiempo en plantarle cara al sistema. Los deportes de acción dura son solo una parte de lo que debe cambiar. Conozco bien los deportes y el asesinato no es uno de ellos. El asesinato no es justicia. El confinamiento

no es justicia. El sistema es malvado. Todos los deportes de acción dura no han hecho más que agravar la situación. He dicho que soy abolicionista. Voy a citar a la gran Ruth Wilson Gilmore para recordarnos qué es exactamente la abolición: "Se supone que enmienda el modo de pensar y de hacer las cosas, que ve las prisiones y los castigos como soluciones para todo tipo de problemas sociales, económicos, políticos, conductuales e interpersonales". *La Liga de los Presos* y el programa EPAC han de terminar. Pero también hay que repensar todo el sistema. Por eso luchamos. Es con lo que hay que acabar para que podamos crear sistemas nuevos, formas nuevas de organizarnos que no faciliten que se mate a la gente.

»Si estáis cansadas de quedaros sentadas mientras matan a la gente, uníos a mí. Uníos al primero de los muchos actos del proyecto Enmienda en Old Taperville. Iremos en masa y les dejaremos claro que ha llegado la hora de enmendar las cosas.

La voz de Tracy era clara y precisa. Quedaba claro que se servía de lo que había aprendido para ser presentadora, pero tenía un toque humano en la voz que Mari no solía encontrar en las noticias que había dado.

—Para las fechas y horarios específicos de las próximas manifestaciones, por favor, visitad la página web del proyecto Enmienda y uníos para convertir el mundo en un lugar mejor.

Kai encendió la luz. Tracy permaneció allí un poco más, más fantasmal que antes, y luego desapareció del todo.

—Quisiera proponer abrir el debate para discutir la potencial participación de la Coalición para Acabar con la Neoesclavitud en la manifestación de Old Taperville —dijo Kai.

—Adelante —respondió Mari.

—¿Votos a favor? —preguntó Kai.

Y se levantaron todas las manos de la sala.

Vega

Con tres días de Marcha y noches de descanso a la espalda, a Thurwar le dolía la rodilla. Pensó en la época en que no aguantaba el dolor en silencio, antes de que el mundo supiera que era una de las mejores Eslabones de la historia. Casi nadie había llegado tan lejos como ella y muchos menos lo habían conseguido sin ayuda: todos sabían que los productores habían guiado a la Alta Libertad a Nova Kane Walker para que los forofos vieran que la promesa de libertad era real.

Sí, a Atardecer le había faltado poco para conseguirlo de verdad. Su segundo golpe de suerte había sido la fusión de las Cadenas que lo había juntado con Thurwar. Desde entonces, los dos habían sido los líderes y se habían mantenido con vida mutuamente. Había sido un hombre sincero y le había pedido que trabajasen juntos. Pero se le había escapado de las manos.

Y ahora Thurwar estaba en lo más alto. Mucha gente seguía pensando que Bishop había sido mejor que ella, lo sabía, incluso aunque había matado a Bishop. Y el de Bishop ni siquiera era el asesinato que había consolidado el legado de Thurwar. Ese había sido el de Doña Temeraria, la segunda Eslabón Colosal con la que había acabado.

Temeraria[25] también era el motivo por el que a Thurwar le dolía la rodilla. Cuando había atacado para finiquitarla, la otra mujer estaba de rodillas y jadeaba en el suelo. Pero, de alguna manera, en aquel momento había reunido las fuerzas para estamparle la maza, *Vega* (que antes había sido el arma de

Bishop), en la rodilla izquierda. El golpe había sido fuerte porque Temeraria era fuerte. Solo le faltaba un puñado de combates para la Alta Libertad y, al contrario que Bishop, Temeraria había querido vivir, y con muchas ganas. Thurwar lo sabía. Antes de que comenzase el combate, Thurwar miró a Doña Temeraria en la Jaula. La otra mujer tenía la vista clavada en ella, con amabilidad y furia. No la evaluaba ni la juzgaba, sino que la aceptaba tal y como era, por completo. Era una especie de amor. A Thurwar le sorprendió porque ella había decidido que odiaba a Temeraria. Antes de la pelea, se había concentrado en la maza, en *Vega*, que Temeraria había adquirido después de que Thurwar hubiese matado a Bishop. Cuando los Eslabones más populares recibían la Baja Libertad, sus armas podían acabar en el mercado de los Puntos de Sangre. Y cuando Doña Temeraria escogió a *Vega*, Thurwar se lo tomó como algo personal, como si a Melancolía no le bastara con darle pesadillas, sino que quisiera volver a atacarla de verdad.

Después de aquel combate, Thurwar era la estrella emergente de un pequeño grupo de estrellas ascendentes. Aun así, durante una buena temporada, la gente le siguió chillando «¡Vaya potra!» en el estadio, desde el gallinero hasta el suelo y los asientos que costaban lo mismo que varias letras del coche. Thurwar echaba de menos aquellos tiempos. Cuando permitía que las palabras de la gente la elevaran. Se había servido de su animadversión para seguir con los pies en la tierra. La ira era un enemigo en el que podía concentrar el odio y eso le permitía, brevemente, olvidarse de la culpa.

Había querido demostrarles que se equivocaban. Y lo había logrado. Luego se habían convertido en sus soldados; era la general de un ejército que despreciaba. Pero, durante mucho tiempo, había participado en el juego, había interpretado el papel que se esperaba de ella. Había pronunciado discursos

fanfarrones, había reventado cráneos con encanto. Habían venido desde lejos para verla y, a veces, había sentido de verdad que no podía decepcionarlos. Y era evidente que su apoyo, su energía abrumadora, se traducía en algo, en una ventaja de ánimos sobre el terreno. Y la había empujado a seguir jugando, a veces la convenció de que sí era quien la gente creía que era.

Staxxx había roto aquel ciclo de engaños. Staxxx era real y le daba algo en lo que concentrarse. Cuando Staxxx llegó a su vida, facilitó que Thurwar se despojara del personaje que había creado. Hablaba menos y menos antes de los combates. Dejó de responder al correo de los seguidores. Dejó de darles nada más que las masacres que la mantenían con vida a ella y, por extensión, a la Cadena. Staxxx le dio un nuevo motivo para vivir.

Thurwar se dio la vuelta para ver cómo estaban los Eslabones. Rico seguía radiante por la emoción de la reunión. Sai y Hielo y Randy Mac iban charlando de los deportes a los que solían jugar, cuando eran deportistas de otra clase. A Pistolín se lo veía siniestro y Walter Agua Mala parecía perdido y asustado, como siempre. Y Staxxx le hablaba, trataba de hacerle reír. Allí estaba Staxxx, preciosa. La mujer a quien quería. La mujer que había matado a su mejor amigo.

Continuaron con la Marcha.

La Cadena siguió con Thurwar a la cabeza del gran círculo y el Ancla siguiéndola despacio. Empezaron a jugar a uno de los juegos de la Marcha, al que llevaban mucho tiempo jugando durante las Marchas, pero ahora se notaba una nueva clase de tranquilidad en el ambiente.

Y entonces Thurwar vio cómo el Ancla pasaba volando a su lado y obligaba a todos los Eslabones a correr para seguirle el ritmo.

—¡Joder! —dijo Randy Mac.

—¡Todos preparados! —exclamó Thurwar.

Sintió el subidón de adrenalina.

—Si podéis, vigilad a quien tengáis al lado. Pero lo primero es protegerse. Id rápido a por ellos en cuanto nos suelte.

Pasaron corriendo por unos troncos astillados y pisaron y se impulsaron en la tierra húmeda. Era importante tener cuidado con dónde pisaban.

Tiraban de ellos hacia una Melé, hacia la violencia, y Thurwar estaba lista.

La junta

Era una sala de hombres y mujeres. Eran doce, todos blancos, salvo el vicepresidente y el director de relaciones públicas de ArcTech, que también era una de las tres personas de la sala de menos de cuarenta años. Se llamaba Kyrean y era el amigo negro de Forest, un hecho sobre el que bromeaban cuando salían a beber y montaban juergas en el yate de Forest. La otra persona relativamente joven era Lucas Wesplat, uno de los amigos más antiguos de Forest y el heredero de ArcTech.

Forest le dio un sorbo a la taza que había en la mesa. Su padre, George Woley, se sentaba a su izquierda y se reía de algo con el pelota del director de programación. Henry, otro de los hijos de Wesplat, era el presidente, de modo que actuó como tal:

—Quisiera proponer aprobar el orden del día.

El orden del día flotaba en el aire ante ellos, lo proyectaba la mesa de juntas.

Forest le echó un vistazo e intentó parecer lo bastante interesado como para no avergonzar a su padre y lo bastante aburrido para transmitirle a Kyrean que sabía que todo aquello era una gilipollez.

Orden del día de la junta directiva de Cadena de presos ilimitada:

Informe de las tendencias y los resultados actuales

Desglose de ingresos

Revisión del cambio de reglas para la trigésima tercera

temporada de *La Liga de los Presos*

Anuncios

—Adelante —dijo el padre de Forest.

—Bien, ¿votos a favor? —preguntó Henry.

Hubo una vez en que Forest vio cómo Henry esnifaba y lamía cocaína de la piel húmeda y sudorosa de tres personas distintas en un atracón de un minuto de duración.

Se alzaron varias manos, la de George incluida. Y Forest imitaba a su padre en todo; si bien notó, con interés y una punzada de vergüenza, que Kyrean no había levantado la mano.

—Creo que necesitamos incluir el asunto de Tracy Lasser en el orden del día —opinó Kyrean.

Ky y Forest eran amigos desde el tiempo que pasaron juntos en la universidad. Se podía decir que esa amistad había desempeñado un papel importante en el ascenso profesional de Ky.

Forest observó cómo Lucas fruncía el ceño y miraba a Ky. Lucas era el jefe de Ky. Al padre de Lucas Forest lo llamaba «tío Rodge».

—Por supuesto que pensamos hablar de ello. Es solo que no le he dado un punto propio en el orden del día porque no es igual de importante que los demás que vamos a abordar —indicó Mitchell Germin, el director de programación—. Hemos trabajado duro para planear la próxima estancia de A-Hamm en la Ciudad Foco de Old Taperville, ¿sabéis? Hemos resuelto la logística del acto en la feria de granjeros.

Henry miró alrededor de la sala y vio que Kyrean sí levantaba la mano encima de la cabeza.

—Se aprueba por asentimiento —declaró.

—Pero me alegro de que Kyrean haya sacado el tema de Lasser —continuó Germin—. Hemos seguido de cerca la

situación y, basándonos en la investigación inicial en la mayoría de los grupos de población, lo que fuera que creyese que hacía apenas ha afectado de rebote al público real y al potencial. De hecho, hemos encontrado pruebas de que, en el público fiel, su ataque ha contribuido a agrandar el interés y la disposición a participar en las redes sobre los deportes de acción dura. Muchos de los participantes en el estudio que se identifican como espectadores habituales están seguros de que Tracy Lasser no ha sido nada imparcial en su opinión, dada su amistad con Hamara Stacker y…

Forest miró a su padre, que tenía la vista clavada en Germin. Pensó que sería de lo más raro que en esa sala reconocieran que había gente que los odiaba, a ellos y a lo que hacían. Hablaban de tendencias y resultados. Apenas hablaban de los combates como tal o pronunciaban los nombres de los Eslabones que hacían que todo funcionase.

En ese sentido, al menos, Forest no era igual que su padre. Sí sabía lo que pasaba. Sí sabía cómo se llamaban los Eslabones. Sí sabía que había una razón por la que Tracy Lasser se había comportado así. Y sí sabía que también había razones para que él se comportara así. Ella creía que el entretenimiento punitivo con potencial de rehabilitación estaba mal, creía en ser blanda con los asesinos y los violadores. Él creía que la justicia no podía ser bonita para todos. Él creía que la ley siempre te manchaba las manos de sangre.

—Le dije a Gerald que no permitiera que esa chica presentase nada —intervino George Woley.

Gerald Haskinson, el consejero delegado de SportsViewNet, era uno de los colegas de golf de George.

Forest miró a Kyrean en busca de compasión, pero Kyrean no le quitaba el ojo de encima a George; apretaba la mandíbula y torcía el gesto de tal manera que Forest se cabreó. Vio que Lucas

no dejaba de mirar el orden del día.

—Aparte de lo que diga el grupo objeto de estudio —empezó Kyrean, con una seriedad nueva en sus palabras—, deberíamos tomarnos en serio la posibilidad de cambiar el estreno de la trigésima tercera temporada. Se centra demasiado en Staxxx y Thurwar. Un combate entre las dos… ahora mismo no pinta bien. —Parecía calmarse un poco, apelando a la lógica más que a otra cosa.

—Estoy de acuerdo, la verdad. No…, no es de buen gusto. Creo que también deberíamos replantearnos las reglas nuevas.

A Forest le sorprendió oírle decir aquello a la autoproclamada voz más eléctrica de los deportes de acción dura, Micky Wright. Un hombre más vinculado a la Cadena de presos y a todo lo relacionado con ella que cualquiera de las demás personas de esa sala y del mundo. Seguían adentrándose en un terreno inexplorado. El padre de Forest habló de los deportes de acción dura en calidad de la extensión obvia y natural de su propio trabajo, las prisiones, que era con lo que había amasado la fortuna familiar. Y cuando George Woley hablaba de prisiones, hablaba de la responsabilidad que Dios le había confiado de mantener a salvo a las personas. Hablaba de absorber la negatividad del mundo para que el bien pudiera brillar. En el último discurso de empresa había dicho que «siempre andas con un cuchillo cerca del cuello. Siempre hay un hombre con mala intención cerca de tus hijas o hijos». Y era el modo en que George Woley también veía los juegos.

—¿De buen gusto? —preguntó George, confundido.

—Sí, de buen gusto. Debería familiarizarse con el término —dijo Wright con tranquilidad y como si nada.

La sala miró a George y, dado que Forest estaba sentado muy cerca de su padre, notó cómo todas las miradas le pedían una respuesta adecuada.

—No vamos a cambiar los planes porque una zorra de SportsViewNet me lo diga. Que se vaya a la mierda —soltó George.

Micky Wright negó con la cabeza y rio. Kyrean lanzó una mirada penetrante a Forest.

—Igual podemos ceder de alguna manera —sugirió Forest con debilidad.

Su padre parecía decepcionado. «Ceder» era una de las palabras que menos le gustaban a George Woley.

—Claro —dijo Lucas.

Forest sabía que su padre quería decir algo, pero vio cómo se lo pensaba mejor. La junta directiva, en conjunto, decidía el rumbo del universo de la Cadena de presos. Y mientras el universo no dejara de crecer, facturaba millones; para George Woley no era más que una pequeña extensión de una industria más grande. Pero Forest no era su padre, él sí entendía que dirigían lo que podría ser el mayor programa de entretenimiento del mundo. Por eso se había apuntado. Quería formar parte de algo grande, algo nuevo, algo que pudiera explotar. Su propia industria. Ya se preocuparía por el buen gusto después de haber salido de la sombra de su padre. Por ahora, daba gracias por la presencia de su padre. La junta era su incubadora y George estaba allí para allanarle el futuro a Forest.

—Bueno, si te refieres a que quizá haya oportunidades de eliminarlas antes del estreno de la temporada, pues claro que contamos con formas de volver las cosas potencialmente más… —Hizo una pausa, en busca de las palabras—. De ponerle más obstáculos potenciales a Thurwar, dado el clima actual.

Forest sonrió. Al menos lo había intentado. Miró a Kyrean en busca de que reconociera el éxito, pero la piel limpia y marrón y el grueso labio fruncido del otro hombre eran el retrato de la aversión.

Forest apartó la mirada y la centró en su padre. George Woley asentía con la cabeza.

Era la incubadora. Forest iba a crecer. Kyrean era su amigo, sí. Pero ¿era un amigo de verdad? No, era un socio. Un compañero de clase. Una persona con la que trabajaba, que siempre podría reemplazar por otra.

Melé

—No te preocupes, cariño, no voy a dejar que te toquen ni un pelo —prometió Staxxx mientras corría al lado de Thurwar.

El círculo se había convertido en una sola fila, con los Eslabones uno al lado de otro, hombro con hombro. ¿Y si Thurwar perdía a Staxxx, de alguna manera, antes de que hubiera tenido la oportunidad de contarle lo que había descubierto? El pensamiento consiguió que se centrara. Intentó regresar a su cuerpo. El dolor latente de la rodilla al propulsarse en el suelo, el peso del martillo en las manos. No iba a perder a Staxxx. Permitiría que pasara de todo antes que eso.

—¡Joder! —dijo Rico Muerte.

Thurwar echó un vistazo para ver si Mac se ocupaba de él. Por supuesto, Rico ya había contemplado aquella clase de situaciones en las retransmisiones que había visto, pero eran del todo distintas cuando las vivías. Cuando, de pronto, la caminata calmada y constante se convertía en una carrera. Cuando, al final de la carrera, se hallaba la muerte, para ti o para ellos.

—Ya hemos hablado del tema y ahí vamos —dijo Thurwar en la dirección de Muerte.

Miró a Rico y su palo de golf. Hasta él le pertenecía. No mostraba un potencial real, no parecía tener muchas luces, pero era lo bastante sincero. Era suyo, igual que casi todos los que corrían entre los árboles a su lado y que, de forma repentina, volvían a enfrentarse a la posibilidad de la muerte. No iba a permitir que ni siquiera Rico Muerte viera la Baja Libertad.

—Se termina cuando alguien la palma —le dijo Mac a Muerte.

Sabía lo que iba a decir a continuación. Que era la Melé, que estaban a punto de pasar a un cara a cara con otra Cadena. Que iban a ver a todos contra los que pelearían en la Melé antes de que esta empezara, que cada uno se pediría a alguien a quien atacar. Que era probable que Thurwar y Staxxx cargasen contra la misma persona para garantizarse una muerte y acabar con la Melé. Que, si tratabas de escapar, te devolvían a rastras a unos centímetros de las dos Anclas, en el centro del campo de batalla improvisado. Mac le contaría que no importaba lo que hiciera, que como se escapara sí acabaría muerto, a manos de la Cadena rival o del propio Randy Mac.

—¿Te acuerdas de nuestra primera vez? —preguntó Staxxx, corriendo justo por delante de Thurwar.

Thurwar acusaba el dolor de la rodilla, pero a medida que el cuerpo la preparaba para crear muerte, eso se convirtió en una sombra. Un recuerdo presente y olvidado al mismo tiempo. No dijo nada, tratando de ver lo que tenía delante, pero sonrió.

—¿No? ¡Qué pena! Es igual, ¡feliz aniversario! —murmuró Staxxx, frunciendo los labios. Luego sonrió levemente.

—Ah —respondió Thurwar—. ¿Pasó algo importante durante nuestra primera Melé?

Le siguió el juego, aunque no quería malgastar fuerzas. Incluso aquella carrera hacia la Melé podía cansar a un buen Eslabón. Correr era una cosa, y otra muy distinta era correr con la fuerza tensa y adrenalínica de la batalla.

—¿Ves? —dijo Staxxx con una gran sonrisa—. No te importo.

Durante la primera Melé en la Cadena Angola-Hammond, Thurwar lanzó un golpe mortal al cráneo de un hombre que llevaba una llave inglesa enorme. Antes de que la llave inglesa le

reventara la cuenca del ojo izquierdo a Thurwar, tanto la llave inglesa como la mano con que el hombre la blandía cayeron al suelo. La cuchilla de la guadaña dio con el cuello del hombre. Thurwar rememoró aquel momento y pensó en cuántos de sus mejores recuerdos estaban empapados de sangre.

En aquella primera Melé, solo seis días después de que ella se les hubiera unido, Thurwar se había enamorado de Staxxx. Le encantaban su fuerza y cómo su cuerpo incitaba a la supervivencia.

Staxxx había aparecido y, de repente, Thurwar le debía la vida a otra persona. Lo lamentaba, pero la había mantenido con vida. Primero fue el deseo de pagarle esa deuda, la cual le había devuelto varias veces de más, y luego fue que sabía que tenía que sobrevivir para que Staxxx no muriese y se encontrara lo bastante bien como para seguir siendo quien era para el mundo. Era, al menos, una parte del motivo por el que Thurwar creía que seguía en la Tierra.

—No me importas —replicó Thurwar—. Te quiero.

Staxxx se tambaleó brevemente, recurriendo a *Treta de Amor* para no caer al suelo.

Thurwar saboreó la satisfacción absurda de haber pillado desprevenida a Staxxx. No solía pronunciar aquellas palabras y esperaba que no acabara de decirlas porque temiese que no volvería a tener otra oportunidad.

Staxxx sonrió y Thurwar se preguntó si podía leerle la mente. Deseó que Staxxx pudiese leérsela para decirle lo que llevaba poniéndola nerviosa desde Vroom Vroom.

Era la vigésima Melé de Thurwar. Durante los últimos dos meses, desde la decimonovena, había sentido una punzada de culpa a medida que se acercaba la vigésima. A los Amos del Juego, los humanos detrás de sus vidas encadenadas, aquellas personas que tejían las líneas argumentales con los combates y

una serendipia coreografiada, les encantaba lo obvio. Les encantaban las cifras redondas. Los récords conllevaban más peligros para todos los miembros de su Cadena.

También sabía que algunas personas pensaban que esos mismos Amos del Juego la favorecían. La mimaban con combates fáciles, como el último chaval al que había aplastado. Como si en su vida en el Circuito hubiera algo fácil. Veinte putas veces la habían obligado, de pronto, a luchar por sobrevivir al estilo sálvese quien pueda. Diecinueve veces había vivido para contarlo. Cuando hablaban de las estadísticas, cuando le importaba discutir y defenderse, les había recordado todas las veces que había conseguido que los Eslabones de otras Cadenas viesen la Baja Libertad para que nadie de la suya tuviera que verla. Ocho veces había sido su martillo el que había terminado la Melé. Ocho finales de Melé. Ocho. Bishop solo había visto diez Melés durante toda su trayectoria.

No aceleró la respiración, ni siquiera mientras corría. Había visto cómo la gente jadeaba hasta morir. Les había enseñado a los Eslabones de A-Hamm a seguir al Ancla con cabeza. Les había enseñado lo importante que era respirar hondo, ver el suelo y el mundo a tu alrededor. Las torceduras de tobillo acababan matando a la gente. Ella era la única. Ella era la única que había conseguido lo más difícil del mundo: sobrevivir. Y la gente seguía desafiándola. Pero ¿sería mejor que…? Sí. La respuesta siempre era sí, sí lo era. Thurwar creía que parte de su propósito era ser la mejor en un infierno nuevo. Aún trataba de entender el porqué.

Avanzaron hacia el rumbo que Thurwar permitió que Staxxx marcase y acabaron por vislumbrar a la otra Cadena a lo lejos. En el momento de ver aquellos a quienes has de matar o a cuyas manos has de morir, tienes que desterrar el aprecio innato que les tienes en calidad de hermanos humanos. Después de

tanto tiempo en el Circuito, para Thurwar era casi automático. Su Cadena y ella eran personas, los otros eran un problema que solucionar.

Contó nueve. Dio zancadas más amplias. Quería ser la primera a la que viesen. Quería que se imaginaran que les aplastaba el cráneo con *Hass Omaha*. Sabía que habían visto sus grandes éxitos. Sabía que ellos, fueran quienes fuesen, estaban al tanto de las muchas formas en que era capaz de destrozar un cuerpo. Alcanzó a Staxxx y no tardó en notar cómo el Ancla la frenaba. La obligó a detenerse. Estaban en una zona del bosque que acababan de deforestar. Un terreno verde, con luz fresca a su alrededor y sin hojas ni ramas para ocultarla a ella ni a los oponentes. Se quedaron justo frente a la Cadena U-Block. Por el aspecto que tenían, U-Block podía verla bien.

Los ojos muy abiertos. Los esfuerzos visibles por reprimir la sorpresa. Las sonrisas débiles que apenas distinguía. Estaban a treinta metros de distancia.

Thurwar se fijó en una joven que tendría menos de veinte años. Por lo que veía, no tenía ningún arma principal, era probable que llevase unas tijeras o algo pequeño y afilado metido en los bolsillos de la cazadora vaquera.

—La vaquera —le indicó a Staxxx.

—Pobrecita —le contestó Staxxx.

Así de simple. Las dos sentenciaron a muerte a esa mujer de aspecto débil.

—Vamos a por la de la cazadora vaquera —dijo Thurwar.

Mac y Pistolín Puddles se miraron y asintieron con la cabeza. Sai levantó el pulgar. Hielo gruñó que él quería al rubio del centro de la Alineación.

—Vale —aceptó Thurwar.

—Sesenta segundos para la Melé.

Antes de que Thurwar liderase A-Hamm, las Cadenas

habían malgastado los instantes de quietud previos al comienzo de la Melé. Los Eslabones se habían callado sus objetivos con avaricia, con la esperanza de la gloria y los Puntos de Sangre de terminar con la Melé. Pero organizarse significaba vivir.

—El sudado —dijo Sai, señalando a un hombre con barriga y lo que parecía ser una porra de la policía.

—Iglú, vale.

Fueron diciendo sus objetivos y Thurwar examinó a cada uno antes de darles el visto bueno. Si pensaba que un objetivo tenía mala pinta, se lo negaba y les decía que se buscasen otro.

Ella misma no le quitó el ojo de encima a la mujer de la cazadora vaquera. Cuando muriese, no importaría a quién hubieran elegido los demás Eslabones. Y la vaquera no iba a tardar mucho en morir. Thurwar veía que quería meterse las manos en los bolsillos. Apenas era una Superviviente, estaba segura. Conocía a cuatro de los Eslabones de la Cadena U-Block. Eran Logan Iglú, un Culmen; Killian el Quieto, un Segador; y Qiesha la Aulladora, quien, por lo último que había oído, era Culmen, pero lo había conseguido de tal modo que a Thurwar le había llamado la atención.

El último Eslabón era el único a quien consideraba una amenaza real: Cuervo Ways. Cuervo Ways también era Colosal. El mes pasado, pesaba noventa kilos. Llevaba el pelo oscuro cortado a lo Julio César y un pañuelo con el dibujo de una pirámide. Y en el cuello tenía tatuada la pirámide del banco Triangle Keep. Al igual que Thurwar, usaba tiras de cuero. Le pareció verle unas pocas rodeándole la clavícula y subiéndole al cuello. Era zurdo, aunque entrenaba para ser ambidiestro con las armas, un arte que Thurwar ya dominaba. Su alabarda se llamaba *Chi-Chi*. La blandía con la mano derecha y la cuchilla dorada apuntaba justo a los Eslabones de A-Hamm. A ella. Nunca habían hablado, pero lo conocía como si fuera su hermano.

—¡Eh, Thurwar! —la llamó.

Conocía el sonido de su voz por los gritos de batalla, tras ganar en el campo.

—Todos concentrados —les dijo Thurwar a A-Hamm.

No era raro que las Cadenas se gritasen cosas antes de que los soltaran para la Melé.

—No, fuera de coña, Thurwar —insistió Cuervo—. Creo que hay una cosa que quieres oír, Mamá Sangre.

Thurwar miró a Staxxx, que no le quitaba el ojo de encima a Cuervo.

—¿Cuánto te queda para terminar? —preguntó él.

El Ancla anunció que faltaban unos segundos para que los soltasen y lanzasen a unos contra otros.

—Solo dos semanas, pajarito —dijo Staxxx.

—¡Qué bonito! —exclamó Cuervo.

A Thurwar no le gustaba la cortesía. La Melé no empezaba así. La Melé empezaba con amenazas y bromas irónicas que también eran amenazas.

—Lo es —dijo Thurwar.

—Me da que tengo otro regalo para ti. —Movió la cabeza para indicar que le cedía la palabra a un hombre a quien Thurwar habría elegido de no haberse decantado por la chica vaquera, que ni siquiera sabía dónde poner las manos—. Para todos vosotros.

—Quince segundos —advirtieron las Anclas. Hablaban sincronizadas a la perfección.

El hombre a quien Ways había señalado llevaba un chaleco acolchado y negro que le tapaba la piel morena. Llevaba pantalones cortos y mocasines. Quedaba claro que no llegaba a más que a Superviviente. Sus ojos. Cualquiera que llevara en una Cadena el mismo tiempo que Thurwar sabía qué querían decir unos ojos como aquellos.

—Te conozco, Thurwar —dijo—. Llevo mucho tiempo

viéndote. Creía que podría conseguirlo. Me ayudaste. Me enseñaste que podría salir de la cárcel. Me enseñaste que aquí fuera podría estar bien.

—Os quedan diez segundos antes de que muera uno de los vuestros —gritó Thurwar en el campo, repitiendo lo que decían las Anclas.

—No quería morir. Pero no quería estar aquí. No podía seguir en las celdas. Y ahora no quiero morir, pero no…, no puedo vivir así.

Thurwar inspiró por la nariz y espiró por la boca, con calma.

—¡No tienes que hacerlo! —chilló la integrante de U-Block de la cazadora vaquera. Miró al tipo del chaleco acolchado y Thurwar pensó, por cómo le sonaba la voz, que igual se echaba a llorar.

—No quiero morir, pero ahora no quiero vivir —continuó el tipo del chaleco.

—¡Melé! —dijeron las Anclas al unísono.

—¡Espera, Thurwar! —exclamó Cuervo Ways. Soltó a *Chi-Chi* y levantó las dos manos. Hizo un sonido suave al caer al suelo. Dos de las seis HCM bailaban a su alrededor, en el aire—. Escucha, por favor.

Thurwar levantó el brazo a un lado para que sus Eslabones siguieran esperando.

—No quiero morir, pero no puedo vivir así. Quiero que vivas, Thurwar. El hecho de que te tenga delante ahora mismo es una señal. Tiene que serlo. Te estoy agradecido, incluso aunque me hayas mentido. Me hiciste creer que no estaba mal. Pero es un infierno. Vuelve a serlo.

Thurwar vio que el tipo del chaleco acolchado llevaba un cuchillo. Dio varios pasos adelante. Thurwar asió el martillo con más fuerza. Lo observó, pensó en cómo a diario se tragaba la

parte de sí misma que vivía en su cabeza y le decía lo mismo que el tipo verbalizaba ahora en voz alta.

—No puedo vivir así. Y tú sí. Ahora lo veo.

Se deshizo en lágrimas y resolló con pesadez. Se arrodilló en las hojas muertas y se cortó una sonrisa profunda en el cuello. La herida goteó y luego rezumó sangre. Se cayó y se retorció hasta que Cuervo se acercó para rematarlo. Pero a Cuervo lo apartó la chica vaquera, que lloraba. Ella misma le rajó el cuello al hombre, por completo.

—Melé completada —dijeron las Anclas al volver flotando con sus respectivos Eslabones.

Thurwar miró al muerto y a la Cadena delante de ella. La chica vaquera tenía salpicaduras rojas en la piel y en la cazadora.

—¡Mierda! —soltó Muerte.

—¡Joder! —dijo Agua Mala.

Thurwar reparó en aquel hombre, demasiado débil para ese mundo, que creyó haberle hecho un regalo; en sus últimos momentos, ese hombre la había llamado mentirosa.

—Es un honor —dijo Cuervo al saludarlos. Miró a Randy Mac—. Lo siento, tío.

—Ya veremos —respondió Mac. Cuervo Ways era el siguiente oponente de Mac.

—Sí, pero no todos podemos ver la Alta Libertad —dijo Cuervo.

Cogió a *Chi-Chi* del suelo y su Cadena y él se marcharon detrás del Ancla.

—¿Cómo se llamaba? —le gritó Thurwar.

—Ali Chao —respondió Cuervo.

—¿Cómo se llamaba de verdad, Cuervo? —preguntó Thurwar.

—Albin o alguna mierda así. No te sé decir, L. T. —dijo Cuervo[26] —. La iba a diñar más pronto que tarde, cuando

echamos a correr para ir a la Melé decidió que iba a palmarla. No sabía que iba a soltar un pedazo discurso.

Thurwar lo sopesó. El modo en que el hombre le había dedicado a ella sus últimas palabras, cuántas veces había sido lo último en lo que pensaba una persona.

Cuervo continuó hablando:

—Era tu fan. Me alegro de que llegara a verte. Yo también soy fan.

—Lo mismo digo —respondió Thurwar, y dio un paso atrás—. Apréndete los nombres reales de todos los Eslabones de tu Cadena, Marquis.

Cuervo frenó y las dos Cadenas se tensaron. A Cuervo no se le decía qué hacer.

—Tienes razón, L. T. —asintió Cuervo—. Cuando tienes razón, la tienes.

Y se dio la vuelta.

El Ancla de A-Hamm siguió tirando hacia el sol de poniente mientras U-Block se retiraba en la dirección por la que Thurwar y su Cadena acababan de venir.

Thurwar no dijo nada. Intentó respirar con tranquilidad, aunque se notaba destrozada por la adrenalina. De modo que no dijo nada y caminó y su Cadena la siguió. Caminó y se sintió agradecida y aterrada. Caminó y miró a la Cadena, intacta gracias a ella. Pensó en todas las desgracias y en todo el dolor que emanaban de ella. Notó la pesadez de semejante carga, aunque no lo aparentaba en absoluto.

Con el Influyente

—La j es de Jeremiah.

—¿Qué?

—La j es de…

—Calla la puta boca, Craft —dice el agente Lawrence.

—Por favor.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, no me dé con el Influyente.

Nunca he pedido nada con tantas ganas. Hay bobos que creen que el Influyente es una especie de táser. No lo es. Cuando te dan con el Influyente, sientes más dolor del que el cerebro es capaz de producir. Cuando te dan con el Influyente, te reescriben las rutas neuronales para que conduzcan mejor el dolor físico. Permite que el cerebro absorba más de lo que nunca debería. Te cambian de formas que no quiero descu…

Me mete la vara negra en el cuello y…

Luego me da un puñetazo en el hombro.

Y me explota el hombro.

Noto cómo se me astillan los huesos, los tendones saltan por los aires. Yo…, yo[27] …

—¡Lo siento! —chillo.

Chillo.

Me miro, aterrado, el hombro. Aquí sigue. Y no hay sangre. De alguna forma, de alguna manera. Sigo con el dardo negro en el cuello. El Influyente. Esa cosa del cuello es el amo de todo. Lo sé con claridad.

Es el infierno de la vara negra. Estoy en el infierno. Un infierno plagado de ángeles feos.

—¿No crees que ya es suficiente, Lawrence? —dice el Ángel 1 al otro lado de la puerta.

Sigo con la vara negra, que acaba en una aguja, clavada en el cuello; me promete que nada volverá a ir bien.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —responde el Ángel 2.

El Ángel 2 es cómo sé que Lawrence se llama de verdad. Ahora lo veo. Blande el dardo negro. El Ángel 2 es a quien debo servir para no morir cada día. Le digo todo lo que quiere saber para que quizá me ahorre un poco de esta amable luz. Pero hoy ha decidido no ahorrarme nada.

—Ya ha tenido bastante por hoy.

—Pues sí que te encantan estos hijoputas violadores, ¿no? —dice el Ángel 2.

«Hijoputa violador» es uno de mis nombres. El otro es Simon J. Craft. La j es de…

—Da un salto, Craft —ordena el Ángel 2.

E intento volar. No puedo. Tengo las muñecas pegadas a la cama con esposas de metal. Cuando intento saltar, las esposas me tiran de las muñecas y las muñecas descubren todo el dolor que alberga el universo. Chillo y no mejora nada. Si con mis chillidos pudiera sanar, no quedarían enfermedades ni conflictos en este mundo. Aquí, a los Ángeles les encanta oír cómo chillas.

—¿Cómo te llamas, hijoputa? —dice el Ángel 2.

—Hijoputa violador —contesto, siento cómo la lava me sale de las muñecas. Las babas que me caen por los labios parecen garras que me arañan la cara.

—¡Cállate la puta boca o te juro que te reviento la cabeza!

Y a veces no quieren que chilles nada.

Trato de chillar en silencio. La celda huele a pis y a mi propio dolor salvaje. El Ángel 2 se ríe.

—Seguro que ella también chilló y no paraste, ¿no? ¿No?

—Lo siento —digo.

Me llamo Simon J. Craft.

—¿Por qué no dejas de decir tu puto nombre? ¿Te parece gracioso?

La vara que me sale del cuello va atada a un cable que va conectado a un disparador que el Ángel 2 lleva en la cintura. No sé qué cosas de las que pienso me salen por la lengua. O quizá el Ángel me oye los pensamientos. Trato de pensar en silencio para que se destruyan.

—¿De qué cojones hablas?

—No. No es gracioso.

—Eso creía —dice el Ángel 2, y me saca el Influyente del cuello.

—Gracias.

Gracias.

—Gracias.

Gracias.

—Gracias.

Gracias.

—Gracias.

—Vale, hijoputa, no te pongas a chuparme la polla.

—Gracias.

Gracias.

—Gracias.

Gracias. Mi cuerpo ya no es de cristal. Por ello, soy todo gratitud. En los momentos posteriores al Influyente no recuerdo quién soy o por qué estoy aquí o qué hice para acabar en el infierno. Pero agradezco que termine. Lo agradezco mucho. Lo agradezco mucho.

—Más te vale agradecerme lo mucho que te ayudo.

—Gracias, gracias.

El Ángel 1 observa al otro lado de la puerta.

—Nada de lo que Ruiz te haga será ni la mitad de malo que lo que acabas de sentir —dice el Ángel 2—. ¿Lo entiendes?

—Gracias, gracias.

—Te voy a preparar bien para los próximos combates. Te vas a pasar el resto de la vida dándome las gracias.

Tiene la vara negra en las manos. Pulsa un botón. La vara se retrae y se mete en el disparador.

—Gracias.

Gracias.

—La semana pasada, Ruiz te dio una paliza. La revancha es dentro de dos semanas. Luego completaremos la trilogía. Si ganas dentro de dos semanas… Bueno, más te vale ganar.

El Ángel 2 me da una palmadita en el hombro. Me pongo a chillar, pero, cuando la mano me toca, noto un toquecito normal y ligero, no el infierno. El Ángel 2 me aprieta.

—Tienes el trapecio bien fuerte. No te olvides de entrenar todos los días. Quiero que hagas flexiones, abdominales y boxees con el aire durante un par de horas. Si ganas dentro de dos semanas, nos aseguraremos de que pasas al menos cuatro horas fuera del agujero.

—Gracias.

—Te vas a pasar dándome las gracias todos los días de la puñetera vida, putita. —Sonríe.

—Gracias —digo.

Sonrío, no porque quiera, sino porque después del Influyente los músculos faciales se pasan un tiempo haciendo lo que les da la gana.

—Así me gusta, cabrón hijoputa.

Y entonces el Ángel 2, Lawrence, se marcha. Oigo cómo su risa se desliza por el pasillo.

El Ángel 1, el agente Greggs, se queda quieto al otro lado

de la puerta. Desaparece y luego vuelve. Lo noto allí. Entra. Me desata del pie de la cama. Puedo moverme y hacer lo que quiera.

Ya he empezado a notar cómo vuelvo. Así funciona. El último par de meses me han metido en la liga de combates de la prisión que han montado. No es un programa voluntario, exactamente.

Greggs me mira. Giro los hombros y el cuerpo regresa. Vuelve a ser mío. Me pasa una toalla. La pongo en la cama, con miedo de que no me toque nada, de momento.

—Hay gente que se saca los ojos después de que les den con el Influyente una vez —me cuenta Greggs—. ¿Lo sabes?

—Lo entiendo.

Y lo entiendo muy bien.

—¿Sabes cuántas veces te ha dado?

Niego con la cabeza. Cuesta saberlo porque, incluso ahora que ha desaparecido el dolor y quedo agradecido para siempre por no tener esa vara en el cuello, en cuanto te dan con el Influyente una vez, nunca se acaba del todo. En cuanto te dan una vez con el Influyente, siempre sigues con el Influyente. Al menos, algunos de nosotros. Así ha sido para mí. Siempre a la espera de que volviera.

—Era la sexta vez —indica—. Tienes un motivo legítimo para presentar una queja. ¿Sabes a quién se le presentan las quejas?

A veces estoy seguro de que no pueden matarme. A veces no estoy seguro de si ya he muerto.

—A Lawrence —digo.

—Exacto. Lo que significa que así es tu vida ahora. No sé qué más decirte.

También lleva en las manos un nuevo juego de ropa gris. Siempre sé qué esconden en las manos los Ángeles.

—También significa que, si te dice que ganes el combate

dentro de dos semanas, más te vale ganarlo. Porque se me revuelven las tripas de ver estas mierdas cada dos días. ¿Entiendes lo que te digo?

—Gracias —contesto.

—No me des las gracias. No hago nada por ti. Solo te digo qué panorama hay.

No digo nada.

—Sí te voy a decir una cosa. El hecho de que aún puedas responderme y tal después de toda esa mierda…

Alza un puño y levanto el brazo para chocar los nudillos con los suyos.

—Te llamas Simon Craft —dice—. Te acuerdas de cómo te llamas, así que creo que estarás bien.

Me deja la ropa limpia en la cama.

—Simon J. Craft —murmuro.

Asiente con la cabeza.

Cuando se marcha, escribo «Simon J. Craft» en las paredes. Una y otra vez. Me tumbo y me lo escribo en las pestañas. Tengo pesadillas en las que el cuerpo me explota una y otra vez de distintas formas. Las siento todas y cada una. Cuando me despierto, me duele la mandíbula de sonreír y de fruncir los labios y de todas las formas en que el dolor me moldea el rostro.

No hay cuadrilátero, solo un pasillo del pabellón F. Lawrence me conduce allí y tenemos que pasar por delante de la mitad de los presos, eso parece. Con todos esos cuerpos caminando por ahí es fácil olvidarse de cómo es la libertad. En comparación con donde estoy yo, la libertad es así. Una capa más superficial del infierno.

—El pavo blanco tiene pinta de loco —oigo que dicen mientras Lawrence me conduce adonde voy a matar a un

hombre llamado Ruiz.

Huele que apesta a hierro, como si algo estuviera muerto y podrido.

Lawrence se inclina y me habla al oído. No lleva la varita negra, e incluso mientras camino hacia un hombre que espera para matar, sé que el dolor que sienta será de este mundo y no del infierno, así que no me preocupo lo más mínimo. Nada de preocupaciones. Hasta me alegro.

—Si ganas esta noche, te prometo que te pasarás una semana sin nada de Influyente. Si pierdes, me da igual cómo acabes, vas a pasar una noche larga, ¿lo pillas?

—Gracias —digo.

—Quiero que le hagas daño, ¿vale? No te preocupes por él. Él va a pensar lo mismo. Y como no ganes hoy, ya lo pillas, ¿no?

—Gracias. Lo pillo.

Mira adelante y sé que no voy a permitirme volver con la varita negra por nada del mundo.

—Más te vale.

—¿Por qué cojones sonríe tanto? —pregunta uno de los hombres con camiseta y pantalones grises.

—No sonríe —aclara otro—. Es la mierda esa.

—¡La hostia! —dice un hombre tan bajito que parece un niño—. Lo siento, tío —me dice a mí o a la idea de mí.

Los miro y bajan la vista al suelo o se me quedan mirando como si fuera el animal que siempre han esperado ver. Se me quedan mirando como si quisieran un recordatorio de aquello en lo que nunca han de convertirse.

—Es esa mierda que los deja groguis. Se quedan así de empanados después del Influyente. Menuda putada —explica una voz que proviene de un rostro que no veo.

—Serás el siguiente como no cierres la puta boca —dice el Ángel 2, y la voz desaparece.

En el otro extremo del pabellón han puesto cuatro conos naranjas en el suelo. Los cuerpos forman un cuadrado. El cuadrilátero lo constituyen hombres de distintos colores, todos vestidos del mismo color. Y luego, al lado de cada uno, hay guardias de marrón y de negro con placas resplandecientes en el pecho y armas a la cintura.

En el «cuadrilátero», sentado en un cubo naranja que han puesto bocabajo, está Ruiz. En nuestro primer combate, hace un mes y medio, Ruiz se las apañó para que mi nariz nunca volviera a ser la misma. Me desperté con Lawrence diciéndome que el próximo día sí que iba a saber lo que era el dolor. Y tenía razón. Quienquiera que blanda la vara negra siempre tiene la razón. Recuérdalo por encima de todo lo que sepas jamás. Recuérdalo antes de acordarte de cómo te llamas.

Los cuerpos se apartan a un lado y luego se cierran a mi espalda como una puerta. Delante de mí también hay un cubo bocabajo. Es verde. Lawrence me aprieta el hombro y lo único que noto es una mano en el hombro. Con la vara negra notaría una especie de energía líquida abriéndose paso por los músculos. Cuando ya no está, todo es más sencillo. Y para no volver a sentirlo jamás estoy seguro de que Ruiz es el hombre al que voy a matar.

—Tres asaltos —me ordena Lawrence al oído—. Gana y no habrá estímulos esta semana. Dale de hostias, campeón.

—Lo siento —le digo a él, y también a Ruiz, y también a todos los demonios que hay aquí y en el mundo y dentro de mí, que me han traído aquí.

—No lo sientas. Quiero que lo sienta él. Levanta, te toca.

El hombre que ocupaba la celda delante de la mía, antes de que me metieran en el agujero, está cerca del cono, a la altura del hombro izquierdo de Ruiz. Me asiente con la cabeza en señal de aprecio. Me levanto y Ruiz me imita.

Un guardia se planta en mitad del cuadrilátero de cuerpos.

—Que nadie se mueva ni un centímetro de donde está ahora. Así dejamos unos buenos dos metros y medio. Quiero que tengan espacio para trabajar.

Al oír la palabra «trabajar», la muchedumbre de hombres se pone a jalearnos. Es un «sííííí» inexplicable, que surge porque se avecina lo que esperaban.

Lawrence me ayuda a quitarme la camiseta. Ruiz me imita. No ha dejado de mirarme. Es probable que le esté sonriendo.

—¡Callaos de una puta vez! —grita el guardia en el centro del cuadrilátero. Está calvo y es pequeño. El sudor se le perla encima de las cejas—. Van a ser tres asaltos, de tres minutos cada uno. No tenemos todo el día para pasárnoslo aquí y sé que a los hijoputas memos como vosotros no se os dan bien las mates, así que son nueve minutos de pelea. Tendréis un minuto y medio entre cada asalto para coger aliento.

»Se permiten todos los golpes. Podéis boxear o hacer mierdas de kárate si queréis. Si os queréis rendir, pues no podéis. Tendréis que gritar "¡soy una nenaza!".

La multitud se parte de la risa. Se monda. El guardia calvo sonríe por su ocurrencia. Incluso en el infierno, a los ángeles les gusta creerse que son graciosos.

—Es coña. Nada de rendirse. No son ni diez minutos, no hay motivo para rendirse. ¿Listos? —pregunta, mirándonos a mí y a Ruiz.

—Acuérdate de no bajar los puños —dice Lawrence.

Asiento y levanto los puños.

—¡Adelante! —exclama el guardia calvo.

Desaparece en el cuadrilátero de personas. Hace calor y el aire es, en su mayoría, el aliento de estos hombres hambrientos.

—¡Vamos! —me apremia Lawrence.

Y voy.

Avanzo un paso.

Ruiz se mueve adelante y me lanza un *jab* para comprobar cómo me defiendo. Me lanza otro rápido fogonazo de nudillos izquierdos y desnudos. No me muevo en absoluto. Se queda corto. Me lanza un cruzado mientras avanza y casi puedo leer la palabra «CAPO» que lleva tatuada en la mano derecha. Es el mismo tipo de puñetazo que me rompió la nariz en la última pelea. Esta vez da la impresión de que Ruiz atraviesa una cortina invisible. Todo parece más lento que antes.

Esquivo el puñetazo y cargo para atizar a Ruiz con fuerza en el hígado. Cojo impulso e intento atravesarle todo el cuerpo con el puño.

Emite un sonido, como si un animal pequeño saltara desde donde no se lo esperase y lo hubiera sorprendido.

Noto su cuerpo sólido pero rompible. Intento atravesarlo a puñetazos.

Jadea y da tumbos. Se oyen los vítores y el movimiento y parece que la muchedumbre también es una película a cámara lenta.

Hay miedo en los ojos de Ruiz. Es una mirada que todos entienden, incluso aunque nunca la hayan visto. La mirada consigue que vuelva a sentir. Brevemente, como si no hubiera nada más que esto. Casi olvido lo que la vara negra le puede hacer al cuerpo. Me encanta olvidar. La inmediatez de Ruiz y la respiración rápida. Me lanza un buen gancho. Va incluso más lento que el cruzado, o eso parece. Me agacho y cargo con todo en un *upper* que sé que le romperá la mandíbula a Ruiz.

La muchedumbre corea el dolor. Un «ay» colectivo.

Lo vuelvo a golpear con un gancho a la mandíbula, recién rota. Parece mareado, confundido. El cuerpo va por su cuenta, me lanza otro cruzado rápido. Lo veo venir y dejo que me dé en la cara. Cierro los ojos y saboreo la sensación; sé que es de dolor,

pero se queda tan lejos de lo que me causa la vara negra que cuesta sentirlo.

El puñetazo de Ruiz solo parece una sugerencia de dolor, ni se le acerca al real. La cara que pone cuando me atiza me llena otra vez de lo que no tardo en saber que es lo que más me gusta del mundo. Su terror me hace olvidar el miedo que siempre siento. Y este gozo es en lo que pienso cuando forcejeo con Ruiz hasta tirarlo al suelo, me subo en él a horcajadas y le doy puñetazos y le rompo la cara hasta que Lawrence y los demás me apartan a empujones. Me decepciono porque, cuando me apartan, a Ruiz se le ha quedado tal cara que no puedo ver el miedo ni nada en ella.

—Joder, Craft —se queja Lawrence—. Como me despidan por esta mierda... ¡Me cago en la puta!

—Lo siento —digo.

De vuelta en mi infierno. Me tiro a sus pies. Me postro ante él. Con la cabeza en el suelo. Esperando con todo mi ser que me aplaste con las botas hasta que no sea más que una mancha en el suelo y no vaya a por la vara negra.

—No, sí que lo vas a sentir. Como esté muerto, te prometo que vas a pasarte el resto de la vida sintiéndolo[28].

Sé que Ruiz está muerto[29].

Greggs interviene:

—Casi has acabado el turno, Lawrence. Déjalo.

Voy corriendo a mi pequeño rincón del infierno. Rezo para que el hormigón me trague.

—¡A tomar por el culo! —dice Lawrence.

Me aprieto más y más contra los arañazos del rincón, las marcas del tiempo. Le lloro a la pared, suplicando.

Lawrence se marcha y la espera es casi igual de repugnante

que lo que está por venir. Casi, pero no es igual, en definitiva. Cuando no está, Greggs entra en mi infierno, por la puerta, y se sienta donde duermo. Se frota los ojos como si estuviera cansadísimo. Como si fuera a él a quien están a punto de despedazar.

—Hay una escapatoria, ¿sabes?

Lo miro. Cada centímetro de mí ansía la clase de libertad de la que pueda estar hablando. Lloro en el rincón.

—Es una putada ver cómo un hombre adulto se transforma en lo que te está convirtiendo. Hay una escapatoria para que las personas como tú, al menos, vayan a otra parte.

—Por favor —suplico.

Cada instante es un instante que el Ángel 2 no está aquí, así que intento alargarlos. Intento ralentizar el tiempo, igual que lo percibía cuando maté a hostias a Ruiz.

—Hay un sitio adonde puedes ir. Morirás, pero será más sencillo que aquí —dice el Ángel 1.

—Por favor. Lo que sea.

—¿Aún te las apañas? Tienes que andar lo bastante bien del coco como para firmar un papel. Hay que responder que sí a unas preguntas. Tienes que saber cómo te llamas y poder firmarlo. ¿Crees que podrás?

—Me llamo Simon J. Craft —respondo.

Oigo los pisotones del Ángel 2 al final del pasillo. Los hombres aúllan y dan golpes, como siempre, pero oigo las botas a la perfección.

—Repítemelo —dice el Ángel 1.

—Simon J. Craft.

—Si consigues recordarlo mañana, tendrás una escapatoria.

—No —suplico. Mañana significa volver a sobrevivir al Ángel 2. «Por favor», pienso—. No deje que…

—¿Qué cojones pasa? —dice el Ángel 2 mientras el Ángel 1

se lleva las manos a sus cosas y se levanta.

—Solo comprobaba que no se reventaba la cabeza a golpes mientras te esperaba.

—No te preocupes —contesta el Ángel 2, con los labios brillándole por la saliva—. Este tío es un luchador.

Y durante las tres horas siguientes todo lo que soy deja de ser…

El arte del Influyente

Se rompieron las patitas. Se reventaron los corazoncitos hasta quedarse más que exhaustas. Las ratas. Las ratas corrieron hasta matarse. Sucedió una vez y, luego, otra más, y luego la doctora Patricia St. Jean se percató de que sentía una presión incomparable. Sentir era su especialidad, la ciencia de las sensaciones era su campo, pero no era lo que se había imaginado y sabía, mientras miraba a las ratas que habían sentido tanto dolor como para quitarse la vida y evitar volver a padecerlo, que se había topado con algo poderoso y de pura maldad. Estaba bien lejos de donde había empezado.

Cuando tenía once años y aún seguía en Trinidad, había observado cómo su padre se marchitaba. Lo había fulminado un cáncer de huesos. En lo más profundo de lo más duro, algo había comenzado a devorarlo. En las conferencias que iba a moderar muchos años después, en el futuro, rompería el hielo con la multitud al decir «al correr a darle un vaso de agua y escuchar cómo gemía, aprendí bastante bien a atender a los pacientes, para tener once años». Y la multitud se debatiría entre reír y decir «oooooh» y ella sabría que les habría llamado la atención.

Pero, de niña, había observado cómo se marchitaba. Y le había traído vasos de agua y había anotado el día exacto en que él ya no fue capaz de llevárselo a los labios por sí mismo.

—Patty, Patty mía, se me ha caído el condenado —decía.

Limpió el cristal del suelo de madera con una escoba. Las esquirlas aún resplandecían por el agua cuando las tiró a la

basura. Se guardó la esquirla más grande y la envolvió en una bayeta. Luego volvió con su padre, que se incorporaba en la cama gracias a las almohadas. Le rodeó las manos con las suyas y lo ayudó a beber el agua fresca que le alivió la sed, sí, pero no hizo nada respecto al dolor que no dejaba de sentir.

—Gracias, Patty mía —dijo.

Dio dos tragos y luego se vomitó en el pecho, en las manos y en las de su hija. Ella lo limpió, lo ayudó a beber otros dos tragos y luego él le dijo que se marchara para poder descansar.

Se lavó las manos y luego se fue a su habitación, donde el cristal, vestido con una bayeta sucia, yacía en la cama, como una invitación. Rezaba «Dolor por dolor». Le pedía que se uniera a una comunión de sentimientos. Su padre volvió a gemir y ella alzó el pie derecho y descansó sobre la rodilla izquierda. Escogió la pierna porque su padre, dado su estado, solo podía verle bien las manos y los brazos que lo alimentaban, lo vestían y lo bañaban. Ya había empezado a hacer flexiones a diario para ser capaz de cargar mejor con el peso de llevar a su padre al baño para cada uno de los cuatro movimientos intestinales a la semana.

Hizo otro sonido grave y luego, al fin, soltó un buen «Ah, sí», alto a pesar de la disnea. Ella prefería cuando no le ocultaba el dolor. Saber que intentaba ocultárselo volvía demasiado inimaginable la profundidad del dolor. Es decir, ya parecía estar sufriendo todo lo que podía sufrir un humano y saber que incluso mitigaba una pequeña fracción para que su hija sintiera que estaba bien…

—Aaah, joder —oyó que decía su padre.

Y fue entonces cuando se hizo el primer corte. Se cortó en la pantorrilla derecha con el cristal, en línea recta. Un corte quirúrgico y sencillo. Se obligó a mirar, se negó a cerrar los ojos mientras el dolor de su padre resonaba por el pasillo. El dolor

hacía eco, como sabía desde una temprana edad. El dolor estaba en el cuerpo, pero el dolor también calaba en las paredes. El dolor empezaba en el cuerpo, pero se aferraba al alma e intentaba tomarla. El dolor podía conseguir que la gente desapareciese; el dolor de su padre, por ejemplo, había conseguido que su madre desapareciese. Se bebió el dolor y apretó más. Dolor por dolor. El dolor de su padre necesitaba algo en lo que rebotar. Solo el dolor de su padre se los estaba tragando a ambos.

Mientras se hundía el cristal unos centímetros más en la pantorrilla, observó cómo se le abría la piel y vio el rosa debajo, antes de la ola de rojo. No cundió el pánico. Cogió la esquirla, el cristal cortante, y lo devolvió a la bayeta; a continuación, colocó el paquete, de pronto sagrado, debajo de la cama. Palpó la sangre que manaba de sí misma y fue en busca de una toalla limpia para taparse la herida nueva. Prestó atención a la sensación que notaba a cada paso. El estiramiento y el dolor al flexionar el pie. Pasó por el salón, el lugar que ahora le pertenecía a su padre, cuando fue a coger una toalla nueva. Notaba cómo el cosquilleo de la sangre le bajaba por el tobillo cuando echó un vistazo para comprobar cómo estaba su padre.

—¿Necesitas algo, papi?

Y le dolió preguntárselo; por supuesto que necesitaba un cuerpo nuevo, una mente nueva y un alma nueva, unas que no estuvieran tan dañadas por el dolor en el que llevaba tanto tiempo ahogándose. Lo necesitaba todo.

—Gracias, Patty mía —respondió con los dientes apretados —. Estoy bien.

Ella bajó la mirada. Había una mancha de sangre poco profunda. Apretó los dedos de los pies un poquito, escondiendo la pierna y asomando solo la cabeza, y notó un tirón: el corte que se había hecho se le había vuelto a abrir.

—No hace falta que lo digas, papi.

No le devolvió la mirada. Había cerrado los ojos. Pero respiró de tal manera que parecía que le lanzaba una profunda mirada inquisitiva.

—Vale —dijo.

Y luego ella se marchó caminando, iba dejando huellas que se secaban a su paso. Cogió una toalla y limpió el suelo mientras su padre estaba a punto de quedarse dormido. Continuó gimiendo e incluso llorando durante muchas horas después de haberse dormido de verdad.

Dijeron que estaba en remisión.

Entendió que era algo que celebrar, pero, cuando miró a su padre, el dolor seguía siendo omnipresente. Viciaba todo el aire y no dejaba espacio para el júbilo. Patricia, su tía Lottie y su padre habían estado esperando a la enfermera nueva. Tenían veintiséis horas de asistencia a domicilio que repartir durante la semana. Necesitaban, por supuesto, muchas más, pero las aseguradoras les habían dejado claro que no se las iban a conceder. Tenía trece años y su trabajo consistía en cuidar de la salud de su padre.

—¿Estáis bien? —les preguntó la enfermera.

Patricia estaba sentada en una silla junto a su padre, que gemía. Se imaginó el cristal en la habitación y respiró.

—Ay, Dios —dijo Patricia en un suspiro y, después, más alto—. ¿Te parece que esté bien?

Su tía, que los visitaba dos veces a la semana, le pellizcó el brazo y luego asintió mientras la enfermera les explicaba que el tratamiento había logrado matar el cáncer de huesos, pero, por desgracia, había dejado a su padre con una salud espantosa, un efecto secundario no deseado.

—Es una neuropatía —aclaró la enfermera. Mientras hablaba, miraba al padre de Patricia con una amabilidad que

conseguía que Patricia quisiera estrangularla—. El daño a los nervios es lo que le causa malestar.

El abismo que separaba las palabras y su significado era enorme. La enfermera estaba serena, era un rostro nuevo para un problema continuo. Había oído esos términos antes, pero aquel día hubo algo más, la tranquilidad de las palabras de la mujer, el hecho de que pareciera que no le importase lo más mínimo que su padre se estuviera muriendo ahí mismo, a su lado. Sintió que era un momento intenso. En aquel instante, no supo que le estaban entregando las llaves de su vida.

—Gracias, doctora —dijo la tía Lottie.

Patricia había querido decirle «No, esta mujer no es médica», pero necesitaba que Lottie le diera el dinero para la comida, que siguiera visitándola dos veces a la semana.

—Dice que parece fuego —mencionó Patricia, en cambio —. Sé que es por la neuropatía, pero ¿qué podemos hacer?

La enfermera miró a Patricia y su tía le pidió que se fuera a la habitación. Fue casi corriendo, agradecida porque sabía que la respuesta a su pregunta era sencilla. No había nada que hacer. Toda la ciencia y todos los médicos del mundo no tenían ni idea de cómo ayudar a su padre. Abrió una caja llena de muñecas que había abandonado hacía mucho tiempo y sacó el cristal. Se liberó de las medias que llevaba como parte del uniforme escolar. Debajo de las medias, la pierna tenía las mismas rayas que una cebra. Era resoluta e inmediata cuando se hacía cortes. Se tragó la sensación. La sintió y la saboreó y dejó que le fluyera por el cuerpo. La sensación de cortarse era la que mejor conocía. La sensación de cortarse era la sensación de vivir. La sensación de cortarse era…

Cuando su padre murió, ella fue, por supuesto, la primera en

verlo. Y después del calor y del terror y de los cortes, se sintió aliviada. Sintió un chute de alivio por el que iba a sentirse culpable, lo sabía, siempre.

La primera vez que fue a la asignatura de laboratorio de anatomía, antes de que tuvieran los cadáveres ante ellos, el profesor del laboratorio les formuló una pregunta que muchos médicos les iban a repetir durante los años que pasarían en la facultad. Era para romper el hielo y, como Patricia no tenía miedo, no tardó en descubrir que ella solía ser la primera en quebrarlo.

—Porque quiero acabar con el sufrimiento. Quiero cambiar cómo nos sentimos. No quiero que la gente sienta dolor.

El profesor era un blanco sexagenario. Sonrió con calidez. Con algo de condescendencia, sí, pero una condescendencia paternal y cálida.

—Te puedo prometer que siempre habrá dolor. Siempre habrá sufrimiento. Pero vamos a esmerarnos en mitigarlo. Nos esmeramos en ayudar. ¿Qué te parece?

Patricia pestañeó.

—Me ha gustado lo que has dicho —fueron las primeras palabras que oyó que le salían de la boca.

Era uno o dos años mayor que ella y los ojos verdosos parecían sinceros.

—Me llamo Lucas —concluyó, y le tendió la mano—. Lucas Wesplat.

Los dos emprendían un camino que todos les habían dicho que era necesario. Humano y necesario. La medicina verdadera era una obra de creatividad. Conseguirían que se sintieran

orgullosos de ellos. Iban a salvar vidas.

—Hola —le dijo ella.

—¿De dónde eres? —le preguntó, sin dejar de sonreír, sin dejar de intentar ser amistoso—. Me encanta tu acento.

Había perfeccionado el acento estadounidense hacía mucho tiempo y lo observó con atención.

—Soy de Trini —explicó.

Breve y dulce era su estilo. «Breve y amarga» era como la llamaba su tía.

—Me encantan las islas. He ido allí con mi familia unas cuantas veces.

—¿En serio? —le dijo con una sonrisa.

También era humana.

Cuando terminaron, Lucas le recorrió el cuerpo con los dedos. Adoraba su piel con las manos y los labios y ella lo sentía. Cuando le acarició el muslo, por encima de la rodilla, estaba tan entregada a las ensoñaciones de sí misma que le inspiraba ese hombre que no le detuvo la mano para que no viajara por la tibia.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

Y el ritmo suave de los dedos pasó a ser abrupto y clínico aunque pretendiera ser sensible. Sonaba como si se preocupara de verdad y ella se enfureció.

—Por favor, vete —exigió.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Lo siento?

No dijo nada. Se quedó perfectamente quieta en la habitación y se imaginó todo por lo que había tenido que pasar para llegar allí. Para llegar al mismo sitio exacto adonde habían aupado a Lucas.

—Es mucha vida.

Se refería a que la pierna era un recordatorio de que aún seguía trabajando en ello. Un recordatorio de que el dolor aún campaba a sus anchas por el mundo, a pesar de lo lejos que ella había llegado, y no había hecho nada para cambiar las cosas.

—Eso no significa nada —dijo.

Lucas no se rio, pero sonrió; Patricia lo notó, incluso con los ojos aún cerrados.

Se había graduado la primera de su promoción. Lucas se había graduado. Y, sin embargo, así fue la conversación que tuvieron:

—Tenemos la oportunidad de hacer algo precioso —dijo Lucas.

Quedaron a comer en un E-restaurante. Un chisme con ruedas que parecía más viejo que ella les trajo unas bandejas con la comida típica de un desayuno estadounidense. Huevos y tortitas y tiras de beicon. Habían salido de forma intermitente mientras estaban en la facultad de Medicina y hacían la residencia en estados distintos. Él iba y venía en avión privado desde donde hacía la residencia a ver a Patricia. No le importaba que su huella de carbono fuese diez veces mayor que la de una persona media. La había abrazado con fuerza y le había dicho: «Por ti, merece la pena». Y habían bromeado sobre el tema, igual que la gente bromea acerca de un cataclismo venidero, justo hasta el momento en que se ceba con los suyos y de repente ya no es divertido, pero, en cierto modo, también es más gracioso si cabe.

—Piénsatelo —prosiguió con la boca llena de tortitas—. Tendrás tu propio laboratorio y recursos por un tubo. No tendrás que pedir nada.

—No tendré que pedirle nada a nadie, salvo a ti —dijo ella.

No había tocado la comida, pero ya podía imaginarse la distribución del primer laboratorio. Ya podía ver cómo iba a

moldear el proceso de estimulación de axones para que los demás del laboratorio pudieran recrearlo. Podía ver cómo ella misma iba a cambiar el mundo.

—Ya sabes que no me tienes que pedir nada. —Estiró el brazo más allá del zumo de naranja y le tocó la mano—. Ya me conoces.

Patricia le dio un sorbo al agua.

Y aunque entendía el cuerpo muy bien, había aprendido a aceptar la tendencia de su propio cerebro a volverse en su contra. Al final, decidió ir a terapia porque una de las técnicas de laboratorio le había dicho que eso le había cambiado la vida. Fue a la primera sesión sonriendo y, tres sesiones después, le había contado a aquella extraña cosas que nunca le había contado a nadie más en todo el mundo.

—¿Por qué te castigas? —le había preguntado con calma la mujer.

Y Patricia se había desmoronado en la blanda silla. Dejó de cortarse durante una temporada. Luego volvió a cortarse. Y luego lo dejó durante otra temporada más larga.

Mientras contemplaba las ratas ensangrentadas, asimiló la sensación de crear algo muy alejado de lo que quería. Había sido capaz de aislar el sistema nervioso periférico de los mamíferos. Podía influir en las pequeñas fibras, los receptores de dolor del cuerpo, a la par que incrementaba la habilidad del cerebro de recibir señales. Lo había sabido desde hacía un tiempo y, en la esterilidad blanca y gris de su extenso laboratorio, solía apoyarse en la certidumbre de que entendía las fibras sensoriales de esos nervios de formas que ningún otro humano las había entendido

antes ni jamás podría. El laboratorio había conseguido de todo menos eliminar el Parkinson, había encontrado tratamientos que calmaban el síndrome de Tourette violento, pero no eran su proyecto. No era su propósito, y percibía todos los premios con los que la habían galardonado como un agujero creciente que solo podía llenar con el filo del cristal.

Sin las batas y solo con unas mascarillas para taparse la cara, pasando del protocolo del laboratorio, Lucas y su padre, Rodger Wesplat, entraron caminando. Patricia respiró y se forzó a sonreírles para que, incluso aunque llevase la cara tapada, les mintiera con los ojos.

—Hola, Rodger —dijo.

—Buenas, Patty.

Incluso a su edad, Rodger era más voluminoso y ancho que Lucas. Los dos tenían la misma mandíbula fuerte y se movían con los mismos aires calmados, el producto de muchas generaciones de fortuna familiar.

—Hola, Patricia —dijo Lucas, y casi pareció forzarse a mirarla mientras le hablaba—. ¿Cómo te va?

Dadas las circunstancias, no se dignó responder a la pregunta. El zumbido de las máquinas afiló aún más el silencio.

Al final, Rodger habló. Llevaba un traje que costaba varios meses de alquiler del piso donde ella se había alojado mientras hacía la residencia, unos años antes.

—Patty, has hecho un trabajo rompedor, por lo que he oído.

—Hemos trabajado duro, sí.

—Y se nota. Si no me equivoco, ya has conseguido unos avances que pueden serle de utilidad al mundo.

Le sonrió al oír aquello.

—Ah, no, Rodger. Si crees que algo de lo que hago le puede ser de utilidad al mundo, no lo comprendes. Para nada. —Se quitó las gafas protectoras y se las dejó en la frente.

—No me digas. ¿Por qué no me ayudas a comprenderlo? Y no seas modesta. Creo que has hecho un trabajo importante aquí. Por lo que tengo entendido, has dado con una medida disuasoria potente y no letal. Un nuevo tipo de corrector del comportamiento. Hay un mercado inmenso para algo así.

Quería decir que no iba a entenderlo jamás, de ninguna manera.

—Lo que hemos conseguido con el proyecto Lienzo es intentar imitar el sistema nervioso periférico, los nervios que conectan el cerebro a la médula espinal y al resto del cuerpo, y en el proceso hemos sido capaces de estudiar hasta qué punto podemos estimular los sentimientos y las respuestas sensoriales. Con las pruebas en seres vivos no hemos profundizado nada y sabemos con certeza que sí podemos producir respuestas neuronales coordinadas de alguna clase, pero por el momento no tenemos la capacidad de… —hizo una pausa para buscar las palabras que encajarían mejor—, de ser selectivas en lo que respecta a la naturaleza humana de la respuesta.

—Lo que dice, papá, es que hemos intentado pensar en el cuerpo como si fuera un lienzo para las sensaciones y por ahora entendemos los bordes del lienzo, pero aún no controlamos la pintura. No podemos controlar lo que sucede. Aún no.

—Entiendo lo que dice. Y lo que yo digo es que ya es increíble. Por ahora, tener un control limitado nos ha conducido a respuestas repetibles, ¿no?

—Por ahora, no está listo.

—Ningún gran problema se resuelve con los parámetros de su concepción original. Ya has creado algo poderoso y útil.

—No está listo.

—Bueno, se lo enseñaremos a la junta y lo hablaremos.

—No hay nada que enseñar. Solo puede destruir el sistema nervioso. Genera un dolor que no se imagina. No entiende lo que digo. Es lo opuesto de lo que intentamos hacer, y si no seguimos… No lo permitiré. Cuando lo fuerza, el dolor es lo primero. El peor que se pueda imaginar. La tranquilidad, el placer… requieren matices y tiempo y comprensión. No permitiré que interfiera en este proceso. —Había perdido la compostura y ahora estaba chillando. Lamentó la claridad con la que había dicho la verdad.

—Patty, has hecho un trabajo precioso —observó Rodger, y comenzó a girarse—, pero recuerda que es ArcTech quien decide cuándo y cómo sale a la luz lo que haces aquí.

Dio media vuelta y se marchó. Patricia pensó en coger un bisturí de uno de los brazos robóticos de disección y clavárselo a Rodger en el cuello.

—No te preocupes, Pat —dijo Lucas, y luego desapareció, siguiendo a su padre como lo había seguido toda la vida.

«No te preocupes», había dicho. Mientras le robaban el trabajo de su vida. Y la utilizaban justo para lo contrario que para acabar con el dolor.

Cuando los policías-soldados llamaron a la puerta, estaba lista. Estaba sentada y llevaba puesto un conjunto cómodo de pantalones de chándal y sudadera. Iba descalza y se había hecho trenzas. Llamaron con fuerza y luego echaron la puerta abajo, y ella estaba sentada en la silla y los esperaba.

—¡¿Es usted Patricia St. Jean?! —le gritó el hombre, y le apuntó a la cara con un fusil.

Otros tres hombres entraron en tromba en el piso.

—Sí, soy yo.

—Se la busca por incendio y por intento de asesinato en el laboratorio del número cien de la calle Olier. Se viene con nosotros.

Sí, había sido ella. Había quemado las semillas del trabajo más impresionante de su carrera. Esperaba haber destruido las suficientes.

Le prestó atención a la sensación. De hundirse más y más. El terror. La certeza de que se había esmerado en hacer lo correcto.

Se levantó. Se apresuraron a ponerle las esposas de metal, que tintinearon.

—Oiga —le dijo uno de los agentes—, ¿le sangra la pierna?

Sing-Attica-Sing

Cuánto me alegro…
Cuando se pone el sol…
Cuánto me alegro…
Cuando se…

—¡Eh, negraco! Hoy nadie quiere oír tus mierdas de coro de esclavos, ¡joder!

… pone el sol…

—Va en serio, negraco. Para ya con las mierdas locas de los barcos de esclavos, tío. Ahora estás aquí. Esas chorradas son viejas. Déjate de mierdas, negraco. Al negraco le falta un brazo y se cree que es Kunta Kinte. ¡Hay que joderse!

Es el joven al que llaman Navaja Edgerrin. Joven y duro y listo, pero hay algo que quiere demostrarles a los demás, porque hay algo que quiere demostrarse a sí mismo. Yo no tengo nada que demostrar y he pasado tanto tiempo en silencio que, a veces, no me doy cuenta de que soy yo quien hace el ruido que oigo porque me concentro en escuchar y en nada más.

Vamos de Marcha. El Ancla, el Gran Alcaide, el todopoderoso palo volador que no te deja ir a ninguna parte, va delante y tira de nosotros.

Vamos unos al lado de otros, dibujamos una mueca o una sonrisa, depende de cómo se mire; una boca de cuerpos. Una mueca o una sonrisa, y los ojos de este gran rostro que

dibujamos son los kilómetros y kilómetros que hemos de caminar.

Estoy acostumbrado a ir al lado de alguien, pero también a tener que esforzarme para acercarme. Durante la Marcha, después de que la comida nos caiga volando del cielo, nos levantamos y caminamos unos al lado de otros por la hierba y la tierra y el barro y las rocas. Cojo la ropa que quiero llevarme. Ahora tengo algo de ropa. Me la mandan. Apenas tengo que gastarme las monedas de la muerte. Y lo que dejo atrás luego me espera en el próximo Campamento. Pienso en cómo todos los días cargan y descargan, cargan y descargan y nosotros recorremos andando los kilómetros entremedias. No son solo unos juegos de la muerte.

—Gracias —dice el Exterminador Ed Uno.

Los Exterminadores son unos trillizos cabezas rapadas. Son un hermano y otro hermano y otro hermano de verdad, condenados por el mismo delito. No hablan mucho con nadie que no sea blanco, pero su piel grita lo que sienten a los cuatro vientos. Llevan esvásticas tatuadas como si algún tipo de Dios, el chef, les hubiera espolvoreado una pizca de odio y se le hubiera caído la tapa y les hubieran tocado un montón de cruces gamadas.

—¡Cállate tú también! —le suelta Navaja. Es negro, como yo—. ¡Joder!

Me mira con una sonrisa que intenta decirme que, aunque también me haya gritado, no es gilipollas, y no lo es. Trata de decirme que está de mi parte, pero enfadado porque ha andado tantos kilómetros que está cansado. Trata de decirme que le recuerdo al mal lugar del que ha venido.

Es la Cadena Sing-Attica-Sing. Se supone que ahora es Sing-Auburn-Attica-Sing, pero no es igual de pegadizo.

La palabra *sing*, «cantar», justo en el nombre; de lo más

apropiado.

Me uní a ellos hace unos meses, los esperé en el Campamento de la noche. Había una hoguera de verdad a mi lado en un terreno seco, no muy lejos del océano. El sonido lejano de las olas me tranquilizó, incluso mientras el ojo flotaba en el aire cerca de mi frente, en busca del miedo en mi cara.

Me llevaron durante el ocaso a una acampada y esperé allí a que el resto de la Cadena Sing-Attica-Sing me encontrara. Mi «nueva familia» es como Sawyer los llamó. Cuando los chavales blancos me vieron (y ellos fueron los primeros en verme), se llevaron una decepción. «Otro puto negro», pensaron. Los vi y tuve que volver a mirarlos para cerciorarme de que eran tres cuerpos con la misma cara. Solo los pude distinguir por la disposición de los símbolos de odio en los cuerpos. Sigo sin saber diferenciarlos. Por mí, como si todos se llaman Ed.

En la sonrisa que dibujamos debajo del Ancla, Ku, Klux y Klan marchan en el extremo derecho. Caminamos en fila porque todos son capaces de matar a otra persona en cualquier momento. Cuando tengo espacio para mí, me apeno por ellos.

—¡Vete a la mierda! —le contesta el Exterminador Dos a Navaja.

He visto cómo se mataban por menos aquí fuera. Por Dios, han perdido el rumbo. Hace tres meses, un hombre llamado Zarapito el Sonrisas se despertó en el cielo. Lo estrangularon. Nadie dijo ni una palabra al respecto. Navaja me contó que fueron los Exterminadores. No hay nada como la mueca perpetua del muerto. El Sonrisas era igual de blanco que ellos.

Llevo la lanza relajada pero lista. «Ve siempre preparado para no tener que prepararte», según reza el *Libro de la madre Young*, capítulo uno, versículo uno.

Navaja va a mi lado y a su derecha va Campanilla. Es amable y no debería estar en un lugar así. Pero claro, mató y no

deja de matar, así que igual este es el lugar adecuado para ella. Es negra y blanca, así que es negra. Campanilla lleva un machete que no es ninguna broma. Se convirtió en Segadora, igual que Navaja. Igual que yo, dentro de poco. A su derecha va Ochenta, que ha librado dos combates dobles con Navaja, así que son colegas. Ochenta es mayor que yo, pero es fuerte. Hombros grandes y una sonrisa grande de cojones. Ha visto tantas cosas que pasa de las malas y se ríe por lo que sea. Lleva un mangual pesado, una bola con pinchos que cuelga de una cadena. Al mangual pesado lo llamó *Mangual Pesado*. Y sonreí cuando me lo contó. Lo llaman Ochenta porque lleva en la cárcel más años de los que Campanilla lleva viva, según cuenta. Es viejo para los juegos. Pero hay quien dice que se llama Ochenta porque es la cifra de hombres a los que se cargó en el talego y el nombre cuajó. Todos tenemos un nombre: una historia de verdades y mentiras.

Al final de la fila, a mi izquierda, va LouBob. LouBob lo llaman. No va a durar mucho. Te percatas de estas cosas bastante rápido.

Vamos de Marcha por un valle de grava y hierba entre las montañas que rasgan el cielo, tan altas que el tiempo que hace en las cumbres no tiene nada que ver con el que hace aquí abajo. No sé en qué parte del mundo estamos. El aire es fresco y frío. Estoy muy lejos de cortar carne, pero a veces no tanto. Capítulo uno, versículo uno.

—¿Sabes qué, Cantarín? —dice Navaja—. Ya se me ha pasado el dolor de cabeza. Canta esas mierdas, si tienes que desahogarte.

—Estoy bien.

Canto cuando lo necesito.

—Solo quiero que sepas que no pasa nada si te van esas mierdas. Me encantan esas mierdas. Son las mierdas de mis

antepasados y me molan, ¿vale? —comenta Navaja.

—Tienes una voz a lo Holiday —añade Ochenta—. ¿Cómo dice la otra que cantas?

—Es una mierda a lo bi, ba, bum, bi, bap —canturrea Campanilla, y se ríe—. ¿Qué sabes de Billie Holiday? Esas canciones de trabajo. Son las canciones de mi pueblo.

Sonrío. Joder.

—El Cantarín se ríe, peña —dice Navaja—. Fijaos.

—Me suelo reír —respondo.

—¿Dónde? —inquiere Campanilla, adelantándose para mirarme a los ojos.

Sonrío y no contesto.

—¿Cómo puedes ser callado y ruidoso a la vez, Cantarín? —me pregunta Navaja.

—Solo tienes voz para eso, ¿eh? Solo para cantar.

—Todo el mundo tiene voz para algo —digo.

—¿Y eso qué significa, Cantarín? —pregunta Ochenta.

—Fuera de coña —tintinea Campanilla.

—Significa lo que significa —contesto.

Y me dejan en paz.

Todos caminamos. En silencio durante un rato y, después, LouBob dice:

—A veces el esoterismo sirve de escondite.

Campanilla lo mira y exclama:

—¡Calla la puta boca, Lulú!

Y LouBob mira al frente, a los kilómetros ante nosotros.

—¡Joder, Lou! Te estoy vacilando.

Tal como son las cosas, estamos nosotros y los Exterminadores. Dos tribus en la Cadena. LouBob no le pertenece a nadie porque no va a durar mucho. Todos los que llegan a ver el Ancla han

matado a alguien. Y cualquiera que haya matado a alguien puede volver a matar. También puede matar alguien que aún no haya matado a nadie.

Después de que me dieran la lanza negra, pasé una noche de descanso en una cama de verdad en un hotel de verdad. Aún se me estaba pelando la A enorme de la espalda. Un nuevo cuadro en la piel. En el hotel, me dieron a elegir la comida. Pude dejar las piernas suspendidas por el lateral de la cama y noté cómo las sábanas de seda me cosquilleaban en los tobillos mientras la noche devoraba al día. Comí un solomillo Wellington y un popurrí de verduras asadas con grasa de pato. Es el corredor de la muerte, que no te engañen. Sabía que la mayoría no pasaban del primer combate. Habían trascurrido cuatro días desde que me marché del complejo médico de Auburn. Unos meses desde que le entregaron mi brazo a la sierra. Miré el plato, con la carne en su punto; el jugo lamía el hojaldre que la recubría. Es un plato preparado para quien no le falta de nada.

Pensé en rezar para dar gracias por la comida y luego la mera idea me hizo reír; luego decidí rezar, de todas formas. Recé y di gracias por la comida y por tener una voz y por siempre sentir que soy una persona distinta de aquella a la que podrían haber destruido. No soy un cualquiera. Soy Hendrix Young, el peor de los hombres. Un quitavidas. Un humano celoso. Un cobarde desgraciado. Dentro de poco, seré más asesino todavía. Me serví del cuchillo para cortar la carne. Es incómodo tener una sola mano. La carne se resbaló. Intenté que no salpicara las verduras. Tuve una idea graciosa. Solté el cuchillo débil en el suave suelo enmoquetado. Cogí la lanza negra. Apunté a la carne a la brasa. Me cerní sobre el plato y corté. Iba a ser la primera cena de la lanza. Una de alegría. Una de placer. Cortó la carne

con tranquilidad. De lo más afilada. La *Azul Gigante* corta de lujo. Apuñalé los pedazos con el tenedor tras haber dejado la lanza en el suelo. Me lo comí todo. Me lo comí todo, dejé el plato brillante con la humedad de mi propia lengua, sin nada de aceite ni de grasa. Solo yo. Luego cerré los ojos para esperar al sol.

Al día siguiente, llegué al Campo de Batalla. Se abrió una puerta y un guardia me empujó por la espalda.

—¡Andando! —ordenó.

Me planté y oí todas aquellas voces que le chillaban a quien fuera. Noté como si el aire me arrastrara cuando salí al Campo de Batalla, por cómo las masas aspiraban el aire al unísono. El suelo era de asfalto, con líneas de tráfico, que no significaban nada, dibujadas en él. Por cómo chillaba aquella gente, se diría que nunca habían visto a un hombre negro con un solo brazo y una lanza.

El hombre delante de mí blandía una llave de cruceta. Llave de cruceta no llevaba muchos cadáveres a la espalda. Solo la pelea anterior a esa. Solo una A en la espalda. Pero dicen que tener dos es lo más en los juegos de la muerte. Y si consigues llegar a tres, vas en serio, según dicen.

Cuando corrió con el metal en la mano, no fue la primera vez que veía cómo alguien viene a por mí con la muerte en los ojos. Es una mirada que no pasa desapercibida. Es especial: unos ojos que casi laten igual que un corazón, bien concentrados. Es por la furia que condensan. Cuando has estado encadenado, no es difícil sentir esa furia. Está en todas partes. Está en todo. Para mí, cantar es la forma de quitarme de la cabeza esa furia. Así que, como he recuperado la voz, canto. Canto hasta en la palestra. Cuando me anuncian, oigo que los altavoces cantan «Cuánto me alegro» para las masas. Del silencio a ser la mayor voz del mundo. «Mamá, lo he conseguido», casi me río. Luego me

acuerdo de que era probable que mi madre sí me estuviera viendo y me ahogo de la vergüenza. Puede que el tatuaje que me grabaron en la espalda, la A gigante por si acaso me olvido de cómo he acabado aquí, apenas fuera visible, porque solo llevaba una camiseta sin mangas y unos pantalones.

El hombre dio un salto para ganar impulso y reventarme el cráneo. Entonces, me sorprendió descubrir que yo estaba hecho para esos juegos de la muerte. Interpuse la lanza, como un relámpago. La sostuve por la mitad del asta y el metal restalló contra el metal cuando la punta afilada chocó con el crucifijo mecánico. Los siguieron el subidón y los vítores. Volvió a atacarme y volví a esquivar el arma de un golpe.

—¡No te tengo miedo, hijoputa! —me chilló.

Me pregunté por qué me chillaba, pero sí lo sabía. Porque dices lo que sea cuando tienes mucho miedo en mitad de los juegos de la muerte. Cedí el cuerpo al instinto de supervivencia. Mientras el hombre que intentaba matarme y yo chocábamos, una vida contra la otra, no dejábamos de correr juntos hacia algún lugar. Como si ambos pudiésemos ver los detalles precisos de lo que se avecinaba y reaccionásemos acorde a ellos, de inmediato. Él ya contaba con dos cadáveres a la espalda. Con dos cadáveres es suficiente.

Después del tercer mandoble, que no tuve que parar porque se quedó corto, di un paso atrás y corrí a la derecha. Él y yo luchábamos en el gran escenario, un viaje de fogonazos violentos.

Los dos habíamos estado en el talego. Estar en la cárcel no implica que te equivocaras, pero muchos sí nos equivocamos. Maté a un hombre que mi mujer quería porque él no era yo. Nunca supe qué había hecho Llave de cruceta, pero me imaginé que era un alma en pena. Y así, la promesa de los juegos se cumple cuando nos apuntamos a ellos. ¿Un mal cancela al otro?

Cuando una persona desaparece del planeta, ¿se limpia un poco? He visto a hombres que eran un peligro para el mundo y se merecían algo mejor que esto. Es una lástima que espere algo mejor, pero sé que es lo mejor a lo que puedo aspirar. No hay pociones mágicas para estos corazones humanos y sangrantes. No hay edificio lleno de dolor que vaya a salvar a las masas.

Aun así, a lo mejor tienen razón. A lo mejor esto es lo que nos merecemos.

Subo un montículo corriendo. Entonces no supe por qué, pero, al volver la vista atrás, tu cuerpo sabe muchísimo. Allí arriba habían plantado una señal de ceda el paso. Cada Campo de Batalla era extraño a su manera. Lo que más me sorprendió fue cómo jadeaba. Lo mucho que te cansas, y lo rápido.

El ceda el paso me queda a la espalda y Llave de cruceta esprinta hacia mí. Me chilla algo, pero todos chillan algo, así que no lo oigo bien. Oigo cómo mi cuerpo dice «La altura te da ventaja». Es un ángulo nuevo.

Me balanceo y se oye un ruido metálico. El metal de su mano da en el ceda el paso. Voy cogiendo fuerza. La lanza, el filo negro de mi mano, sabe qué hacer. A él se le agrandan los ojos. Y, por segunda vez en la vida, me cobro una vida. Me tiembla el corazón. Al saber de inmediato que has cometido un sacrilegio. Las masas son puro júbilo.

Seguimos con la Marcha y paramos después del mediodía. Paramos de repente; el Ancla no anuncia que nos toque descansar, pero notas que se acerca un alto. Después de tres o cuatro horas de caminata, toca descansar. Aliviarte y prepararte para el siguiente empujón. Los hombres se dan la vuelta, si les parece bien, mientras Campanilla se acuclilla. Da igual, Navaja se planta delante de ella por si a alguno se le van los ojos hacia donde no se

debe.

La parada de descanso es un momento para amar y odiar, puesto que disfrutarla conlleva que lo pasado pasado está, pero también que lo que está por venir va a venir. Durante el descanso de hoy, Navaja y Ochenta y Campanilla se reúnen después de aliviarse. Vuelven a acercarse al Ancla y se estiran en la hierba y esperan. La mayoría de la gente carga con lo menos posible, deja las cosas en los Campamentos. Pero me siento más cómodo si llevo algo a la espalda, así que el macuto me cuelga del hombro. En él llevo ropa calentita y una cantimplora como la que tienen todos, y un cuaderno y un bolígrafo.

Durante el descanso de mediodía, el Ancla nos da un margen de unos doscientos metros. Menos de lo que conseguimos por las mañanas y por las noches. Lo suficiente para acuclillarte detrás de un árbol. La distancia no basta para sentirte solo. Nos suele dar una hora.

—Cuarenta y cinco minutos para reanudar —dice.

La voz es demasiado humana para ser humana. Estamos en un valle en el quinto pino, como siempre, salvo que esta vez hay una carretera a unos kilómetros de nosotros.

Cuando eres civil y no perteneces a las Cadenas, es fácil olvidar cuánto del mundo no te pertenece. Cuánto no es parte de tu ciudad ni de tu pueblo. Cuánto es el espacio intermedio. Si no vives allí y no te obligan a ir de Marcha, no conoces al dedillo lo que algunos llamarían la nada. La Marcha atraviesa la hierba alta y la hierba que han cortado y limpiado. Tierras secas y muertas. Atraviesa árboles desperdigados. Pasa por claros y lomas de montañas. Los atravesamos caminando. Los conocemos todos. Vemos que son distintos. Vida eslabón podría ser un documental si la gente se preocupara más por el lienzo y menos por la sangre

con que lo pintan. Pero ahí fuera, en el campo, en el campo de crecimiento y silencio, nos pasamos la mayor parte del tiempo. Los asesinos somos uno con la tierra.

Como siempre, formamos grupos. El trío de amantes de Hitler se va al este, juntitos, cerca del eco del sonido de la carretera. Navaja suelta la katana y la vaina y hace un par de abdominales antes de tumbarse, usa de almohada el estómago de Campanilla y apoya en él la cabeza. Me quedo cerca del Ancla y contemplo el palo de poder, negro y metálico, con una cabeza más ancha que el cuerpo. Sería extraterrestre si no supiera que estamos en la Tierra. Voy a sentarme cuando Navaja, con solo mover un dedo, me indica que me acerque a ellos. La invitación se ha ido forjando en silencio. Tenían que verme como a alguien a quien mereciera la pena tenderle la mano. Alguien que no tuviera miedo.

Mi primera prueba fue cuando, el primer día, todos los de la Cadena, todos además de los Exterminadores, vieron que los esperaba y la muñeca me brillaba igual que las suyas, aunque yo solo tenga una. Respiré hondo y esperé a que uno de ellos me dirigiera la palabra. Campanilla, Navaja y Ochenta me miraron. Los hermanos Exterminadores parpadearon. Uno de los tres dijo:

—Bienvenido al resto de tu vida.

Los otros dos rieron.

La voz de Campanilla se impuso a las carcajadas:

—¿Cómo te llamas?

La miré y vi que quería que yo supiera que me estaba juzgando.

—Hendrix Young —dije.

El nombre no le impresionó a ella ni a los demás. Incluso

en ese momento, permanecieron cerca unos de otros; miraban el corazón del Campamento, donde estaban las mochilas con las provisiones. Yo me hallaba en medio de sus pertenencias. La calidez del fuego me lamía las espinillas, un frío leve rodeaba todo lo demás. Estábamos en un claro rodeado por el sonido del agua.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó.

Sawyer me contó que en aquellos primeros momentos era cuando terminaba el viaje de muchos Eslabones. «Usa tu personalidad —me recomendó—. Les vas a caer genial».

—No podía quedarme donde estaba —dije.

—¿Mataste a alguien? —preguntó.

—Sí. Y ahora que he pasado por el Campo de Batalla, eso es mucho más cierto.

Me debatí en no agachar la cabeza. No me preguntó qué más había hecho, pero imagino que creyó que mis crímenes se reducían a eso y no a un mal mayor. Los ojos marrones le resplandecían incluso a la luz mortecina. Asintió. Soy uno de muchos.

Navaja me miró con severidad. Ochenta me miró con calma. LouBob aún no había llegado a la Cadena, pero, de haber estado allí, no habría dicho nada.

Observé cómo me evaluaban. Vi que se percataron de que me faltaba un brazo.

—¿Cómo perdiste el brazo? —me preguntó Navaja.

Ya se me había curado lo suficiente como para que vieran que no podía haber sido en mi pelea de estreno. Ese tipo de lesiones suelen impedir que la gente sobreviva a los juegos.

—Una sierra —expliqué.

Los Exterminadores perdieron el interés y pasaron caminando a mi lado, rumbo adonde iban a acampar esa noche. Uno de los Exterminadores les dijo a sus hermanos, lo bastante

alto como para que yo supiera que quería demostrarme que podía decir lo que le placiera:

—¡Otro puto negro, aleluya!

Se rieron.

—La mayoría de ellos son unos delincuentes, así son las cosas —comentó otro.

Me volví hacia ellos. La lanza esperaba en el suelo, a mis pies. La recogí. Debieron de haberla visto antes, pero no es lo mismo ver un arma que ver un arma en las manos de su amo, como tampoco es lo mismo ver un arma en las manos de su amo después de que se haya cobrado una vida. Uno de los Exterminadores llevaba un látigo enrollado en la cadera. Otro blandía una azada, como un granjero. Al tercero no podía verle el arma. Miré al Exterminador granjero porque fue el que habló.

—¿Te crees que he llegado hasta aquí dejando que me llamen puto negro? —le pregunté.

Noté cómo Campanilla, Navaja y Ochenta observaban. Tenía a *Azul Gigante* lista, sin levantar el filo, pero ya apuntaba a los hombres blancos.

—Se me ha escapado, Hendrix —dijo el Exterminador que llevaba la azada.

—Pues ándate con ojo —contesté.

Me sonrió.

Se marchó a sentarse. Yo no tenía una tienda, solo un sitio en el mundo por donde podía vagar y un lugar donde guardar mis cosas, de haberlas tenido. Me senté en un tocón. Listo en aquel momento y siempre.

Los demás siguieron en sus grupos y yo me quedé fuera de los dos. Me cayó del cielo un sándwich de mantequilla de cacahuete. Para mí. Pensé en cómo el mundo podía ser de todo y lo triste que es que sea así. Tenía los dientes pegajosos por haber cenado el sándwich cuando Navaja se me acercó para hablarme.

Se quedó de pie y yo no me levanté. Me aguanté las ganas, porque sería como si aceptara un reto cuando en realidad quería descansar y no hacer nada.

—¿Cómo te cortaste con la sierra? —me preguntó.

—Trabajaba en una fábrica de carne. Intenté ayudar a una persona.

Navaja no apartó la vista de mí. Llevaba la katana en la vaina de un rojo brillante y levantó la empuñadura con el pulgar para que yo pudiera ver un poco del acero que dormía en la vaina. Una de esas mierdas de los samuráis de verdad.

—Menuda mala racha. Estoy aquí por la misma razón que tú. Pero tengo a esta gente de mi parte. Son mi familia. Te doy la bienvenida, y no olvides que hay muchas cosas que cortan. Así que no está de más andarse con ojo —dijo.

—Pues claro —respondí.

Luego dejó que me tragara las cortezas del sándwich.

La primera prueba fue ver cómo reaccionaba ante los Exterminadores. Aquí fuera están los que te van a matar, los que a lo mejor te matan y la familia que eliges. Ochenta, Navaja y Campanilla se han convertido en una familia. Seguro que fue Navaja quien le pidió a Campanilla que me permitiera ir a sentarme con ellos.

El destino siempre es desconocido. Y lo mismo aparece un Eslabón nuevo de noche en el Campamento, como si hubiera salido del suelo. La Marcha en sí no suele ser demasiado difícil. Nuestros cuerpos son más valiosos para ellos como algo que masacrar, así que prefieren que no nos despeñemos por la ladera de una montaña o nos mate la mordedura de una serpiente. No les importa matarnos, lo que sí les interesa es cómo nos matan. Así que nos buscan unas rutas moderadas hacia donde quieran

llevarnos.

Por ahora seguimos descansando. Me tumbo lo bastante cerca de los demás, yazco en una cama de hierba. La ropa que llevo es sencilla pero limpia. Gasté uno de los puntos de muerte en que una marca de la que nunca he oído hablar me lave la ropa cada semana. La muerte se convierte en el servicio de lavandería. La muerte se convierte en comida. La muerte es la moneda de cambio de todo, si se lo permites. Y ellos sí lo permiten. Pero ya que están ahí, los uso y consigo una camiseta negra y unos pantalones para entrenar y unas zapatillas que me quedan bien y unos calcetines y calzoncillos que huelen a pino y a jabón y al sudor de la Marcha.

Nos sentamos y descansamos a mitad del trayecto del día.

—¿Has dejado de cantar por hoy? —me pregunta Navaja —. Por mí, no pares.

Los miro a él y a Campanilla, que escruta el cielo.

—No me he dado cuenta de que ya no cantaba. Iba cantando mentalmente.

—¿Qué? —pregunta Ochenta, con una voz dura y pesada, a juego con su corpulencia.

—Cuánto me alegro cuando se pone el sol —canto.

—Te jodieron a base de bien donde te encerraron, ¿eh, Cantarín? —dice Navaja.

Miro a Campanilla, que no ha apartado la vista del cielo. Veo que Navaja inclina la cabeza despacio hacia ella, mientras Campanilla se estira y relaja las costillas. Navaja cierra los ojos. Ochenta sigue de pie y me observa a mí, a los Exterminadores, a todo. Siempre hay alguien de guardia.

—Cuánto me alegro —canto.

A quien no lo han jodido es porque no ha vivido.

—Viene de Auburn. El centro experimental. Veinticuatro horas de silencio forzado —dice LouBob.

—¡Joder! —suelta Navaja, mirándose la luz de las muñecas.

—Todo el mundo tiene una historia —tercia Campanilla. Se levanta y obliga a Navaja a levantarse también—. Aquí no viene nadie de un lugar feliz.

—Cuando se pone el sol —canto.

—¿Veis? Está roto —dice Ochenta, y se ríe un poco porque oye que Campanilla va en serio—. Es un reproductor de música roto.

Campanilla se pone de pie y se estira. Deja la cabeza de Navaja en el suelo. Corta el aire con el machete, practicando. Luego canta:

—No tengo mucho sueño, pero me quiero tumbar.

Y yo la sigo:

—No tengo mucho sueño, pero me quiero tumbar.

—Un minuto para reanudar —anuncia el Ancla.

Todos nos levantamos. No dejo de cantar. Cuando volvemos a formar una fila, Campanilla viene hacia mí para ayudarme a levantarme. Del suelo. Me da la mano. Noto la piel endurecida y callosa.

—Todos hemos tragado mucha mierda. Nadie se va a apiadar de ti por nada, Cantarín. —Me habla de modo que las palabras son para mí y solo para mí—. Ahora estás aquí.

—Me quiero tumbar —canto.

Una broma que no es una broma. Una súplica que no es una súplica. Le estoy agradecido. Me levanta. Me mira sin torcer el gesto. Nos desplegamos, a la vez que nos acercamos unos a otros, y continuamos con la Marcha.

Vacaciones

Después del primer año de Staxxx en el Circuito, las pesadillas no se habían terminado, pero sí se habían calmado. Habían pasado a ser una ansiedad monótona que aprendió a reconocer y a aceptar como un hecho de la vida. Esa noche, al yacer en un catre pequeño, los fuertes ronquidos de Randy Mac y el olor a pino eran lo único a lo que aferrarse mientras notaba que ella misma se iba desdibujando. Se disociaba. Intentó recordar que ella, Staxxx, era quien sujetaba al hombre. Era su pecho donde él apoyaba la espalda al dormir. Pensó en *Treta de Amor*, que descansaba con tranquilidad justo debajo de ella. ¿Y si lo mataba? ¿Y si lo mataba hoy? Había días en que parecía que lo único en lo que podía pensar era en matar a la gente que la rodeaba. Esos pensamientos intrusivos habían formado parte de su vida desde antes de que matara a Atardecer, pero cuando él le había pedido que lo matara, fue como si uno de los pensamientos por fin se hubiera hecho realidad. Le había dolido perder a un amigo y le había dolido haber tenido que ayudarlo a morir. Pero, de alguna forma dura, le enorgullecía haber estado allí para Atardecer, al final.

Él le había dicho:

—No voy a obligar a nadie más a que se plantee perdonarme. No estoy seguro de lo que me merezco.

Esas palabras se le habían aparecido en las pesadillas. Staxxx había hecho justo lo contrario. Había obligado a muchos a que la perdonasen. Los había obligado para demostrarles que eran

capaces de perdonar.

Había matado, así que era una asesina. Por encima de todo, lo era. Era lo que le decían los pensamientos más oscuros. Incluso la primera vez, cuando un profesor del instituto había intentado violarla y ella había cogido un cuchillo y le había cortado la yugular y, de alguna manera, también había cortado con su propia vida. Desde entonces, ¿cuántas veces había vivido esa misma situación? Le habían pedido que aceptara la violencia de otra persona. Muchos como ella habían vivido la misma pesadilla[30] . Era otra parte de su propósito. Armar bulla y ser épica, a pesar de lo que le había tocado. A pesar de que el mundo le había pedido que se sintiera dolida y guardara silencio. El mundo conocía su historia, cómo se había ganado el primer asesinato. Cómo su familia la había abandonado, como si le tuvieran miedo. Odiaban visitarla en prisión, dejaron de ir a verla y se mudaron a otra parte. La dejaron atrás. Fue la tormenta perfecta y la llevó volando a una crisis. Su vida era un huracán.

Pero ¿dónde acababa la Huracán y empezaba Hamara? Le daba miedo que entendiera más a la Huracán que a la persona que había sido antes de ir a los juegos. La Huracán peleaba, la Huracán podía sobreponerse a cualquier dificultad. La Huracán podía soportar las cargas de los demás, además de las suyas propias. La Huracán abrazaba a la gente que quería. Pero Hamara… Hamara era una especie de extraña.

¿Y si pudiera dormir para siempre?

Saltaba de un pensamiento intrusivo a otro. La mente la asustaba más en los momentos de tranquilidad. Cuando le pedía que matara o liderase a los demás, sí podía estar presente. Podía prosperar. En los momentos en que no había nada, cuando lo único que tenía que hacer era existir…

«Eres una asesina».

Dejó que el pensamiento pasara volando. No se le resistió.

Era un vehículo para el amor. No la definían los hombres que la habían violado ni la familia que la había abandonado, ni tampoco los millones que la encadenaban y la observaban desde la comodidad de sus hogares. Cerró los ojos, pero siguió viendo el brillo azulado de las HCM, como un fantasma detrás de los párpados.

¿Y si lo único para lo que valía era para matar y todo lo que decía eran meros adornos? ¿Y si justo lo contrario de lo que esperaba era verdad y, en vez de que todos fueran un diamante, en el fondo eran una mierda con un envoltorio bonito? ¿Y si no eran más que mierda recubierta de diamantes? ¿Y si borraba del mapa a Randy? Le encantaba quién era él. Pero ¿y si su vida no consistía más que en matar a la gente a la que quería? A quienes la querían. Eso parecía, a veces.

Se le escapó una carcajada y el catre donde dormían tembló. Chirrió y cedió. Ya habían estado a punto de romperlo varias veces. Era una mierda de catre. Sobre todo, en comparación con el colchón donde dormía Thurwar, o con lo que había en su propia tienda.

Randy se dio la vuelta. Staxxx notó su aliento contra el cuello. Medio dormido, él preguntó:

—¿De qué te ríes?

La voz grave, aún más agravada por el yugo del sueño, hizo que se sintiera más atada a sí misma.

—Pensaba que, si te matase, tendría que explicar que fue un accidente e irles en plan «Pues ha vuelto a pasar, chicos. No os enfadéis conmigo. Es culpa mía haber matado a los colegas».

Randy se acercó más, como si la piel de Staxxx albergara un oxígeno más puro, como si en ella encontrara aire fresco.

—Qué graciosa.

Y después de eso, volvió a dormirse.

Staxxx le besó la parte alta de la frente; la delicada gratitud

la anegó a la vez que sentía cómo se le aflojaban las ataduras de la ansiedad.

—¿Me odias por matar a Atardecer? —le preguntó a Randy, pero supo que en realidad se lo preguntaba al mundo mientras él dormía—. ¿Crees que estoy rota? ¿Crees que soy una persona capaz de salir al mundo? O sea, ¿de verdad? ¿Me iría bien ahí fuera?

Observó cómo le subía y le bajaba el cuerpo, con los músculos flojos, pero aún definidos en la piel.

—Creo que vas a salir en las putas cajas de cereales.

Staxxx no dijo nada. Incluso con el coro de cigarras y saltamontes de fondo, la profundidad del silencio consiguió que Randy se acurrucase lo justo para que los ojos les quedasen a la misma altura. Abrió los ojos y ella le devolvió la mirada. Quería quedarse en el cuerpo, pero notó cómo se marchaba flotando.

—Estás rota, pero has sobrellevado todo lo que te han puesto delante. Así que también eres perfecta y, encima, la puta ama. En un mundo enfermo, estar sano es lo raro. Así que sí, estás un poco rota. Pero en el Circuito no hay nadie al que le vaya a ir bien al otro lado. Y lo digo en calidad de Eslabón egoísta que te ve como a una mesías, y también de persona que sabe distinguir las gilipolleces de lo real.

—Me noto flotar un poco. —Se le humedecieron los ojos.

—Ya lo sé. Estoy aquí. ¿De qué quieres hablar? ¿Quieres hablar de una cosa de antes o de ahora?

Staxxx lo sopesó, pensó de qué tenía más ganas. ¿A qué le prestaría más atención la mente?

—De antes —dijo.

—¡Vaya! Tenemos un problema —respondió Randy—. No merece la pena hablar de mi vida antes de que te conociera.

Cerró los ojos, se refugió en ella y se quedó dormido con los labios en la clavícula de Staxxx.

Se rio y el catre también chirrió de la risa. Siguió riéndose.

—Bobo.

Mac le resultaba encantador.

Disfrutaba de ese momento, de la vez o del par de veces a la semana que pasaba con Randy. Hacía unos meses, pareció que querer a más de una persona podría suponer una gran inestabilidad. Estar con Thurwar y también tener la libertad de compartir el tiempo y el cuerpo con Randy Mac. Los periodistas trataron de instigar una guerra, sin duda. Esperaban que acabase, al menos, con una persona muerta. Pero no había sido el caso, gracias a la madurez y la decencia de Thurwar y a que Randy le era leal a regañadientes. Era un acuerdo que, al menos de esa manera, le permitía hacer lo que quisiera. Cada uno de ellos le proporcionaba cosas distintas, satisfacía necesidades distintas. Thurwar era su casa. Randy Mac eran unas vacaciones. Otro sitio. Una variedad que le equilibraba el cuerpo, se lo estabilizaba.

Notó el orgullo de poder ser ella misma de aquella manera, ante todo el mundo. Había nacido para ello. A pesar de los pensamientos intrusivos, a pesar de lo duro que era, con el amor no tenía miedo. Sabía cómo blandirlo, cómo cultivarlo y cómo recibirlo.

¿Y si lo único que se le daba bien era matar?

No se recreó en el pensamiento.

¿Y si todo el amor que procuraba dar era mentira?

Vio el pensamiento. Dejó que le marcara la respiración. Sí, en cierto sentido, se había descubierto a sí misma en el Circuito, pero era inevitable. Lo que había aprendido era que la vida, cualquier vida, era muerte y renacimiento, muerte y renacimiento. Nada dejaba de cambiar.

Unas horas antes del amanecer, ya se había levantado y miraba la tienda. Veía cómo la oscuridad del cielo se filtraba por la red que dejaba pasar el aire, pero no a los mosquitos. Randy le frotó el costado y se lo apretó, como si intentara que se quedase allí un poquito más. Seguía dormido, pero empezaba a despertarse. Staxxx procuraba comenzar el día con Thurwar incluso aunque hubiera pasado la noche con Randy; él sabía que no tardaría en marcharse. En el pasado, ella y todo el país habían visto cómo Randy lloraba y le suplicaba más tiempo por la mañana. Y ella había sido estricta pero amable y lo había enderezado, le había besado la frente y se había esfumado para ir con Thurwar. Desde entonces, Randy no solía abrir los ojos hasta que ella se marchaba. Pero hoy, esperó con él.

Contempló cómo la mañana se cernía sobre el Campamento. Thurwar no tardaría en ser Liberada. Staxxx no tardaría en ser Colosal. La vida era muerte y renacimiento, muerte y renacimiento. Staxxx no era la misma persona que había sido antes de la noche en que mató a Atardecer. Seguía aprendiendo de aquella nueva persona.

Thurwar no tardaría en ser Liberada. Juntas habían sembrado muchísimo amor y muchísima muerte. Era obvio que en el planeta no había nadie que estuviera a su altura, salvo Loretta Thurwar. Lo pensaba mientras le pasaba el dedo por el ceño a Randy Mac. Apretaba la mandíbula y parecía que soñaba con algo desagradable. Le presionó con suavidad en las cejas pobladas, que se relajaron con el paso del pulgar. Se preguntó dónde estaría. Esperaría a que se despertase. Ese hombre no era Thurwar, pero, aun así, era parte de ella. Decidió que le iba a preguntar con qué había soñado. Cerró los ojos un ratito más y esperó.

Staxxx lo observaba cuando emergió del sueño. Miró alrededor confundido, como si se hubiera despertado en un sitio donde no hubiera estado nunca. Por supuesto, era cierto todos los días que pasaban en el Circuito.

—¿Con qué soñabas? —le preguntó Staxxx con suavidad.

Le pudo oler el aliento mañanero mientras él sacaba los brazos del catre y se estiraba. Se incorporó en la cama con movimientos rápidos. Al ver que un hombre se movía de repente, a Staxxx le entraban ganas de correr a por *Treta de Amor*. La dejó descansar y esperó. Randy cogió algo del suelo, junto a la cama. Luego volvió a tumbarse con un cuaderno en la mano. Se dio prisa en anotar algo.

—¿Con qué soñabas? —volvió a preguntarle Staxxx.

Se puso encima de él y le agarró el abdomen con los muslos, de modo que el cuaderno quedó en el centro.

—Con una cabra —dijo Mac—. Soñaba con una cabra.

—¡Qué halagador! No sabía que seguías soñando conmigo.

—Es lo único que hago.

Ella se inclinó adelante y lo besó. Randy recibió el beso con alegría.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Staxxx le sonrió.

—Hoy llegamos a la Ciudad Foco. Como muy tarde, mañana.

Los Eslabones nunca sabían cuándo terminaban las Marchas. Se pasaban días caminando y de repente se topaban con un punto de recogida donde los esperaba el furgón. La incertidumbre, la esperanza de la Ciudad Foco, acababa rompiendo a muchos Eslabones, igual que el miedo de alcanzar el destino. Las Ciudades Foco conllevaban más Campos de Batalla, y los Campos de Batalla conllevaban más muerte.

—¿Te refieres a que la gran Huracán también es vidente?

¿O te lo estás imaginando?

—No me lo imagino. Sé estas cosas. Lo noto en el aire. ¿Tú no?

—Podría notarlo más —dijo Randy.

Dejó el cuaderno y llevó las manos a la cintura de Staxxx. Ella le cogió las muñecas y se las bajó hasta las orejas. Lo sujetó así un rato. Luego se marchó. La HCM esquivó la cabeza de Staxxx mientras ella se vestía.

—¿Cómo es que sigues aquí? —preguntó Randy.

—Estoy en todas partes —afirmó Staxxx.

—Nunca te quedas hasta tan tarde.

—Hoy no tengo prisa por emprender la marcha. —Se puso los pantalones de chándal—. Y, como decía, no vamos a tardar en llegar a la Ciudad Foco. ¿Y si…?

No terminó la pregunta en la que siempre pensaba: ¿y si la siguiente parada es la que acaba conmigo?

—¿Te preocupa la pelea que tenéis las dos? —le preguntó.

Thurwar y Staxxx iban a librar un combate de dobles dentro de unos días. Un combate contra dos hombres a los que tildaban de ser más fuertes e impredecibles que nadie a quien se hubieran enfrentado antes.

Frunció el ceño.

—No creía que fuera eso. Sé que las dos no tenéis nada por lo que preocuparos en un combate de dobles. No sé qué es tan especial como para que hoy te sientas así.

—A veces es sencillo, Mac.

—¿Y?

—Es sencillo —dijo, y luego abandonó la tienda de Randy y se marchó a casa.

En el suelo

Por primera vez, Thurwar se alegraba de verdad de que Staxxx hubiera pasado la noche con Randy Mac. Quería una noche para ella, para lamentarse. Había dejado pronto al grupo y se había puesto a ensayar con el martillo y, aunque Staxxx y ella tenían programado un combate de dobles a continuación, fue a Staxxx a quien se imaginaba de adversaria mientras sacudía el aire con *Hass Omaha*.

Thurwar había permitido que los peores pensamientos inundaran la Tienda de la Reina. Que había esperado demasiado tiempo. Que Staxxx nunca le perdonaría que no le hubiera hablado antes del cambio de reglas. Que ella no tenía ni idea de por qué Staxxx había matado a Atardecer. Que todo lo que sabía de Staxxx era mentira.

Quizá se estaba derrumbando antes de la pelea. O peor aún, quizá no se desmoronaría y tendría que obligarse a permitir que Staxxx la matase el día de la liberación. Porque era lo que iba a tener que hacer. No podía imaginárselo de ninguna otra manera. La idea de que *Hass Omaha* aplastara a Staxxx… era una pesadilla que había tenido en más de una ocasión. Ya no era la persona que dañaba a quienes quería. No lo era. No podía serlo. Lo que le había hecho a Vanessa fue el mayor error de su vida. Ya no era la misma persona que la había matado, aunque aún creía que había perdido el derecho a vivir por haber actuado así.

Sopesó brevemente la idea de que la información de la cartulina no fuera verdad. Una explosión de salvación. No tenía

garantías, al fin y al cabo, de que la mujer que le había dado la cartulina con el cambio de reglas de la trigésima tercera temporada no le hubiera entregado más que un rumor brutal. Un deseo sin fundamento.

Pero Thurwar sabía que era verdad. Era justo lo que pensaban las personas que montaban los juegos. En cuanto comenzase la trigésima tercera temporada, lo cual sucedería justo después del inminente combate de dobles, Staxxx se convertiría en Colosal. Y como tal, ese protocolo nuevo y brutal se activaría y, una semana después, la temporada empezaría con el combate con el que el mundo había soñado: Thurwar contra Huracán Staxxx.

¿Y quién era ella, ahora que la persona que la empujaba adelante era la misma que se interponía en su camino? Decidió que dejaría que la matasen a ella primero. ¿No fue ese el plan al principio, cuando se apuntó? ¿Morir? Por fin mostraría el mismo valor que el hombre de U-Block. Iba a ganar el próximo combate con Staxxx. Iban a ganar y luego Thurwar iba a acudir al día de su liberación. No obstante, iba a acabar igual que Melancolía.

Thurwar observó la sombra de Staxxx. La mañana aún era joven.

Se permitió sentir que los celos ya no le moldeaban la vida. Había cierta parte mezquina de sí misma que a veces le deseaba lo peor a Randy, pero, después de todo lo que habían vivido juntos, Randy era una de las pocas personas que la entendían. Habría sido un buen amigo suyo, de no haber acabado compartiendo el mismo destino.

Pero él ayudaba a que Staxxx fuera ella misma. La ayudaba a no desmoronarse. Y Thurwar le estaba, en ese sentido, agradecida a Randy Mac por arrimar el hombro.

Pero Staxxx nunca se quedaba a desayunar con Randy. Thurwar escuchaba cómo los Eslabones recogían la comida y sintió una oleada de alivio, ante la tensión que aún no había resuelto, cuando percibió la silueta de Staxxx fuera de la tienda. Transportaba los desayunos personalizados y sujetaba a *Treta de Amor* con la axila.

—Buenas, preciosa —la saludó Staxxx.

Thurwar la miró, sonriente.

—¿Qué pasa? —preguntó Thurwar, y le hizo sitio a su lado en la cama.

Thurwar intentó no pensar en la trigésima tercera temporada, como si Staxxx pudiera oír los pensamientos desapacibles que le rondaban la cabeza. Staxxx depositó con cuidado las dos grandes cajas de comida en el suelo y luego, con un movimiento fluido, se quitó la mochila de la espalda. Thurwar se limpió la mano izquierda en el muslo y continuó acariciando el sitio a su lado. Staxxx apoyó la cabeza en el regazo de Thurwar.

—Hoy es el último día de la Marcha —dijo Staxxx.

—Vale, no pasa nada —contestó Thurwar mientras le secaba las lágrimas que le caían a Staxxx por un lado de la cara—. Somos tú y yo.

—Somos tú y yo —repitió Staxxx—. No me preocupa el terreno de batalla.

Desde la Melé, Staxxx y Thurwar se habían pasado los últimos días entrenando juntas y con cuidado. La próxima batalla era contra una pareja que había subido como la espuma en la clasificación, de una forma que no se veía desde lo sucedido con la propia Thurwar. Dos hombres, dos estilos diferentes. Estarían preparadas. Staxxx no se preocupaba, pero porque ella era Staxxx. Thurwar estaba extremadamente preocupada. Iba a ser el mayor desafío al que se enfrentaba en el terreno.

—Me siento como si fuera…, como si fuera un halcón peregrino. El suelo es distinto para un ave —dijo Staxxx.

Había una clase de supervivencia muy específica a la que los Eslabones a veces se aferraban, una forma de hablarse en código y con acertijos para ocultarle al público lo que se decían en realidad. No era un juego, pero a veces lo parecía. Los seguidores se habían acostumbrado e intentaban descifrar los códigos, a pesar de que el objetivo de esa jerga era excluirlos a ellos.

—Somos tú y yo —declaró Thurwar; podía oler a Randy Mac en la piel de Staxxx—. Cuéntame.

Mientras las HCM se acercaban flotando, Thurwar pensó en la carga psicológica que soportaba. Incluso sin saber que las iban a obligar a luchar en el caso de que sobrevivieran al próximo combate, Staxxx estaba consternada. No. No podía contarle la verdad. Guardar el secreto de su destino era otra de las maneras en que iba a protegerla.

—El halcón peregrino puede lanzarse en picado a más de trescientos kilómetros por hora. Así soy yo. Bajo al suelo para comer, para coger las cosas antes de volver a subir al cielo. —Staxxx alzó la cabeza y se secó los ojos—. Cuando el invierno termina, las primeras en anunciarlo son las aves.

Thurwar la atrajo hacia sí misma para poder besarle la frente.

—Pues volaré contigo.

Staxxx sentía muchas cosas con mucha intensidad. Hablaba con canciones y poemas y códigos que Thurwar solía entender, porque también sentía muchas cosas similares. Pero, a veces, Thurwar deseaba que Staxxx hablase a las claras, que le permitiera saber a la gente qué pensaba. A la mierda la gente, iban a fingir que estaban las dos solas.

Pero a Thurwar también le preocupaba que el tiempo que

había pasado en el Circuito hubiera contribuido a que Staxxx existiera en un borrón que ella misma era incapaz de analizar. Lo llamaban «desmoronarse» y Thurwar no siempre estaba segura de que fuera capaz de sostenerla.

—¿Te apetece entrenar sin armas? —le preguntó.

Staxxx la miró, segura.

—Claro —asintió.

Era su modo de estar ahí para los demás. Con su cuerpo. Thurwar sabía que una manera de mantener a Staxxx con los pies en el suelo era ponerla a hacer ejercicio físico.

Staxxx ya llevaba la ropa buena de entrenar: mallas de compresión debajo de los pantalones cortos y una camiseta. Thurwar se puso unas mallas de las suyas y una camiseta de compresión y de manga larga. Salieron y eligieron un sitio resguardado detrás de la tienda para practicar.

—¿A la mejor de tres asaltos?

Rodeó a Staxxx con la intención de pasárselo bien. La rodilla no le estaba dando guerra ese día. Staxxx estiró el cuello.

—Me parece bien. —Pareció pensárselo un momento antes de añadir—: ¡Eh, Agua Mala! Ven a ayudarnos.

Thurwar arqueó una ceja y Staxxx le sonrió.

—¿Eh? —exclamó Agua Mala desde algún lugar al otro lado de la Tienda de la Reina.

—¡Que vengas aquí, Walter! —bramó Staxxx.

Walter tardó unos instantes en acercarse a las dos mujeres, que estaban una al lado de la otra en la hierba. Las miró y la piel pálida se le fue enrojeciendo mientras esperaba.

—Gracias, Agua Mala —dijo Staxxx.

—Solo necesitamos que nos digas «¡ya!». Vamos a entrenar un poco —explicó Thurwar—. Asaltos sin armas. Ya nos has visto luchar así antes, ¿no?

—Sí —confirmó Agua Mala.

—Bien, pues ven y aprende —dijo Staxxx—. Tan solo di «¡ya!» e intenta que Thurwar no se sienta mal después de que la tumbe, ¿vale?

—A la mejor de tres —repuso Thurwar—. Aunque no va a ser difícil llevar las cuentas.

Le guiñó un ojo a Agua Mala y observó cómo se estremecía. Elegía momentos de los más precisos por aquí y por allá para recordarles a los Eslabones que ella era una persona, igual que ellos, y que también podía gastar bromas.

—¿No hay faltas? —preguntó Agua Mala—. Mi hijo hacía lucha libre.

—¿Tienes un hijo? —dijo Thurwar.

—No lo sabía —comentó Staxxx.

—A mí no me habláis —dijo Agua Mala.

—Pues eso va a cambiar a partir de ahora —replicó Staxxx, sonriendo—. Lo único que tienes que hacer es decir «¡ya!» cuando estemos agachadas y en posición.

—Vale —accedió Agua Mala. Se fue animando un poco y quedó claro que le agradaba participar.

—¡Vamos! —dijo Thurwar.

Staxxx y ella habían practicado lucha libre cientos de veces. Thurwar había incorporado el entrenamiento sin armas a la tabla de ejercicios de los Eslabones porque sabía, por experiencia, que entender que tu cuerpo era, ante todo, un arma conllevaba ser mucho más letal. La habían desarmado más de una vez en el Campo de Batalla, un hecho que se había convertido en un récord épico, dado que el desarme solía traducirse en la muerte.

Staxxx y ella se agazaparon la una enfrente de la otra. Thurwar miró a los ojos marrones de Staxxx, concentrados, atentos y presentes. Toda Staxxx estaba allí mismo.

—¡Luchadoras, preparadas! —dijo Agua Mala.

Se quedó a unos metros de ellas, dándole la espalda a la

tienda y a los demás Eslabones; era vulnerable. «Este tipo chilla "novato" con todo su ser», pensó Thurwar, pero se concentró en Staxxx, que era de lo más competitiva y nunca había ganado cuando ambas habían practicado a la mejor de tres asaltos, o de cinco o de siete o de nueve. Las cifras no dejaban de aumentar mientras Staxxx insistía en que le diera otra oportunidad.

Thurwar se agazapó, pero no demasiado. Solo hasta que se le tensaron los muslos, igual que a Staxxx.

—Listas —dijeron las dos.

—¡Ya!

Los brazos de las dos salieron disparados. Agazapadas, se agarraron de los hombros. Thurwar conocía la potencia de la que Staxxx era capaz y sopesó qué posibilidades tenían ella y su oponente. Trató de estabilizarse en una pose neutral y, mientras tanto, Staxxx la empujó con fuerza del costado izquierdo y se agachó más; siguió agazapada y le rodeó la pierna a Thurwar con los brazos. Staxxx le presionó el costado con la cabeza y Thurwar supo que le había ganado ese asalto. Staxxx le apretó el interior del muslo y la condujo al suelo. Thurwar se cayó y Staxxx se tumbó encima de ella con alegría.

—¡Un tanto para la Huracán Staxxx! —proclamó Agua Mala.

—Cíñete a decir «¡ya!» —gruñó Thurwar al levantarse.

Se sacudió el polvo, alterada no por cómo la había derribado, sino por lo precisa y directa que había sido Staxxx al ir a por la rodilla mala. La rodilla era, en su mente, otro secreto con el que no quería abrumar a Staxxx, pero, cuando volvió a ponerse en cuclillas, se preguntó si acaso Staxxx ya conocía tales secretos. Staxxx, por ejemplo, no sabía cómo se llamaba Vanessa. No conocía toda la historia. No le había contado que solía agredir físicamente a Vanessa ni lo que había pasado cuando Vanessa había intentado defenderse. Nunca le había contado que

todas las noches esperaba un perdón del que no creía ser digna. Y quería a Staxxx porque nunca le preguntaba nada.

—¡Mírala! Una Gran Colosal de mal perder —se burló Staxxx.

—¡Ay, la hostia! —dijo Rico Muerte. Él, Sai y Randy habían ido a ver el entrenamiento.

—No he perdido —protestó Thurwar—. Aún no hemos terminado.

—¡Luchadoras, preparadas! —dijo Agua Mala—. ¡Ya!

Y las manos volvieron a salir disparadas. De inmediato, Thurwar empujó abajo a Staxxx por los hombros, imaginó que le hundía la frente en el suelo y la aplastaba allí mismo. Staxxx se resistió, justo como Thurwar sabía que haría, y sin previo aviso descargó toda su potencia. Staxxx solo consiguió levantar la cabeza un poco. Thurwar descendió, le dio un cabezazo a Staxxx en el plexo solar y le rodeó las rodillas con las dos manos. Notó el abdomen de Staxxx mientras se lo presionaba con la cabeza. Siguió dándole cabezazos a Staxxx hasta que ella se irguió y cayó de espaldas. Miró a Staxxx en el suelo. Las palmas de las manos llamaban a *Hass Omaha* y se odió a sí misma por tener ese instinto.

—¡Joder! —dijo Rico.

—El derribo por las dos piernas —dictaminó Sai—. Un clásico.

—Gracias, chicos. Me alegro de que no tengáis nada mejor que hacer —dijo Staxxx al ponerse de pie.

—¡Vamos, hostias! —insistió Thurwar.

Sus Eslabones la animaron.

Thurwar deseó poder decir la verdad. Los miró a los ojos a todos y ellas dos se agacharon, listas para empezar. A veces, ser la líder implicaba cargar sola con las cosas. Y ella era la mayor líder de la historia de los juegos. O igual tan solo le daba miedo

compartir la carga, compartir la responsabilidad. Era incapaz de creer que hubiera gente que creyera que no le tenía miedo a nada.

—Listas…, ¡ya!

Se equivocaban.

Staxxx avanzó corriendo. Thurwar estaba lista. Absorbió el impacto y luego fingió que iba a descender antes de ascender y tirar de Staxxx, rodeándole el cuello con la mano. Tiró de ella y le presionó la espalda con el pecho. Staxxx intentó alzarse y Thurwar la rodeó para agarrarla bien del muslo. En cuanto le cogió el muslo, apretó y Staxxx acabó en el suelo, bocarriba.

El grupito aplaudió.

—¡La puta ama! —dijo Muerte.

—Exacto —afirmó Thurwar. Así era ella.

—No se puede ganar siempre —dijo Sai.

—No se puede no ganar —contestó ella.

Se esforzó, se esforzó en disfrutar de aquel instante y olvidarse, por un momento, de lo que se avecinaba.

—Por suerte para mí, en el Campo de Batalla no se lucha sin armas —comentó Staxxx, sentada en el suelo con las piernas cruzadas.

Thurwar estuvo a punto de soltar «¡¿Qué has dicho?!». En cambio, levantó los brazos en el aire ante los vítores de los espectadores.

—Yo también te quiero, cari —dijo. Le echó sal a la herida y la observó con atención. ¿Qué sabría Staxxx?

—Vete a la mierda —respondió Staxxx.

Entonces, Thurwar pensó «Esta mujer es perfecta». Y todo el júbilo se le evaporó del pecho.

A jugar, Jota. A jugar.

Cantado

Avanzamos con pasos pesados por la pérdida. Los dos lados de la Cadena se han visto mermados en el Campo de Batalla. Los trillizos Exterminadores han quedado reducidos a gemelos, al tercero lo despachó el gran Cuervo Ways. No tuvo ninguna oportunidad. Los hermanos habían estado confinados juntos en el útero, en la celda y, al final, en este mundo abierto de los juegos de la muerte. Ahora se han separado por primera vez. Los dos que quedan se mojan las esvásticas del cuello con las lágrimas. Y al tercero encima lo mató un hombre negro.

En nuestro lado, hemos perdido a Ochenta. Un buen hombre que se había equivocado hacía mucho tiempo. Era un grandullón jovial, pese la sangre por todas partes. No fue una mala pelea, pero tampoco una buena. Ochenta dudó solo un instante y, en aquel momento, lo atravesaron de tal forma que no había puntos que pudieran suturarlo.

Aquí fuera, en el Circuito, después de la pérdida, Navaja me mira según avanzamos; aplastamos con los pies las pruebas de que la primavera va cediendo terreno. Me pide una canción.

—No me sé de memoria ninguna elegía —le digo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Navaja—. Todas las mamarrachadas que cantas suenan a mierdas de muertos, así que vamos.

Miro a Campanilla, que camina con la cabeza alta, llorando en silencio.

—Cantaré una si no te sabes ninguna. Tanto cantar todo el

puñetero año y ahora el Cantarín va y se queda sin canciones. ¡Vaya panorama! ¡Menuda putada, tío! Al menos dame una melodía. Me pondré a improvisar por mi colega —dice Navaja.

De inmediato, me viene una melodía que tararear.

—Mmmm, mmmm, mmmm —canturreo—. Mmmm, mmmm, mmmm.

Veo cómo Navaja la escucha, cierra los ojos y se aferra a la empuñadura del arma. La llama *Sansupurittā*. Cuando estaba aquí con los vivos, Ochenta y Navaja y Campanilla se pasaban los kilómetros rimando, los compases iban y venían entre ellos. Más de una vez se pusieron a rimar con la base de mis canciones. Hoy, Navaja escucha mi canción, la respira y le recorre el cuerpo mientras seguimos al Ancla hacia un río cuyo nombre nunca conoceré.

Mmmm, mmmm, mmmm. Mmmm, mmmm, mmmm.
Quería a mi gordito.

De inmediato, Campanilla se ríe. Otra historia sobre el nombre era que a Ochenta, al principio, lo llamaban Ochocientos. Pero por cómo se dedicó a esculpirse el cuerpo tras ganar los dos primeros combates por los pelos, la historia cuenta que perdió el peso de dos humanos enteros. Le cambiaron el nombre para ajustarlo al tamaño nuevo. Ochenta.

Lo quería cuando adelgazó,
mmm, mmmm, mmmm.
Sé que hizo algo malo, pero Señor, ha muerto,
por favor, déjalo entrar.

Mmmmm, mmmm, mmmm,
mmmmm, mmmm, mmmm.

Y Campanilla le toma el relevo con la misma melodía:

Reggie era una leyenda,
cabalgar o morir, ahogarse o nadar.
Me acompañó y ahora es libre,
por favor, Dios, déjalo entrar.
Mmmm, mmmm, mmmmm, mmmm.

Noto que el espíritu me posee y no me resisto.

Su madre le puso el nombre de un rey
porque sabía de qué pasta estaba hecho.
Su único pecado fue ser demasiado humano,
por favor, Dios, déjalo entrar,
por favor, Dios, déjalo entrar.

Durante los próximos kilómetros, narramos con canciones la historia de Ochenta y los ojos flotantes se arremolinan en el aire para captarla. «Televisión de primera», piensa alguien en algún lugar. Y tiene razón. Una parte de mí espera que los parientes de Ochenta nos estén viendo. Otra parte de mí espera que reúnan las fuerzas suficientes para no vernos.

—No nos llaman la cadena Sing por nada. ¡Cómo cantamos! ¿Eh, cabrones? —dice Navaja, mirando directamente al ojo flotante—. Nos hemos ganado el nombre. —Se ríe y se

seca las últimas lágrimas.

Los gemelos Exterminadores no se molestan en decir nada. Se pasan la Marcha escuchando en silencio, seguro que con el corazón cantan canciones de alabanza por la parte de sí mismos que han perdido.

Nos saluda una luz lejana en la maleza, de modo que esta Marcha triste llega a su fin. Noto que Campanilla y Navaja no están muy listos para acampar, lo sé por sus andares y sus ojos. Lo único que la oscuridad te deja ver a las claras es el dolor.

El Ancla tira de nosotros hacia el lugar donde se detiene, encima de la hoguera. Como para demostrarnos su poder, siempre descansa encima del fuego. Una bruja que no se quema. Y aunque el Ancla no deja de tirar, vamos caminando más despacio. Así son los juegos de la muerte. Cuando pierdes a alguien en el terreno de juego, te mandan a otro.

En el último estadio perdimos a Ochenta y a LouBob y al Exterminador. A LouBob ya lo han olvidado, como a muchos que van a la trena. Trato de recordarlo para incluirlo en mis canciones mañaneras.

Aunque Sing-Attica-Sing ha perdido a tres Eslabones, solo hay un hombre junto a la hoguera. Lo observamos. La Cadena frena, forma una sonrisa de cuerpos a su alrededor. Se oye un coro de vidas de insectos y de viento. El crepitar del fuego no suena a nada si llevas mucho tiempo oyéndolo. El fuego crepita de forma distinta, las llamas son más oscuras de lo natural. En el Campamento, las muñecas brillan con luz verde y por fin nos paramos. Nosotros nos quedamos a unos escasos dos metros del nuevo miembro de la Cadena, que se planta delante del fuego con una sonrisa tan enorme que no tiene buena pinta. Tiene los dientes de color marrón apagado y el cuerpo se le ve fuerte. Es el tipo de cuerpo que ha subido y bajado, subido y bajado muchísimas veces. Tiene los músculos fibrosos, la piel se le ve

tensa. Lleva los pantalones de lino metidos en las zapatillas altas y una camiseta elástica y pegada a la piel, de modo que vemos cómo las sombras le suben y le bajan bailando por los músculos.

—Hola —dice, sonriendo y saludándonos.

Y entonces todos nos aferramos un poquito más al dolor que albergamos, porque en las manos lleva sendas cuchillas dobles que van atadas justo debajo de los nudillos, de manera que parece que el metal forma parte de él. En la mano derecha lleva dos cuchillas de oro y, en la izquierda, una de oro y otra de obsidiana.

Navaja es el primero en dar un paso hacia él.

—¿Qué pasa, tío? ¿Cómo te llamas?

Observamos y el sonido de la naturaleza que nos rodea se oye bien alto y claro. Campanilla da un paso adelante.

—¿Estás bien, tío? ¿Cómo te llaman en el sitio de donde vienes?

—Me llamo Simon J. Craft —dice, y arremete contra el cuello de Navaja con la cuchilla de la mano derecha.

Navaja da un salto atrás y *Sansupuritt*ā sale disparada y resplandece, antes de que a nadie que no haya visto el Campo de Batalla unas cuantas veces tuviera tiempo de parpadear. Navaja saca la espada de la vaina y Campanilla va corriendo a ayudarlo. A la luz tenue, Navaja asesta un tajo hacia la cabeza del señor Craft, pero Craft contonea la cintura y lo esquiva.

—Me llamo Simon J. Craft —dice mientras se retuerce de una forma imposible para evitar el sablazo del machete de Campanilla.

Lo siguiente que veo es cómo la sangre de Campanilla inunda el suelo; ni siquiera tiene oportunidad de echar atrás el machete para volver a atacar[31] . Navaja chilla y avanza dando espadazos mientras yo voy a atender a Campanilla.

—Soy Simon J…

Las cuchillas chocan. El sonido del metal asesino explota y arremeten uno contra otro. Luego la navaja de Navaja cae al suelo y la sigue el cuerpo[32]. Un tajo en el cuello, tan profundo que no lleva ni un minuto en el suelo cuando cierra los ojos por última vez.

Sujeto a Campanilla. Y ella me mira, decepcionada, antes de pestañear y gorjear hasta el final. Me veo la sangre en las manos y miro a los gemelos, que no saben cómo interpretar lo que acaban de ver.

Todos en el Circuito hemos visto diversos horrores. Pero Navaja y Campanilla eran famosos en el mundo entero. Navaja y Campanilla eran de los más duros de los juegos, ambos eran Segadores y ahora ya no se mueven.

—¿Eres de los nuestros, colega? —dice el Exterminador Uno al acercarse. Blande el látigo en una mano y le tiende la otra, como para estrechársela.

Espera que el toque de color de la piel del hombre sea cosa de las sombras o del bronceado, de todo menos cosa de los antepasados.

Simon J. Craft camina con la mano tendida; de repente, está tranquilo. Dócil y cordial. La calidez le ilumina el rostro al Exterminador Uno mientras cree que Dios le ha entregado una persona nueva a cambio de la que le ha quitado. Como si hubiera recibido lo que se merecía. Pero antes de que se den la mano, la del Exterminador cae al suelo; se la ha cortado con otro fogonazo de violencia.

—¡Me cago en tu puta…! —suelta antes de que Simon J. Craft le raje la cara y el cuello.

El último Exterminador da media vuelta y corre. Esprinta bastante bien y carga con la azada. Campanilla sigue caliente en mi brazo. El hermano, que una vez formó parte de unos trillizos y luego brevemente de unos gemelos, corre y corre. Dejo a

Campanilla en el suelo porque no sé cuánto tiempo me queda a mí, me doy prisa en llevar el cadáver de Navaja a su lado, pongo la mano de ella en la de él para que así, al menos, si es lo último que hago, les dé algo cercano a un descanso aceptable. Al final, a lo lejos, el Exterminador se choca con un muro invisible cuando el Ancla le tira de las muñecas. Se resiste, corre más y más despacio, no porque se haya cansado, sino porque la atracción magnética de la máquina es más fuerte de lo que su cuerpo lo será jamás. No deja de resistirse. Aún sigue voceando despacio cuando Simon J. Craft da un salto. Se mueven juntos, como si atravesaran la arena. Un movimiento mancillado por las ataduras. Incluso en esos momentos lentos, al Exterminador de la azada lo apuñalan, una y otra vez, en la espalda. Muere con la cara en la tierra y la sangre le mana de la espalda. Los trillizos se han reunido más pronto de lo que ninguno habría imaginado jamás.

Y Simon J. Craft vuelve caminando hacia mí, despacio.

No se me ocurre ninguna canción, solo el hormigueo que siento en la mano que me falta desde hace mucho tiempo. La sensación es más pronunciada que nada de lo que sintiese cuando sí tenía la mano.

Miro a los muertos a mi lado. Los mejores amigos que me quedaban en la vida. Y me pregunto: ¿dónde queda la furia? ¿Dónde queda la sed de sangre? ¿Qué parte de mí acabo de perder? Si no es ahora, ¿cuándo?

Me siento en un tocón y observo el fuego. Simon J. Craft vuelve, proyecta una sombra larga detrás de él. Me aferro a la lanza y apunto al cielo con ella. Noto cómo extiendo el brazo que me falta hacia ese hombre, le apunto al cuello como si fuera a asfixiarlo o quizá al hombro como si fuera a intentar convencerlo de hacer las paces. Lo noto como si estuviera pasando aquí mismo, en la vida real y ante nosotros.

—Simon J. Craft —digo—, ya basta.

Y Simon J. Craft me sonríe al responder:

—A mandar.

¿Churri?

—¿Qué cojones acaba de pasar, churri? ¿Qué cojones acaba de pasar, hostias? ¡Ay, la hostia puta!

Emily había vuelto a darse un atracón de retransmisiones grabadas. Wil había querido estar allí cuando viera esa parte, así que Emily la había visto con él.

Ya había cogido el holomóvil para intentar grabar cómo reaccionaba. Al parecer, el susto que se había llevado había reverberado por el resto del mundo con la misma intensidad.

Miró a su marido y luego volvió a fijar la vista en la pantalla, donde Hendrix observaba a ese hombre nuevo, ese Eslabón nuevo que ella había visto cómo mataba a cuatro personas en apenas unos instantes y que ahora entraba en la tienda de Campanilla y se ponía cómodo en el catre.

—¡Imagino que estará cansado de la hostia! —dijo Emily, porque sabía que su marido apreciaría que dijera algo.

—Churri, se han muerto. Pasó como hará un año.

—Lo sé —contestó ella, sin tener que disimular el susto en absoluto. Sabía que lo que veía había sucedido en el pasado, hacía mucho, pero para ella se desarrollaba allí y en el presente. Se sentía viva con un dolor fresco—. Lo sé —repitió.

Y el sonido de su propia voz la hizo llorar.

Había disfrutado de ver el archivo de las retransmisiones de Sing-Attica-Sing incluso más que las actuales de Angola-Hammond. Había retrocedido y se había dado un atracón, había visto los grandes éxitos de las retransmisiones y los Campos de

Batalla. Había llegado a familiarizarse con los distintos miembros y le encantaba, en particular, la forma en que Navaja y Campanilla se habían querido. Y el combate de dobles, cuando ambos se habían ganado el rango legítimo de Segadores, el modo en que Campanilla había soltado el machete y había presionado los labios contra la boca de Navaja mientras Percy el Penas y Herc la Señorita Maravilla sangraban a sus pies. Fue precioso de la forma horrible en que todo lo relacionado con la Cadena de presos lo era.

Wil había dicho que se había sentido igual y Emily odiaba coincidir en una cosa así. También odiaba admitir que parte del atractivo era que Sing no tenía el mismo pacto no violento que A-Hamm y ella se había vuelto adicta a la amenaza de la violencia, a la sensación de que la muerte podría aguardar a los Eslabones a la vuelta de la esquina. Los Exterminadores, por ejemplo, se habían cargado a un montón de Eslabones débiles sin pensárselo mucho y sin remordimientos. La semana pasada, Navaja y Ochenta se enzarzaron en una discusión con dos de los Exterminadores y llegaron a las manos, pero pararon porque Campanilla se le acercó por la retaguardia al tercer nazi y amenazó con clavarle el machete en la espalda. Las dos parejas de hombres dejaron de pelearse y continuaron como si nada el día siguiente. Verlo era de lo más emocionante.

También se enorgullecía de abuchearlos, si bien sabía, en el fondo, que le encantaba que le brindasen un villano claro y obvio. Un problema que tuvieran que solucionar los héroes, Navaja y Campanilla, y sus compañeros, Ochenta y el hombre negro y manco, Cantarín. Los Exterminadores eran unos asesinos racistas y era fácil sentir que se merecían ese castigo, que se merecían estar en una Cadena. En cierto sentido, su presencia, que a ella le parecía un mal sencillo y obvio, lo justificaba todo.

—Lo sé, churri. Lo sé.

Y Wil también lloraba. Lo vio y lo quiso con ferocidad. Era como si les hubieran arrebatado a sus propios amigos. Unos asesinos, sí, pero, en cierta manera, habían llegado a conocer a esas personas… ¿Y adónde se habían ido?

—Es un puto lunático. Simon J. Craft.

—Simon Craft —dijo ella—. Simon J. Craft. —Era incapaz de imaginar que olvidase el nombre. No creía que lo fuera a olvidar jamás. Observó la pantalla donde él dormía y le escudriñó la cara mientras la cámara le hacía *zoom*—. Y el muy cabrón se va a dormir. ¡La hostia! ¿De qué va? —Examinó la retransmisión y vio a Hendrix Cantarín, el único miembro restante del grupo que había llegado a querer, y notó cómo le crecía una ira profunda en las entrañas—. Debería cortarle el puto cuello ya mismo —soltó—. Si quiere irse a dormir como si nada, que le corte el puto cuello.

Wil levantó la vista del móvil. Dejó de grabar. Emily no estaba segura de en qué pensaba su marido hasta que se le ocurrió que, en todo el tiempo que ella llevaba viendo la Cadena de presos, nunca había pedido que mataran a un Eslabón. Hasta el momento, ella había aparentado adoptar el papel de supervisora moral, interesada y tal vez hasta adicta, pero no solía ser parcial de una forma tan tajante. Iba de paso a la Cadena de presos, igual se entretenía un poco, pero siempre se limitaba a estar de paso. Sin embargo, ahí estaba, con lágrimas en los ojos y la voz temblorosa mientras pedía a gritos que asesinaran a un hombre cuya existencia acababa de descubrir hacía apenas unos instantes.

—Di que sí, churri.

Y con la sed de venganza, la vergüenza que solía acompañar a contemplar cómo la gente moría en ese circo de justicia se desvaneció. Se quitó el pelo de la cara para poder mirar con más atención. Y, para su consternación, no hubo más muertes. Las

tornas no se equilibraron y el cobarde de Cantarín ni siguiera intentó ponerle remedio. Sintió un nuevo deseo sabroso. Inhaló y espiró y notó cómo el aliento se le calentaba por la furia. Se dio cuenta de que le costaba respirar.

—Pero ¡¿qué hace?! ¡Joder! ¡Tiene que matarlo ya!

—Ya lo sé, churri. Relájate.

—¡No me digas que me relaje! Yo…, yo… —Se moría de ganas de tirar algo—. No lo entiendes, es… —No podía respirar.

—No pasa nada, churri. Yo me sentí igual cuando lo vi.

La rodeó con los brazos. Emily olió el roble, el vinagre y un perfume que no le resultó familiar.

—¡No me toques! —chilló, y se retorció para zafarse de él.

La estrechó con más fuerza y ella cerró los puños mientras la apretaba contra sí mismo. Emily dobló los brazos para que los antebrazos se interpusieran entre ellos. Quería empujarle y darle un puñetazo, y cada vez que lo intentaba y no lo conseguía, quería hacerle aún más daño.

—¿Estás bien? —le preguntó Wil.

Una pregunta demente. Acababan de matar a esas personas con las que tantísimo tiempo había pasado y había sucedido en su propio salón, básicamente.

—¿Que si estoy bien? —dijo, deseosa de dejar de temblar. Notó que la estrechaba con menos fuerza y permitió que su voz también bajara de intensidad—. Suéltame.

La liberó y, antes de que pudiese siquiera bajar las manos a los costados, ella retrocedió y le dio un puñetazo con todas sus fuerzas en el pecho. Tosió y dio medio paso atrás. Volvió a toser. En el salón aún predominaba el mismo sonido que rodeaba a aquel bosque del quinto pino, empapado de sangre y donde esperaba lo que quedaba de la Cadena Sing-Attica-Sing: solo dos hombres. Emily se irguió, le hervía la sangre por la violencia. Wil dio un paso hacia ella, con cuidado, y le cogió las muñecas;

Emily seguía con los puños cerrados. Pasó de él un momento, antes de dar un tirón y cogerle las muñecas. Lo tiró al suelo y le besó la protuberancia de la clavícula, volvió a besarlo y le mordió con fuerza el cuello, salado y húmedo. Wil emitió un gruñido que se fue desvaneciendo. Le mordió la carne con más fuerza, se sentía alegre pese a la frescura de la desesperación y la furia. Una furia tan grande que se tragó la torpeza con la que Emily le quitó el cinturón a Wil antes de bajarse los pantalones lo justo.

—Te quie… —empezó a decir Wil.

Pero Emily le tapó la boca con las manos.

—Calla la puta boca —le soltó.

Las bragas cayeron cerca, junto a las patas del sofá. No dejó de mirar la retransmisión y la muerte nunca llegó. Cantarín se sentó mientras Craft dormía en el catre que le había pertenecido a Campanilla. Emily volvió a gritar y se folló a Wil al ritmo del sonido de los grillos en una noche lejana.

El viaje

El sonido del tráfico siempre precedía al final de la Marcha. Habían llegado. Habían encontrado la carretera. Una hiperautopista de humanos que iban durmiendo la siesta o poniéndose al día de las noticias, mientras los vehículos los transportaban adonde esperasen ir.

El furgón los esperaba en el arcén. El Ancla se detuvo justo delante de la Cadena Angola-Hammond y se quedó suspendida en el aire, donde aguardó, cerca del furgón.

—¡Toma ya, joder! —dijo Randy Mac.

—¡Soltad las armas, reclusos! —ordenó Jerry, brillando con un desdén atípico. Blandía una Pizarra con gesto amenazante. Les enseñaba el espejo negro; tenía sus vidas en las manos.

—¿Va todo bien, Jerry? —preguntó Staxxx.

—He dicho que soltéis las armas. No quiero problemas.

Soltaron las armas y se quedaron juntos mientras las HCM les examinaban los cuerpos. La Alineación del final de la Marcha era el fin de la retransmisión semanal de *Vida eslabón*. Era lo último que los espectadores veían gratis. Las personas que los iban a ver luego, en el Campo de Batalla o en fuera cual fuese la atracción de la Ciudad Foco a la que se dirigiesen, tendrían que pagar.

—Nos encantará oír lo que te preocupa en cuanto nos pongamos en marcha —comentó Staxxx.

—Por mí no te preocupes. Estoy bien y ya —dijo Jerry mientras las cámaras terminaban de examinarles los cuerpos a los

Eslabones y se iban volando a la cabeza del Ancla.

—Vale, por si acaso, porque no tienes buen aspecto. Pa…

—¡Calla, reclusa! ¡O te pasarás el primer kilómetro comiendo táser! —espetó Jerry.

Staxxx miró a Jerry con los ojos como platos, luego sonrió y se cerró los labios con una cremallera imaginaria antes de guardarse la llave invisible en el sujetador deportivo.

El Ancla fue flotando despacio, con precisión, hacia Jerry y el furgón. Las HCM se acoplaron al Ancla, que giró en el aire, como si se fuera a la cama, y se metió en el compartimento que había cerca de la parte inferior del vehículo. Jerry iba a cargar las armas de los Eslabones en el mismo sitio.

En cuanto se marcharon las HCM y el Ancla quedó guardada, Jerry pareció relajarse. Thurwar pensó que era extraño, ya que justo entonces, en esos momentos entre la Marcha y la ciudad, durante el aburrido pero necesario viaje, los Eslabones eran más peligrosos. ¡Qué fácil sería quitarle la vida a Jerry ahí mismo! No le daría tiempo a hacer nada con la Pizarra antes de que le rompieran el cuello, si lo deseaban.

—Siento ser borde con vosotros. Estoy estresadísimo y los jefes me vigilan. Por las manifestaciones y demás. Entrad, rápido —dijo, y Thurwar dejó de pensar en la muerte del hombre; era demasiado fácil—. Voy a poneros en azul, ¿vale?

—Pues claro que vale, Jerry. Será un placer —respondió Randy Mac con voz empalagosa.

—Ya sabemos cómo va —dijo Agua Mala—. Quiero sentarme. —No se movió, pero señaló con los hombros al furgón.

Thurwar se olvidaba de Agua Mala todo el tiempo. Se imaginó que se animaba a hablar porque antes habían contado con él. La inercia de socializar.

—¡Vamos! ¡Date prisa, autobusero! —dijo Pistolín

Puddles.

Thurwar sabía que era probable que estuviera enfadado porque Agua Mala había pasado tiempo con Staxxx y con ella.

—Vale, hora de jugar a quedarse callados —indicó Jerry. Pulsó la pantalla con rapidez y las muñecas se les pusieron azules bajo el sol matutino—. Bien, subid —dijo Jerry—. Meteré todo en el compartimento cuando hayáis montado.

Y los Eslabones obedecieron, todos desfilaron sin dejar de seguir a Thurwar. Ella volvió la vista atrás, hacia *Hass Omaha*, una última vez antes de avanzar y subir al furgón. Eligió el rincón del fondo a la izquierda y apretó las escápulas contra el respaldo del asiento. Se quedaron mirándose unos a otros en la parte trasera. No era más que un espacio rectangular con asientos pegados a las paredes, salvo por el lugar donde se abrió la puerta y terminó cerrándose en cuanto Agua Mala subió renqueando.

Thurwar notó cómo el frescor artificial zumbaba por los respiraderos cerca de los tobillos, notó el contraste con el frescor natural de la mañana. Miró a Staxxx, que se había quedado quieta y ensimismada. Miraba a la nada. Tocó a Staxxx con el hombro y sintió su calidez. Staxxx no dejó de mirar al frente.

Thurwar volvió a tocarla. Staxxx se meció a un lado, con delicadeza, y luego regresó al centro; pegó la espalda al metal que separaba a los Eslabones del asiento del conductor. La puerta del furgón seguía abierta; Jerry cargaba las armas en el compartimento inferior. No le gustaba pensar que la gente tocaba a *Hass Omaha* y sabía que era una aberración que alguien como Jerry le palpara el mango. Luego oyó el cierre metálico, notó cómo cerraba el compartimento. Staxxx seguía sin apartar la vista de la carretera, más disociada que antes. Estaba en otra parte.

Le observó el pecho a Staxxx, vio el par de equis, una por la

Dama Kilovatio y otra por Yurta Pastora, a quienes había matado junto a Thurwar en un combate de dobles. Se las había tatuado para conmemorar a las caídas a quienes habían liquidado al lado de Thurwar. «Junto a mi corazón», le había dicho al regresar a sus brazos, con la marca de la tinta y la sangre frescas.

Thurwar le tocó el estómago a Staxxx. Volvió a tocarla, con fuerza y entre las costillas, mientras Jerry se asomaba a la parte trasera del furgón.

—Debería ser un viaje corto. Han armado jaleo y hay una turba, así que no os andéis con bobadas —dijo—. Lo siento.

No pulsó la Pizarra que llevaba en el bolsillo delantero, pero pronunció las palabras de tal forma que pareció que sí la hubiera pulsado. Thurwar quería que se marchase, así que no volvió a moverse hasta que cerró de un portazo.

Esperó hasta que notó que Jerry subía al asiento del conductor y, entonces, le apretó el costado a Staxxx y le hizo cosquillas. Staxxx siempre había sido cálida y fría. Dos frentes en uno. Pero Thurwar se sentía responsable de recuperar a la Staxxx presente y jovial. Siempre les chirriaba llegar a una Ciudad Foco después de la Marcha, con la prensa y todo lo que sucedía a continuación. Lo mejor era espabilarse en el camino. Con delicadeza, le pasó un dedo a Staxxx por la barbilla y le dio un par de toquecitos antes de metérselo por la nariz, deprisa. Entró y salió, rápida y eficiente. Thurwar vio cómo Sai se aguantaba la risa. Randy la observaba y apretaba la mandíbula. Pistolín Puddles las miraba fijamente, enfadado o triste, como siempre. Thurwar se apartó un poquito de Staxxx para que no se rozaran en absoluto. Staxxx la miró confundida, casi como si se sorprendiera de estar allí. Tenía los ojos bien abiertos y maravillosos.

—Te quie… —dijo Thurwar lo más rápido que pudo, y luego el dolor la electrocutó.

La descarga le pareció un apretón caliente que la dejó sin aliento. Se derrumbó en el suelo del furgón y el dolor la recorrió con eficacia, se replegó en sí mismo en cuanto hubo terminado. Se quedó allí tumbada un rato, respirando hasta que el cuerpo volvió a tomar el control. Luego se sentó de nuevo al lado de Staxxx y Staxxx le apoyó la cabeza en el regazo durante el resto del viaje.

McCleskey

Lo que más odio es a una zorra quejica. Y al estudiar historia, sé que las negras son las zorras más quejicas que hay. Mi padre me lo inculcó a gritos de niño y me alegro por ello, porque no lo voy a olvidar nunca.

—¡Apréndete la historia! —me regañaba papi Frederick Puddlelow si le contaba que tenía amigos negros en el colegio.

Me daba un sopapo en la boca con el libro de texto para asegurarse de que sí aprendía. Me dio su nombre y las herramientas para apañármelas en este mundo: me enseñó historia y, de joven, me enseñó a pelear.

Fuera del furgón, ya puedo oír cómo cantan para nosotros. Para nosotros, no. Para la señorita Martillo y la señorita Huracán. La Julieta y la Julieta Suprema. Ahí fuera ya se oye un ruido de cojones. Mi padre se retorcería en la tumba si viera esta mierda. Cómo la gente chilla y grita por unas asesinas. Las mismas mujeres que he visto cómo les aplastaban las caras a hombres, mujeres y niños con un martillo. Las mismas que ensartan a los hombres como si fueran cerdos. Las tratan como a unas santas. Es el don de las negras. No importa lo malas que sean, siempre las tratan como si fueran la sal de la tierra.

Thurwar entró en los juegos con el regalo del martillo y la riqueza de la tal Bishop. No se puede admitir que la hayan mimado siempre. Y la puta loca de Huracán me quiere decir cómo vivir cuando el único motivo por el que escogí esta vida fue para ser libre y dejarme de esas mierdas. Me pasé dieciséis

años seguidos sin nada más que un tortazo en la cara por hacer demasiado ruido al moverme en casa, por comerme lo mío o por no comer bastante. Escogí estos juegos porque me dije que las reglas se habían acabado para mí hacía ya mucho tiempo.

Frenamos y el sonido fuera del furgón cambia un poco. Las Ciudades Foco son lo que hace que esta vida sea una vida. El tiempo de la Marcha, cómo nos empujan y arrastran de aquí para allá por todo el puñetero campo abrupto. La Ciudad Foco es donde la elección de estar aquí sí vale la pena. Donde descansamos en camas suaves. Ponemos el aire a la temperatura que nos gusta. Comemos comida caliente. Vemos las ciudades del mejor país del mundo. Imagina que te quejas mientras vives los frutos de tu elección. Y es una elección.

Una elección que tomamos todos. Un hecho que ignorarías si mirases a las dos negras, las reinas de Saba, igual de asesinas que yo, pero las novias de Estados Unidos y la una de la otra. Lo peor es que tienen la astucia de creer que ellas lo tienen peor. Una de ellas es demasiado buena para hablarles a las muchedumbres que han pagado las entradas. La otra habla del amor, como si ella fuera a curar algo. No han visto lo peor, no sabrían ni una puta mierda aunque les diera un puñetazo en las tetas. Papi Puddlelow no se andaba con gilipolleces. Ni con las mías ni con las de mami Puddlelow. Era poli, así eran las cosas[33]. Mami desapareció, no la culpo. Habría acabado con un balazo en la cabeza. Se lo advirtió muchísimas veces. Pero luego me dijo que también me iba a meter un balazo en la cabeza a mí y aquí sigo, así que igual sí la culpo un poco.

A medida que sube el volumen de los cánticos, ellas cobran vida, se animan y se preparan para saludar a sus aduladores. Si la reina T. no tuviera la piel como la tierra, ¿la seguirían queriendo? Si a la señorita Huracán no le colgaran de la cabeza unas temibles rastas, ¿sería guay que estuviera así de loca? No lo creo. Aquí es

más fácil ser negro y es así desde hace años. Imagina que te dan todas las puñeteras libertades que el mundo puede ofrecer y sigues creyendo que han sido injustos contigo. Imagina que te llaman reina y sigues aquí sentada, mirándome a mí con unos ojos que dicen que debería ser yo quien se odiase a sí mismo.

El hecho es que hay personas algo defectuosas para el resto del mundo, así somos todos los que estamos en estas Cadenas. No me quejo de nada de eso. Ni tampoco me invento una gilipollez de amor falso. Sé que la historia tiene razón, todo cuadra. Ya lo intentaron con McCleskey y los tribunales los mandaron a tomar por el culo[34]. Nueve jueces honrados del Tribunal Supremo se lo dejaron claro y dio igual, bua, bua, bua[35]. Todo el puto tiempo. Mi padre era agente de policía, pero quería ser historiador. Yo quería ser historiador, antes de que mandase las reglas a la mierda. Pero conozco la historia.

El furgón frena y aumenta el sonido de la gente. No es el griterío habitual, «ra, ra». Suena como un estadio, un coro. Como si leyeran un guion. No consigo distinguirlo, pero te estremece como si una lombriz te pasara por el cuello. Los demás también lo sienten. La señorita Huracán se sienta recta como una flecha. Sonrío y le guiño un ojo. Seguro que son los suyos quienes hacen ruido. La historia la recordará y, hay que joderse, ese es un privilegio con el que no contamos todos.

Hamara

La impresión de estar allí la presionaba por todas partes. Estaba allí, pero también se disociaba y se desvanecía de sí misma.

—Vale, os voy a quitar los bozales aquí mismo porque hay una multitud escandalosa.

Un sitio es una chincheta. Una especificidad en el espacio-tiempo. Un dibujo en un mapa.

—Listos, todos libres… O sea, no sois li… Bueno, ya me entendéis.

Un hogar es la historia de un origen. Un hogar es una carga que soportar. Un hogar es un campo de energía salvaje que no deja de desbordarse más y más y más. Llámame. Llámame hogar.

Jerry leyó el texto de la tableta:

—Vale. Bienvenidos a Old Taperville, vuestra Ciudad Foco anfitriona. Aquí vais a completar las labores de servicios cívicos obligatorias antes de participar en los combates del Campo de Batalla, que puede que os hayan programado o no para dentro de tres días. La programación ya se ha fijado y, eh… —Jerry bajó por la pantalla; entornaba los ojos para leer las palabras que tenía delante—. Aquí está… Cualquier desviación sustancial e intencionada de vuestras labores de servicios cívicos conllevará la exterminación inmediata del programa EPAC. Ya sé que lo habéis oído antes, pero nos obligan a subrayarlo, así que poneos cómodos. —Jerry miró las pantallas de las cámaras de visión trasera que llevaba en la parte delantera del furgón—. El trabajo de servicios cívicos comenzará en cuanto salgáis del vehículo de

transporte. De inmediato, os conducirán a una rueda de prensa en un centro comunitario accesible y predeterminado. —Alzó la vista brevemente—. Os han elegido un buen sitio, un instituto. —Luego siguió leyendo—: Eh… Tras concluir la rueda de prensa, enseguida os acompañarán al emplazamiento de los servicios cívicos. Hoy vais a trabajar con los miembros de la comunidad en la feria de los granjeros locales, en la plaza Old Taperville Parkside.

»Después de los servicios cívicos, os acompañarán al alojamiento designado en la Ciudad Foco, que hará las veces de recinto principal. En las instalaciones del alojamiento de la Ciudad Foco se os concederá un perímetro dentro del que se os permite moveros. Salir del perímetro conllevará la exterminación inmediata. También tendréis acceso a toda la red de productos del mercado Eslabón, que se pueden comprar con Puntos de Sangre. Se os dará acceso al material de entrenamiento y tendréis disponible un terminal personal en las habitaciones del alojamiento designado. Tras un periodo de cuarenta y ocho horas, a aquellos Eslabones que tengan programado participar en el Campo de Batalla, además de a aquellos que elijan emplear los Puntos de Sangre asignados en asistir de público, se les transportará al estadio del Campo de Batalla predeterminado y se les preparará para las peleas. No cumplir con, eh, cualquiera de las directrices aquí enunciadas puede conllevar la exterminación inmediata.

Staxxx lo oyó todo y no escuchó casi nada.

Pensó «un hogar es otra persona, una mitad que encuentras».

—Tú y yo —dijo Thurwar. Otra mitad, el todo. Sois una, la encuentras—. Tú y yo —repitió. Acercó a Staxxx hacia sí misma.

—Tú y yo —dijo Staxxx.

Levantó la vista y vio que Pistolín Puddles la miraba

fijamente. Sonrió y sus afilados dientes mostraron un desdén que ayudó a que Staxxx bajara a la tierra todavía más. Le sostuvo la mirada y le devolvió la sonrisa.

—¿Me podéis confirmar que lo entendéis? —preguntó Jerry.

Los Eslabones dijeron que sí.

Staxxx se miró las muñecas, que ahora se le habían juntado y se hallaban pegadas como si llevara unas esposas normales. Fuera del furgón había gente que coreaba su nombre.

—Vale. Gracias, chicos. Voy a abrir la puerta y luego os dejaré solos. No me quiero quedar más. Ahí fuera están pasando muchas cosas.

Los ojos de Staxxx tuvieron que ajustarse a la luz del día. Los Eslabones salieron desfilando del furgón. Thurwar, que solía ser la última en salir, también se levantó. Al vivir en calidad de Eslabones, interiorizaban ciertas dotes para el espectáculo. Se entendía que la gente esperaba a una persona en concreto, quien iba a darle un gran final a aquel pequeño acontecimiento que era bajar del vehículo.

Staxxx permaneció sola en el furgón. La luz se filtraba. Gritaban, y no era el nombre que el mundo le había grabado en el cuerpo, sino el que le regalaron cuando su cuerpo se materializó en el mundo.

—¡Hamara!

—¡Hamara!

—¡Hamara!

—¡¡Stacker!!

El cántico era ensordecedor. Sintió cómo la gente le chillaba energía y claridad a su ser. Respiró hondo. Se miró los dedos, que le dolían con ganas de juntarse, dada la premura repentina de ponerse a rezar. No los juntó.

—¡Hamara!

—¡Hamara!

—¡Hamara!

—¡¡Stacker!!

De niña, la madre de Staxxx, cuando aún no se le había nublado la mente, solía decirle: «Ten cuidado con a quién le dices cómo te llamas, niña. No sabes cómo van a usar tu nombre». A Staxxx le habían enseñado que, cuando alguien pronunciaba tu nombre, lo siguiente que decían iba cargado de energía. Lo que decían de ti tenía poder.

Y ahora habían diseminado su nombre por el país de un modo imposible de controlar. Oír cómo esas personas lo pronunciaban con tanta potencia, oír su nombre de aquella manera… no tenía nada que ver con los chillidos para Huracán Staxxxx. Aquello era completamente distinto.

—¡Joder! —exclamó Staxxx. Se quedó sentada mientras los demás Eslabones la esperaban.

—¡Vamos! —dijo un policía-soldado al asomar la cabeza al furgón—. Tus súbditos te esperan, reclusa.

—Pues sí. —Staxxx avanzó, notó cómo el frescor sintético se desangraba y lo reemplazaba el aire libre, cálido y natural.

Se paró en el escalón del furgón y dejó que la gente la viera. Gritaron como si, por fin, les hubieran dado lo que siempre habían querido. Como si, al verla allí, de pie con las manos esposadas, ella fuera el hogar que siempre habían buscado. Staxxx levantó los brazos por encima de la cabeza y la gente chilló más. El estallido estuvo a punto de conseguir que perdiera el equilibrio, de modo que dio un salto y bajó al suelo. Siguió con las manos en alto y, aunque las magnetoesposas no cedieron, fue capaz de formar una x diminuta con los dos dedos índices y de levantarlos todo lo que pudo. Un mar de equis, hecho de brazos y puños, inundó la multitud, el lugar donde antes la gente había gritado su nombre. El estómago se le calentó con una

nostalgia marcada por la percepción de ser una humana cautiva; notó como si la despedazaran y la recompusieran cada dos segundos. Lloró al caminar.

—¡¡Hamara!!

—¡¡Hamara!!

—¡¡Hamara!!

—¡¡Stacker!!

No bajó las manos mientras caminaba detrás del resto de A-Hamm, justo detrás de los policías-soldados con armaduras, quienes blandían las porras ante la multitud con una energía relajada, rauda y alegre.

Una mujer se subió a la base de hormigón del mástil de la bandera. Llevaba un megáfono. La bandera estadounidense colgaba encima de ella, flácida.

—¡No vamos a parar hasta que liberen a mi hermana! Te veo, Hammy, y estamos contigo. No vamos a descansar hasta que salgas.

La gente chilló al oírla.

—¡Estamos todas contigo! —gritó la mujer.

Staxxx dejó de caminar en cuanto oyó la voz. La voz de una de sus mejores amigas de una vida distinta.

—Tracy —murmuró Staxxx, aunque era imposible que Tracy llegara a oírla.

Siguió con las manos en alto y miró a Tracy a los ojos. Tracy le devolvió la mirada y asintió con la cabeza antes de chillar por el megáfono:

—¡Hamara!

—¡Hamara!

—¡Hamara!

Rueda de prensa

El aire era cálido por el día y por el aliento de los miles que chillaban. Los Eslabones caminaron por la calzada y luego por el pequeño césped que había justo antes del tramo de carretera que bordeaba la parte delantera del instituto, que presuntamente era donde los autobuses paraban a diario para descargar y cargar con lo más preciado de la comunidad.

Los Eslabones andaban por el espacio que les despejaban los hombres de uniforme. Al parecer, los productores y los Amos del Juego, esos organizadores invisibles de sus vidas, no habían previsto que la muchedumbre de Old Taperville se motivaría tanto. Los manifestantes superaban por mucho a los hinchas, el negro que vestían los distinguía de las personas que solo acudían allí por entretenimiento. Aun así, en medio de todo, de no haber tenido ni idea de qué iba el tema, hubiera costado distinguir a las personas que habían ido allí porque querían ver a Staxxx de las personas que habían ido allí porque querían verla libre.

—¡Hamara!

—¡Hamara!

—¡Hamara!

Thurwar miró atrás, a Staxxx, que sonreía y asentía con la cabeza, con las manos en alto. Habían trabajado la fuerza y habían añadido flexiones extras a la rutina diaria de las últimas semanas, cosa que se le apreciaba en la definición de los tríceps.

Thurwar se alegraba de caminar. El modo en que las

obligaban a sentarse en el furgón conseguía que la rodilla le chillase de dolor más rápido que ninguna de las etapas de la Marcha de la última semana. Evitó estirar la pierna y prestarle atención de otra manera delante de la gente. El dolor de Thurwar era solo suyo. A veces se pasaban horas metidos en el furgón, pero no importaba cuánto tiempo fuera porque Thurwar tenía cuidado de no masajearse la pierna más de una vez por hora. Sopesó la posibilidad de que Staxxx supiera lo de su rodilla y decidió que era probable que estuviera paranoica. También se preguntó si era la paranoia lo que, para empezar, le impedía hablarle de la rodilla. Como si, en cierto modo, ella siempre hubiera sabido, en lo más hondo de su ser, lo que se avecinaba. Siempre que el dolor de rodilla se volvía insoportable, se sumía en sí misma y en el silencio y se recordaba que lo había pasado peor cuando estuvo en el talego. El rango de dolor del Influyente era un hito en la memoria de lo mal que podían ponerse las cosas. Oprimía el recuerdo para sobrevivir, pero aquella referencia nunca se le olvidaría. Mientras no la atizaran con la vara del Influyente, las cosas siempre podrían empeorar.

—¡¡Stacker!!

Era la primera vez, desde el combate contra Melancolía Bishop, que la muchedumbre se decantaba con tantas ganas por una persona que no fuera ella. Thurwar sonrió al pensarlo y frenó un poco para quedarse hombro con hombro con Staxxx y frotarse con ella; le dio con el hombro a la axila descubierta de Staxxx. La muchedumbre, al verlo, gritó con más ganas. Unos cuantos chillaron «L. T.». Habían pasado meses desde que intentara ganarse la estima de la muchedumbre y, sin embargo, ahora sentía un anhelo difícil de ubicar entre la intensidad cruda de tanta gente que gritaba el nombre de la persona a la que ella quería.

Llegaron a las altas puertas de cristal. Staxxx bajó los

brazos.

—¿Qué se siente al volver a casa? —le preguntó Thurwar.

—Es como si un campo de energía salvaje lo inundase todo.

—Una respuesta muy propia de Staxxx —observó.

Y sí notaban una energía, condensada en el aire, sobre la piel.

El edificio era todo de azulejos duros, con dibujos parduzcos en las baldosas. El interior. Los interiores te apresaban. Pasaban tanto tiempo al aire libre que notaba cada vez que tenía un techo sobre la cabeza. El edificio olía a polvo en suspensión y a la intensidad ácida de los productos de limpieza. Se notaba un frescor más agradable allí dentro que fuera y parecía acentuarse más y más cuanto más se adentraban en el edificio.

Dos policías-soldados les abrieron las grandes puertas de madera al final del pasillo y pasaron a una sala que hervía de la cháchara y se quedó en silencio en cuanto entraron, para luego explotar con los *flashes* de las cámaras.

Thurwar se sentía agradecida. Pese a todo lo que había sufrido y a todo el sufrimiento que había causado, nunca tendría que volver a su ciudad natal en calidad de Eslabón, nunca tendría que sentir ese complicado guiso de sentimientos que le había dibujado una gran sonrisa a Staxxx en el rostro.

Delante de ellas, mientras se aproximaban al escenario, donde había una mesa larga, Rico Muerte chocaba los puños con los reporteros, con los agentes y con los lugareños que habían conseguido entradas para la rueda de prensa.

—¡Aquí estamos! —dijo Muerte.

Sai levantó las manos durante unos instantes, antes de bajarlas y recorrer el pasillo caminando. Thurwar apreció la imagen de los adultos apretujados en las pequeñas butacas del auditorio. Staxxx les lanzaba besos a las cámaras y a los *flashes*.

Thurwar decidió no menospreciar el espíritu de celebración de aquellos momentos. Todo lo que hacías en la Cadena de presos podía ser lo último que hicieras. En consecuencia, cada vez que lograbas volver a una rueda de prensa, era esencial que se fijaran en ti. Era una ocasión para recordárselo, para gritarle al mundo «aquí sigo».

—¡Toma ya! —dijo Pistolín Puddles en voz alta, chillándole al techo.

—¡Os quiero! —le gritó Staxxx al auditorio.

Algunos de los Eslabones de A-Hamm ya se estaban sentando y Thurwar acababa de llegar a los escalones del escenario. Había policías-soldados en todas las entradas y cuatro de ellos se plantaron en los rincones del escenario.

Subió. Las luces se despertaron y brillaron. Fue a la mesa y encontró el asiento con la tarjeta que rezaba «Loretta Thurwar». Estaba a la derecha del asiento central, donde Staxxx acababa de situarse. Al sentarse, notó cómo se le despegaban las manos. El verde era un alivio. Debajo de la mesa, detrás del mantel parduzco, se frotó la rodilla dolorida para que nadie la viese. Se masajeó la rótula con delicadeza y fue hasta el menisco, la zona más problemática. Con la otra mano bebió agua. Pistolín Puddles se le sentó a la derecha y sintió cómo le clavaba la mirada.

—Tu señora ha conseguido una buena multitud —dijo Pistolín.

—Sí —respondió Thurwar entre un trago y otro.

Dejó de frotarse la rodilla. Le llamó la atención el despliegue de las cámaras más grandes que había al fondo del auditorio. Y después, comenzó la rueda de prensa.

—Hola, Staxxx. Soy Kyle Robertson, de H2 Sports. Es obvio que

ha de ser una locura ver a toda la gente que ha venido a verte. ¿Cómo te sientes ahora mismo?

—*Mi hogar es un campo eléctrico. Lo siento todo. He visto a unos viejos amigos fuera y les estoy agradecida. Este edificio es donde me convertí en deportista por primera vez.*

—Aléjate a un plano general de toda la mesa. Haz *zoom* a Staxxx y a L. T.

—*Este sitio está lleno de historias para mí. Es donde me convertí en delincuente, como ya sabéis*[365].

—Haz *zoom* a la gran sonrisa. Enfoca a Staxxx, que se señala…, se señala la x de la muñeca. Pilla la x.

—*Una pregunta rápida: ¿Significa que sientes una motivación especial ante el combate a muerte de esta semana, dado el historial delictivo de tus oponentes?*

—Enfócale la boca sonriente. Capta cómo relaja la sonrisa, que se acaba muriendo.

—*¿Me preguntas si quiero matar a un violador? Pues no. Me va el amor. Sois vosotros los que habláis de matar.*

—Abre el plano, capta el busto y las equis.

—*Ya he mandado a los violadores a la Baja Libertad. No me ha servido de nada. No me ha salvado, para nada. Pero ya lo sabéis. De ser tan fácil, este mundo sería distinto.*

—*Meghan Meléndez, de Channel Plex. Thurwar.*

—Abre y enfoca a Thurwar.

—*¿Cómo te sientes por lo de tu compañero, Atardecer Harkless? ¿Y cómo te sientes al saber que lo ha matado la mismísima Huracán Staxxx y se niega a decir por qué?*

—*Zoom* a Thurwar. Más, más. Para cuando mire a Staxxx. Aguanta ahí. Abre el plano. Enfoca la sonrisa de Staxxx, cómo se le desvanece, y vuelve con Thurwar.

—*Para empezar, Staxxx es una persona independiente.*

—*Me refería a…*

—Lo hablamos como una Cadena y ya no vamos a sacar más el tema.

—¿Tienes algo que decirles a quienes pasaron años viéndote con Atardecer? ¿Y a la familia de Atardecer?

—Abre el plano y capta a toda la mesa, cómo miran a Thurwar. Aguanta ahí.

—Atardecer era el mejor amigo que he tenido. Lo mataron muchas cosas. Le ofrecieron un agujero en vez de ayuda. Así que ha sido la última de las muchas muertes en las que él participó. Es lo único que diré por ahora. Tengo muchas otras cosas en las que pensar las próximas semanas.

—Vihaan Patel, de Old Taperville Streamline. ¿Y en qué piensas?

—Haz un barrido de la derecha de la mesa antes de enfocarle la cara a Thurwar. Quédate ahí. Con Thurwar en el centro del plano.

—Si te faltaran tres días para que dos guerreros increíbles intentasen mataros a ti y a esta mujer preciosa que tengo al lado, ¿en qué pensarías?

—Pues tienes razón.

—Efa Teland, de Crosshair Capital. Es vuestro último combate juntas. Habéis ganado más combates de dobles que ningún otro equipo en la historia de la Cadena de presos. ¿Cómo os sentís al prepararos para este combate? ¿Cómo lo veis?

—Corta a Pistolín Puddles, Thurwar, Staxxx y Randy Mac. Ve enfocando despacio solo a Staxxx y a Thurwar.

—Si hemos llegado tan lejos, no ha sido cuestión de suerte, cariño. Una Huracán no se topa con la Madre de Sangre por accidente.

—Nos hemos preparado y estaremos listas.

—Y, Staxxx, después de este combate también serás Colosal. ¿Estás emocionada?

—A la cara de Thurwar. Hazle *zoom* a la mirada fatigada. Cambia la distancia focal y saca a las dos mujeres.

—*Ya soy Colosal. Después del domingo, estaréis de acuerdo en que era verdad desde hacía mucho tiempo. Que la verdad brille demasiado como para que la veáis…*

—A tope de *zoom* a la cara de Staxxx.

—*… no significa que no estuviera allí todo el rato.*

—*Entonces, ¿te sientes optimista?*

—*Me siento como un halcón peregrino en mitad del descenso.*

—A la cara de Staxxx. Quédate ahí. Enfócala entera. Aguanta ahí. No te muevas. Que la vean. Los tatuajes que le suben por la mandíbula. La mirada penetrante y afilada. Hazle más *zoom* aún. A los ojos. Máxima resolución. Aguanta. Aguanta.

—*¿Sabes qué se siente? No, ni te lo imaginas.*

—Abre el plano. A la cabeza, vuelve a sonreír. Suaviza la mirada.

—*Pues sí. Me siento bien. Estaremos listas. Resulta que somos las mejores que han participado jamás en los juegos. Y eso no es cuestión de suerte.*

—*Thurwar, ¿y tú cómo lo ves?*

—*Creo que ella ya lo ha dicho todo.*

—*Gretchen Ebb, de Ox New. Es para Thurwar o para quien quiera. Te hemos visto la última semana y has cambiado toda la Cadena con la decisión unilateral de que ningún Eslabón de A-Hamm se puede aprovechar de otro Eslabón de A-Hamm para ganar Puntos de Sangre, ni tampoco recurrir a la fuerza para disuadirlos de cometer potenciales agresiones futuras. ¿Por qué ahora? ¿Y crees que puede tener consecuencias negativas, como por ejemplo que A-Hamm ya no juegue con ventaja en el Campo de Batalla, ahora que es una familia en el Circuito?*

—Haz un barrido de todas las caras de los Eslabones. Para en la mueca de Pistolín. En cómo Sai Ay arquea las cejas. En cómo Staxxx frunce el ceño y luego sonríe. Enfoca bien la cara seria de Thurwar.

—¿Por qué ahora? Porque tenía que ser ahora. Me iré pronto y así han de ser las cosas.

—Pero…

—Y entiendo que, cuando hablas de «ganar puntos de sangre», hablas de las mierdas chungas que llevan demasiado tiempo pasando en las Cadenas de todo el Circuito. Hablas de cómo apuñalan por la espalda a los Eslabones. Para nosotros, eso se acabó y así está bien. El mundo se merecía ver cómo Helicóptero Quinn moría peleando. Hay muchísimos Eslabones que nunca llegarán al Campo de Batalla para tener un gran combate porque otros Eslabones más débiles fueron unos cobardes en el Circuito. Pero, para contestar a tu pregunta, lo hice porque era lo correcto. Y no, no me preocupa cómo nos vaya a afectar en el terreno de juego.

—Es una gilipollez, pero vale.

—Corta a Pistolín Puddles. Abre el plano para incluirlos a los dos.

—Sé lo que soy, y lo somos todos los de esta mesa. No somos santos ni nada de lo que cree la gente que grita ahí fuera. Estoy aquí para comer, llevarme lo mío y ya. Pero, por ahora, su majestad dicta las reglas.

—Entonces…

—Busca a Gretchen Ebb en la multitud, segunda fila, a la derecha del todo, la de la americana verde pálida.

—… ¿es porque temes por ti misma y por los demás Eslabones? ¿Por eso has impuesto una forma de vivir nueva a la Cadena? ¿O es por una especie de idea de civismo? A mí me parece que no puede ser todo a la vez.

—Pues claro que puede serlo todo. Pero no he de temer por mí. Veré la libertad muy pronto.

—Vuelve con Staxxx, que se inclina adelante. Está a punto de levantarse. Luego capta cómo se recuesta en la silla y suelta una buena carcajada. Abre el plano y desenfoca todo lo que hay detrás de ella. Pinta un cuadro con ella en este momento. No dejes de enfocarle los ojos. Marrones. Brillantes.

—Únete a A-Hamm, Gretchen, a ver qué te parece.

—Acopla la imagen despacio y abre el plano.

—Para ser justas, no soy una delincuente a la que se la acuse de…

—Pues deja que las delincuentes nos las apañemos como queramos.

—A la cara de Thurwar, seria y plana.

—Gina Preian, de Megavolt Streams 3. Thurwar, ahora que se te va acabando la ilustre carrera de Eslabón, ¿de qué te sientes más orgullosa al volver la vista atrás? ¿Y qué crees que las familias de tus víctimas pensarán de tu posible liberación?

—Thurwar parece confusa. Sus ojos, céntrate en ellos. Capta la luz que reflejan.

—En esta Cadena hay un montón de personas que han estado trabajando muy duro y preparándose para el fin de semana. ¿No quieres preguntarles a ellas lo que piensan?

Thurwar se recuesta en el asiento y bebe un trago de agua.

—Sí —dice Rico Muerte.

—Búscalo.

—Me preparo para repartir estopa…

—Busca a Rico Muerte, cerca del final de la mesa.

—… y darles de hostias. Este fin de semana va a ser histórico. ¿Qué queréis saber del tema?

Las manos de los reporteros se alzan en la oscuridad.

Nosotras, las esclavizadas

Cuando le preguntaban de qué se sentía más orgullosa, en lo que siempre pensaba era en el hambre. Había ayudado a organizar la huelga de hambre cuando aún estaba en la cárcel. Había dejado de comer. Dejó de trabajar en balde porque las condiciones de su propia prisión eran inferiores a la decencia humana e inferiores a la dignidad humana. Y se había puesto en huelga no solo por quienes la rodeaban, sino por las otras prisiones como la suya (había muchísimas) y también por todas las personas de los campos de detención de migrantes, a quienes no se encarcelaba por ningún delito, solo por intentar vivir. Las cárceles tienen una forma de hablar unas con otras y, cuando se enteraron de los horrores que sucedían en otros sitios, tomaron medidas. Había escrito un borrador de su declaración y se la deslizó en un trozo de papel a una reportera que se había interesado por las vidas de las mujeres en la cárcel.

> A quienes tengan conciencia y sentido de la justicia:
>
> Nosotras, las esclavizadas de las instalaciones del sistema GEOD conocidas como el centro penitenciario Forthwright, estamos encarceladas pero empoderadas y nos solidarizamos con las personas encarceladas en

New Holly, y rechazamos la separación de las familias y la violencia inhumana que se comete contra los refugiados inocentes. Rechazamos la noción de que las llamadas extranjeras (dado que no tienen la nacionalidad) han de padecer condiciones inhumanas en unos centros de detención de una organización lamentable. Asimismo, condenamos las violaciones y las agresiones sexuales que predominan en dichos centros, además del comercio e intercambio de niños, entre otros muchos horrores[37]. Exigimos que los llamados centros de detención de migrantes sean abolidos y pedimos un método más humano de aceptar en nuestro país a las necesitadas. Exigimos el fin de la neoesclavitud en los sistemas GEOD y en todos los centros penitenciarios estadounidenses, que llevan mucho tiempo avivando la dura llama de la esclavitud en este país. Nos parece aberrante la facilidad con que los humanos someten a otros humanos a torturas en el nombre del bien y de la justicia, y estamos listas para jugarnos la vida con el fin de garantizar que se cumpla con nuestras exigencias.

Firmado:

Dra. Patricia St. Jean

Marcha Banqitten

Loretta Thurwar

Lacie Kolare

Y todas las integrantes del colectivo Derechos de Forthwright

Habían sido sus palabras, pero el pequeño grupo de mujeres que se había identificado como parte del colectivo en su

pabellón creía en las palabras y les había dado el visto bueno. Habían pasado hambre juntas.

Iban por el sexto día de la huelga de hambre cuando los guardias la habían metido en aislamiento y le habían dicho que le iban a dar con el Influyente. Había visto cómo algunos sonreían, había oído las historias de gente que se arrancaba los ojos del cráneo y les había suplicado que no lo hicieran. Le habían dicho: «A ver si estás lista» y le habían clavado una vara negra, que iba conectada a un cable y acababa en un mando a distancia, en el muslo.

Aquella noche se había comido su ración. El Influyente le había enseñado que en su vida, que ya era un calvario, aún quedaba sitio para mucho más dolor del que se había imaginado. Y no estaba dispuesta a ver cuánto dolor podían seguir sacándole. Al día siguiente, firmó los papeles para unirse al programa EPAC.

Entrevista

Había un hombre con una camisa blanca y un arnés, del que le colgaba un bombo. Tendría unos sesenta años. Cada tres sílabas, le daba un golpetazo al bombo. Era el pegamento fuerte que las unía, una fuente de energía. Una de muchas. Para cuando Nile lo vio, mientras caminaban hacia el instituto donde esperaban los Eslabones, la espalda de la camisa del hombre ya era transparente por el sudor.

—¡El pueblo unido jamás será vencido!

Veinticuatro miembros de la Coalición para Acabar con la Neoesclavitud se habían apuntado al viaje. Habían llegado más tarde de lo que querían, pero allí estaban. Habían ido de negro, como la mayoría de los manifestantes. Estaban en la ciudad natal de la Huracán, a solo unos días del penúltimo combate de Thurwar en el Campo de Batalla. Habían planeado mucho ir allí a manifestarse, igual que había pasado con Vroom Vroom. No habían contado con que se les unieran miles de personas. Pero, en ese momento, la energía del movimiento era distinta.

Nile se sentía como una gota en un tsunami. Estaban consiguiendo algo, no había duda. Miró a Mari, que llevaba una camiseta negra que rezaba «ABOLICIÓN YA» en letras mayúsculas, gruesas y rojas. Tenía la vista clavada en el frente, en las masas que los rodeaban, pero no parecía que viese nada.

—¡El pueblo unido jamás será vencido!

Solo había sitio para moverse adelante. Llenaban de cuerpos la carretera y el arcén. Había una pareja, dos mujeres

con sendos vestidos negros, que quemaba salvia, la cual humeaba y le daba al ambiente, enérgico y valiente, una calidez sabrosa. El mero hecho de que ellas, esa masa de personas, estuvieran allí ya era una declaración. Y faltaba mucho más por decir. Allí estaban todas, en una carretera, rumbo al oeste y a la feria de granjeros, de todos los destinos posibles. Mari pensó en lo ridículo que era el mundo y en la dura belleza de aquello a lo que ella pertenecía. No quería estar allí. Estaba cansada. O, más bien, estaba exhausta a causa de la omnipresencia de la brutalidad en la cultura estadounidense. Una reportera, seguida de un cámara que llevaba su pequeño equipo al hombro, apartó a empujones a las mujeres de negro; el ramo de salvia se les cayó al suelo. Las dos mujeres desaparecieron en la masa para recuperarlo y, cuando volvieron a emerger, Mari vio que las dos sonreían. Una se sacó un mechero del bolsillo y la otra sujetó las hierbas.

—¡El pueblo unido jamás será vencido!

La reportera, una mujer con la cabeza rapada, se le acercó.

Antes de que se diera cuenta, Mari ya había aceptado que la entrevistara. Se maldijo por hacer semejante estupidez, dado el plan que tenía.

—¿Me deletreas tu nombre completo?

Mari miró a la mujer sin pestañear. Se dijo a sí misma: «Pues vale».

Marissa Roleenda deletreó su nombre.

La mujer le sonrió y le preguntó:

—¿Cómo justificas pedir la liberación de los violadores y los asesinos?

¿No se reducía siempre a lo mismo? Al miedo.

—¡El pueblo unido jamás será vencido!

Mari miró a la mujer y respiró.

—Soy abolicionista, lo que significa que me interesa invertir en las comunidades para abordar los problemas en vez

de darles respuestas carcelarias que no les sirven de nada a las comunidades. Los asesinos y los violadores hacen mucho daño, sí —afirmó—, pero las instituciones carcelarias de este país poco hacen para mitigar ese daño. De hecho, les hacen más daño a los individuos y a las comunidades. El estado carcelario depende de una dicotomía entre los inocentes y los culpables o los buenos y los malos para poder definir el daño en sus propios términos, en el nombre de la justicia, e impartirla a una escala masiva para apoyar un sistema capitalista, violento e inherentemente desigual.

Y aunque lo dijo todo y ya lo había dicho muchísimas veces, una parte de ella, incluso entonces, entendía adónde quería llegar la reportera. Había algunas personas que no creía que debieran liberar. Su padre había sido una de ellas.

—Parece que has hecho los deberes. Pero es innegable que estos sistemas protegen a las comunidades de la violencia. ¿Dices que no te preocupa que los asesinos y los violadores campen a sus anchas por las calles? —le preguntó la mujer, bajando el tono, como si acabaran de empezar a hablar de un tema serio.

—Digo que la pena de muerte siempre ha sido una abominación, incluso antes del programa EPAC. Las prisiones como tal son una abominación. La cuestión es que, ahora mismo, hay personas causando los daños que describes. Las prisiones no han disuadido de cometer las fechorías que se suponía que iban a prevenir. Son un experimento fallido.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso no hay menos delincuentes en las calles?

—Me refiero a que todos esos problemas de los que hablas son los síntomas del sistema actual. La pobreza descontrolada y la falta de recursos para las personas que padecen adicciones y afecciones de salud mental…, esos son los problemas difíciles, los que hay que abordar. Pero no se abordan. Porque la

criminalización deshumaniza a los individuos y los involucra en el proceso, mientras la sociedad los abandona cuando más la necesitan.

—¿Y qué pasa con los trabajos que crean *La Liga de los Presos* y las prisiones que tanto odias? ¿Has pensado en los aspectos positivos de nuestro sistema carcelario?

Fue entonces cuando Mari sonrió con debilidad, una respuesta automática a una idea absurda: que era una cuestión del empleo o que el empleo igual justificaba aquellas muertes. El rostro de la mujer pasó de una calidez siniestra pero acogedora a una losa de fría ira.

—¿Te hace gracia?

—¿Qué queremos?

—No.

—¡Justicia!

—Nunca ha habido una época en que los hombres no acosaran a las mujeres. En que los fuertes no acosaran a los débiles. En calidad de abolicionista, ¿qué les dices a quienes temen por su vida, por sus hijos y por sus familias? ¿Soltarías en la calle a las personas que han abusado de los demás? —A la mujer se le quebró la voz—. ¿Quieres liberarlos para que reincidan?

Mari no había querido que soltaran a su padre, pero deseaba que él hubiera crecido en un mundo que lo hubiera querido más. Le había dado miedo cómo hubiera sido su vida con él en libertad, pero sabía que no se merecía lo que le había pasado. Había pasado mucho tiempo enfadada por cómo las decisiones de su padre le habían condicionado la vida a ella y le daba miedo pensar cómo habría sido su vida con él. No había querido que lo soltaran y volviera con ella, pero sí había querido que, al menos, hubiera podido ser libre. Cuando murió, por lo menos hubo una pequeña parte de ella que se sintió en paz,

como si hubiera concluido un largo viaje. Otra parte más ruidosa se sintió revitalizada con el deseo de desmantelarlo todo.

La mujer no apartó la vista de Mari y el cámara dejó de mirar por el visor y se giró hacia su compañera, con los ojos como platos.

Mari miró a la mujer, que estaba enfadada, que estaba furiosa, pero que no era su enemiga.

—¿Cuándo la queremos?

—¡Ya!

—¿Te has quedado sin respuestas? A mi hermana la... Quiero saber qué le dirías si aún viviese.

Nile observó cómo Mari hablaba con la mujer mientras avanzaban. Se acercó a ellas para poder oírlas.

—Siento que perdieras a tu hermana. Siento que le privaran de la oportunidad de vivir y siento que hayas padecido semejante pérdida.

—Parece que quieres reducir el sistema judicial a pedir perdón sin parar.

Mari hizo una pausa, como si procurase encontrar unas palabras que aún no se habían inventado.

—No pedimos hacer borrón y cuenta nueva. No intentamos olvidar el dolor de las víctimas. Para nosotras, la abolición es un proceso positivo. Conlleva crear una infraestructura nueva, formas nuevas de pensar en cómo minimizar el daño. A eso nos referimos. No digo que no haya que tenerle miedo a nada. Decimos que lo que tememos ya está aquí, así que nos equivocamos al no intentar mejorar. Y no puedo decir que tengamos la respuesta perfecta a qué hay que hacer, pero igual se nos ocurre algo si lo pensamos juntas.

—¿Qué queremos?

—¡Justicia!

El cámara que las grababa dio unos pasos atrás mientras la

entrevista seguía el fluir de la manifestación.

—Además, las Cadenas de presos solo han conseguido agravar la indiferencia ante el sufrimiento humano, que ya era increíble. Por eso nos manifestamos hoy.

—Aun así, no tienes nada que decirles a las personas reales que no van a poder volver a ser como ellas quieren. A aquellas personas a quienes los traumas les condicionarán la vida —dijo la reportera.

—Yo…

—¿Cuándo la queremos?

Kai dio un paso adelante.

—Creo que ya vale.

—¡Ya!

—Quizá —le contestó Mari aún a la reportera—, pero lo dudo.

—Ya vale, Mari —insistió Kai.

—Siento lo de tu hermana —declaró Mari—. Y lo siento por ti.

Nile intentó acercarse más.

—Lo sientes —soltó la periodista—, pero mi hermana sigue enterrada. ¿Y de qué me sirven tus disculpas?

—¿Cuándo la queremos?

—¡Ya!

—Vámonos —dijo Kai. Le puso la mano en el hombro a Mari.

Kai

—¿Qué queremos?

—No hacía falta que hablaras con ella —dijo Kai.

Había muchos reporteros dispersos entre las masas. Kai no sabía con seguridad a quién representaban. Y aunque confiaba en que Mari difundiera la palabra, no estaba segura de querer que el rostro de Mari se viera tan claro en público.

—¡Justicia!

—Ya lo sé —contestó Mari—. Tenía ganas.

Kai vio cómo se retiraba al lugar lejano donde se había pasado las últimas semanas.

—¿Cuándo la queremos?

Kai había intentado ver si podía entenderla.

—¡Ya!

Había preparado algunos de los platos favoritos de Mari para intentar sacarla de allí, pero Mari se los había comido en el silencio huraño de su habitación. Se había sumido en una soledad que era impropia de ella. Ni siquiera Nile (un chaval que estaba claramente enamorado de la hija de Kai) se había pasado mucho por allí. Mari había perdido a su padre, un hombre al que apenas había conocido, pero que era famoso en todo el mundo. Durante los años que habían pasado desde que Mari se graduara, Kai había intentado que no se alejase nada de ella. Había notado cómo Mari se peleaba con la ansiedad cuando ella no estaba, incluso aunque Mari apenas hablase del tema. Había querido que se sintiera a salvo.

—¿Qué queremos?

Y, aun así, la única respuesta que se le ocurrió, lo único que le pareció bien, fue seguir presionándola, no dejar que se alejara y tenerla a su vera.

—¡Justicia!

Así que decidió no decirle nada a su hija. Porque eso era. Durante toda la vida de Mari, Kai había sido la única persona con quien podía contar. No con la hermana de Kai, que estaba en la cárcel, ni con el hombre al que habían llamado Atardecer. Era ella quien había estado allí para Mari. La observó mientras coreaba con todas las personas que caminaban con ellas por la pequeña carretera y bloqueaban uno de los carriles.

—¿Cuándo la queremos?

Ya eran miles de personas y ni siquiera habían llegado al instituto, el punto de encuentro, que solo quedaba a una breve caminata de la feria de granjeros, su destino definitivo. Era precioso ser parte de aquello. Era precioso compartirlo con su hija. Caminar con miles, presentarse allí y ser una gota de una gran cascada. Aun así, no dejaba de notar la sensación de que le denegaba involucrarse del todo. Sentía la necesidad de protegerla. Se preocupaba por Mari y la coalición, dado que siempre acudía a las manifestaciones grandes, pero sobre todo después de lo de Vroom Vroom. Le impedía centrarse en el presente.

—¡Ya!

Observó cómo Nile adelantaba a Marta hasta que se quedó hombro con hombro con Mari. Le sonrió y, cuando Mari le devolvió la sonrisa, pareció que la sonrisa de la boca era para él, pero no provenía de ella.

—¿Qué queremos?

Kai pensó en el padre de Mari, Shareef, y en todo lo que podría haber sido de haber estado presente en la vida de su hija.

Era la espiral de un experimento mental que su psicóloga le había dicho, explícitamente, que evitara. Sin embargo, era en esa posibilidad en la que pensaba según avanzaban hacia el instituto. Echó un vistazo al tipo del bombo, que iba varios metros por delante de ellas. Tenía los brazos a los lados y levantaba mucho la cabeza. Una mujer con mechones verdes en las trenzas llevaba las baquetas y aporreaba el bombo por él mientras el tipo descansaba.

—¡Justicia!

Quedaba claro que se acercaban al destino inicial. Las voces, por los megáfonos, daban indicaciones y órdenes y ánimos y dirigían los cánticos.

—¿Cuándo la queremos?

La energía que tamborileaba comenzó a palpitar y a crecer mientras la gente se iba concentrando más. Los cánticos fluían de uno a otro mientras las diferentes secciones gritaban y proclamaban sus esperanzas a viva voz. Había una sensación de comunidad que costaba captar. Pisotear el suelo, estar allí de cuerpo presente.

—¡Ya!

Era especial y necesario. No siempre era lo más efectivo y, para algunos, resultaba cansino. Pero para Kai era rejuvenecedor. Recordar que no estaban solas, que eran legiones. Le hacía sentir un poder que no sentía en ninguna otra parte.

—¿Qué queremos?

Estar entre todas esas personas distintas, cada una de su padre y de su madre, estar allí con su hija, que se había convertido en una mujer joven, centrada y brillante, a pesar del trauma inicial, a pesar de la ansiedad. Kai era a quien el comité general de la Coalición para Acabar con la Neoesclavitud acudía para la mayoría de las cosas, pero Mari, con toda claridad, era el corazón de la organización.

—¡Justicia!

Mari solía ser la que les proponía las lecturas, la que estaba dispuesta a involucrarse en el tema espinoso de la libertad y todas sus implicaciones, incluso las más obvias y desagradables, como la cuestión de los encarcelados que eran violentos y seguirían siéndolo a la mínima oportunidad. Y a Kai le tocaba dedicarse a lo que más le importaba, y con su hija.

—¿Cuándo la queremos?

No había forzado a Mari a entregarse a la vida de cuidados, de activismo comprometido, de abolición, pero sí la había acogido con entusiasmo.

—¡Justicia!

Pero a veces se preguntaba si acogerla y forzarla no era lo mismo para una niña como Mari, cuyos dos progenitores habían pasado casi toda su vida en la cárcel.

—¡Ya!

Nile se chocó con delicadeza con la persona delante de él. La gente había frenado en seco.

—Perdón, perdón —se disculpó Nile.

—No pasa nada —contestó la mujer.

—¿Qué queremos?

Y cuando Kai levantó la vista, primero miró a su hija y después a lo que ella miraba.

—¡Justicia!

Llegaban tarde, ¿o llegaban justo a tiempo?

—¿Cuándo la queremos?

Las mujeres que se habían convertido en la esencia del movimiento caminaban justo delante de ellas.

—¡Ya!

Por el mismo paso de cebra también iban los policías-soldados, que las rodeaban, y los demás pobres diablos a quienes obligaban a participar en esos pérfidos juegos asesinos.

Se marchaban del instituto y se dirigían a la feria. Las manifestantes las animaron. Mari observaba a Thurwar con atención y Kai hubiera jurado que Thurwar no solo la vio de refilón, sino que fijó la mirada en ella.

—¿Qué queremos?

Arco de globos

Estaban acostumbradas a las multitudes, si bien no de ese tamaño. Pero fue la energía, el modo en que gritaban sus nombres, lo que le recordó a Thurwar cómo era su vida. Que nunca había vivido una ocasión en que tantísimas personas, que se preocupaban por ellas de verdad, se congregaran y alcanzaran semejantes cifras. Volvía imposible olvidar que estaban supeditadas a un gran mal increíble. Allí había muchísimas personas y, en su presencia, Thurwar se sintió parte de algo masivo, de algo terrible que podría destapar algo bueno.

Los policías-soldados les despejaron el camino a empujones y a golpes para que siguieran caminando hacia la feria. La gente vestida de negro no intentó tocarla y la mayoría no le hizo fotos. Pero pronunciaron su nombre, el de Staxxx y los nombres de todos los Eslabones de la Cadena, con una ternura que dolía al oírla. Le hizo acordarse de quién había sido antes de todo aquello. Cuando su nombre había significado que la reconocían por ser quien era, no por ser el producto de consumo en el que se había convertido. Y ese recordatorio trajo consigo una profunda comprensión de Bishop y de todos los demás Eslabones cuyas vidas habían acabado en la batalla. A menudo, Thurwar, cuando contemplaba su propia muerte, pensaba en ella como en un castigo merecido. Pero esas personas, esas personas chillaban tan alto no solo que ella no merecía morir, sino que no se merecía ningún aspecto de aquello en lo que se había convertido su vida.

El suicidio formaba parte de la cultura de EPAC, aunque en público no lo llamaban así[38]. Casi nunca sucedía durante la Marcha, al aire libre con, al menos, la posibilidad de un día soleado y de un poco de paz, y los Eslabones tampoco se mataban durante el caos adrenalínico de los combates a muerte. Aunque sí pasaba. Ahí estaban Incendio Johnson y Melancolía Bishop. A Incendio Johnson se lo conocía por haber sido la primera víctima de Melancolía en el Campo de Batalla. Se arrodilló y se llevó un mazazo de Hass Omaha casi con alegría. Y, años después, a Melancolía le pasó casi lo mismo delante de Thurwar.

Pero, a pesar de la brutalidad de la Marcha, era durante las estancias más domésticas en las Ciudades Foco, previas a los combates en el Campo de Batalla, cuando la mayoría de los Eslabones decidían escindirse de sí mismos. Era cuando regresaban a una vida casi igual a la de los civiles. Cuando te cuesta sobrevivir, hay algo dentro de ti que te pide que lo intentes. Cuando es fácil, es otro cantar. Thurwar pensaba en ello mientras partía del instituto, con cuidado de dejar que Staxxx liderase la marcha y de quedarse justo detrás de ella.

—¡Libertad para Hamara! ¡Libertad para Loretta! —chilló la muchedumbre.

Thurwar, abrumada por unos ánimos que no se atrevía a reprimir, alzó un puño al cielo y la multitud gritó con más fuerza. Era la constatación de una verdad de la que Thurwar intentaba zafarse: era un ser humano al que torturaban. Ya era cierto antes de que se apuntara al EPAC y se había vuelto más y más cierto a cada momento de su vida durante los últimos tres años. Pero la gente fuera de las Cadenas nunca había afirmado con tanta vehemencia la verdad que ella vivía.

Y, para completar la tortura, iban a pedirle que destrozara a su persona favorita. La persona que la mantenía con los pies en la

tierra. Thurwar dejó que las voces de la gente la empujaran. Dejó que la esperanza se le filtrara hasta las venas.

Los ocho policías-soldados que las rodeaban, cuatro delante y cuatro detrás, daban pasos rápidos y precisos. Otro lujo de las Ciudades Foco era el dulce remedo de la privacidad. En las ciudades, rara vez se veía a las HCM. La exclusividad de estar en una Ciudad Foco se basaba en la energía de estar allí presente y, de esa manera, en los instantes entre el Circuito y el Campo de Batalla, los Eslabones no salían en ninguna pantalla.

Caminaban hacia un parque en medio de la ciudad. Thurwar quería que Staxxx disfrutase del amor, quería que Staxxx la quisiera a ella, quería seguir amando a Staxxx y quería decirle que no tardarían en pedirles que se mataran la una a la otra. No era capaz de decidir qué de todo aquello quería con más ganas.

Entonces, Thurwar la vio. En medio de todos esos sentimientos y energías. Era la chica. Como si la hubiera invocado la fuerza del ambiente. Como si la verdad se hubiera materializado para empujarla a actuar. Como si la energía pura de la gente que la rodeaba se hubiera manifestado en la presencia de la joven. Estaba en las rayas blancas del paso de cebra. La misma mujer que le había dado la cartulina que había sumido su vida en ese nuevo terror solitario. Allí estaba, como un augurio. Thurwar no frenó y le asintió con la cabeza. Una mujer por la que daba gracias, pero a quien también odiaba por haberle privado de la dicha de la ignorancia.

Se esforzó en no darse la vuelta ni en indicar de ninguna otra manera que había visto a alguien importante para ella. A alguien a quien conocía de un modo extraño y delicado. Había ojos por todas partes, incluso sin las HCM flotando alrededor. La gente siempre la observaba.

Pensó en la mujer, la portadora de la verdad, y reparó en

que su resplandor, que se había colado en los sueños de Thurwar durante la última semana, había desaparecido. Y decidió que quizá, aunque la odiase, también la quería. Había un motivo por el que había reaparecido justo en ese momento. La propia Thurwar era una guardiana de la verdad. Predicaba con el ejemplo, le daba luz, se la prestaba a los demás cuando la necesitaban y a veces la ponía a buen recaudo. La guardaba bien en los recovecos de su mente. Pero no había forma de destruir lo que era verdad. Seguía guardándolo y se le daba bien. La prueba era su vida. Continuaba siguiendo, no se había escindido de sí misma como muchos otros cuando se les había presentado la ocasión.

Había una masa de gente congregada, que no paraba de crecer, en el centro de la ciudad, donde organizaban la feria de granjeros. Había un arco de globos tan alto y acogedor que Thurwar se mareó un poco al verlo. Los tonos pastel, azules y verdes y blancos y dorados, se mecían en la brisa mientras el DJ pinchaba una canción que el mundo reconocía como el *leitmotiv* de Staxxx. Electrónico y chillón, pero también melódico y profundo.

Siguieron andando por una acera hasta llegar a una zona que la gente podría haber tildado de pintoresca. Se concentró en Staxxx, que parecía querer absorber todo lo que la rodeaba y procesarlo a la vez. Miraba hacia un lado, luego a un árbol; se reía de una ardilla que subía por el tronco, como si la ardilla hubiera sido suya y se emocionara al volver a verla. Detrás de ellas iban Randy y Sai, ambos sonriendo; las ondas de la energía de Staxxx los bañaban. Agua Mala también sonreía de la emoción de estar rodeado de más personas. Y detrás de todos ellos había una congregación enorme, los seguía una ola negra que cantaba tan alto que nunca se la podría ignorar.

Sus vidas siempre eran extrañas. Todos los días vivían lo

cruel y lo atípico, pero mientras los chillidos por su liberación estallaban a sus espaldas y el olor a palomitas venía flotando desde la feria cercana, Thurwar sintió un nuevo sabor de pavor. Justo delante le aguardaba el final de lo que había sido su vida.

—Reclusa Thurwar, Reclusa Stacker, las dos iréis al puesto uno, Helados Deane —dijo uno de los hombres con armadura de placas.

Como siempre, la policía llevaba una equipación que llamaba a la guerra y no a los puestos de algodón de azúcar. Una equipación que solo tendría sentido si esperasen que otros agentes de policía con armas similares se sublevaran de repente y se volvieran contra ellos. Cuatro de los policías-soldados restantes habían regresado a la barrera metálica que rodeaba la feria de granjeros. Los manifestantes, al darse cuenta de que no les iban a dejar pasar al recinto ferial (el precio oficial de una entrada esa mañana era considerable y había de pagarse por adelantado), anegaron el perímetro. Detrás de la barrera metálica había un segundo muro, hecho de todas las personas que vestían de negro. Mientras, en el interior, los seguidores de las Cadenas de presos se afanaban en comprar algodón de azúcar o en examinar los tomates y se apartaban de su camino para fingir que todo era normal y que allí no había mil personas de más, que se manifestaban a solo unos metros de distancia.

—Hecho —dijo Thurwar, y miró a Staxxx.

—Nosotras —contestó Staxxx, y a Thurwar le bailó un poquitín el corazón.

Después, Staxxx miró al agente de policía-soldado y le preguntó:

—¿Crees que tendrán sabores veganos? Soy intolerante a la lactosa.

—Ya lo sé —respondió el agente con una gran sonrisa—. Literalmente, todo el mundo sabe que eres pescetariana y no

tomas lactosa.

—Por si acaso, porque menuda mierda de servicio cívico si me paso el día en un puesto de helados sabiendo que no me puedo comer ni uno —dijo Staxxx.

—Igual tienes que aguantar con el estómago vacío. Seguro que tienen esas mierdas frescas, recién salidas de la vaca —replicó Rico.

—Nunca aguantes con el estómago vacío antes de salir al terreno de juego —dijo Staxxx, como si estuviera charlando del tiempo—. Consejo de una profesional.

Y entonces, a una velocidad despiadada, dio media vuelta y le propinó un puñetazo a Rico en el estómago. Pero, justo antes del impacto, frenó el puño casi del todo, de modo que apenas lo rozó antes de girarse hacia los hombres de las armaduras.

—Hubo una vez que Agua Mala tuvo mucha suerte, ¿verdad, hombre del atún podrido?

—Cierto —confirmó Agua Mala con las mejillas resplandecientes.

Thurwar atesoró el momento. Los pequeños momentos de Staxxx. Sus aires. Cuando se encontraba bien, no tenía parangón. Cuando se encontraba mal, era igual de especial. Una persona desatada, pese a todo. Staxxx les recordaba a todos los que tuvieran la fortuna de verla que había partes de los humanos que nunca se podían encadenar.

—Bueno, vale.

El agente alzó la voz para intentar recordarles que él estaba al mando, aunque la intentona causó justo la sensación contraria. Bajo la vigilancia de los manifestantes, que seguían anegando los alrededores, los agentes parecían dispuestos a demostrar que eran buenas personas, que no eran el enemigo, si bien no había más enemigos que ellos. Eran ellos quienes iban armados. Por la carretera de enfrente bajaban rodando otros dos tanques de

policías-soldados. Al oírlos, la boca del jefe de los agentes dibujó una relajada línea.

—Stacker y Thurwar, id por ahí al puesto uno. ¿O necesitáis escolta?

—Creo que nos las apañaremos —dijo Thurwar.

Abandonaron el grupo y fueron rumbo a la mesa tapada con una tela, sobre la que había seis tarrinas de helado. Delante de ella, había una gran pizarra publicitaria que rezaba «HELADOS DEANE» con unas letras rojas y extravagantes. Delante de la mesa ya las esperaban un hombre, una mujer y dos niños.

—¡B Tres no es para mí!

Los cánticos se oían por todas partes.

Thurwar se quedó a solas con Staxxx, o lo más cerca de estar a solas que podía esperar. Le cogió la mano a Staxxx solo un instante, antes de soltársela.

Anduvieron por la hierba suave y, en cuanto se alejaron unos metros de los agentes, fue como si el hechizo se rompiera y la fuerza gravitatoria a la que estaban acostumbrados sus cuerpos se reactivase. Habían establecido un perímetro estricto de movimientos, aunque seguían con las muñecas en verde.

Un niño pequeño se les aproximó a zancadas, seguido de cerca por sus padres, que sonreían cohibidos y con calidez.

—Eres la mejor de la historia —le dijo con aplomo a Thurwar. Luego se volvió lo justo hacia Staxxx y añadió—: Y tú eres la número tres de la historia.

—¡Jimmi! —lo reprendió el padre del niño.

—¡Hala! ¡Y en mi propia ciudad! —exclamó Staxxx, guiñándoles un ojo a los padres.

Más gente se congregó a su alrededor. La sensación de que las rodeasen les resultaba familiar a ambas. A Staxxx se le escapó un suspiro demasiado grande.

—Bueno, no pasa nada. Todo el mundo tiene derecho a

opinar —se rio ella.

Los padres la miraron con gratitud.

—Te…, te admiramos un montón. Desde siempre. Nos acordamos de cuando corrías en Xavier. Cuentas con todo nuestro apoyo —dijo la madre.

Y Thurwar sopesó aquella absurdez familiar. Cómo quedaba subrayada con fuerza por las multitudes masivas que las rodeaban.

—¿Me firmas el martillo? —le preguntó el niñito a Thurwar.

Le tendió un martillo de la marca LifeDepot™, de la clase que hay en cualquier caja de herramientas. La insinuación de que se pareciera en algo a *Hass Omaha* le resultaba ofensiva, pero recibió el insulto con una sonrisa. Ya había firmado antes muchísimos mangos de goma.

—Claro, ¿tienes un rotulador?

—¡Yo sí! —dijo otra persona, que no era de la primera familia.

Les quedó claro que esa gran muchedumbre iba a convertir la breve caminata hasta el puesto de los helados en una odisea.

—Pero ¿por qué no dejáis que las señoritas se pongan manos a la obra con la tarea que las ha traído aquí? —dijo el hombre. Llevaba un delantal granate que rezaba «DEANE» en el pecho—. ¿Y si le firmas al chavalín, a Jimmi, y que los demás nos sigan al puesto?

—Me parece bien —respondió Thurwar.

Le cogió el rotulador, escribió «L. T.» en el mango del martillo y siguió al hombre a través de la multitud.

La feria de granjeros

Randy Mac estaba junto a la caja registradora de un puesto de quesos orgánicos, propiedad de una granja que pertenecía a una familia amish.

—¿No creéis que participar en este evento va un poquito en contra de vuestras normas? —dijo Mac.

Olisqueó los quesos. Delante del puesto se había formado una fila y la gente había sacado los holomóviles, listos para grabar. Randy sabía por qué participaban: por el dinero.

—Pues sí —admitió el hombre barbudo, y luego sonrió.

—Dila. Di tu frase —le pidió el primer hombre de la fila, que tendría la edad del padre de Randy.

Lo apuntaba con un holomóvil.

—¡Una debacle al día!

—No —dijo Randy, y le entregó al hombre un redondel de queso.

—¡Chúpame la polla! —le dijo el hombre, sonriendo de todos modos mientras lo grababa en vídeo.

La mujer del granjero salió de la parte trasera del puesto con una cabra que, al parecer, acababa de despertarse.

—¿Estás de coña? —le preguntó Randy al observar la cabra.

—¡Una debacle al día!

La cabra era una preciosidad. Randy se arrodilló y le acarició la cabeza.

—Es preciosa.

Sai Ay preparaba limonada. Trabajaba ante una montaña de limones y de limas que ascendía hasta llegarle a la cintura. Los dueños del puesto de limonada eran una pareja, tirando a jóvenes, de piel pálida y pelo castaño. Tenían pinta de ser hermanos.

—Necesito saber qué vendo —dijo Sai Ay al darle un trago a un vaso de papel—. Vale, vale. ¡Qué pasada!

—Gracias —dijo la pareja al unísono.

—¡Una debacle al día!

Ya había una fila de más de veinte personas. Al haberse dedicado a muchos «servicios cívicos» antes, Sai Ay ya sabía qué le aguardaba. La gente iba a decirle lo que pensaba o dejaba de pensar sobre su identidad. Un montón de opiniones que nadie les había pedido jamás. Los civiles compartían sus opiniones con Sai Ay Ai como si fueran regalos. Ya se había acostumbrado. Hacía mucho tiempo que Sai Ay había decidido aceptar las asperezas con unas carcajadas[39].

—Antes de empezar, queremos darte las gracias por estar aquí hoy. Cuentas con todo nuestro apoyo, tú y… de lo que sea que vayas —dijo la mujer.

—Entonces, ¿me queréis ayudar a escapar hoy? ¿A eso os referís? —inquirió Sai con el rostro serio.

—No, no. —El hombre dio un salto adelante, literalmente, en la hierba suave—. Solo decíamos que os apoyamos a ti y tu identidad.

—Así que nada de escaparse, ¿no? —les preguntó Sai, luego se rio y dejó de vacilarlos—. Era broma. Hora de vender limonada.

La gente no dejó de corear en ningún momento y lo volvió todo, la feria de granjeros y la presencia de los Eslabones, todavía más ridículo. Sai Ay podía participar en la farsa.

Sai puso la mano en el centro del grupo y les indicó a los

otros dos con un gesto que le imitaran, como si fueran un equipo de baloncesto del instituto.

—A la de tres, «limonada».

A Walter Agua Mala Crousey le sorprendía, como siempre, seguir con vida. Pero la vida parecía pegársele, a pesar de toda la mala suerte que también se cruzaba en su camino.

Bebió un trago de una botella de agua.

—Ya lo pillo, porque soy Agua Mala —dijo.

—Exacto, salvo que nuestra agua sí es buena —contestó el joven propietario del puesto.

Para muchas personas, el agua buena escaseaba. Su nombre le recordaba que había sitios, como el lugar donde nació, donde aún las pasaban canutas para encontrar un sorbo potable de la necesidad más básica. De ahí venía su nombre, y de que a Wright le había parecido que tenía gancho.

—Claro —dijo.

Y esperó. Por el momento, en el puesto de agua no había nadie, salvo él y el dueño, que tendría unos dieciocho años. Más o menos la misma edad a la que habían metido entre rejas a Crousey.

Hacía diez años, era inocente[40]. Y ya no lo era. Había matado. Las vueltas que da la vida. Intentó olvidar que lo habían encerrado por nada. Lo habían encerrado por ser pobre, por no tener abogado y por ser tonto. Lo habían enchironado por un asesinato y estaba seguro de que se iban a dar cuenta de que él no era capaz de algo semejante, no podía. Y, aun así, allí estaba.

Los policías-soldados condujeron a Rico a su puesto. Con montones de tomates resplandecientes de muchos tamaños y

colores. En un santiamén, los clientes le empezarían a pedir fotos. ¿Se darían cuenta de que estaba aterrado? Era una pregunta que llevaba rondándole la cabeza desde el principio. Se lo llevaba preguntando una gran parte de la vida. Miró a Randy, que acariciaba una cabra y se reía. Sai le daba sorbos a la limonada. Hasta Agua Mala…, bueno, no hacía nada, pero no se le veía aterrado. Solo perdido o sorprendido.

«¿Por qué cojones soy tan gilipollas?», pensó Rico mientras se limpiaba las manos en la sudadera gris. Notaba la energía que desprendía el colectivo que lo rodeaba y le daba un miedo de la leche. Cada uno de ellos podría notar lo aterrado que estaba, a menos que les demostrase lo contrario.

Rico sonrió.

—¿Qué os contáis? —les preguntó a una anciana blanca y a su hija.

Lo miraron.

—¿Qué tal os va? —volvió a probar suerte.

—¡Una debacle al día!

La muchedumbre chillaba, empujaba y subrayaba cada sílaba en el aire. Rico miró más allá de la timadora de los tomates y de su hija, hacia las masas. La gente que se encontraba más cerca de la puerta lo observaba y llevaba pancartas. La disonancia entre los manifestantes y la gente de la feria de granjeros conseguía que le entraran ganas de escaparse de su propio cuerpo, de un salto. Era una disonancia que notaba hasta la médula. Todos eran humanos y, sin embargo, tenían ideas muy distintas acerca de qué significaba la humanidad.

—Nos va bien —dijo la madre.

—Hoy hemos traído unos tomates geniales —añadió la hija.

Y, cuando hablaron, les brillaron los ojos y las voces, casi trémulas, generaron una gran oleada de calma que le recorrió el

cuerpo.

—¡Una debacle al día!

No sabían que estaba aterrado; de hecho, le tenían miedo.

—Vamos a ver si son geniales —fue lo que dijo.

Y sonrió, pero esperó que supieran que él lo sabía.

—¡Una debacle al día!

Hielo Hielo el Elefante. Era un hombre, un guerrero, un gran gladiador y un aliado sabio. Era un Eslabón de La Liga de los Presos. Todo era verdad.

—Es un día tranquilo —murmuró para sí mismo mientras acercó un cono de papel a la máquina donde daba vueltas el azúcar rosa y fresco.

—Aquí está Hielo Hielo con el algodón de azúcar —le dijo un joven al móvil, supuestamente a las cinco personas a quienes sí les importaba que retransmitiera en directo.

—Hola —saludó Hielo Hielo al chaval.

—¡La hostia! Hielo Hielo, el puto Elefante, me acaba de hablar. ¡Qué movida! —exclamó el chaval, sin dejar de mirar de reojo a Hielo Hielo de vez en cuando, mientras les hablaba al holomóvil y al reflejo eléctrico.

Hielo Hielo le dio un algodón de azúcar a una mujer, que le rozó la mano sin necesidad.

—Gracias —le dijo—. Ojalá tú y yo pudiéramos salir juntos después.

No lo decía en serio, sino que era un delirio, una oferta y una broma, todo en uno.

Hielo no respondió.

Miró por encima del hombro a la mujer que regentaba el puesto de algodón de azúcar. La mujer que se encargaba de la caja registradora.

—Vas genial —le dijo.

Si de verdad se sentían así, no entendía por qué se andaban con miramientos con las pancartas y los gritos.

—Menuda chorrada, ¿eh? —le comentó Pistolín al viejo, que situaba la mecedora para que le dieran mejor las horas de luz que filtraba el arce azucarero tras el puesto de artesanía de madera donde se hallaba asignado Pistolín.

—¿Perdón? —dijo el hombre, alzando la mirada. Tenía una barba blanca y espesa y unos ojos azules y afilados. Casi guardaba un parecido cómico con Papá Noel.

—Que menuda chorrada que toda esa gente intente aguaros la fiesta que os habéis montado esta tarde.

Pistolín señaló con un gesto a los manifestantes. Los más cercanos estaban a unos diez metros a su izquierda.

—¡A la mierda! —les chilló Pistolín.

—¡Una debacle al día!

Papá Noel miró a Pistolín y él le vio en los ojos azules cómo hacía cuentas despacio. Pistolín le ahorró las molestias.

—No te estoy vacilando. Sé adónde pertenezco y siento que esta gente te dé tantos problemas. No tienen ni puta idea.

El hombre permaneció en silencio mientras se levantaba de la mecedora.

—Cuando nos pongamos a vender, nada de tacos, por favor.

Pistolín lo examinó. Le resultaba un poco asqueroso que no le tuviera miedo. El modo en que actuaba como si tratara con un becario y no con un hombre que había destripado a unos cuantos hijoputas duros a lo largo y ancho del país.

Pistolín echó la cabeza atrás y se rio.

Entonces, la marea negra de fuera de las puertas comenzó a

filtrarse. Los chillidos y los cánticos cambiaron. Y Pistolín Puddles pensó: «Por fin». Al menos pasaba algo.

—Ay, señor —murmuró Papá Noel.

—Sí, señor. Ya te digo, joder.

Helados Deane

Vigilaba.

—¿Tenéis algo sin lactosa? —preguntó Staxxx mientras ella misma le ofrecía un gran abrazo a Melanie Deane, que sonrió y le devolvió el abrazo.

La mujercita desapareció entre los brazos de Staxxx. Se la veía radiante cuando Staxxx la soltó. A continuación, Staxxx se arrodilló para estrecharle la mano al niño de ocho años.

—Soy Jim —se presentó Jimmi.

—Jim el Grandullón —respondió Staxxx de inmediato—, que cree que soy la tercera.

Jimmi sonrió con todo el cuerpo.

Thurwar saludó a la madre de Jimmi, y luego Staxxx y ella se dirigieron al otro joven del puesto, que no sonreía lo más mínimo.

—Hola, guapetón —le dijo Staxxx.

Thurwar le sonrió y le tendió la mano, que aceptó sin rastro de alegría.

Había muchas personas contemplando el acontecimiento. De hecho, su gente había oído que, fuera de la feria de granjeros, había más de ocho mil visitantes imprevistos. Y dentro de la feria se suponía que había novecientos treinta y un clientes que habían pagado y se iban a pasar cuatro horas circulando por allí.

Por ahora, al comienzo del programa de Servicios Cívicos habían acudido menos de cuatrocientos. Era preocupante, por supuesto. Por eso estaba allí. Había muchas personas vigilando,

sí. Pero nadie vigilaba como él. El conjunto se lo había confeccionado el mismo estilista que llevaba años vistiendo a los presentadores, aunque su ropa era mucho más sencilla y mucho más mundana que nada de lo que se ponía el presentador de los combates para las retransmisiones. La idea era tener las pintas opuestas a estar listo para salir por la tele. Se sonrió con socarronería a sí mismo; las gafas de sol envolventes, de un negro resplandeciente, le ocultaban los ojos. Ya había visto a tres clientes distintos que llevaban unas iguales, y el cuarto le pasaba por delante en ese mismo instante.

—Menudo acierto —se dijo a sí mismo.

—¿Qué? —dijo Rebecca, que estaba en la parte trasera de uno de los furgones de los policías-soldados.

—Nada —dijo mientras se tocaba las gafas, que también servían de sistema de comunicación, de recepción y transmisión, que la gente de ArcTech le había dado durante la última demostración de sus productos.

Y fue entonces cuando predijo que un grupo, de una cuarta parte del tamaño del actual, iba a hacer acto de presencia. Le había asegurado a la junta que no pasaba nada y allí estaba él, para contemplar con sus propios ojos ocultos el pedazo de mentira que les había contado.

Notó la brisa en las pantorrillas. Había combinado las gafas con unos pantalones chinos, cortos y de color beis, y con un polo turquesa y bien planchado y con una diadema que rezaba «¡THURWAR!» para completar el conjunto. Se había plantado en el borde de la muchedumbre, que observaba cómo Thurwar y Staxxx se familiarizaban con las reglas y las normas de Helados Deane, y se le pasó por la cabeza una sola palabra. Una sola palabra era la piedra fundacional de cómo enfocaba el trabajo que hacía, ese arte que se manifestaba en tiempo real por todo el mundo: elegancia.

Se llamaba Mitchell Germin y era el director de contenidos y de gestión de retransmisiones. Ese era el título, pero para la gente de su equipo, sobre todo para sus ayudantes de dirección, como Rebecca, él era el maestro de crear ecosistemas de entretenimiento sostenibles y elegantes. Y a veces, como en ese instante, mientras observaba cómo dos de sus preciadas yeguas intentaban hacer buenas migas con un adolescente mohíno, mientras miles de lunáticos que no habían pagado nada gritaban a su alrededor, el trabajo requería que se convirtiera en un puñetero espía.

Pero cuando no se dedicaba a reconocer el terreno, a intentar tomarle la temperatura al ambiente, a comprobar que el producto no corría peligro, era el hombre que ayudaba a orquestar el programa deportivo más elegante que el mundo había visto jamás. Más que un programa deportivo… era el más real de todos los *realities*. Se jugaban tanto con ese programa que el público se había vuelto adicto, literalmente, a los resultados. Pero siempre había sido así. Había logrado dos cosas: había introducido los Puntos de Sangre, la moneda a cuyos usos les dedicaban pódcast enteros, y también se había dado cuenta de que, cuando resaltaban el hecho de que todos los implicados en el Circuito de las Cadenas de Presos eran delincuentes, a las empresas les entraban más y más ganas de anunciarse con ellos. En cuanto comenzaron a vincular a cada Eslabón con sus delitos, las muertes fueron perdiendo peso para los espectadores. El meollo de la cuestión en cualquier deporte de la justicia penal era separar al delincuente del humano. Cuando los humanos veían a otros humanos, se sentían «mal» por la persona a la que triturasen esa semana. Cuando los humanos veían cómo moría un delincuente, bueno, era distinto.

—¡Sí que son ellas! Son más altas de lo que creía —comentó un hombre al lado de Mitchell, con la voz empapada de

asombro.

Mitchell se apoyó en la otra pierna y luego habló:

—Un metro ochenta y cinco y un metro ochenta, pero son más altas con las botas puestas.

—¡No me digas! —dijo el hombre.

Tendría la altura de Mitchell, lo que significaba que ambos eran mucho más bajos que Staxxx y que Thurwar.

El hombre era uno de muchos. Y ahí tenía otra muestra de elegancia. Quedaba claro que sentía admiración y respeto por esas dos mujeres, pero también que no le preocupaba que vivieran al filo de la muerte. Tenía en cuenta la probabilidad de que ayudaba que fueran mujeres negras; los estudios de mercado habían demostrado que, en general, al público le importaba menos que sobrevivieran. En el centro de la complicada maraña de adoración y de odio, de deseo y también de la naturalidad al ver cómo las destrozaban, estaban las mujeres negras. Thurwar y, antes que ella, Melancolía Bishop le habían enseñado al público los sentimientos que él quería que los espectadores sintieran por todos los Eslabones.

—Podemos enseñar a los espectadores a quién han de considerar importante —había dicho hacía cinco años, en la primera reunión oficial con la junta, por el asunto de las crecientes manifestaciones en contra de los deportes de acción.

Ya eran habituales por aquel entonces. Pero, desde que lo habían contratado, habían estado a punto de desaparecer. Fue, por supuesto, antes del mes pasado, cuando la zorra de la presentadora se cargó mucho de aquello por lo que él había trabajado.

Pero todo problema podía solucionarse. Lo único que ella había conseguido había sido cagarse en una sala que él se había pasado años limpiando. Él estaba en proceso de ventilar el hedor. Volver a ponerlo todo en su sitio, con la nueva verdad que había

cultivado y fomentado.

Se volvió a concentrar en el puesto, donde William y Melanie Deane torcían el gesto ante su hijo mayor. Cuando comprobaron los antecedentes de la familia, se percató de que el hijo mayor, William Jr., no participaba activamente ni se había suscrito a ningún contenido oficial de la Cadena de Presos, lo cual le garantizaba que él y, por extensión, toda la familia, no eran los más adecuados para ocupar un puesto durante el Servicio Cívico. Pero la carta que el padre había adjuntado a la solicitud, donde afirmaba lo mucho que significaría para su familia, que no podía pagarle los estudios a su hijo y que la ayuda de los Eslabones implicaría, con toda seguridad, que vendería lo suficiente para llegar a fin de mes e invertiría el resto en el potencial de su hijo… Mitchell siempre se había considerado a sí mismo un hombre de buen corazón, así que permitió que Staxxx y Thurwar fueran con la familia. Y así se lo pagaban.

—No hace falta que nos ayudéis. Es una putada que os obliguen a participar en esto —dijo Bill Jr., lo bastante alto para que Mitchell lo oyera.

La muchedumbre de manifestantes se arremolinaba cerca de una barrera, a unos cuatro metros detrás de la familia Deane.

Staxxx y Thurwar se miraron la una a la otra y luego al chaval. Thurwar se inclinó y dijo algo que Mitchell no oyó. Maldijo la decisión colectiva de la junta de los Amos del Juego de no grabar nada durante los servicios cívicos. Se tocó el lado derecho de las gafas.

—Eh, Rebecca —la llamó.

—¿Qué pasa?

—Toma nota: hay que replantearse el aislamiento audiovisual de los Eslabones durante los servicios cívicos.

—Recibido. ¿Algo más?

—Te mantendré informada. —Se metió la mano en el bolsillo, como si nada.

—Hijo, por favor, no nos lo pongas más difícil. Trabajan para pagar sus deudas y creo que deberías andarte con ojo —dijo William Deane.

Miró a Thurwar, pidiéndole disculpas, y Thurwar le miró a los ojos. Costaba saber qué pensaba de él. Pero todas esas interacciones, por muy poco deseables que fueran, le recordaban a Mitchell los matices del ecosistema que él había implantado y la fuerza de las sinergias de un programa que se había convertido en un pilar cultural.

Los siguientes instantes fueron de calma, mientras les enseñaban los distintos sabores a Thurwar y a Staxxx y les dieron sendos delantales. Se había formado una fila en la mesa, la más larga de la feria.

—¡Hamara sí importa! ¡Loretta Thurwar sí importa!

Thurwar era su símbolo. Thurwar había revolucionado todo el panorama de los juegos. Desde el principio, él había sabido que la gente tenía que saber que sí se podía ganar. No había ninguna alegría comparable al triunfo y sabía que los espectadores necesitaban creer que era posible que su Eslabón favorito ganase, que llegara a la Alta Libertad. Así que había creado a un chico de oro, un exasesino que se había convertido en un asesino mejor, para luego convertirse en un miembro libre de la sociedad. Allí tenían a Nova Kane Walker. Había pasado de ser un asesino al número siete de la lista de «los hombres más buenorros de Estados Unidos». Pero Thurwar estaba a punto de conseguirlo por su cuenta. Era creíble porque era real.

Era el juego de la elegancia.

Porque era la última parte. Ser invisible. La prisión no era sexy ni guay. La Cadena de presos, sí. La Cadena de Presos era la aventura al aire libre. Era ver cómo unas mujeres preciosas, que a

veces mataban a la gente, servían helados. Era cautivadora y fácil de ver o la experiencia más visceral jamás concebida para los espectadores. Y allí estaba él. Uno de los directores de orquesta, invisible a todos, observaba mientras la gente se congregaba para ver lo que había creado y, quizá, para comprar helados.

—No voy a formar parte de esto —declaró Bill Jr.

A sus padres se les enrojecieron las orejas y las mejillas. Bill Jr. abandonó a su familia y Mitchell pensó: «Vale, sigo ganando».

Pero, entonces, Bill Jr. se encaminó hacia la barrera que había detrás de él y no se detuvo. Le llovieron un montón de abucheos altos y de «que te jodan». Los aceptó, sin pausa. Le chilló a la muchedumbre de negro, se le infló el pecho y soltó un chorro de voz:

—¡B Tres no es para mí!

Los manifestantes prorrumpieron en vítores.

Trepó y tiraron de él, desde el otro lado de la barrera. William Deane Sr. parecía a punto de vomitar.

—Mierda —dijo Mitchell.

—¿Qué pasa? —le preguntó Rebecca al oído.

—Mierda.

Así

El chaval de los Deane había saltado la barrera. Les había gritado algo a las personas que tenía más cerca y lo habían ayudado a saltar. El trabajo avanzaba en tiempo real.

El padre de los Deane fue corriendo a por su hijo, con la cara anegada de ira. Dejó caer un cilindro de helado hecho a mano y se abalanzó a por su hijo mayor, que esquivó de un salto la primera embestida; tenía las costillas pegadas al metal y se apretaba contra la barrera.

Ni el padre ni el hijo hicieron mucho ruido, salvo por los gruñidos al moverse. El padre volvió a intentar alcanzar a su hijo. El chaval se apretó contra la multitud y estiró la mano al gritar: «¡Ayuda!». Y los manifestantes tiraron de él, justo delante de su padre, que lo observaba con un terror que se convirtió deprisa en una furia palpable. Contrajo todo el cuerpo mientras le chillaba a su hijo y sostenía una de las zapatillas del chaval en las manos.

—Como no vuelvas enseguida…

—¡Y una mierda! —le gritó el hijo, al otro lado de la barrera.

La muchedumbre chilló con él y con una renovada energía de victoria, pero también se palpaba una tensión nueva que irradiaban los demás manifestantes y los asistentes a la feria. El alboroto siempre era preocupante, sobre todo cuando no quedaba claro qué pasaba.

—¡Vuelve de una puñetera vez! —exigió el dueño del

puesto de helado, y con la ira, la frustración y la vergüenza, cogió fuerza, lanzó el puño por una rendija de la barrera y le dio en toda la sien a una de las mujeres que llevaba la salvia. El puñetazo resonó por encima del ruido generalizado, un pulso singular y repentino. Un detonante.

Hay un periodo de tiempo en que la violencia pasa de lo imaginario a lo físico…, y si a lo físico se le responde en el plano de lo físico, la violencia se convierte tanto en el vehículo como en el conductor de todo lo que viene después. Lo que ya ha escapado puede ser increíblemente difícil de contener.

Las manos volaron. La barrera hecha de vallas metálicas entrelazadas cayó cuando una mujer saltó adelante y le dio un puñetazo al padre de los Deane en la barbilla. Los manifestantes inundaron la feria de granjeros. Algunos se enzarzaron con Deane y otros siguieron avanzando para que no los pisotearan. Los clientes de la feria de granjeros, por miedo o por ira o por tener un mero propósito, comenzaron a darles puñetazos y, por supuesto, la violencia creció y se propagó. El virus más humano se multiplicó por las masas. La violencia tomó el control.

Los padres metieron prisa a sus hijos para que fueran al límite del recinto, a la salida, que ya no era una salida, sino otro lugar por donde la gente entraba en tromba. Por donde hubo orden, ahora corrían los cuerpos, se agitaban, se frenaban o te cortaban el paso. Los manifestantes intentaron ayudar a sus camaradas. Los clientes de la feria se peleaban con quien se les pusiera delante al intentar escapar. Había personas que pedían calma, que les pedían a los demás que no cedieran ante la violencia, pero los cánticos al unísono se habían acabado; ninguna voz se alzaba por encima de las demás. Lo único que se oía en el caos eran las órdenes de los policías-soldados, que hablaban por los altavoces de los tanques:

—Vamos a arrestar a todos los vándalos. Evacúen el recinto

en paz.

Dentro de la feria, en mitad de la gresca, un policía-soldado tumbó a un hombre a patadas, que chilló:

—¡Joder! ¡Trabajo para el EPAC!

El agente ayudó al hombre a levantarse y este se abrió paso en busca de una salida, mientras ese mismo agente apuntaba con el arma a una mujer de negro y le disparaba una ráfaga de balas de goma que le reventaron la clavícula[41]. Las balas le rompieron el hueso; aulló y se cayó, y varios de los manifestantes la metieron en una cueva de cuerpos.

—¡Proteged a la familia! —chillaron.

Era solo uno de los muchos corrillos que habían formado; cada uno de ellos albergaba a un Eslabón de A-Hamm, como si los Eslabones fueran los capitanes de unos equipos que estuvieran a punto de saltar al terreno de juego. La mujer de la clavícula destrozada chillaba a los pies de Sai Ay y elle se arrodilló dentro del muro circular de brazos y piernas que les rodeaban.

—Eh, mami, respira hondo. Te vas a poner bien —le dijo, aunque no tenía ni idea de si era verdad.

En otro corrillo de protección, un respiro artificial ante el caos y un oasis de resistencia contra el caos, Thurwar y Staxxx se agazapaban en los escasos metros de espacio que les dejaban las personas que las rodeaban, quienes habían formado un círculo con los brazos para protegerlas. Nile, Mari, Kai y otros dos miembros de la coalición, junto a más mujeres y hombres. Cada poco tiempo, Thurwar intentaba ponerse de pie para echar un vistazo y buscar a su familia, A-Hamm.

—¡Agachaos! Ya iréis con los demás cuando la cosa se calme.

El sonido de las armas al abrir fuego rasgaba la poca calma que pudiera haber, pero las dos mujeres oyeron las palabras que

Kai les había dedicado. Thurwar se arrodilló. Staxxx se sentó con las piernas cruzadas.

—Bueno, ¿y luego tenéis planes? —preguntó Staxxx. Tuvo que gritar para que la oyeran en medio del caos de fuera.

Thurwar observó cómo se dibujaban las sonrisas nerviosas. Las rodeaban la brutalidad y una muerte posible, y Staxxx, a su lado, intentaba gastarles una broma. Así era ser una Eslabón de A-Hamm. Esas personas vivían una experiencia exclusiva. Thurwar se habría reído de no haberla distraído la joven de Vroom Vroom. Miró fijamente a la portadora de la verdad.

—Un plan de tranquis; igual nos manifestamos un poco más, ya sabes. ¿Y tú? —dijo Nile con una amplia sonrisa.

Su sonrisa era una mentira que todas aceptaron agradecidas. Thurwar cayó en que era el mismo joven que había estado en Vroom Vroom. Se dio cuenta, al mirarlo a él y a las demás, que ninguno estaba al tanto de la información que la joven había compartido con ella.

—Me parece bien —respondió Staxxx—. A lo mejor quedo con este bellezón. Para planear los combates y demás. Tenemos que hablar con los técnicos, para ponernos a punto. Ya sabéis, lo típico.

—Claro —asintió Nile.

Se oyó una explosión fuerte. Al corrillo le costó moverse a la derecha antes de corregir el rumbo, Thurwar y Staxxx se quedaron en el centro, ilesas. Mari miró por encima del hombro. Las nubes de humo blanco atravesaban el aire hacia ellas.

—Por ahora, aquí estamos —dijo Mari, y el grupo asintió en señal de estar de acuerdo.

Thurwar miró a la joven y luego a Staxxx y se preguntó cuánto tiempo había pasado sin que la protegiera alguien que no fuera ella misma y *Hass Omaha* o Staxxx y *Treta de Amor*, o Atardecer y su espada de la suerte. Se percató de que, si Mari no

hubiera estado allí, delante de ella, no habría dicho nada. Habría elegido seguir fingiendo. Sabía que, si el mundo no hubiera orquestado aquel encuentro, habría dejado que pasaran los días como si nunca hubiera sabido lo que se avecinaba. Pero, al ver a la joven, el cuerpo de Thurwar irradió un terror más profundo que cualquier deseo. No podía permitir que otra mujer le dijera a Staxxx que ellas dos iban a enfrentase en el Campo de Batalla. Acercó los labios a la oreja de Staxxx. Notó cómo se abría en canal. Se aferró al ridículo delantal que había en la hierba porque tenía que agarrarse a algo y le habló a Staxxx y solo a Staxxx, con la certeza de que así le ponía fin a la parte de su vida que más disfrutaba.

—En el próximo combate, después de los dobles, nos van a obligar a matarnos la una a la otra. Van a cambiar las reglas —dijo Thurwar—. En cuanto seas Colosal, se acabó. Nos obligarán. Si hay dos Colosales en una misma Cadena, tienen que enfrentarse en el Campo de Batalla. Va a ser así en la trigésima tercera temporada.

Daba gracias de que la gente que formaba un corro a su alrededor no pudiera oír las palabras que le metía en el oído a Staxxx, pero se imaginó que la chica que le había contado la verdad sabía exactamente lo que le decía.

Thurwar se echó a llorar, con más fuerza de la que se creía capaz. Lloraba no solo porque todo se terminara, sino porque lanzaba a la mujer a la que amaba a ese mundo cruel. Y, así, sintió desconcierto cuando Staxxx la miró no con severidad ni con incredulidad, sino con sinceridad, en los ojos y en los labios, y le rodeó la oreja con las manos para que solo Thurwar oyera la historia. Le dijo:

—Te voy a contar qué le pasó a Atardecer.



Tercera parte

Atardecer Harkless

El día que Atardecer Harkless perdió la vida, alzó la vista y contempló cómo las HCM entraban flotando en el compartimento del Ancla.

—Comienza el Apagón —anunció el Ancla.

Y los Eslabones de A-Hamm prorrumpieron en vítores. Disfrutar de los Apagones había sido una tradición, la de contar historias junto a la hoguera con un entusiasmo distinto. Intentar recordarse unos a otros quiénes eran. Y eso fue lo que hicieron aquella noche. Pasaron un buen rato sentados junto a la hoguera; era casi seguro que iba a ser la última noche de Apagón de la etapa de Eslabón de Atardecer y sabían que se iba a marchar con algún tipo de discurso. Atardecer Harkless era muy parlanchín. Siempre lo había sido.

—Se hace tarde —dijo al fin.

Atardecer sonrió con los dientes. Los toques de gris en las gruesas patillas le resplandecían y contrastaban con la piel marrón. No llevaba ninguna tira de cuero, solo una camiseta y un chaleco de cuero marrón y los pantalones de trabajo que llamaba «los pantalones para todo», por la cantidad de bolsillos que tenían. Todos los Eslabones de Angola-Hammond estaban reunidos a su alrededor.

—Me tengo que ir —dijo Pistolín Puddles, y comenzó a levantarse.

—Espera un momento, siéntate —le pidió Harkless.

Y Pistolín se sentó.

La noche era fresca a la oscuridad y al fulgor de la hoguera y por el hecho de que no los vigilaran.

—Ya sabéis que me preparo para lo siguiente.

—La Alta Libertad —dijo Thurwar en voz alta.

—La Alta Libertad —repitió la Cadena.

—La Libertad, por fin —se rio Atardecer—. Llevo mucho tiempo aquí. Me acuerdo de la primera vez que conocí a esta buena amiga mía, que resulta que es la mayor hijaputa que jamás ha blandido un martillo. Incluida la señorita Bishop, en mi opinión.

Thurwar lanzó una mirada a Atardecer y asintió en señal de aprecio.

—Algunos nunca habéis visto una fusión, pero, veréis, en mi época no eran nada fáciles.

Staxxx vio cómo Thurwar no le quitaba el ojo de encima a Atardecer y cómo le desaparecía de la cara la sonrisa. Atardecer sujetó su espada en las manos, examinó la hoja, observó cómo la luz de la hoguera rebotaba en ella y luego la clavó en la tierra, a sus pies.

—Aquí vinimos la Huracán, Randy y yo, a una Cadena que ya tenía su propio orden. Hasta unos Pipiolos pueden alterar ese orden, pero un grupo como el nuestro… joder. Por aquel entonces, casi era Segador. Se esperaba que fuera una explosión y lo fue. Porque no solo éramos Randy, la Huracán y yo. Os acordaréis de que también estaba Joey el Atontado.

La Cadena se sumió en un silencio más profundo. Atardecer sonrió, pero no se rio.

—Joey el Atontado era un Novato de la leche. Estaba más verde que aquí el colega. —Atardecer señaló a Rico, que se enderezó al darse por aludido—. Y más delgado. ¿Os acordáis de Joey el Atontado? Ya sabéis que Micky no le puso el nombre. Se lo puse yo. Por las pintas que tenía. Parecía confundido de seguir

vivo, siempre parecía confundido. Joey el Atontado..., ¿os acordáis de él?

Los Eslabones se quedaron callados. Staxxx observó a Thurwar. Thurwar clavó la mirada en el suelo.

—¿Os acordáis de él? Sé que no lo habéis olvidado.

—Sí, me acuerdo —dijo Randy Mac.

—Bien —contestó Atardecer—. Venía con nosotros. Un Novato de los pies a la cabeza y casi todo el tiempo tenía pinta de ser tonto de remate. Así era el Atontado. Ya sabéis que me gusta hablar, así que llegué a conocerlo un poco. Me enteré de que sus padres vivían en Undrowned Lanier, era un chaval del Sur. En algunas palabras se le notaba el acento, pero intentaba esconder esa parte de sí mismo. Se creía que sonaba más duro sin el acento. Bueno, pues Joey el Atontado era otro de los que vinieron aquí con la fusión. ¿Alguien se acuerda de qué le pasó? Aún no estabais todos, pero os pregunto si os acordáis.

El fuego bailaba. Nadie dijo nada, pero Staxxx sí se acordaba.

Atardecer se rio al aire.

—Nadie se acuerda, ¿eh? Tenía pinta de estar empanado y confundido.

Los Eslabones seguían esperando.

—Joey el Atontado, Joey el Atontado, ¿no os acordáis...?

—Lo maté yo —dijo Thurwar. Staxxx vio cómo levantaba la cabeza—. Lo maté yo.

Atardecer dio un brinco. La espada seguía clavada en la tierra, a sus pies.

—Lo mataste. Lo mataste. Lo mataste. ¿Recuerdas por qué?

Thurwar miró a Atardecer, los ojos le refulgían del dolor. *Hass Omaha* yacía en el suelo, a su lado. Angola-Hammond llevaba mucho tiempo dependiendo de que esas dos potencias,

Thurwar y Atardecer, convivieran en una tranquila amistad. Andaban al toma y daca.

—¿Recuerdas por qué, Loretta?

—Quería… —comenzó Thurwar. Staxxx le tocó la rodilla, pero le quitó la mano, como si le dijera: «Lo haré yo sola»—. Lo maté porque… Cuatro.

—Porque cuatro. —Atardecer se rio y Rico Muerte y Pistolín lo imitaron, con debilidad.

Hielo y Sai y Randy y los demás permanecieron en silencio.

—¿Qué significa «cuatro»?

—Porque cuatro erais demasiados —dijo Thurwar, en voz alta pero temblorosa—. Cuando vinisteis, creí que cuatro personas erais demasiadas. Así que me dije que aceptaría a tres.

—Así fue. ¿Y qué te dije yo?

—Dijiste que eso no iba a pasar, que por encima de tu cadáver.

—¿Y qué pasó luego?

—Y luego…, y luego salí corriendo y le di un golpe. En la sien, cuando estaba de pie. Murió de inmediato. Pero le di otro golpe, en el suelo, en el mismo sitio.

—Y luego dijiste…

—«Aquí solo hay un cadáver, este».

—Entonces, ¿«cuatro» es el motivo por el que lo mataste?

—Lo maté porque pude y porque había trabajado con un objetivo en mente y no quería que vinierais a echarlo todo por tierra. Quería que supierais quién era yo. Lo maté porque quería que vierais quién era yo y cómo eran las cosas aquí.

—¿Y por qué más?

—Lo maté porque no quería tener miedo —dijo Thurwar—. No quería que mi Cadena le tuviera miedo a nadie más que a mí.

—Así que fue porque tenías miedo. Y no era la primera vez que hacías algo así. Borrar a alguien del mapa porque sentías que necesitabas eliminarlo.

—No.

Thurwar se puso de pie, pero no se marchó.

—Estamos en el Circuito, así que la gente muere todo el tiempo. Estamos acostumbradas. Si no morimos nosotras, seguimos adelante.

—Relájate, Retta, solo estamos hablando. Pero la razón por la que saco el tema, la razón por la que me acuerdo de él hoy, en mi último Apagón, es… Mirad a quién tenéis delante. La historia suena a que va de otra persona. Suena a que cuesta creer que Loretta fuera la persona de la que habla. Pero lo he visto con mis propios ojos. El Atontado murió antes de que pudiera quitar esa cara de confundido. Y ahora ella está a punto de ser Gran Colosal y nunca volvería a actuar así. Y yo no la he cambiado. Joder, tenía un miedo de la hostia. Pero ella ha cambiado y yo he cambiado y me siento orgulloso de la hostia. —Atardecer Harkless se acercó caminando a Thurwar y se quedaron cara a cara—. Loretta, has hecho cosas horribles, pero me siento orgulloso de quién eres ahora. Lo que quiero es que veas lo que has hecho y te perdones a ti misma.

Atardecer la envolvió con los brazos, pero ella dejó los suyos flácidos. Cerró los ojos con fuerza.

—Si puedes perdonarte a ti misma, harás lo necesario, aquí y después de la Alta Libertad. —Soltó a Thurwar—. Joder, en eso consiste la verdadera Alta Libertad. De no haber cargado con lo mío y de no haber matado a quien he matado, mierda, sería predicador. —Atardecer rio entre dientes y miró al resto de la Cadena—. Si te perdonas a ti mismo, ves la Alta Libertad. Eso es lo que quiero para todos vosotros. Que os perdonéis y, a partir de ahí, empecéis a ayudar a los demás. ¿Os dedicaréis a ello

cuando me marche?

Los Eslabones no dijeron nada. Se quedaron sentados en silencio un buen rato.

—Me voy a la cama —anunció al final Randy Mac.

Miró a Staxxx, que asintió con la cabeza para decir, en silencio, que pronto iría con él. Thurwar lo vio y se fue a su propia tienda, en la que se desvaneció deprisa. Los demás Eslabones se metieron en sus respectivas tiendas o sacos de dormir y se durmieron. Atardecer esperó junto a la hoguera con Staxxx.

—Sígueme, Hamara —dijo Atardecer al levantarse y sacar la espada del suelo.

De una patada, echó un cubo de agua en la hoguera, liberó a la oscuridad y luego se marchó del Campamento.

Staxxx cogió la guadaña. Caminaron a oscuras, Staxxx solo un paso o dos por detrás de Atardecer. Atardecer, que la había protegido en los juegos hasta que le había tocado a ella protegerlo a él. Atardecer, cuyos delitos se suponía que eran imperdonables y, sin embargo, allí estaba ella, su amiga. Llegaron justo al límite del campo magnético. El lugar donde su confinamiento se tradujo en una atracción física. Staxxx se apoyó en el muro invisible, de modo que se fue inclinando despacio hacia el suelo hasta que dio un paso atrás y recuperó el equilibrio. Atardecer se rio.

—No pierdas la diversión.

—La diversión soy yo —replicó Staxxx, y lo dijo en serio, pero también tenía miedo.

Por la mirada de Atardecer, le daba la sensación de que veía una parte de él que no había visto antes. Una calma real y cruda. Solía estar animado y ser jovial, pero siempre le parecía que se esforzaba en ello. Asió el mango de *Treta de Amor* y luego lo soltó. Dejó el arma en el suelo.

—Te tengo que contar una cosa. Es importante. Ya sabes que me las apaño para que me pasen información.

—¿Y cómo te las apañas?

Era cierto que Atardecer siempre parecía saber un poquitín más que los demás.

—Ya da igual, pero el conductor que hemos tenido el último par de meses era mi yerno. Me contó una cosa que creo que querrás saber.

—¿El qué?

Staxxx no estaba segura de querer saberlo, pero sabía que tenía que saberlo.

—Te lo voy a contar, pero solo si haces una cosa por mí —dijo Atardecer.

—Me estás dando mucha ansiedad, Atardecer, ¿qué…?

—Va en serio, Hamara. Es importante. Es sobre ti y sobre Loretta. Necesito que hagas una cosa por mí, ¿vale?

Staxxx y Atardecer permanecieron en el límite del campo de fuerza, en una naturaleza que el mundo no tenía el privilegio de contemplar.

—Sí, vale.

—Te lo voy a decir y luego no lo podré retirar, ¿lo entiendes?

—Dime.

Atardecer le puso una de sus manazas callosas en el hombro a Staxxx.

—Lo siento.

Staxxx ya estaba llorando.

—Después de que llegues a Colosal, van a cambiar las reglas. La próxima temporada, tras el siguiente combate de dobles que tienes con Retta, solo permitirán una Colosal por Cadena.

Al fin. Al fin pasaba lo peor. Al fin habían dado con un

sufrimiento insuperable. Lo escuchó.

—Las excepciones se las verán en el Campo de Batalla. Te lo cuento porque, con lo loca que estás, sé que puedes guardar el secreto. Loretta… no sé cómo se lo va a tomar. Se lo guarda todo y no sé si le queda sitio para esto.

Incluso con la vida hecha trizas ante ella, Staxxx sintió el apacible terror de separarse de sí misma, de ver cómo se disociaba.

Atardecer le puso una mano en la cabeza; le deslizó los dedos por las rastas y le tocó el cuero cabelludo mientras se acercaba para abrazarla.

—Gracias por contármelo —dijo Staxxx.

Intentó apartarlo de un empujón. Quería buscar a Thurwar, pero él no la soltaba.

—Espera, Hamara. Por favor. Te necesito justo ahora.

Staxxx se arremolinó. La nueva vida que había nacido de aquella revelación repentina la estrangulaba.

—No puedo. No.

—Sé que es imposible, pero también es obvio. Así son. No lo iban a permitir. Las dos habéis conseguido una cosa muy especial. Les habéis demostrado que somos iguales que ellos. Les habéis recordado que todos somos personas, así que tienen que acabar con ello. Y ahora te toca decidir qué vas a hacer.

—Vete a la mierda.

—Lo siento. Es un poco egoísta por mi parte. Soy egoísta desde hace mucho tiempo.

—Los dos sois la única familia que tengo —dijo Staxxx, con ganas de desaparecer.

Sí era capaz. Podía sumirlo en el sueño eterno. Iba a hacerlo.

Atardecer le leyó la mente, pero se apropió de las palabras.

—Y ahora quiero que me mates —dijo.

Staxxx volvió a empujarlo.

La soltó y se quedó allí, con las manos a los lados, una sonrisa leve y mirando el suelo.

—Te lo pido por favor. Necesito tu ayuda. Si dices que fue cosa de Pistolín, no se quejarán.

—Me niego —espetó Staxxx.

—Ya sé que no quieres. Lo siento. No sé, Ham, estoy desesperado. Se acerca el día de mi liberación, del próximo Campo de Batalla. No veré la temporada nueva. Y no voy a salir al mundo.

—¿Y qué quieres que les diga a los demás? ¿Cómo se lo explico? Me niego —dijo Staxxx.

—Te necesito, ne… necesito ayuda. Tanto matar y ahora no me sale.

—¿Y qué pasa con lo de perdonarse a uno mismo? ¿Qué pasa con todo lo que acabas de decir? —Lo entendía del todo, pero necesitaba oírselo decir—. ¿Por qué me lo pides ahora?

—Porque he hecho lo que se esperaba de mí. Esta vida se ha acabado para mí.

Staxxx no se sentía satisfecha y la insatisfacción se le veía bien en la cara.

—¿«Haced lo que os digo, pero no lo que hago»?

Atardecer rio, Atardecer siempre era capaz de reír.

—No pienso salir ahí fuera. Ya sabes lo que hice. He hecho daño a mucha gente. No soy el hombre que recuerdan. Pero no tengo fuerzas para demostrárselo. No soy capaz de hablar con mi hija sobre quién era antes. No puedo explicarle quién soy ahora. Lo siento. No me perdono a mí mismo. No me lo voy a perdonar. Y tampoco pienso obligar a nadie a que se plantee perdonarme. No sé qué me merezco. Pero no puedo salir. Os deseo lo mejor. Pero conozco mis límites. Así que quiero que cojas la espada y me guíes. Te ayudaré, pero también necesito

que me ayudes.

—¿Y por qué no dejas que te maten en el terreno de juego? —le suplicó Staxxx.

—Me falta valor —contestó Atardecer—. Sé que no está bien que te lo pida, pero no creo que vaya a tener el mismo valor en el terreno de juego. Me da miedo que haga lo mismo de siempre, que me ponga a matar a los demás, como siempre. Por favor, Hamara. Me lo he pensado.

Era su vida. Su propósito. Sembrar una clase de amor severo en el mundo. Estaba allí para ayudar a las personas con lo que no podían hacer ellas solas.

—Solo tienes que guiarme la mano —insistió Atardecer—. No pido el perdón de nadie. No quiero que piensen nada bueno de mí. Diles que hice algo para merecérmelo. No pienso salir. —Volvió a sonreír y se puso a llorar—. No estoy enfadado. Estoy cansado. Estoy feliz de poder descansar. —Se apuntó al cuello con la espada—. Por favor, guíame la mano.

Y Staxxx se puso detrás de él. Atardecer se arrodilló. La cuchilla le presionaba el cuello.

—Te quiero —les dijo al mundo y a Staxxx y a su hija, a todos a quienes había hecho daño y a todos los que le habían hecho daño a él.

Atardecer Harkless sujetó la espada y Staxxx le sujetó los nudillos duros. Cuando Atardecer cortó la carne, Staxxx lo soltó. Cortó a matar y sin rodeos y la vida manó, manó de él. Y Staxxx lo sujetó del pecho mientras sucedía, en lugar de sujetar la espada, porque sabía que lo que Atardecer quería y necesitaba era que lo abrazaran.

Gas lacrimógeno

—Entonces, no lo mataste.

Staxxx le apretó la mano a Thurwar, que la tenía flácida, y Thurwar le devolvió el apretón. La verdad era dolorosa, pero Thurwar también se sentía como si le contara un cuento que ya había olvidado. Uno que siempre había conocido.

—¿Tú crees? No lo salvé —dijo Staxxx—, pero quizá salvé a otra persona. De no haberlo hecho, otra persona hubiera acabado muerta. Sabía lo que representaba para la gente. No quería que supieran qué decisión había tomado. Le guardaba el secreto.

—Lo que no entiendo es por qué… —Thurwar trató de respirar, con dificultad—. ¿Cómo tengo que ser para que confíes en mí? ¿Por qué no confiaste y me lo contaste?

Se oía cómo abrían fuego contra los rebaños de manifestantes y los hombres que disparaban llamaban a la calma. Todo el mundo lloraba a causa del gas lacrimógeno que los policías-soldados habían lanzado por toda la feria de granjeros[42].También había caído en su corrillo y les costaba ver, respirar les resultaba doloroso.

—Quería poner en práctica una nueva forma de ser. Deciros a ti y a todos «mirad lo que le he hecho» y pediros que me perdonarais. Y me habéis perdonado. Quería que todos lo vieran.

Thurwar sabía que, al hablar de «todos», se refería a los espectadores. La gente que comía palomitas mientras los

Eslabones morían.

—Quiero que te preocupes por mí, no por ellos —dijo Thurwar, llorando como casi todos los que quedaban en la feria.

—Me preocupo por todo —contestó Staxxx.

Quería enfadarse, pero las lágrimas y las circunstancias le hicieron sentir algo mucho mayor que la ira. Le puso una mano a Staxxx en el cuello y se acercó para besarle la frente.

—Siento que tuvieras que matarlo. Siento que te lo pidiera. Siento que te lo pidiera a ti y no a mí.

Staxxx la oyó, intentó respirar y le apretó la mano.

—Nosotras —dijo.

La muchedumbre se había dispersado, casi del todo. Lo único que quedaba eran unos corrillos pequeños que protegían a los Eslabones, los policías-soldados y los seguidores más entusiastas, contentos de pegarle a alguien al abrigo del caos. Los manifestantes que rodeaban a Staxxx y a Thurwar tosieron, pero se mantuvieron firmes y unidos. La policía volvió a pedir la paz mientras sus tanques entraban rodando.

Staxxx se enderezó y evaluó el panorama. Se sentía dolida, pero también revivida por haberle dicho la verdad a Thurwar. Le aliviaba saber que Thurwar sabía lo que les esperaba y que el final no era un secreto con el que tendría que cargar ella sola, que tampoco lo había soportado ella sola. Hasta en eso estaban las dos juntas. Una pareja llena de destino, no podrían negárselo.

La gente huía al oeste y parecía que la policía se lo permitía. A unos cuantos les dispararon balas de goma a la espalda, pero les preocupaba más despejar la zona y rescatar a los Eslabones. El lamento de los sanitarios al aproximarse estuvo a punto de ahogar el sonido del tenue caos.

—Sería una buena idea que os marcharais, ¿no? —dijo Staxxx, y le tocó el hombro a Kai—. Volved a casa sanas y salvas, ¿vale?

Kai asintió con la cabeza y el corrillo no tardó en deshacerse. Staxxx tosió con fueza y luego sonrió.

—Gracias —respondió.

Mari les tendió un brazo y vio las rayas de las muñecas de Thurwar. El mecanismo de control que le habían instalado en el cuerpo. Thurwar le cogió el brazo y se levantó tosiendo. De pie, era más alta que Mari. La miró con calidez y sin soltarle la mano; la mano de la chica era pequeña pero no muy suave.

—Gracias —dijo Thurwar—. Significa mucho para mí.

Mari la miró a los ojos y contestó:

—Gracias. Conocías a mi padre. Sha… Atardecer. Gracias por ayudarlo.

Thurwar oyó a la mujer, a esa joven a quien Atardecer se había imaginado, por quien había tenido esperanzas, con quien había soñado y por quien había llorado.

—Todas estamos contigo. Me llamo…

—Marissa —la interrumpió Thurwar—. No dejaba de hablar de ti.

—Lo sé.

Staxxx las observó y escuchó. Se soltaron.

Staxxx y Mari se miraron con los ojos llenos de lágrimas. Mari y la mujer que creía que había matado a su padre. Staxxx comenzó a hablar:

—Lo…

Pero Mari se abalanzó sobre Staxxx antes de que continuara.

—Sea lo que sea, no pasa nada.

Y abrazó a Staxxx y Staxxx le devolvió el abrazo y lloraron y, aunque les costaba respirar, intentaron inspirarse la una a la otra.

El sonido de los disparos se acercó más y más, y cerca del grupo explotaron más granadas de gas lacrimógeno.

—Es hora de que os marchéis —las apremió Thurwar.

—Vale —aceptó Mari mientras Kai las observaba.

—Gracias —le dijo Kai a Thurwar. Le hizo un gesto de asentimiento a Staxxx, pero no añadió nada.

La familia improvisada se disolvió. Mari y la coalición se marcharon, se fueron por la dirección que les indicaban los policías-soldados. Thurwar se miró las muñecas, las rayas brillantes, y pensó en la angustia que había reprimido. Pensó en cómo Staxxx le había mentido una y otra vez y en cómo la seguía queriendo igual o incluso más.

—¿Echamos una carrera? —propuso.

—Allá donde vayas, te acompaño —dijo Staxxx.

Recorrieron varios metros hasta un sitio donde el aire parecía un poco más limpio y se sentaron en la hierba para ver cómo los policías-soldados apaleaban y reducían y volvían a apalear a las personas que aún no habían evacuado la feria. De pronto, les parpadearon tres rayas rojas en las muñecas, lo que significaba que no podían moverse apenas ni aunque quisieran.

Les quemaban los ojos y los pulmones.

—¿Y todo esto? —murmuró Thurwar, contemplando el desastre. Vio que unos policías-soldados las habían reconocido y se acercaban a ellas.

—Somos la leche, ¿sabes? —dijo Staxxx. Le apoyó la cabeza en el hombro—. Ya había estado aquí. Creía que sentiría algo al volver. Y así ha sido, pero no como creía.

—¿Y qué se siente? —le preguntó Thurwar, con los ojos cerrados.

—Siento que este sitio no es mi hogar. Mi familia, ya sabes, no piensa en mí. Ni siquiera sigue aquí. Hubo uno que murió mientras yo estaba en el talego.

—Me acuerdo.

—Y otra persona se marchó y no se la ha vuelto a ver por

aquí, en la ciudad donde se sabía que su hija era una asesina.

—¿Y qué más? —dijo Thurwar, con el cuerpo congelado.

Staxxx esperó y luego respondió:

—Tengo miedo, pero también me siento... ¿orgullosa? Míralo todo. Me han oído. Nos han oído.

Thurwar apreció el caos, que llevaba su nombre. Quizá sí las habían oído. Se rio.

—Espera un momento, ¿esa de ahí no es tu madre? —preguntó Thurwar, señalando hacia el otro lado de la feria.

Staxxx levantó la cabeza y miró a la marea salvaje de personas.

—¡Que te jodan! —le soltó, sonriendo.

Thurwar se alegraba de que, incluso en aquel momento, fuera capaz de conseguir que Staxxx sonriera.

—Pero ¿y qué pasaría si estuviera aquí? ¿Qué le dirías? —le preguntó.

—Le diría: «Mamá, esta gente me quiere. Ojalá tú también me quisieras».

Thurwar la observó reflexionar.

—Le diría que lo hice porque aquel hombre intentó aprovecharse de mi cuerpo. Le diría: «Mamá, van a obligarme a matar a la mujer que amo porque creen que será el mayor espectáculo de la historia de la humanidad».

La policía disparaba con táseres a cualquiera que siguiese en la feria. Los cuerpos caían y se retorcían. Algunos se levantaban y otros yacían[43].

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Thurwar.

—Porque, después de que muriera Atardecer, quería disfrutar de ti, como en los viejos tiempos. Justo como tú querías. Y porque había una parte de nosotras que ya sabía qué se avecinaba. Aquí no puede existir nada tan bueno como lo nuestro.

Los policías-soldados habían atizado a la mayoría de la gente que querían y se dirigieron hacia ellas.

—Quiero que digas que te aterra. Porque a mí también me aterra. Quiero que me digas qué hacer.

Thurwar lloró y sintió muchas cosas mientras intentaba reprimir los sentimientos, porque, para sobrevivir, tenía que procesarlos. Procesarlos todos. Pero, en esa ocasión, lo soltó con crudeza.

—Ya sabes lo que tenemos que hacer. Vas a vivir. Y yo también.

—No. Dime a qué te refieres.

Thurwar estaba desesperada. Solo les quedaban unos instantes antes de que se las llevaran a rastras a los furgones.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya sabes qué vas a hacer. No vas a dejar que te destruyan. No voy a permitir que vuelvan a darte con el Influyente —dijo Staxxx—. Ya sabes la respuesta, así que dime qué vamos a hacer.

Thurwar acogió la sensación de que la aplastaran.

—Vamos a pelearnos. Lo vamos a intentar.

—Exacto —dijo Staxxx—. Además, T., si mi madre estuviera aquí, la mandaría al infierno. Y le diría que soy un campo eléctrico y que fui quien mató a Atardecer. Y que él era uno de los mejores hombres que he conocido. Y que quiero a esta mujer y que soy la Huracán.

Y fue entonces cuando los policías-soldados las levantaron del suelo y a Thurwar se le pusieron las muñecas moradas; se vio obligada a juntar las manos. Deseó contar con *Hass Omaha* solo para tener algo a lo que aferrarse, aparte de a sí misma. Las condujeron a un furgón de transporte. Mientras caminaban, le frotó el costado a Staxxx con el hombro y Staxxx hizo otro tanto con ella.

La leyenda de Hendrix, el Escorpión Cantarín Manco, y del Inmortal Jungla Craft

Esperaba en un furgón y pensaba en la leyenda en que se habían convertido. En el tiempo que habían pasado juntos.

—¿Estás listo, Cantarín? —dijo el conductor.

Cantarín estaba listo. Cantarín llevaba tiempo listo. Cantarín no estaba listo, para nada. ¿Acaso no era eso cierto siempre? Oyó al hombre, pero aún no había terminado de hacer memoria, de modo que se quedó sentado y pensó en lo que habían vivido para llegar allí.

Esa primera noche, Escorpión Cantarín hizo una cosa peculiar. Arrastró el cadáver del nazi que quedaba más lejos hasta el cadáver del segundo nazi para que pudieran descansar juntos para siempre. Les ofreció una dignidad mutilada que seguramente no le habrían concedido a él de haber tenido la oportunidad. Los productores no tardarían en recuperar los cuerpos, así que no había necesidad de enterrarlos.

El sol volvía a abrirse camino en el cielo cuando Escorpión se encaminó hacia el hombre que había masacrado a la mayoría de Sing-Attica-Sing. Se había dormido en la tienda de Campanilla y de Navaja, un símbolo de la fuerza de la pareja. Hendrix se adentró vacilante, portando *Azul Gigante*, la muerte

de obsidiana, negra y larga que lo había hecho famoso. La cuchilla vio el interior antes que él. Le apuntó al cuello a Craft con el filo, cerca de la nuez.

—Aquí no puedes dormir —dijo Cantarín. Le dio una patada en el hombro y retiró la cuchilla para evitar que Craft se la clavase al levantarse con brusquedad. Los tres ojos de las HCM proyectaban luz en la escena, se ayudaban unas a otras a grabar mejor lo que sucedía. Cantarín no alzó la voz y mantuvo la calma—. Puedes dormir ahí, al otro lado o fuera, pero aquí no. Solo faltan unas horas hasta que tengamos que salir de Marcha, pero esta tienda no es tuya y no puedes dormir en ella.

Craft parpadeó y se acabó de desperezar del todo.

—A mandar —respondió.

Luego se puso de pie y salió al joven amanecer. Dio con una tienda que había sido de uno de los Exterminadores y desapareció dentro de ella. Hendrix pasó un rato más en la tienda grande y pensó en Campanilla y en Navaja, en Ochenta. Habían sido una buena familia de malas personas, como le gustaba decir a Ochenta. Ya los echaba de menos, los echaba muchísimo de menos.

—¿Por qué, Señor?

Salió y se encaminó a la tienda más pequeña, a unos pasos de distancia.

Esa mañana, más tarde, Hendrix Cantarín volvió caminando al sol joven y a la hierba mojada de rocío y miró el cielo. El blanco azulado le hacía la boca agua, como si su cuerpo ansiara darles un bocado a los cúmulos. Los drones no tardaron en aparecer con las cajas de comida. Miró al otro lado del centro del Campamento y de la hoguera, que se había apagado hacía tiempo. Allí estaba Craft, sentado y despatarrado. Se le dibujó en

el rostro una amplia sonrisa cuando vio a Cantarín y luego desapareció. Hendrix volvió a entrar en la tienda para recuperar a *Azul Gigante* y observó cómo Craft se erguía. Cantarín fue caminando hacia él y se sentó enfrente, al otro lado del centro de cenizas.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó.

Craft tenía la cara limpia y bien afeitada. La luz le cambiaba los ojos de grises a azules. La piel pálida parecía reseca y apagada, como si hubiera pasado mucho tiempo sin exponerse al sol. En las manos llevaba las cuchillas con las que había matado a Campanilla, a Navaja y a los Exterminadores.

—Sí, señor.

—Sí, ¿eh? ¿Sabes dónde estamos? ¿Qué sitio es este? —insistió Cantarín.

—Estamos en el infierno —dijo Craft.

Y al oírlo, muy a su pesar, Cantarín sonrió. Y Craft también sonrió, aunque tenía los ojos muertos y la sonrisa no tardó en morir también.

—Sé que ya lo has dicho, pero ¿quién eres? ¿Quién crees que eres?

—Soy un hijoputa violador, un cabronazo.

Cantarín miró fijamente al hombre y, cuando a Craft le quedó claro que no estaba satisfecho, el hombre nuevo volvió a hablar:

—Soy Simon J. Craft.

—Simon J. Craft. ¿De qué es la jota? —le preguntó Cantarín. Se protegió los ojos del sol y vio la flota de alimentos que bajaba flotando. Como Craft no respondió a la pregunta, lo volvió a intentar—: ¿De qué es la jota? —Miró al hombre y vio que tenía la mirada dispersa, buscaba algo. Las pupilas iban y venían; se levantó y se volvió a sentar en silencio. Cantarín se apoyó en la otra pierna y asió la lanza con más fuerza—. No te

preocupes, puede ser de Jungla o de lo que más te guste.

La tranquilidad invadió el rostro de Craft. Una tranquilidad que acabó rompiendo una sonrisa dura, que desapareció con la misma rapidez con que había venido.

—Jungla es un buen nombre para un salvaje, de todas formas —comentó Cantarín, y el primero de los drones soltó una caja detrás de Craft.

En un abrir y cerrar de ojos, Craft le había dado la espalda a Cantarín y se había puesto a apuñalar la caja.

—¡Eh, Salvaje! —exclamó Cantarín—. ¡Para ya!

Y Craft se quedó quieto. Hendrix observó y sopesó lo que pasaba. Craft tenía perlas de zumo de naranja en el pecho desnudo y una capa de gachas en las cuchillas y en el dorso de las manos.

—Mírame, chaval de la jungla —dijo Cantarín—. Me llamo Hendrix Cantarín y, en este nivel del infierno, voy a ser tu supervisor. ¿Lo entiendes?

—A mandar —respondió Craft. Le echó un vistazo a la lanza negra y otro a Cantarín. Pero los ojos siempre parecían volver a la lanza.

A su alrededor cayeron más cajas.

—La primera lección es cómo comer sin masacrar el desayuno, que en el Circuito nos llega todas las mañanas sobre esta hora.

Hendrix esperó una carcajada que nunca llegó. Se imaginó los fantasmas de sus amigos, quienes esperaba que entendieran por qué ayudaba a ese hombre. Esperaba que, en el más allá, sintieran algo, aparte del odio. Que supieran que Cantarín odiaba al hombre que tenía delante, pero que también sabía que tenía que cargar con él. Ni siquiera Hendrix lo entendía. Solo sabía que, a pesar de su fuerza, ese hombre parecía indefenso.

—¿Lo entiendes, hombre de la jungla?

Craft no dijo nada.

—No te preocupes. Ya lo pillarás.

Se esperaba que perdieran su primer combate.

—Habrá dos hombres al otro lado —le explicaba Cantarín mientras aguardaban a que se abriera la puerta a la palestra—. Sígueme y, cuando te suelten, atacas. Aquí no pasa nada por matar. Aquí hay que matar. Habrá dos hombres. Somos nosotros dos contra ellos.

El rugido de la muchedumbre solía revolverle el estómago a Cantarín, pero el proyecto de enseñar a sobrevivir a ese hombre lo calmó, de alguna manera. Craft sonrió, dejó de sonreír, luego sonrió y dejó de sonreír; quedaba claro que hasta él estaba nervioso. Hasta el hombre de la jungla tenía miedo.

—Escúchame —dijo Cantarín—. En cuanto veas a alguien ahí fuera que no sea yo, lo matas. ¿Lo entiendes? A mí no me atacas nunca. A ellos los matas.

—Lo entiendo.

—Vale, te irá bien.

Cuando el presentador del Campo de Batalla les preguntó por sus últimas palabras, Cantarín dijo:

—Espero que estéis orgullosos de en qué habéis convertido al hombre que tengo al lado.

Luego se puso a cantar:

Bueno, John el Largo…

Antes de que le cortaran el micrófono y se lo pasaran a

Craft.

—Oiga, ¿sabe por qué lo llaman Jungla Craft? —le preguntó el rubio del cielo.

—Me llamo Simon J. Craft —respondió Craft.

—Eso dicen —dijo el comentarista, con una carcajada que compartieron miles de personas.

Y luego los soltaron.

Cantarín y Craft iban en tándem, como si se comunicasen telepáticamente. Corrieron hacia los hombretones, los hermanos Peñasco, que blandían sus cadenas al otro lado de la palestra. En cuanto se acercaron, una cadena salió volando hacia Cantarín y él la desvió con la lanza. Le dio un pisotón a la cadena para que el hermano Peñasco no pudiera recuperarla. Gruñó e intentó rescatar el arma mientras el otro hermano Peñasco le lanzaba un cadenazo a Craft. Craft dio una voltereta y la cadena no lo rozó, y luego arremetió contra el brazo del primer hermano Peñasco, estuvo a punto de cortárselo de cuajo. El hermano chilló hasta que Craft le rebanó el cuello. Se desplomó. El otro consiguió recuperar la cadena de los pies de Cantarín y la blandió por encima de la cabeza, con la intención de que sus oponentes no se acercaran. Craft lo observó y esperó, agazapado hasta que tuviera una oportunidad. El Peñasco no le quitó los ojos de encima y Cantarín salvó la distancia que los separaba, se agachó para pasar bajo la cadena y apuñaló al hombre en la curva debajo de la barbilla.

La muchedumbre chilló y nació la leyenda de Hendrix, el Cantarín manco, y Jungla Craft.

Durante una larga Marcha, muchos meses después de que los emparejasen, Hendrix Cantarín, al parecer, se cansó de cantar. La gente de todo el país sabía cómo se llamaban. Habían ido juntos

a muchos estadios.

—¿Sabes cómo me quedé así, asimétrico? —le preguntó Cantarín mientras caminaban por la tierra dura y cocida.

Era un día caluroso. Cantarín se había asegurado de que Craft se preparase para cada Marcha. Antes de los combates en la palestra, le administraba los Puntos de Sangre, lo ayudaba con armaduras, con el mantenimiento de las armas y con la comida. Se habían acostumbrado a la rutina y, aunque le seguían dando ataques repentinos de risa o de llanto, Craft casi siempre guardaba silencio y casi siempre hacía lo que se esperaba de él. Pero, ante la pregunta de Cantarín, Craft miró a su compañero de Cadena y no dijo nada.

—Jungla, te pregunto si quieres saber cómo perdí el brazo. ¿Lo quieres saber?

—¿Te falta un brazo? —dijo Craft.

Y Hendrix se pasó riendo los siguientes tres kilómetros.

Esa misma noche, se sentaron a sudar juntos, al calor de dondequiera que estuviesen. Hendrix espantaba los mosquitos mientras Craft se ventilaba una hamburguesa de pavo con buenos mordiscos.

—¿Qué clase de loco eres? —le preguntó Hendrix—. He conocido a unos cuantos a los que les han dado con el Influyente…

Craft soltó la hamburguesa y se puso a suplicarle:

—Por favor, lo siento. Lo siento.

Hendrix miró a Craft, que lloraba. Se pasó un buen rato observándolo.

—Vale, vale, Jungla. Sigue así y no tendrás que preocuparte de eso, ¿vale?

—A mandar —respondió Craft, y cogió la hamburguesa del suelo polvoriento y continuó comiéndosela.

—Bueno, joder, pregúntame algo. Tengo voz, coño. Dale.

—¿Cómo perdiste el brazo? —dijo Craft con la boca llena.

Cantarín echó la cabeza atrás y se rio con ganas de la luna emergente, del Ancla encima de ellos, de su vida, de ese país, de ese mundo que los había convertido en lo que eran.

Así fue como se lo empezó a llamar el Inmortal.

No llevaban ni una hora de Marcha cuando Hendrix Cantarín oyó las voces que charlaban. Allí fuera, en el Circuito, las voces humanas y desconocidas significaban que la muerte andaba bien cerca. Había sobrevivido a dos Melés, pero se había quedado al margen, más bien, pues en ambas ocasiones Campanilla se había cargado a un hombre justo al principio y les había puesto fin de inmediato.

—Jungla —dijo Cantarín—, quédate quieto un momento.

Craft se quedó quieto.

—Quiero que mires en la mochila y te enrolles en los brazos las tiras de cuero.

El Ancla comenzó a avanzar más deprisa delante de ellos. Craft obedeció.

—Recógete el pelo un poco, para que no se te meta en los ojos.

Cantarín sujetó a *Azul Gigante* con la axila y luego se quitó de la muñeca, con la boca, una muñequera deportiva y se la dio a Craft.

—Ve deprisa, síguele el ritmo a este trasto. Que no te arrastre.

Avanzaron juntos y se fueron preparando. Cuando se quedó satisfecho con lo listo que estaba Craft, Cantarín volvió a hablar, pero con voz queda: la Cadena de la penitenciaria estatal Largesse ya los miraba. Era una Cadena sana y de ocho miembros.

Las dos Anclas de las Cadenas se juntaron en el cielo.

—Treinta segundos para la Melé.

—Jota, hoy quiero que luches con más fuerzas que nunca. Todos, menos yo, están a punto de intentar matarte. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Pues vamos a ver si es nuestro último día en el infierno.

—No lo es —dijo Craft.

Yolker el Pastizal, que era el miembro de mayor rango de la Cadena Largesse, llevaba una espada ancha escocesa en una mano y, en la otra, un escudo con el símbolo del dólar y el sol al amanecer.

—¿Cómo quieres que nos las apañemos, primo? —preguntó el Pastizal. Tenía la cabeza calva y todo el cuerpo musculado. Los demás miembros de la Cadena se veían igual de fuertes.

—Melé dentro de diez, nueve, ocho…

—Me enfrentaré cara a cara a quien elijáis —dijo Cantarín.

—Bah, pasamos de mierdas justas —repuso el Pastizal—. Queremos al salvaje.

—Melé iniciada.

—¡Vamos a dejar de hablar en balde! —les gritó Cantarín a los de enfrente.

—Melé iniciada.

—Danos al salvaje o te damos de hostias, Cantarín. Mi gente te va a joder vivo —dijo el Pastizal.

Y Hendrix miró a los ocho hombres y mujeres. No todos tenían armaduras, pero llevaban bates y espadas anchas, lanzas y martillos y cuchillos.

—Pasamos —soltó. Luego miró a Craft y le susurró—: A por ellos, hombre de la jungla.

Y Craft salió corriendo, con Hendrix justo detrás de él.

Las normas de la Melé requerían que solo se quitara una vida para terminarla. Cuando todo acabó, Simon Craft tenía una herida superficial a la derecha del abdomen y Hendrix se había hecho un esguince, así que se pasó cojeando el resto del camino al Campamento. También le sangraba un corte superficial en el hombro del brazo fantasma. Pero los dos hombres se marcharon del campo de batalla sin dejar vivo ni a un solo miembro de la Cadena de la penitenciaria estatal Largesse.

Ni un solo Eslabón nuevo se había unido a Sing-Attica-Sing desde la llegada de Craft. Pasaron los meses. Parecía que estaban destinados a viajar solos por el mundo. Cantarín no tenía ni idea de que se debía a un pleito en curso que involucraba a la división Sing-Attica-Sing del programa EPAC, que argumentaba que la salud mental de Simon Jeremiah Craft durante su estancia en la Cadena ponía en duda la afirmación de la prisión de que se encontraba en su sano juicio cuando firmó la documentación para apuntarse al programa. El caso estaba a la espera de juicio y, hasta que no se resolviera la cuestión, no se podían añadir Eslabones nuevos a la Cadena. De modo que la leyenda de la pareja siguió siendo suya.

Se sentaron junto a la hoguera, después de un día de Marcha. Llevaban más de un año siendo Hendrix Young, el Escorpión Cantarín Manco y el Inmortal Simon *Jungla* Craft. Al sentarse uno frente a otro, tan lejos de donde se habían conocido, o quizá no tan lejos (el Circuito era un camino a ninguna parte y a veces era un círculo), Cantarín le dijo a Craft que se pusiera delante de él.

—Quítate una de esas garras de Lobezno, ¿vale? Siéntate

aquí.

Y Craft le obedeció. Se sentó en la tierra pedregosa. La Marcha los había llevado por un terreno lo bastante cerca del agua como para que oyeran la marea nocturna, aunque no veían ninguna ola.

—Dámela —le pidió Hendrix, y sostuvo con los dedos la larga cuchilla de doble filo.

A Craft se le había puesto morena la piel con los viajes, pero las gruesas tiras de las manos, con las que se ataba las armas, seguían igual de pálidas que el sangriento día en que había aparecido.

Hendrix miró fijamente el arma y luego se puso la cuchilla en el muslo para poder colocarse las tiras y blandirla igual que Craft. Craft se sentó en el hueco que dibujaban las piernas de Hendrix, miró la hoguera y Cantarín se sentó en un tocón.

—¿Listo? —preguntó Hendrix.

—Sí, señor —dijo Craft.

Y Hendrix tiró del pelo salvaje que le caía a Craft por el cuello hasta que él inclinó un poco la cabeza y echó el cuello adelante. Hendrix acercó la cuchilla al cuello de Craft y comenzó a afeitarle el loco y alborotado pelo. Mientras tanto, cantó una melodía.

—He apostado un dineral por vosotros dos —dice el conductor.

Van frenando, las muñecas siguen azules. El hombre que se habla a sí mismo se siente como un dios entre los silenciados.

—Voy con vosotros —añade el conductor.

Quiere que sepamos que se nos ve bien muertos desde donde está él, pero espera que sorprendamos al mundo. El manco y el inmortal. Ya lo hemos sorprendido antes, no hay motivo de que no podamos conseguirlo otra vez.

—Hay mucha gente con vosotros, no lo olvidéis.

El furgón frena y ya se me ha olvidado, porque los recuerdos me pesan y ya no me queda sitio para ninguno más.

Agua Mala

A Thurwar la metieron a la fuerza en un espacio diminuto con Agua Mala. Al parecer, los policías-soldados la castigaban por el caos que se había desatado y por eso la alejaban de Staxxx. Apretaba las rodillas contra el plexiglás allí sentada, en el asiento trasero de un coche de policía, y Walter Agua Mala no dejaba de mirarla.

—No estoy llorando —dijo Thurwar, mientras lagrimeaba.

—Ya lo sé —dijo Agua Mala.

Miró por la ventana, mientras metían a los demás de A-Hamm en coches similares.

Thurwar no distinguía con exactitud dónde estaba Staxxx. Pensó en lo poco que faltaba para el momento en que las separasen para siempre. Lloró con tanta fuerza que el cuerpo le temblaba cuando el coche se puso en marcha y tomó la carrera.

—No tendría que estar aquí —dijo Agua Mala, hablando por encima del sonido amortiguado del dolor de Thurwar—. Mi A es de mentira. Nunca había matado a nadie hasta que llegué aquí.

Thurwar notó cómo la mente abandonaba a saltos el dolor sangrante del pecho. Pasó un rato sin decir nada y luego le preguntó:

—¿Y por qué firmaste?

Era una pregunta de respuesta obvia, pero necesitaba escapar y distraerse.

—Firmé porque era inocente y estaba cansado.

Todos estaban cansadísimos.

Thurwar miró a Agua Mala. No tardaría en morir. Ya lo habían matado un poco. Pasaba de él porque se había hecho amigo de Pistolín y porque no tenía la fuerza de voluntad necesaria para sobrevivir allí. Le daba asco lo poco apto que era para estar allí. También admiraba lo decidido que era, dada su ineptitud. Pero el hecho de que, de alguna manera, hubiera acabado ganando de chiripa cuatro combates en el Campo de Batalla insultaba todo lo que ella era.

—Yo soy distinta —respondió Thurwar—. Mi A es de verdad. Maté a una persona. A una mujer llamada Vanessa. Era preciosa y dulce. La destruí.

Después de pasar un rato en silencio, Agua Mala dijo:

—Vi cómo lo mataba Staxxx. Durante el Apagón. Estaban lejos, pero los vi.

Thurwar no dijo nada.

—Atardecer quería que lo matara. Lo vi. Fue él, pero parecía que quería que lo ayudaran. Staxxx no hizo nada. En realidad, no.

—Gracias —contestó Thurwar.

El mundo pasaba corriendo por las ventanillas.

—¿Y tú por qué firmaste? —preguntó Agua Mala.

Aquello era más de lo que habían hablado nunca.

—Porque… —Thurwar pensó en todas las mentiras que había contado con relación a esa pregunta y en cómo las respuestas verídicas que todo el mundo daba eran una versión de lo mismo— sentía mucho dolor.

Miró fijamente a Agua Mala mientras la ciudad natal de Staxxx se deslizaba detrás de él. Le miró la cara, la barba de tres días en la mandíbula, los ojos claros, y observó cuando dibujó una sonrisa con los labios costrosos. Comenzó a reírse, más y más fuerte.

Thurwar lo observó, luego sonrió y también se le escaparon unas risitas.

—Ya —dijo.

Y se pasaron el resto del trayecto riendo o en silencio, de vez en cuando.

El Regional

Thurwar se lavó el gas lacrimógeno de la piel en su habitación del Regional. Se duchó y luego dejó que se le relajaran los músculos al calor de un breve chapuzón en la bañera. Después se puso el pijama, de seda y con varios martillos estampados, y se giró hacia la consola de retransmisiones gratuitas para ver combates antiguos y prepararse, como dictaba su ritual.

Empezó viendo a los hombres a los que Staxxx y ella se iban a enfrentar juntas dentro de dos días; los viejos contrincantes. Pasó un rato estudiándolos, tal y como llevaba examinándolos desde que habían anunciado la batalla. Nunca había visto nada igual. Necesitaba una estrategia más precisa, lo sabía, y pasó a ver el viejo combate contra Unicornio Racine mientras lo sopesaba. Vio cómo ella misma asesinaba a Unicornio Racine, cómo se había bebido el fervor que la muchedumbre le regaló después. Se quedó sentada en la *suite* maestra y se acordó de cómo había sido ser esa persona que ahora observaba en los archivos de retransmisiones. Por aquel entonces, apenas cojeaba, la gloria era una anestesia increíble.

Observaba el recuerdo de la persona que había sido. Una persona que era ella. Una persona de quien se había desprendido porque ya no encajaban. Una persona que la había llevado al lugar que ocupaba ahora y a quien solía odiar.

—Te quiero —le dijo Thurwar al recuerdo.

Luego apagó la retransmisión. Al salirle de la boca, las palabras le habían sonado monocordes. El rencor que sentía por

sí misma seguía allí, como nunca.

—Mírate a ti misma, a quien eras, y piensa en cómo ves a esa persona. Has de ser amable contigo y… —Lo había dicho la médica de la que se había hecho amiga cuando estaba en el talego.

La habían bendecido con semejante mujer de compañera de celda. Patty. Pese a toda su suavidad, era lo bastante dura como para que no la hubieran quebrado las demás prisioneras, y muchas de ellas la respetaban. Daba clases de ciencias básicas y les ofrecía tutorías a las que Thurwar asistía, aunque no tenía ningunas ganas de estudiar ciencias. Le interesaba, aun así, ver cuánto podía saber una sola mujer acerca del mundo, del cuerpo y de cómo funcionaban. Hacía unos años, la doctora Patty había incendiado su laboratorio, por lo que decían. En la cárcel, Patty había sido delicada y muchas de las demás mujeres habían acudido a ella en busca de consejo. Thurwar no había ido a ver a Patty con esa intención explícita, pero su amistad había cambiado cuando la médica le habló una noche en la celda, mientras Thurwar lloraba en la litera superior.

—Gracias, Loretta —dijo la doctora Patty, y Thurwar no contestó—. Has sido muy amable conmigo y sé que te has preocupado de que me traten bien. Gracias. Eres una buena persona, Loretta.

—No lo soy —respondió Thurwar, y acalló sus lágrimas. Contuvo la respiración, con la esperanza de oír algo más aparte del ruido constante, bullicioso y caótico de la prisión.

—Pues claro que sí —dijo la médica con una voz que le sonaba al Caribe—. Y, si puedes, debes mirar a las personas que has sido, a esas personas por las que lloras cada noche, y recordar que ellas también necesitan amor. ¿Me entiendes?

Thurwar no la entendió en ese momento. Se sentía solísima, completamente alejada de cualquier clase de bien.

—¿Me entien…?

—Es una asesina —replicó Thurwar—. Esa versión de mí mató a mi persona favorita. No la quiero y no debería quererla.

—Ya te digo que tienes que quererla, amiga Loretta. Y a esa niñita que precedió a la persona por la que lloras tanto. Quiérela a ella también. Quiérelas a todas. He aprendido que es la única forma.

—Y aquí estamos.

—Sí, aquí estamos. Y te pasas el tiempo volviendo al pasado a odiarte a ti misma. Es una tontería. Lo sé.

—Ya.

—Mira.

Thurwar miró, pero no consiguió ver nada, salvo por la pierna que la médica extendía a un lado de la cama.

—¿Estás mirando?

—Sí —dijo Thurwar.

—Es mi pierna de los cortes.

Y Thurwar consiguió verla. Se había dado cuenta antes, al echarle un vistazo, pero no le había prestado mucha atención. Un mosaico de cicatrices y cortes le decoraban la pierna entera; era de un color muy distinto al de la rótula de la mujer y del trocito de muslo que Thurwar veía. En esa celda fría y gris, Thurwar observó la prueba del dolor de la médica.

—¿Y por qué crees que me los hice?

Thurwar no dijo nada.

—Me odiaba a mí misma por cosas que no controlaba. Me odiaba por no ser mejor. Me odiaba por…

—No somos iguales. Yo sí tenía el control. Tenía elección —dijo Thurwar.

—¿Y qué? —insistió la médica—. Lo aprendí hace mucho tiempo. Aquí no hay nada que negociar. Quieres a todas las personas que has sido y esperas tener una oportunidad de ser

mejor. —La médica volvió a meter la pierna en la litera—. O sea, puedes maldecir tu estampa hasta la luna y vuelta, ¿y cómo te sentirás? Pero intenta mirarte y decir «Te quiero» y ver lo que pasa.

—Sería mentira.

—Ya has hecho cosas peores.

Después, cuando la médica oyó que a Thurwar le iban a dar con el Influyente, ella misma se echó a llorar. Y se había mostrado muy atenta cuando Thurwar volvió a la celda. Le pidió que moviera los ojos, que se estirase así y asá. Que sonriera, que frunciera el ceño.

—¿Y ahora cómo te sientes, Loretta? —le preguntó.

—Me… —comenzó Thurwar, pero se perdió en sí misma. Lo que había creído que era el dolor no era más que una imitación barata. En esa celda de menos de dos metros cuadrados que llamaban «el Agujero», había descubierto la realidad, que le seguía ardiendo en el interior. Un terror del que tenía que escapar—. Me dijeron que me lo volverían a hacer —murmuró.

—Loretta, lo siento mucho. Lo siento mucho —lloró la médica, incluso mientras seguía examinando a su paciente.

Le pidió que le contara si sentía algún cambio cognitivo. Si notaba cambios de humor. Y así fue. Notaba una desesperación nueva, un deseo de terminar.

—Me marcho —le anunció Thurwar a la médica la mañana siguiente.

Y la médica no se lo rebatió, aunque Thurwar oyó su llanto ahogado durante esa noche y la siguiente.

El hotel se llamaba el Regional y quedaba más cerca de la ciudad

en la que iban a luchar que de Old Taperville. Las primeras noches en las Ciudades Foco eran noches de placer y de relajación. Los Eslabones se hospedaban en un ala bien custodiada. A Thurwar y a Staxxx, dado su estatus, les solían permitir pasar las noches juntas y sus habitaciones siempre eran adyacentes; la de Thurwar estaba en un rincón y la de Staxxx era la siguiente que hubiera disponible.

Cuando las llevaron al Regional, les desactivaron las esposas, se les pusieron verdes y condujeron a los Eslabones a sus habitaciones, uno a uno. Thurwar había contemplado la suya, con una cama extragrande y una botella de champán metida en hielo, con una amable nota del encargado.

Después de ver el combate antiguo, había decidido iniciar sesión en el buzón de mensajes, en el terminal Holoordenador. Llevaba varios meses esforzándose en pasar de ellos:

> Querida L. T.:
>
> Solo quiero decirte que eres mi motivación todos los días. Pienso en ti cuando tengo que vérmelas con las zorras del trabajo, cuando me machaco en el gimnasio, literalmente me inspiras todo el tiempo. Me muero de ganas de que llegue el día en que veas la Alta Libertad. Debería ser festivo. Ojalá pudiera pasar un rato contigo y con Staxxx. Espero con ganas todo lo que venga. Así me pongo cuando veo cómo haces cualquier cosa.
>
> [Una imagen adjunta]
>
> Con cariño,
>
> W

> Hola, señora Thurwar:

Vi tu último combate y me alegro de que estuviera chupado. Hubo gente que se enfadó, pero yo no, para nada. Eres mi Eslabón favorita de todos, después de Melancolía Bishop. A lo mejor soy uno de tus mayores seguidores. En el colegio me peleo por ti y no pierdo ninguna de las peleas porque, si tú y Cuervo Ways y Huracán Staxxx y Plyrolla Qué-Pasa y Quest Quest la Fuente y hasta UJC y Cantarín lucharais, creo que ganarías tú. Así de buena creo que eres. Gracias por leer (aunque sé que no lees la mayoría de los mensajes porque la gente te manda cosas raras).

Eres la hostia,

Randy L

Querida Thurwar:

Seguro que te lo dicen mucho, pero eres una leyenda. De verdad, has iluminado la Tierra con tu mera existencia. Te envío mi apoyo, amor y energía. Y ya sé que no te va, pero imaginé que igual querías que te la mandara. Je, je ;)

[Una imagen adjunta]

Tuyo,

En. Palmado

Querida Loretta:

Mi combate favorito de todos los tuyos fue cuando luchaste contra Unicornio. Creo que ahí te superaste. ¿Tenías miedo? Seguro que sí. Y es lo guay de todo lo que haces. Aunque te dé miedo, sacas las cosas adelante. Perseveras.

Echo de menos a esa Thurwar. La Madre de Sangre, ¡ra, ra! Te estás volviendo un poco aburrida. Eres divertida cuando luchas, pero ya. Solo te quedan un par de muertes más antes de la Alta Libertad. ¿No quieres que sean especiales?

De un fan preocupado

Señorita Loretta Thurwar:

El corazón de los malvados es taimado y astuto. Le imploro que se encamine hacia el bien y reniegue de su corazón de pecadora para que pueda renacer. Para empezar, se ha cobrado vidas. Vidas que creó a la perfección el mismísimo Dios, pero ¿continúa viviendo como una ramera y como Jezabel? Ofende al mismísimo Dios. El propio Dios llora al ver cómo se sirve de su considerable fama para difundir la ideología de los homosexuales del mundo, que quieren someternos a su tiranía. Parece una mujer bastante razonable, a pesar de su pérfido pasado, y yo, en calidad de fan de las competiciones deportivas, he visto que es una deportista de nivel. Y quizá el mismísimo Dios la ha bendecido con el poder de librar al mundo del mal que reside en su propio corazón. ¡Ha elegido ser Sodoma cuando podría haber sido Sansón! El mismísimo Dios la arrojará al fuego eterno. Podría haber buscado la gloria ¿¡y esto es lo que ha elegido!? Trabaja duro en su cuerpo, la he visto. Es firme y fuerte, pero su corazón es débil. Tiene los muslos tersos y listos. Pero a su mente la persuaden con facilidad. Elige a las mujeres. Temo por su alma eterna. La

veo y rezo para que encuentre a un buen hombre con quien yacer en el Circuito, en vez de con la lunática de Hamara. Busque la luz, sea una emisaria de Dios y Él la liberará.

¡Busque la salvación!

La virtud de los justos

L. T.:

Te quiero follar a lo bestia. Creo que te gustaría. Ya me dirás.

[Una imagen adjunta]

P. J.

Querida Loretta:

Espero que estés bien. Me pongo mala al imaginar lo que dirán los demás mensajes de esta remesa, pero solo quería enviarte amor y luz. Es el segundo mensaje que te mando. Las cosas buenas vienen de tres en tres. Conocías a mi padre. Te apoyamos. Te queremos.

De: una amiga.

L. T.:

Eres una puta zorra. Un zorrón, puta negra de mierda. Seguro que la quieres. De nada.

[Una imagen adjunta]

Bandido Pollón

Querida Mamá Sangre:

¿Qué tal? Espero que sigas bien. ¡Ha sido una semana loca de la hostia para los dos! ¿La

no Melé? ¡Me cago en la puta! Le dije a mi mujer: «Thurwar está pensando "¡Me cago en la puta!" ahora mismo». Estoy seguro. Porque, al fin y al cabo, eres una luchadora. Quiero que llegues a la Alta Libertad. Ya he elegido qué ponerme el día que lo consigas. Es como si quisiera que te respetaran y entendieran que eres Thurwar, no Atardecer (descanse en paz, sé que era colega tuyo) ni Nova (que le jodan). Eres la leche. A este paso, los Melancólicos no van a dejar de darnos la brasa. Putos capullos. Vi a Bishop. Era genial, pero tú eres mejor.

Bueno, sigue así.

Desde el último mensaje, imagino que ya habrás leído un montón más de los que das a entender. La parienta, como te decía, te ha estado viendo conmigo. Le parece la hostia. Y es una maravilla. Gracias. Quiero que se sincere conmigo, ¿sabes? Quiero que pruebe más cosas. Me gusta que, con todo el debido respeto, os veamos a Staxxx y a ti porque creo que así se abre a la idea de qué más podríamos probar para avivar las cosas. Creo que, a lo mejor, tú eres la clave. Quería darte las gracias. Y como me he puesto una retransmisión vieja, puedes ver lo agradecido que te estoy. JA, JA :)

[Una imagen adjunta]

Un saludo,

El sucio Willy Wil

Thurwar:

Los asesinos merecen morir. Tú mereces morir.

Kep

Eh:

[Una imagen adjunta]

¿Qué te parece?

[Una imagen adjunta]

¿Te gusta?

[Una imagen adjunta]

Thurwar había terminado con los mensajes. Trató de no pensar en lo que decían, dejó que le resbalaran como el agua. También sabía que monitoreaban y grababan cómo se implicaba con los mensajes, así que, aunque había visto un mensaje que, casi con toda seguridad, era de la hija de Atardecer, cerró la sesión del correo de los seguidores e hizo clic en las páginas dedicadas a las mejoras de armas y de armaduras. Intentó recibir el amor que Marissa le había enviado, intentó no preguntarse a qué podía estar aludiendo. En cambio, se concentró en los próximos combates. Se gastó unos cuantos Puntos de Sangre en comprar una katana que iban a entregarle a Rico Muerte por la mañana. Necesitaba que la tuviera, pues se avecinaba el último día de planificar las peleas, antes del entrenamiento y de la preparación individual. También mejoró el menú de Rico y le eligió un nivel básico que ayudaría a que se dejara de quejar de la mantequilla de cacahuete y la mermelada.

Revisó las armas y la equipación y, cuando se sintió satisfecha con todos los Eslabones de la Cadena, se apartó del terminal personal y se sentó en el borde de la cama. Llamaron a la puerta.

—Rico Muerte viene a verte —anunció uno de los guardias

al otro lado.

—¿Qué pasa? —gritó Thurwar.

—Quería decirte que, eh, gracias. He aceptado las cosas que me has mandado y quería decirte que significan mucho para mí y que voy contigo hasta el final.

El sonido de la voz de Rico la impulsó a levantarse de donde se había sentado. Abrió la puerta.

Rico tenía la vista clavada en el suelo. Los hombros le subían y le bajaban.

—Se llama *Sansupurittā* —le indicó Thurwar—. Le pertenecía a un Eslabón fuerte. Es un arma buena. Ahora es tuya.

—Sí, señora —dijo Rico—. Te vas a sentir orgullosa de mí. —Luego levantó la cabeza y la miró, dejó que las lágrimas fluyeran—. Te lo juro por Dios.

Y ella asintió antes de cerrar la puerta.

Diez minutos después, volvieron a llamar a la puerta. Staxxx.

Thurwar se levantó deprisa. La rodilla protestó con un espasmo de dolor.

—Ahora mismo necesito pasar un rato a solas —respondió Thurwar.

—¿En serio? —se asombró Staxxx.

Thurwar se quedó callada.

—Es coña —dijo. Abrió la puerta.

—Zorra —se rio Staxxx, y luego se unió a ella en la cama.

Preparación

La zona de preparación que les asignaron era un campo de fútbol que pertenecía a «¡las putas Titanes de Thurwar!», como gritó Staxxx cuando llegaron en el furgón.

Jerry, todavía de mala leche, no les habló mucho, pero abrió el compartimento del furgón para que sacaran las armas y un montón de tablones de madera para el entrenamiento.

Staxxx no daba muestras de estar cansada, aunque Thurwar y ella se habían quedado despiertas hasta primera hora de la mañana, como si no supieran que no tardarían en obligarlas a luchar una contra otra. Se habían amado profundamente durante la noche, paladearon el sabor de su sudor. Se habían despertado y habían intentado sentirse como si no tuvieran miedo.

—Somos viejas rivales —explicaba Staxxx.

Se esforzaba, como siempre, en levantarle la moral a la Cadena durante las tres horas de ejercicio físico que tenían antes de las peleas del día siguiente. Thurwar y ella sabían qué se avecinaba y fingir normalidad era una distracción bienvenida. Habían establecido un perímetro y un puñado de periodistas rodeaba el límite exterior del campo de fútbol, pero los policías-soldados controlaban la zona; había al menos treinta, todos armados y listos.

—Rico, llévale la madera a otra persona, para variar —dijo Staxxx mientras Rico se quedaba mirando a los hombres—. Pero, antes que nada —prosiguió al tiempo que sacaban las armas del compartimiento abierto—, hoy tenemos una presentación

especial.

Los Eslabones (Sai, Randy, Hielo Hielo y Thurwar) esperaron mientras Staxxx sacaba del furgón una espada con una vaina de rojo resplandeciente. Agua Mala apartó un poco la mirada y Pistolín Puddles se mostró desinteresado, aunque también miraba.

—Rico, da un paso adelante, por favor.

Y Rico dio un paso adelante.

—Se hace saber que hoy Rico Muerte se ha graduado en los corazones y en las mentes de la gente, pasa de ser el tío del palo de golf al portador de… no sé pronunciar el nombre, pero de esta espada guay de cojones.

Los Eslabones, incluso Pistolín, aplaudieron con rapidez.

—De rodillas, Pipiolo.

—¡Ya no soy un Pipiolo! —protestó Rico. Hincó una rodilla en el suelo.

—En calidad de miembro de la ilustre y distinguida Cadena Angola-Hammond, ¿aceptas la responsabilidad de luchar siempre por el grupo?

—Sí, señora.

—No soy vieja, pero vale. —Desenvainó la espada, que brilló al sol de la mañana—. ¿Aceptas a la Cadena de Presos como a una familia y prometes esforzarte al máximo en no hacerle daño a ningún otro miembro de la banda? —Bajó la espada y la apoyó en el hombro derecho de Rico.

—Sí, se… ¿Acepto?

—Pues claro que aceptas, joder. ¿Y juras morir con las botas puestas y hacer todo lo posible por ver la Alta Libertad? —Le puso la espada en el hombro izquierdo.

—¡Sí, hostias!

—Pues hoy te otorgo, en la tierra de las viles Titanes, la espada llamada…

—*Sansupurittā* —concluyó Thurwar.

—Sí, esa. Te la otorgo, Vanier *Rico Muerte* Reyes. ¿La aceptas?

—Sí —asintió Rico.

Staxxx envainó la espada y se la entregó con las dos manos a Rico, que seguía de rodillas. Todos los Eslabones lo vitorearon; la mayoría había vivido una situación similar y sabía lo que significaba que te concedieran una oportunidad de sobrevivir en condiciones.

Rico se puso de pie.

—¡Vamos, hostias!

—Vale, tres hurras por el chaval al que acaba de salirle pelo en el pecho —rezongó Pistolín Puddles—. Y ahora quisiera entrenar un poco antes de que se ponga el sol.

A-Hamm se adentró en el campo de fútbol bañado por el sol; iban blandiendo sus martillos y guadañas y espadas y tridentes y todos los instrumentos de la muerte. Se estiraron y luego dieron un par de vueltas al campo, cargados con las armas. Thurwar se había asegurado de que todos los Eslabones de A-Hamm fueran conscientes del peso de sus armas, de cuánto pesaban literalmente, mientras hacían ejercicio, para simular el Campo de Batalla con la mayor precisión posible.

—¡Vamos! —exclamó.

Y todos la siguieron. Thurwar había creado una tabla de ejercicios para cada Eslabón. Empleaba los Puntos de Sangre en comprar vídeos de sus oponentes e inspeccionaba las grabaciones en busca de sus puntos débiles. La noche previa, Staxxx y ella habían trazado un plan para ayudar a Rico a sobrevivir al fin de semana contra Lluvia Lolli, un Culmen que tenía un potencial incuestionable de ser Segador, e intentaron diseñar la jugada de Randy Mac para el siguiente asalto contra Cuervo Ways.

Ese día, todos procuraron tratar a Mac como siempre lo

habían tratado durante los entrenamientos: se reían y a veces no se reían de sus bromas, lo respetaban con calma e indiferencia, pues comprendían que eran los últimos días de la vida de Randy Mac.

A pesar de la certeza, Thurwar y Staxxx entrenaron juntas porque su siguiente combate iba a ser de lo más exigente. No podían preocuparse mucho por Mac.

De camino

Nile sabía que la madre de Mari no se lo iba a perdonar nunca. No estaba seguro de si sería capaz de perdonarse a sí mismo. Pero ya iban de camino, a toda velocidad hacia un estadio donde no podía pasar nada bueno.

—¿Y cómo dices que conseguiste la entrada? —preguntó.

Las farolas resplandecían. Se apartó del volante y dejó que el piloto automático tomara las riendas. Mari miraba por la ventanilla; él veía su reflejo en la extensa negrura del mundo exterior. No le respondió, cosa que no era sorprendente. Se había negado a no contarle nada, pero Nile tenía coche y ella no, así que ya iban de camino.

—¿Y qué dices que le dijiste a Kai?

Notaba presión en el pecho y en el cuello. Quería, con todas sus ganas, ayudar a Mari en lo que fuera que ella quisiera. Aun así, en ese instante también quería dar media vuelta y dejarla en casa y fingir que nunca había oído nada del plan.

—¿Y qué más te da lo que le dijera? —replicó Mari, aún sin mirarlo.

Nile pisó el freno, pasó a control manual, paró en el arcén y luego apagó el motor.

—Mari —dijo. Encendió la luz de cortesía del coche.

Por fin lo miró. Le centelleaban los ojos.

—Le dije que la quería y que buenas noches —respondió Mari.

—¿No lo sabe?

—Correcto.

El temor que sintió durante la manifestación de Old Taperville aún le pesaba como una piedra en el cuerpo y allí estaba, llevando a Mari a algo mucho peor.

—¿Y tienes una entrada en primera fila?

—Sí. Es de mi tío.

—¿Será posible?

—Lo es. He hecho los deberes. —Se secó los ojos y le demostró que estaba lista—. Vamos.

—No quiero hacerlo.

—Pues que nos lleve el coche solo. Siéntate aquí conmigo. Que nos lleve el coche.

Nile se sobresaltó cuando los inundó la luz de un coche al adelantarlos, que luego desapareció.

—Sabes lo que siento por ti, ¿no? —Nile extendió el brazo y le cogió la mano, le frotó el pulgar con el suyo.

Mari respiró hondo.

—Sí. Por eso te lo he pedido.

—¿Porque sabes que me importas?

—Porque sabía que no ibas a negarte.

Nile sonrió, con la esperanza de que la forma que adoptaban sus labios le aliviara la presión del pecho.

—¿Y? —le preguntó.

—Y tengo que hacerlo. Tracy Lasser solo es una persona. Mira lo que ha pasado. Si puedo inyectar un poco de esa energía allí mismo, servirá de algo. Mira lo que consiguió. Mira lo que hemos conseguido con ella.

—No hay motivos para creer que servirá de algo.

—Pues sigue pensándolo.

—Solo digo que…

—Si no me vas a llevar, dímelo.

—Mari, yo…

Antes de que pudiera terminar, Mari se inclinó y lo besó. Apretó con fuerza y él se echó atrás del impulso. Mari se apartó y miró al frente. Se quedaron callados.

—Arranca el puto coche y haz que nos lleve allí —dijo, al fin.

Y Nile entendió que, con o sin él, Mari iba a ir.

—No —respondió—. Conduciré yo.

La mañana de…

La mañana de su último combate de dobles, Thurwar se despertó en una cama extragrande, con la mujer a quien quería en los brazos.

Staxxx se enfurruñó cuando Thurwar se despertó.

—Aún no —protestó.

—No, arriba —dijo Thurwar, incorporándose.

Staxxx cogió una almohada e intentó atizarle en la cabeza, pero Thurwar le agarró la muñeca y la inmovilizó antes de que pudiera golpearla.

—¡Ay, no! ¡Qué fuere eres! —chilló Staxxx.

Thurwar echó la cabeza atrás y fingió que iba a darle un cabezazo, pero frenó y le besó la frente.

—Así es —afirmó.

Rodó y se tumbó junto a Staxxx. La disposición de empezar a tiempo había desaparecido. Lo único que quería era cerrar los ojos y que las dos se quedaran allí para siempre.

La mañana del combate de dobles, Staxxx se despertó tras apenas haber dormido. Se había pasado unas horas consolando a Mac en su habitación antes de marcharse e intentar dormir en la cama de Thurwar, pero había tenido un sueño extraño, más de sentimientos que de nada que pudiera verbalizar con facilidad. Sombras y luz e imágenes especulares. Notó el comienzo de las últimas palabras previas al combate. Quería decirle al mundo

algo que recordasen. Quería pedirles que se superasen a sí mismos.

Thurwar se había levantado y estaba lista temprano, como siempre, mientras Staxxx intentaba convencerla de que remoloneara un poco más. Para su sorpresa, Thurwar se recostó en la cama durante, al menos, unos instantes. Extendió el brazo y tocó a Staxxx.

—Sabes lo de mi rodilla, ¿no? —le preguntó.

—¿Qué le pasa? —dijo Staxxx, aunque claro que lo sabía. Pero quería cerciorarse de lo que hablaba Thurwar.

—Se debilita más y más. Me funciona, pero es una debilidad. Una vulnerabilidad. No sé si ya se habrán dado cuenta.

La luz era pálida y suave, más todavía al filtrarse por las delgadas persianas del hotel.

Staxxx se dio la vuelta para quedarse mirando el perfil de Thurwar en la cama y, entonces, Thurwar se giró para que se mirasen a los ojos una a otra.

—¿Me lo cuentas por mí, por nosotras o por ti? —preguntó Staxxx.

—Por nosotras —dijo Thurwar—. ¿O por ti? No sé.

Staxxx frunció el ceño.

La mañana del combate de dobles, Hendrix Cantarín notó un dolor en el brazo fantasma tan profundo y real que salió de la cama para rezar por el perdón. Rezó por el hombre que había matado solo porque quisiera a la misma mujer a quien él también había querido. Lloró por la mujer cuya desgracia había sido conocerlo a él. Lloró por cada alma que le había lanzado a Jungla

y por cada alma que había liberado su escorpión negro. Rezó por los silenciosos de Auburn y por los silenciosos de las jaulas de todo el mundo. Por todos a quienes reprimía el miedo de los demás hombres. Rezó por todos esos picapleitos que no tenían ni idea de lo que formaban parte y por todos aquellos que sí lo entendían a la perfección. Rezó por Simon J. Craft, a quien casi habían borrado del todo, pero allí seguía, parpadeando y brillando. Rezó por él mismo, por una respuesta a todo lo que había hecho. Rezó para entender su propósito. Le dio las gracias a Dios por mostrarle que su vida no había sido en balde. No sabía para qué había servido, pero sabía que sí había servido para algo. Le dio las gracias a Dios por el regalo de saber que se merecía vivir.

La mañana del combate de dobles, Simon Craft se despertó del sueño de un joven. Un joven enfadado con el dolor. Que iba de remedio en remedio para acallar el dolor que lo perturbaba. Vio cómo el hombre rompía las cosas, rompía a las mujeres y a los niños, a los hombres. Odiaba al hombre, quería matarlo.

Se despertó llorando en una habitación donde era incapaz de recordar haber estado antes. Tenía miedo. Las paredes le chillaban. Tenía miedo; el dolor aguardaba por todas partes, como una sombra. Pero sí recordaba cómo se llamaba.

Thurwar se preguntaba por qué le había contado a Staxxx lo que le había contado. Quizá la verdad parecía más necesaria ahora que se acercaban mucho al lugar que habían pasado tanto tiempo imaginando, incluso aunque ella no se lo hubiera imaginado así.

—¡Qué mona eres, cariño! —comentó Staxxx—. Te crees que tienes que ayudarme. ¿Quieres que te mate?

—No quiero esconderte nada. Ya sabes lo de mi rodilla. Sabes por qué vine aquí, que fue culpa mía. Sabes lo de Vanessa y sabes lo de mi rodilla. Quiero que sepas quién soy exactamente.

—Lo sé, ya lo sé todo. ¿Cómo podría no saberlo? Somos nosotras dos.

Staxxx seguía notando el peso del sueño y, en cierto sentido, eso la ayudaba a decir justo lo que quería.

—Pero eres mona, aun así —concluyó—. Vamos a comer.

Y sonrió. Atesoró el momento, el regalo de que Thurwar y ella existieran en el mismo tiempo y espacio, sin que importara lo breve que fuera.

—Vale —dijo Thurwar.

Parecía como si se hubiera curado de algo, por ahora. Se conocían tan bien que la idea de que Staxxx necesitara saber más cosas era absurda.

Hendrix *Cantarín* Young y el Inmortal *Jungla* Craft llegaron al estadio y hallaron las armaduras y las armas esperándolos en un vestuario que pertenecía al equipo visitante. Llevaban mucho tiempo sin ser aquellos a quien la gente animaba más. Cantarín le sonrió a Craft, que se sentó y esperó las indicaciones.

—Estas dos no tienen puntos débiles —le explicó a Craft—, pero tampoco son inmortales. Ese honor es solo tuyo.

Se sentaron en el vestuario frío. El sonido de la multitud ya le empezaba a revolver el estómago. Cantarín desenrolló un trozo de tiras de cuero. Craft llevaba puestos los pantalones de combate, tenía la espalda al aire y la letra V gigante destacaba entre las cuatro A.

—Te voy a preparar —dijo Cantarín.

Craft le tendió los brazos a Cantarín, el ángel bueno, que se los envolvió con las protecciones.

—¿Listo para cumplir con tu misión en la Tierra?

—A mandar —asintió Craft.

—Eres el hombre de la Jungla, ¿no? ¿Eres el Inmortal?

Le enrolló las tiras de cuero en los brazos y en el cuello. Una armadura para el pecho y placas para las piernas. El ángel bueno lo envolvió en la seguridad.

—¿Estás listo? —le preguntó Thurwar.

Le hablaba con seriedad a Randy Mac, que era el siguiente según el programa, igual que Rico y Pistolín. Randy había de enfrentarse a Cuervo Ways y Thurwar estaba casi segura de que aquel era el último día de Randy sobre la faz de la Tierra. Sentía una pena profunda que, en calidad de último regalo, se guardó para sí misma.

—Creo que me ha llegado la hora, Madre Sangre —dijo Mac con voz queda mientras subían al furgón.

No lo contradijo, por respeto. Era un buen Eslabón, quizá genial. Pero Cuervo Ways era Cuervo Ways.

—Ya conoces sus dimensiones —dijo Staxxx.

Había entrenado con Mac las últimas semanas y se había servido de *Treta de Amor* para ayudarlo a imaginarse la longitud y la precisión de la alabarda de Cuervo. Aun así, sabía que era muy improbable que volviera a verlo.

—Me alegro de haber sido una parte de tu historia —musitó él.

—Eres una leyenda por derecho propio —le respondió.

* * *

Cantarín se acordó de los viejos tiempos, cuando recuperó la voz. Intentó pensar en cómo habría sido su vida de no haber firmado nunca los documentos del diablo y le costó verlo con claridad.

—De todos modos, siempre acabo cortando carne —observó, y se rio con gravedad.

—Igual que yo —dijo Craft.

Hendrix sonrió.

Bueno, John el Largo,
se fue hace mucho.

El Ángel Bueno canta y eso significa que se acerca el combate. Me señala a quién y yo lo mato. Soy Simon J. Craft. Lo soy todo el tiempo. La tarea es matar. La cumplo. Canto con él:

Como un pavo por el maíz,
por el alto maíz.

Se enrollan las tiras de cuero en los brazos.

Y en el abdomen. Primero, toca las siete equis que hay allí. La única A es la comandante de la legión de las marcas de su cuerpo. ¿Puedes echar de menos a las personas a quienes no has conocido nunca, salvo para matarlas?

Protégete el cuello.

Nos vestimos para un infierno grande y ruidoso.

Se oía la música. La de Randy y, luego, la de Cuervo. Luego pasaron tres minutos enteros. Thurwar intentó pensar en lo que pasaba delante de ella, no delante de Mac. Otros dos minutos. Luego, la música de Cuervo y el dolor[44]. Quería oír lo que fuera, intentaba no esperar nada y, aun así, lo esperaba.

—Lo siento —le dijo a Staxxx.

—Ya era una leyenda. No lo van a olvidar —declaró Staxxx. Juró que conseguiría que lo recordaran—. Que disfrute de la libertad. Chúpame la polla, Estados Unidos.

Y Thurwar repitió sus palabras.

Staxxx se iba a grabar la marca de Mac junto a las dos correspondientes de quienes estaban a punto de ver. Tres equis. Se estaba quedando sin piel.

Una pelea antes de que subamos a luchar. Hoy somos la atracción principal y épica. Los mejores de todos, por lo que dicen. Nos toca esperar en el pasillo. Les explico a los hombres que Craft no se las apaña bien con otras personas, aparte de mí. Así que nos sentamos en el vestuario.

Bueno, dijo Juan,
en el capítulo diez,
«si muere un hombre,
volverá a la vida».

Al jaleo, Jota.

A jugar.

—Me llamo Simon Jeremiah Craft.

—¿No me digas? —responde el Ángel Bueno.

Salimos caminando hacia los ángeles chillones. Chillan por nosotros. Nos piden que matemos. Protegeré al Ángel Bueno.

Caminamos.

Nos arrodillamos.

Esperamos la ocasión de saltar.

«El sonido de la gente es pesado. Algo cambia en tu interior cuando sabes que hay tantas personas que esperan mucho de ti», pensó Thurwar.

Se preguntó cuánto había cambiado en esos tres años, cuánto había permanecido igual. Ninguna parte de su ser tenía ganas de matar hoy y era capaz de admitirlo para sí misma. Atravesó la puerta corriendo y entró en lo que parecía el escenario de un rodeo. Los forofos las rodeaban en las alturas, los más cercanos no estaban ni a dos metros de ellas. Micky Wright parloteaba desde su Cávea de Batalla. Thurwar fue caminando a la Jaula. Se arrodilló allí y esperó. Enfrente, dos hombres aguardaban sentados y callados. Expectantes, sin miedo.

«Menuda tropa somos», pensó Thurwar. Respiró hondo.

—¡Chúpame la polla, Estados Unidos! —gritó Staxxx. Avanzó a zancadas por la tierra, se recogió el pelo en una coleta y volvió a coger a *Treta de Amor*—. ¡Chúpame la polla, Estados Unidos!

El eslogan de los eslóganes. La muchedumbre estalló.

—¡Te quiero, Mac!

Un vendaval repentino, toda una tormenta.

—¿Queréis que os cuente el sueño que he tenido? —les preguntó. Su voz, la voz de un dios joven—. Estaba en un mundo de pura oscuridad. No podía ver nada más. Me pasé una eternidad dando tumbos, a la espera de algo. —Se detuvo y la HCM delante de ella navegó en el aire que le salía de los labios —. Luego, después de una buena temporada, vi un rayito de luz, así que fui corriendo hacia él. Corrí y corrí y, cuando intenté tocarlo, mi sombra se lo tragó entero.

»Pero luego cerré los ojos y lo volví a intentar, y estaba en un lugar donde la luz no tenía fin y había un puntito de oscuridad, y supe que estaba en el mismo sitio que antes.

—Vale, señorita Stacker, por favor, queremos oír lo bueno. —Micky Wright, el maestro de ceremonias de la velada, se alzaba en la tribuna del comentarista.

—¡Pues eso es lo bueno! —Staxxx se rio mientras se arrodillaba junto a Thurwar.

No podía limitarse a darles las respuestas sin más. La magia surgía al sentarse ante el puzle, igual que ella. Al sumergirse en él. Lo acabarían entendiendo, algún día.

Y entonces la muchedumbre contuvo el aliento.

De la nada, al parecer, había surgido una mujer nueva. No una Eslabón, sino una mujer con inconfundible ropa de civil. Thurwar la miró fijamente, al igual que todo el país.

La mujer era la hija de Atardecer, Marissa. Y allí estaba, en el Campo de Batalla, sujetando una pancarta que rezaba:

«DONDE LA VIDA ES UN TESORO».

Shareef

Mari había pasado por el control de seguridad sin nada más que la cartera, un rotulador y una cartulina verde neón.

El guardia de seguridad de la entrada de la puerta C le sonrió, con los implantes de oro resplandecientes, y le preguntó:

—¿Qué dice la pancarta?

Había creído que iba a sentir un terror radical, pero, en cambio, supo por instinto qué hacer a continuación. Desplegó la cartulina, que llevaba enrollada en un cilindro nada prieto, y le mostró la superficie verde y vacía, sin oponer resistencia. La miró, confundido, y ella rebuscó en el bolsillo izquierdo de los pantalones y sacó un grueso rotulador negro. Jugueteó con el rotulador, en los dedos, y se obligó a sonreír.

—Tenía prisa —dijo.

El guardia le devolvió la sonrisa.

—Ya lo pillo. Igual ahora te da tiempo a decidir a quién vas a apoyar, ¿no? —contestó, riéndose.

Y Mari también se rio mientras le permitían pasar por el control e ir a buscar su asiento.

Mari dio con la gente que se sentaba cerca de ella. Los hombres y las mujeres que, en teoría, habían pagado cientos de dólares para presenciar de cerca el circo de la muerte eran, más o menos, personas normales. Eran comunes y parlanchines, le hicieron varias preguntas a Mari, que respondió como si intentara gastar la menor energía posible en interactuar con ellos, lo cual era cierto.

—¿Es tu primera vez tan cerca? —le preguntó una mujer pelirroja.

—Sí —dijo Mari.

Estaba sentada en la primera fila y, de haberse tratado de un partido de béisbol, que era para lo que estaba diseñado el estadio, habría estado cerca de la tercera base.

Para el Campo de Batalla habían erigido un pequeño muro circular y transparente delante de los asientos, como si se tratara de un partido de hockey. Solo tendría un metro y medio de altura, pero, al sentarse, los espectadores miraban a través de él. Y ella miró. Vio cómo a Randy Mac lo empalaba la alabarda y la gente a su alrededor chillaba con una compleja mezcla de júbilo y dolor. Muchas personas, incluida la mujer pelirroja, lloraron.

Mari se inclinó sobre la pancarta. Dibujó unas letras gruesas. Se dio cuenta de que también lloraba e intentó no mojar la tinta negra y fresca.

—¿Con quién vas en el combate principal? —le preguntó el hombre a su izquierda.

Lo acompañaban unos cuantos hombres que quizá fueran sus hermanos o sus primos. Eran ruidosos y todos tenían la misma cara, la misma forma de hablar. Eran analíticos y precisos en las observaciones y en la evaluación del asesinato que acontecía delante de ellos y de Thurwar, cuyo rostro proyectaban sus móviles, los cuales se fueron pasando; cada hombre la valoraba como si fueran los miembros de un tribunal examinando una tesis doctoral.

—Con Thurwar —dijo Mari, mirándole a los ojos azules brevemente antes de volver a concentrarse en la pancarta.

—Las damas han de apoyarse unas a otras, supongo. —Sonrió, pero Mari no—. Nosotros hemos apostado dinero por los otros.

Mari continuó escribiendo. Miraba la pancarta. Le daba un

lugar donde fijar la vista, le daba a su miedo un lugar donde descansar.

—Lo bueno es que uno de los dos tenemos razón, ¿no? —le concedió con una carcajada.

—Claro —dijo Mari.

Intentó refugiarse en sí misma. En ese sitio notaba una energía tremenda y le avergonzaba sentirla con tanta claridad. Pistolín Puddles mató a un hombre. Rico Muerte mató a otro hombre. Se notaba una gran devoción, el poder y la emoción. Le avergonzaba lo familiar que le resultaba. El secreto de Mari era que había visto *Vida eslabón* a menudo. Lo había visto para llegar a conocer a su padre, un hombre que apenas la había conocido a ella. Lo había visto mientras él hacía cosas buenas, mientras Thurwar y él convertían a la Cadena A-Hamm en algo distinto. Había notado el subidón de sentirse querida cada vez que él pronunciaba su nombre. Había encontrado una forma de quererlo gracias a ese espectáculo horrendo y ahora lo tenía justo delante. Había visto al hombre al que llamaban Atardecer porque a pesar de que había muerto, a pesar de que había vivido una vida lejos de ella, él era suyo.

Terminó y dejó el rotulador en el suelo, cerca de las zapatillas.

Thurwar emergió sin música y Mari se levantó con todos los demás para ver al icono, que llevaba el martillo en la mano. Sonó la música de Staxxx y el rugido de la gente le erizó el vello de los brazos. La energía no tenía pérdida. Los cuerpos les relucían con las armaduras. De no haber sido real, habría sido hermoso. Como era real, también era asombroso; te abrían el pecho y se expandían por el resto de tu cuerpo.

—¡Thurwar! ¡Thurwar!

—¡Huracán! ¡Huracán! ¡Huracán Staxxx!

—Lo primero es lo primero —dijo Staxxx—. ¡Chúpame la

polla, Estados Unidos! —chilló.

La gente también chilló. La mujer pelirroja volvió a romper a llorar.

—Te quiero, Mac —añadió Staxxx.

Mari observó y escuchó, pero también acabó sintiendo el terror que había anticipado mucho antes. Ahora que era el momento de hacer lo que había dicho. Ahora que tenía ante ella el resto de su vida.

No se podía mover. De repente, se había quedado clavada al sitio. Se volvió hacia la mujer pelirroja, que vociferaba, llena de vida pese al dolor. Quedaba claro que era fan de Staxxx y también de Thurwar.

—Mi padre era Eslabón —dijo Mari, gritándole en el oído izquierdo a la mujer.

La mujer le echó un vistazo, visiblemente sorprendida de que, de pronto, le hubiera ofrecido una información tan jugosa.

—¿Sí? —le preguntó; seguía de pie y centraba casi toda la atención en el Campo de Batalla—. ¿Y cómo se llamaba?

—Voy a saltar este muro dentro de nada —dijo Mari—. Voy al Campo de Batalla para recordarnos a todos que podemos ser mejores.

—¿Qué? —farfulló la mujer, confundida y con una cautela amistosa.

Mari se puso de pie en el asiento.

—Se llamaba… Se llama… Shareef Harkin Roleenda —explicó, y a continuación dio un salto y empujó y pataleó hasta trepar por el muro y saltar al Campo de Batalla, con el cartel verde en las manos.

Se dio un golpe al caer y pasó al menos tres segundos en el terreno de juego, antes de que se diera cuenta de que la gente se fijaba en ella. Dio unos pasos hacia el centro, antes de notar que se había hecho daño en el tobillo. No importaba. Levantó la

pancarta por encima de la cabeza y dio unos pasos, despacio. Las erupciones de aplausos se convirtieron en unos pocos sonidos y en una clara confusión. El contraste era pronunciado.

—Parece que alguien anda un poquito perdido —dijo el comentarista.

Mari observó cómo se retiraba a su pequeño compartimento en el campo de juego.

De no haberse quedado cautivada por el calor que sentía, por el poder de sus pasos, se habría reído de él. Estaba perdido.

A Staxxx aún no la habían apresado en la Jaula y se acercaba caminando a Mari, con la guadaña en la mano.

Mari le sonrió y Staxxx le devolvió la sonrisa. A lo lejos, Thurwar la miraba con unos ojos que a Mari le recordaban a los de Kai: preocupados y consternados.

—No pasa nada —dijo Mari.

Levantó la pancarta para que todos la vieran, la giró despacio para que todos los del estadio pudieran ver las dos caras. Fue entonces cuando reparó en los policías-soldados que entraban en tromba por las dos puertas y se dirigían hacia ella. Primero, condujeron a Staxxx a la Jaula y la apresaron. Después, los hombres armados fueron corriendo a por Mari.

Mari se arrodilló y no bajó la pancarta, que proclamaba la verdad con orgullo. No se podía hacer las dos cosas a la vez. O nos queríamos todos o no.

La parte delantera de la pancarta rezaba: «DONDE LA VIDA ES UN TESORO».

La parte trasera, que quedó a la vista cuando Mari soltó la pancarta, rezaba: «LA VIDA ES UN TESORO». Y aunque los hombres la rodearon, todo el estadio pudo ver el mensaje. Y por un instante, antes de que los productores obligaran a que las cámaras del Jumbotrón se fundieran a negro, el mensaje se agrandó para que todos lo vieran. «DONDE LA VIDA ES UN

TESORO, LA VIDA ES UN TESORO», y la muchedumbre se dio cuenta, si bien estaba embelesada y lista para el combate del año y de dobles en el Campo de Batalla, de que igual allí la vida no era un tesoro.

Y todo el estadio lo vio cuando uno de los agentes sacó un arma que parecía una pistola, por cómo la blandía, y disparó una vara negra que se le clavó a Mari en el cuello. Y todo el estadio vio cómo a Mari le daban con el Influyente.

La sensación

Un desgarro y una apertura. Una necesidad de acabar. Una entrada sin salida.

Lo que sintió fue todo el dolor que el cuerpo y el cerebro eran capaces de condensar a la vez. Le empezó por el tobillo, lo notaba como si le hubiera explotado, y entonces, cuando el hombre la agarró, se retorció con la vara negra clavada en el cuello; la sensación floreció más y más y a Mari no le quedaron dudas de que iba a morir y lo aceptó, lo anheló y lo suplicó.

Mientras le daban con el Influyente, mientras notaba el tobillo torcido, mientras un volcán entraba en erupción una y otra vez en su interior, cada milisegundo, entendió que no les costaba arrojarla a un espacio más allá del tiempo, que el sufrimiento podía alargarse y cambiar lo que a ella le parecían segundos, mutilarlos y convertirlos en años.

No había epifanía alguna, era el dolor y, aun así, sintió, más que entendió, que haría lo que fuera, cualquier cosa, para acabar con el dolor que sentía. Le pareció que los ojos se le habían apagado o quizá los acababa de cerrar. De cualquier manera, el lugar donde recordaba que tenía los ojos era un desgarro, un tirón que la empujaba a sentirse como si le hubieran arrancado los ojos.

Sufría. Y haría lo posible por acabar con el sufrimiento. Y, aun así, no podía hacer nada porque tenía miedo de moverse. Todo era…

Y entonces terminó y flotó, la transportaron y pudo sentir

el cuerpo, el cuerpo y el aliento.

¡Sí!

Thurwar miró al otro lado, a la esquina derecha del campo, donde aguardaban los dos hombres. Intentaba olvidar lo que acababa de pasar.

Se llevaron a rastras a Marissa, que por fin había parado de convulsionarse, de las piernas y de los hombros. Se dieron prisa con el cuerpo, intentaron apartarla de las cámaras y de todos esos ojos, como si, en cuanto la ocultaran, fueran a olvidarla. A Thurwar le dolió ver lo que pasaba, saber lo que significaba que te dieran con el Influyente. Su apego a la vida había cambiado por completo desde que descubrió que era posible sentir esa clase de dolor.

Tenía que olvidarse de Marissa en ese instante. No se creía que estuviera intentando acordarse de su estrategia de batalla en lugar de pensar en lo que acababa de pasar, uno de los actos más valientes que jamás había visto. Pero allí estaba.

Miró a Staxxx.

—Se pondrá bien —dijo Staxxx.

—Quizá.

—Seguro que sí.

—Sí —asintió Thurwar.

Staxxx sonrió.

—¿Te cuento un chiste? —le preguntó Staxxx.

Estaban cerca, pero tenían que gritar para oírse una a otra con el jaleo de la muchedumbre.

Thurwar esperó.

—Pues esto —dijo Staxxx.

—No tiene gracia —protestó Thurwar, riéndose.

Ese era el chiste. Todo era un chiste. Que las habían arrojado al mal y que habían descubierto que se trataba de una tierra que podían dominar.

La gente de la muchedumbre estaba inquieta. No sabían a quién o a qué abuchear ni animar y se alborotaron.

Micky Wright habló con claridad:

—¡Menuda forma de llamar la atención! Pero os he de pedir a los demás que no vuelva a pasar nunca.

El público no se rio. Pronunció un murmullo colectivo que implicaba «ya no sabemos si creemos en las carcajadas».

—Los jefes me están dando la brasa. ¡Dicen que le dé a la gente lo que quiere! ¡¿Y no habéis venido a ver una carnicería en el Campo de Batalla?!

—¡Sí! —dijeron.

—¡¿Habéis venido a ver un combate de dobles memorable?!

—¡Sí! —gritaron.

—¡¿Habéis venido esta noche porque los más chungos de toda la historia de La Liga de los Presos están aquí para el que será, al menos para un equipo, su último combate de dobles?!

—¡Sí, joder! —chilló la gente.

Thurwar cerró los ojos y se bebió la energía. Miró a *Hass Omaha*, que tenía justo a la izquierda. *Treta de Amor* estaba clavada en el suelo, justo a la derecha de Staxxx.

—Pues si estáis listos para el clásico, ¡¿por qué no armáis bulla?!

Y la armaron. Chillaron y empujaron a un lado, muy enterrado en sus mentes, lo que los había turbado hacía apenas un instante. Una semilla que quedó plantada, de momento. Notaban cierta amargura en el cuerpo; la palabra «tesoro» les

resonaba en el interior y allí se quedaría siempre, pero, por ahora, fingieron olvidarse del tema.

—¡Soltadlos! —chilló Micky Wright.

El sonido hueco al soltarlos en el Campo de Batalla fluyó por el estadio. Thurwar levantó el martillo del suelo. Staxxx cogió a *Treta de Amor* con las manos y esperaron a los hombres, que caminaban hacia ellas con calma.

Por la puerta

Cuatro mártires entran en un rodeo. Es un chiste. De humor negro. De los que no te ríes mucho, pero ves las cosas un poco distintas después de pillarlos. Donde la vida es un tesoro, la vida es un tesoro. Y seguro que aquí no lo es. La clase de valor que la mayoría no tiene la suerte de ver. Toda la muchedumbre lo ha visto. Y hay más quejas fuera del estadio que vítores dentro. Igual algo sale bien, igual vemos algo distinto, pero por ahora nos olvidamos de todo lo que no sea matar a las mujeres.

Caminamos, nos sueltan para lo que el mundo ha estado esperando. La mujer que lleva la corona de los juegos de la muerte, Thurwar, blande un martillo y trota detrás de la mujer a la que llaman Huracán, la portadora de la guadaña, una buena imagen de la muerte que espera convertirnos en unas equis en la piel.

—Voy a por el martillo. Tú ve a por la guadaña —digo.

Chillo porque la muchedumbre hace más ruido que nunca. Siento las voces en los huesos.

Espero no estar mandándolo a la muerte. Simon J. Craft, a quien han reducido al Inmortal. Simon, que no merece empatía alguna, pero nunca dejará de merecer que lo quieran.

—A mandar —responde, y echa a correr.

Espero no esprintar hacia una catástrofe.

Thurwar conocía bien al hombre llamado Cantarín, el Colosal

insólito. ¿Estaba loco o era un santo? Y al Inmortal; ese seguro que era un loco, aunque de otra clase. De la clase que nace del Influyente.

Observó a Cantarín, de ojos afilados y tristes. Llevaba una armadura de hombro que le bajaba y le protegía el brazo. Llevaba tiras de cuero y tenía una bocina grabada en la camiseta, el emblema de un popular servicio de reproducción de música. Cantarín fue corriendo hacia Thurwar. Sabía que le gustaba empezar con un buen empujón, así que observó la punta negra de la lanza. No quería matarlo, pero lo iba a matar en cuanto tuviera la ocasión.

He pasado largas noches pensando en esta mujer. Esta mujer que ha visto más muertes que yo, incluso. Ojalá pudiera conocerla a fondo. ¿Qué le ofrece esta puerta número cuatro? ¿Qué ha descubierto? Le digo a Craft que vaya corriendo a por la mujer Huracán. Y aunque le digo que me encargaré del martillo, me desvío y esprinto a por la mujer a quien le han dado el nombre del viento y del trueno. Cojo impulso para salir volando. Un manco y un Inmortal igual contienen a la tormenta. El brazo fantasma me señala un cambio de planes. La Gran Colosal nota que me acerco, igual que la guadaña. Corremos hacia la tormenta.

No es una táctica fuera de lo común la de intentar despachar rápido a un oponente en un combate de dobles. Al ver cómo los dos hombres esprintaban hacia Staxxx, Thurwar sintió pánico, como si cayera de tierra firme a unas aguas bravas. Se impulsó con todas sus fuerzas hacia los hombres. No sintió un gran dolor, tenía demasiada adrenalina, pero la rodilla le advirtió que

se anduviera con ojo. La pierna cedió ante la presión repentina y el cambio de rumbo. Thurwar cayó de rodillas a la tierra. Observó mientras el tal Inmortal daba un salto. Staxxx se paró para enfrentarse a él. Le lanzó a *Treta de Amor* a la cara, como si fuera un atizador. En el aire, él se llevó el golpe del lado romo de la guadaña y continuó cayendo hacia Staxxx como si no hubiera notado nada.

Thurwar se levantó del suelo. Le dolía la rodilla, pero aún la dominaba. Se dio prisa.

Craft baila con la diosa de la tormenta. Agita los brazos para matarla y le corta y le rompe la goma que impedía que el pelo le diera latigazos y las rastas vuelan libres mientras me acerco. Ella gira, se sirve de la guadaña para mantener a Craft a raya. Él salta, se agacha, se mueve como el animal humano y preciso que es. Quiero que ella no le quite la vista de encima. Se concentra para salvar la vida. La guadaña se mueve como una especie de magia que Craft no ha visto nunca. Pero ella también tiene que observarlo. La Gran Colosal ha tropezado y aprovecho para embestir. Se acaba de levantar y extiendo el brazo fantasma; me imagino que se estira para ayudar a Craft, que se balancea y arremete, el metal canta cuando la guadaña repele sus garras. Es especial, un baile salvaje entre dos versiones de la muerte encarnada. El dolor y el amor lo intentan, intentan matarse uno a otro. Sé que el martillo no tardará en caer sobre mí. Me estiro. La tal Staxxx se tambalea como si hubiera tropezado. Le doy las gracias a mi brazo fantasma. Incluso mientras cae y repele la embestida salvaje de la Jungla. Se balancea sobre una pierna y Craft se ve obligado a replegarse.

Pero en esa pose, desequilibrada, es vulnerable. Estoy lo bastante cerca. *Azul Gigante*, destroza a la mujer preciosa.

Bendícela con la Libertad. Corro y cojo fuerza.

A mi lado, el brazo fantasma intenta esquivar algo.

A mi lado, el brazo fantasma lo intenta desviar.

El martillo me arranca el brazo que ya no está presente. Noto el martillo a un lado de la cabeza, lo han lanzado por el aire. Una liberación brutal, una canción abrupta. Bueno, John el Largo.

Le doy las gracias al mundo, ya estoy seguro. Digno de la vida, estoy seguro cuando me abandona. Al final pues claro que nos han bendecido. La realeza y la plebe, la reina y el cantarín. Pues claro que nos han bendecido. El martillo me da la bienvenida, a Hendrix Young, a los desencadenados[45].

No es una buena idea, pero en la palestra, cuando la muerte viene a por ti, hallas formas de reconducirla. Thurwar se levantó del suelo y, tras avanzar tres pasos corriendo, vio que no iba a llegar a tiempo de ayudar a Staxxx. Convirtió la carrera en un giro, cogió a *Hass* por la punta del mango y dio otra vuelta más. Al girar, siguió con los ojos a Cantarín y su cuerpo hizo los cálculos críticos. Dejó que el martillo volara, lo lanzó y él voló y le dio a Cantarín en un lado de la cabeza. Explotó y se quedó quieto. La muchedumbre chilló ante la muerte. Chilló por Thurwar.

—¡Por eso te queremos! —bramaron.

Gritaron porque el hombre al que llamaban Inmortal se percató de que su compañero yacía muerto en el suelo, incluso aunque peleara como un salvaje, y paró en seco. El Inmortal Jungla Craft dejó los brazos flácidos y corrió hacia el hombre que lo había conducido del infierno a uno más sencillo y amable. Thurwar observó cómo Simon J. Craft pasaba corriendo a su lado y se dirigía hacia el cadáver de Hendrix *Escorpión Cantarín* Young.

Simon se arrodilló, sostuvo a Hendrix, o lo que quedaba de su flexibilidad humana, en los brazos y no se movió. La muchedumbre se quedó callada. Se les abrió el corazón; algunos se resistieron y otros cedieron. Los ojos encontraron las lágrimas. Simon Craft sujetó el cuerpo de Cantarín, lo estrechó y luego lo dejó en el suelo.

Staxxx se aproximó al hombre, que permanecía inmóvil salvo por los jadeos. Craft levantó el puño y, con delicadeza, le chocó los nudillos a Cantarín.

Thurwar lo observó. Staxxx se acercó y le apoyó la guadaña en el hombro a Craft.

—Lo siento, cariño. Te quiero —dijo Staxxx, y luego le pasó a *Treta de Amor* por el cuello.

Se desplomó hacia delante. Había matado al Inmortal Simon J. Craft[46]. Staxxx se marchó caminando y soltó el arma en el suelo, igual que Thurwar. Regresaron a las Jaulas y se cogieron de la mano, ante lo que viniese a continuación, y la gente se preguntó si esa sensación era la salvación.

LA TRIGÉSIMA TERCERA TEMPORADA

Los hombres yacían muertos en el suelo. Él había esperado que las mujeres acabasen muertas porque, por mucho que quisiera a Thurwar —la Madre Sangre, la mujer más famosa del deporte—, no le cabía duda de que no quería ser el tipo que tuviera que anunciar lo que estaba a punto de anunciar.

—Gran combate —dijo con el entusiasmo de un balón de fútbol desinflado.

Los trabajadores del campo embolsaron los cadáveres de los hombres.

—Una conclusión impactante para el gran Cantarín y el hombre de la Jungla, que era mortal, al fin y al cabo. Han sido de lo mejorcito que nos ofrecen estos juegos, seguro. Tuvieron una buena racha. Vamos a darles un aplauso.

Lo que no le gustaba ya estaba pasando. Veía lo que era. Los cadáveres no estaban fríos y ya estaba a punto de anunciar una atrocidad aún peor que la que todos acababan de contemplar. Él era así. No sabía cómo había llegado allí. Había visto las noticias, había visto los vídeos de la dimisión de Tracy Lasser y había pensado «Ah, pues bien por ella». Y no fue hasta unos días después cuando se despertó de noche, aterrado de sí mismo, a causa de aquello en lo que se había convertido, de lo que era. En las reuniones de la junta había hecho todo lo que estaba en su mano. O eso se decía a sí mismo.

La gente de las gradas aplaudía a los muertos mutilados. Se rio, porque no tenía otra cosa que hacer. Todos lo hemos permitido. Todos votamos a favor. Todos sabíamos que iba a pasar, así que… ¿por qué de repente me escandalizo? ¿Por qué se sentía como si se hundiera? Era una sensación que llevaba un tiempo creciendo. Algo con mandíbulas, listo para devorarlo por dentro.

—Y, por supuesto, el dúo más dinámico, las mismísimas tortolitas sanguinarias, han vuelto a coronar la montaña que se alzaba ante ellas para cerrar la trigésima segunda temporada de *La Liga de los Presos*.

»Es más, la Bella Barda, la Huracán llamada Staxxx, por fin, por fin ha llegado a Colosal. De manera que su amorcito y ella son la primera pareja de mujeres que consigue el rango de Colosal en una misma Cadena.

El último fragmento no figuraba en el guion. Quería dejárselo bien clarito, para que hasta los cazurros de las gradas, la gente que lo quería o lo odiaba o lo miraba con ojos expectantes y avariciosos, pudieran entender con exactitud lo que iba a pasar a continuación.

Estaba subido a su escenario diminuto y vio cómo las dos, Staxxx y Thurwar, se cogían de la mano y giraban la cabeza para mirarlo mientras los policías-soldados las conducían al túnel. Había terminado una temporada, lo que significaba que había empezado una temporada nueva. Y, debido a lo que estaba anunciando, no iba a haber comentarios poscombate.

Miró al Jumbotrón para poder verse a sí mismo, pero se le revolvieron un poco las tripas, así que miró a la muchedumbre que había acudido a presenciar algo legendario. Habían quedado satisfechos, pero aún querían más.

—Me informan de que los Amos del Juego han añadido un cambio de reglas impactante —anunció, y se tocó la oreja,

aunque no le estaban comunicando ningún mensaje.

Le habían dado el guion con antelación y se había pasado la semana previa ensayándolo. Pero quería distanciarse un poco de la mano invisible que controlaba a las Cadenas de Presos. Él era miembro de la junta, pero los millonetis eran los que controlaban todo. Era lo que se decía a sí mismo. Él era un currante, no un heredero. Quería que Thurwar, esa zorra imposible, y la lunática de Staxxx supieran que, a pesar de las diferencias, no era el responsable de hacerles eso.

—Oh, oh. ¡Santo cielo! ¡Qué mentes más salvajes! —le dijo a nadie, a sí mismo y al mundo. Luego inspiró—. Me acaban de informar de que por fin tenemos respuesta a lo que se preguntan todos vuestros sangrientos y palpitantes corazones. ¿Quién es la más fuerte? ¿Quién es la más chunga? ¿Quién es la mejor Eslabón de la historia?

Habló, pero las palabras carecían de luz y de estilo. Habló con un desinterés que sabía que conseguiría que lo despidieran. Se preguntó si su agente conocería a la gente de Tracy Lasser.

—La nueva regla, que me cuentan que entra en vigor de inmediato, ahora que acaba de empezar la trigésima tercera temporada de *La Liga de los Presos*, estipula que en ninguna Cadena puede haber dos Eslabones de rango Colosal. En el caso de que una Cadena sí tenga a dos Eslabones de rango Colosal, se las verán en el Campo de Batalla. Dentro de una semana, Loretta Thurwar se enfrentará a Hamara *Huracán* Staxxx por el tesoro más codiciado, la Alta Libertad. ¡Hasta luego! —dijo, sin mencionar ni a un solo patrocinador.

Descendió a la Cávea de Batalla y se hundió en el suelo.

La gente se quedó consternada. Enmudeció. Y, en medio del silencio, Micky Wright pensó: «A lo mejor aún queda esperanza».

CHÚPAME LA POLLA, ESTADOS UNIDOS

—Ha sido una noche dura. No os voy a poner en azul. No se lo digáis a nadie, ¿vale? —dijo Jerry.

Al menos tuvo ese detalle.

—¡Chúpame la polla, Estados Unidos! —soltó Sai Ay Ai, y rompió el silencio que había marcado el espacio del furgón durante un buen rato.

La ausencia de Randy Mac era una espina clavada en sus corazones, pero también era un dolor claro y presente en el que sumergirse con el fin de evitar el aterrador futuro que la trigésima tercera temporada les auguraba a sus líderes. Thurwar se sentó en su rincón habitual y Staxxx, en vez de sentarse al lado de Thurwar, se sentó frente a ella, en el espacio que Randy Mac habría ocupado de no haber perdido la vida.

—¡Chúpame la polla, Estados Unidos! —le respondieron Hielo Hielo el Elefante, Rico Muerte y Staxxx.

Thurwar ya se había quedado sola. Sin el peso de Staxxx en el hombro, se sentía perdida. Ignoró la ausencia. Intentó no hacerle caso a la rodilla y al modo en que chillaba. Lo que fuera que tuviese mal desde hacía un tiempo había empeorado.

—¡Di que sí! —gritó Jerry.

Y los Eslabones se unieron en lo mucho que lo odiaban, pero no dijeron nada.

—Hay muchos más países —replicó Pistolín Puddles.

Y los demás Eslabones, hasta Agua Mala, lo miraron con desdén.

Rico se inclinó hacia el lado derecho de Pistolín, sin levantarse del asiento, y le gritó en la cara, con todas sus fuerzas:

—¡¡Chúpame la polla, Estados Unidos!!

Pistolín sonrió y se recostó.

¿Por qué no podía matarlo allí mismo?, pensaba Thurwar. ¿Por qué, si ya no importaba nada, no podía garantizarle un poquito de paz y de seguridad al grupo al acabar con Pistolín Puddles?

—Di todo lo que quieras, pero no va a cambiar na…

—Bueno, mi colega estuvo bien. Hizo lo que pudo —dijo Rico.

—¿Cuánto han dicho que duró? ¿Casi cinco minutos? —preguntó Hielo Hielo—. Es un combate de los más legendarios.

—Pues eso no cambia el resultado final —dijo Pistolín.

Thurwar se acordó de que Randy había venido de una prisión rural, donde había trabajado de cabrero. Era de los pocos que habían descubierto algo que le apasionaba de verdad en la cárcel. Ojalá hubiera tenido antes esa oportunidad. ¿En quién se habría convertido? Thurwar trató de mirar a algún sitio, a cualquiera de ellos menos a Staxxx. ¿Significaba eso que ya eran contrincantes?

Sí. La pelea empezaba en el instante en que la programaban. El instante en que sabías lo que te esperaba, empezabas a prepararte. Mentalmente, Thurwar intentaba diseccionar a Staxxx igual que había diseccionado a todos sus oponentes: catalogaba sus tendencias, predecía su primer golpe y se imaginaba su muerte. Al principio, Staxxx se había dedicado a contraatacar; se la conocía por volver los ataques del rival en su contra hasta matarlo. Pero en la era Huracán, Staxxx había llegado a tomar la iniciativa. Era la primera y la última en atacar.

—Te voy a dar una paliza aquí mismo, si quieres —dijo Sai.

—¿Que me vas a qué? —respondió Pistolín sin dejar de sonreír.

Thurwar se dio cuenta, mientras seguían avanzando, de que no era tan difícil como cabría esperar: a Staxxx le gustaba acabar los combates deprisa, igual que a los mejores Eslabones, pero casi siempre comenzaba con un tajo giratorio y horizontal que, si fallaba, aprovechaba para coger impulso y atacar por segunda y por tercera vez.

Solía ser llamativa, pero sin sacrificar mucho la precisión. *Treta de Amor* era más larga que *Hass Omaha*. Thurwar se percató de que todos esos pensamientos ya los había tenido antes. Se dijo a sí misma que el motivo era que habían peleado juntas muchas veces y que había necesitado comprenderla, en calidad de luchadora y de compañera. Pero también, para ser Colosal, para ser la Gran Colosal, una tenía que imaginarse cómo iba a ganarles a todos y cada uno de los Eslabones en el Campo de Batalla. Por la costumbre, siempre que Thurwar veía a Staxxx, le daba consejos sobre su rendimiento. La mayoría provenían de la idea de que, si se enfrentaba a ella en el terreno de juego, hipotéticamente, ganaría gracias a la tendencia de Staxxx a cumplir con todo lo que Thurwar había comentando mientras observaba cómo luchaba. Pero una cosa era planear estrategias y otra, saber lo que la esperaba.

—Te voy a reventar a hostias en un pispás —dijo Sai.

—Y aquí seguiré yo para darte el postre —agregó Rico.

Thurwar miró a Staxxx, luego a Rico, a Sai, a Hielo Hielo, a Agua Mala y a Pistolín. Se vio a sí misma reflejada en ellos. Se había imaginado a Staxxx muerta. De hecho, era algo que se imaginaba a diario. Se había entrenado para sentirlo. Y la idea de Staxxx muerta, con el cuerpo frío e inmóvil, le disparaba una adrenalina eléctrica que le empezaba en el pecho y se le extendía

por todos y cada uno de los músculos, se convertía en un odio cálido hacia todo lo que la rodeaba. Ese odio era una motivación poderosa. Un deseo. Borrar a Staxxx del mapa, la mera idea, la había conducido a ser Gran Colosal. Un odio hacia la crueldad de un mundo que había permitido, para empezar, que Staxxx formara parte de un sistema como el EPAC…, que también la había conducido a ella allí. Pero no sabía qué pasaría ahora que Staxxx era el objetivo real de su violencia. Le resultaba imposible aprovecharse de la muerte de Staxxx para motivarse a matarla, pero la sensación perduraba.

Estaba cansada. Cansadísima. Thurwar estiró la rodilla delante de ella, en el furgón, y se la frotó igual que cuando no la observaba nadie. Se frotó la rodilla y notó el alivio del que se privaba muy a menudo. Se frotó la rodilla y Angola-Hammond la observó.

—No, no le vas a dar nada —dijo Thurwar, masajeándose el menisco.

—Randy ni siquie… —comenzó Rico. Le temblaba la voz.

El contrincante de Rico, la persona a la que había asesinado, seguía fresco en su voz y en sus ojos. Aún era joven y no había aprendido a ocultar el dolor, las secuelas de haber matado.

—No estoy pasando una buena noche —intervino Staxxx —. No le vais a hacer nada a nadie.

—Pues Randy sí le atizaría.

—¡Que te calles! —chilló Staxxx.

Thurwar miró a Staxxx y Staxxx la fulminó con la mirada. Thurwar sintió el mayor dolor de su vida. No saber si Staxxx aún se sentía igual que ella, si, para sobrevivir, quizá había matado la parte de sí misma que quería a Thurwar.

—Eso, eso —dijo Pistolín Puddles, riéndose tan fuerte que las babas se le escapaban de la garganta—. Las Cadenas de Presos

somos familias.

—Exacto —convino Staxxx con otra sonrisa.

Sai se desinfló en el asiento.

—¡Chúpame la polla, Estados Unidos! —exclamó Rico.

—¡Di que sí! —dijo Jerry, el conductor.

Y siguieron avanzando por la carretera, fuera cual fuese, adondequiera que fuesen a comenzar la Marcha por el Circuito.

APAGÓN

Llegaron. Cansados de sus vidas y verdades, más que de caminar.

El Campamento quedaba a unos metros de un cañón. A los pies tenían la tierra roja, más roja todavía a la luz de la hoguera, más y más oscura según se acercaban al amplio desfiladero, que albergaba los últimos resquicios de un río moribundo.

Habían pasado un rato caminando por el cañón antes de alcanzar el Campamento. Staxxx había ocupado el lugar de siempre, a las seis en punto, durante la Marcha y todo parecía igual, aunque Thurwar se dijo a sí misma que era diferente.

Fue un alivio inmenso y triste oír cómo el Ancla anunciaba:

—¡Apagón! La Marcha comenzará dentro de catorce horas.

—¡Hay que joderse! —dijo Hielo Hielo el Elefante—. Bueno, al menos me alegro por el Apagón.

Le puso una de las manazas en el hombro a Thurwar, se dio media vuelta y caminó hacia Staxxx, a quien abrazó.

Thurwar encontró la cena y, en lugar de llevársela a la tienda de campaña, abrió la caja de brécol crujiente, un pollo asado y orgánico y un pan *brioche* con mantequilla de trufa y parmesano curado. Sacó la comida y se puso la bandeja en el regazo. Primero le dio un bocado al pan, antes de abrir la botella de agua mineral.

—Cena de Apagón —dijo—. ¡Salud! —Alzó la botella, que resplandeció cuando la luz de la muñeca se bifurcó al quedar reflejada y refractada en el agua cristalina.

Staxxx se sentó en una silla de verdad, enfrente de Thurwar,

con la hoguera entre las dos. Toda A-Hamm estaba junta, podían hablar y nadie más los oiría.

Thurwar se bebió el agua, mientras equilibraba la bandeja en los muslos. El resto de la Cadena las rodeaba, inciertos e intranquilos.

—Relajaos —pidió Thurwar—. Sentaos. Es el Apagón.

Y luego Staxxx se quejó:

—¿Qué pasa? Me estáis estresando.

Al oírla, Pistolín Puddles empezó a reír entre dientes. Se sentó y abrió la caja en la que figuraba su nombre. Los demás siguieron su ejemplo.

Thurwar trató de acordarse de los hombres que habían matado un poco antes, ese mismo día. Cómo había parecido que hallaban la paz. Sabía que era una ilusión conveniente, pero le resultaba real. Esperaba que la perdonasen. Esperaba que, fuera lo que fuese lo que le hiciera a Staxxx, el perdón la estuviera esperando al otro lado.

Notó cómo se despojaba de algo. Esa resistencia que antes la definía. Una persistencia, una aspereza. Notó cómo se deslizaba y se marchaba. Se sentía agradecida.

—Bueno, ¿y cuál es el plan? —preguntó Sai.

—¿No vais a comer? —dijo Thurwar.

Pensó en lo que había visto y hecho con los humanos que la rodeaban y se sintió menos pesada; llevaba mucho tiempo sin sentirse así. Lo peor que podía pasar ya había comenzado, así que se tomó un momento para aliviarse. Estiró la rodilla. Se la frotó un poco mientras mantenía la bandeja en equilibrio. Dejó que el sabor del pollo la saciara.

—No es justo —opinó Sai.

—Es una putada —dijo Rico.

—Así es el juego —repuso Pistolín.

—No es justo, pero tampoco lo era antes —dijo Thurwar.

—Pero esto es… —comenzó Rico, y Staxxx lo interrumpió:

—Es el Apagón y os estáis cargando el ambiente. Mac no dijo «chúpame la polla» por nada. Así son las cosas. Así son. Y por ahora, por hoy, lo único que quiero saber es… —En ese momento, Staxxx se inclinó hacia la hoguera—. ¿Qué os ha tocado?

—¿A qué te refieres? —dijo Rico, aunque todos la entendieron.

—Es una pregunta sencilla. ¿Y os vais a gastar los Puntos de Sangre en venir a vernos? —los presionó Staxxx.

A-Hamm miró a Thurwar, igual que solían mirarla para muchas cosas.

—Contestad —los animó Thurwar. Sonrió, aunque una parte de ella sintió cómo sangraba. Ya empezaban a consolarse. Ayudaban a la Cadena, le quitaban un poco de presión. Les dejaban espacio para que supieran con certeza que se avecinaba un cambio.

Estaban sentadas la una enfrente de la otra, en el círculo, pero al menos sí seguían unidas en eso. Otra pantomima para que estuviera bien lo que nunca podría estar bien.

—Es usted una de las grandes, señorita Thurwar, pero esa, la del palo de la Parca, está mal de la cabeza. Os veré y estaré en los asientos *premium* —aseguró Hielo Hielo.

—Se me da bastante bien manejarlo —dijo Staxxx. Le acarició la cabeza a *Treta de Amor*.

—Vi tu primer combate en la sala de estar del pabellón E, cuando estaba en la trena —le contó Sai Ay Ai—. Nunca he visto nada igual. Desde entonces, supe que Loretta Thurwar iba a ver la Alta Libertad. Lo digo con respeto.

Staxxx se rio y Thurwar asintió con la cabeza.

Rico, que había pasado de tener los ojos vidriosos a llorar en silencio, se rio de sí mismo.

—Es…, es difícil ganar a Staxxx si está concentrada. Hasta me incomoda decirlo. ¡Joder! Staxxx es dura si va en serio. —Miraba al suelo al hablar.

—¿Y cuándo no voy en serio? —preguntó Staxxx.

Toda la Cadena se rio.

—Exacto. Creo que la Thurwar de hace un año ganaría. Ahora mismo, no te sabría decir —dijo Hielo Hielo el Elefante—. Durante los primeros treinta segundos, gana Staxxx. Después, la Mamá Sangre es la reina.

—Sonáis igual que la gente de ReVegas. ¡Puaj! —protestó Staxxx.

—Thurwar —opinó Agua Mala.

—Y Mac dice que Staxxx —añadió Staxxx—. Me lo acaba de decir al oído.

—No siempre he sido la favorita —respondió Thurwar.

Los demás Eslabones empezaron a comer y sus mentes divagaron y pensaron en los tipos de muerte que se sucederían a su alrededor dentro de una semana y en las semanas posteriores. Se quedaron allí, a la calidez y a la luz de la hoguera, y Thurwar no tuvo que preguntarse si había hecho algo bueno.

—Seguro que voy a estar en las primeras filas —afirmó Sai.

—Yo también, si me prestas unos Puntos de Sangre —le dijo Rico a Thurwar.

—Pídeselos a Staxxx, la tienes delante y es durísima —replicó Thurwar.

Su carcajada logró que la Cadena se relajara más. También se rieron.

—Solo digo que es una contrincante jodida para todo el mundo.

—Pues vale —dijo Thurwar.

Y disfrutaron de ella. Se sentían orgullosos de que los liderase la mujer llamada Loretta Thurwar.

La noche fue avanzando y, cuando la sensación ya era que su única tarea pendiente era dormir, Pistolín Puddles disparó una pregunta:

—Mientas cantamos el *kumbayá*, tengo una pregunta que hacerte: ¿por qué mataste a Atardecer? Era un hijoputa, pero te trataba como a una reina. ¿Por qué te cargaste a alguien así?

Thurwar fijó los ojos en Staxxx. La noche era fresca y por ella discurría el sonido del viento al pasar por el cañón, como un tenue aliento. Una llamada constante para recordarles que allí estaba.

—Me lo pidió. Tuve que ayudarlo.

La Cadena lo oyó. En el aire flotaba el sonido de la honestidad.

Pistolín asintió. No siguió provocándola más.

Staxxx se levantó y se acercó caminando al desfiladero, despacio y a oscuras, rumbo a la fractura de la tierra. Dejó a *Treta de Amor* junto a la hoguera y se alejó andando de la Cadena.

Thurwar se quedó sentada con los demás. Los quería y no quería decepcionarlos. Esperaba que lo supieran. Cuando miró adonde Staxxx se había marchado, no consiguió verla.

Thurwar se levantó, la rodilla le palpitaba con delicadeza.

No podía ver a Staxxx, así que caminó más rápido hacia allí.

Necesitaba ver a Staxxx en ese instante. Lo necesitaba.

Y la vio.

El brillo de las muñecas de Staxxx la guio hacia ella. Esperaba al filo del cañón, la luz le manaba del cuerpo como una plegaria.

—Lo he hecho yo, ¿sabes? —dijo Staxxx.

Miró al cañón. El modo en que se asomaba a la muerte hizo que a Thurwar le diera un vuelco el corazón.

—¿Que has hecho el qué? —le preguntó. Quería estirar la

mano y apartar a Staxxx del borde. Pero podría haberla empujado al vacío con la misma facilidad.

—El cañón. El otro día estaba entrenando y me emocioné un poco y ¡pam!… Fui y agujereé el mundo.

Staxxx se asomó al vacío. Thurwar cerró los ojos. Intentó dejar que lo que fuera a pasar pasara sin más. Quizás así sería más fácil.

Eran dos de las mejores guerreras que el mundo había visto jamás.

Thurwar estiró la mano hacia la zona lumbar de Staxxx. Le tiró del pantalón de chándal y la acercó hacia sí misma. Staxxx se dio la vuelta y se quedaron cara a cara.

—Te creo —dijo Thurwar.

—No me gusta pensar en ninguna de las dos sin la otra —admitió Staxxx.

Thurwar se acercó más; notó cómo la miraba y esperó que Staxxx también la sintiese a ella.

—No sé por qué tenemos que pasar por el aro. Vamos a marcharnos juntas. Las dos. —Thurwar pronunció las palabras y se notó agotada al oírlas en el aire—. ¿Por qué nos obligas? Se supone que somos nosotras dos. ¿Por qué vamos al terreno de juego?

Thurwar ya se lo había preguntado antes y sabía que no volvería a tener ocasión de preguntárselo.

—Si saltase ahora mismo, ¿qué harías? —dijo Staxxx.

—Te seguiría —respondió Thurwar.

—Y si saltaras tú, yo también. ¿Y si viene Pistolín y me lanza un cuchillo al cuello?

Al pensarlo, una ola de calor le recorrió el cuerpo a Thurwar.

—Lo haría trizas.

—¿Y luego qué?

Thurwar imaginó que se alzaba sobre la papilla a la que había reducido a Pistolín.

—No sé —reconoció, pero sabía que habría un fuego, un odio en su interior que seguiría creciendo, necesitaría alimentarse de algo más.

—¿No querrías ir a buscar a su familia, al menos a su perro o algo así? —le preguntó Staxxx. Su voz sonreía, pero tenía el rostro apesadumbrado en la oscuridad.

Thurwar la escuchó.

—Sé que hemos mandado un mensaje con todo esto. Y si vamos al terreno de juego, vivirá de otra manera.

—¿Cómo? No sé…

—Bueno, pues yo sí —dijo Staxxx—. Si me obligan a matarte, sé que me pasaré el resto de la vida intentando destruirlos. Ya lo pillas. Sé que también te sientes así.

—No. No lo haré.

—Si ganas en el terreno de juego, pues al menos habré…

—Si te mato, ¿qué pasa? ¿De qué servirá?

Thurwar se había acercado más a Staxxx. Casi podía sentir el calor que le emanaba de la piel.

—Te obligaría a quedarte. Encontrarías un modo de hacerlos trizas. O lo intentarías. Buscarías a Tracy, formarías parte de una causa y trabajarías y trabajarías y trabajarías más y, quizá, me olvidarías al menos un poquito y vivirías un poco para ti misma. Quiero que tengas algo por lo que seguir aquí, que puedas salir ahí fuera para nosotros y seguir un poco más. Y no deberías tener que hacer nada, sé que ya has hecho muchísimo, pero te conozco. Lo intentarás porque es a lo que te dedicas y será de ayuda. Significará muchísimo.

—Entonces, ¿soy tu mensajera? ¿Y si no quiero?

—Eres mi mensajera y yo soy la tuya —aseguró Staxxx—. Gane quien gane, no cambiará nada.

Thurwar levantó las manos y le rodeó los hombros a Staxxx, le sujetó la cabeza con las palmas.

—Nosotras —dijo Staxxx.

—Pero ¿y cuál es el mensaje? ¿Qué mensaje se merece todo esto?

Staxxx le cogió las muñecas y se las apretó. Thurwar se permitió llorar.

—Tienes razón —respondió Thurwar—. Lo sé.

Y la besó para que supiera que era lo mejor de su vida y que deseaba todo el tiempo que les quedaba.

EL JUEGO

El sonido era omnipresente. El rugido de miles de personas al unísono. Era la primera vez que separaban a las dos guerreras esa semana. La puerta Norte. La puerta Sur. Iban a salir a un campo de hierba, una extensión verde y exuberante, inspirada en los campos de algodón de la prisión y plantación de Angola. Había arbustos por aquí y por allí. Pero en su mayoría era hierba limpia y uniforme. Los Amos del Juego sabían que no era un combate que requiriese distracciones. Era lo que la gente quería. Era un combate perfecto. Era una final, pero también un comienzo.

Observaban. Creían en su misión, que consistía en trabajar para sí mismos y, luego, para el mundo. Hicieran lo que hiciesen, sin importar el resultado, podían comprar y vender y forjar una nueva clase de vida. Eran artistas del más alto nivel.

Todo el espectro de las posibilidades humanas estaba allí, esa noche. Era el momento. La promesa que habían implicado todos los juegos. Era el momento.

Los Amos del Juego observaban. Eran la junta directiva, pero al mismo tiempo eran mucho más; eran los negociadores y los alcaides y los políticos y los dueños, y vivían en una versión enrarecida del mundo, en un espacio superior, solo para ellos. Se sentaron y bebieron champán, para la alegría de sus corazones de filántropos. Vieron un juego que ya habían ganado, y muchas veces. Los asientos cerca del campo eran los más caros, se abarataban más y más según se ascendía. Aun así, las salas acristaladas del cielo en las que ellos estaban costaban una suma

de dinero que la mayoría jamás imaginaría que podría pagar.

Bebieron y no pensaron en lo filosófico. La chica de la pancarta les había dado ganas de vomitar. Las preguntas les daban ganas de vomitar. Los miles de manifestantes del exterior les daban ganas de vomitar. Aun así, no les quedaba claro, seguían sin reconocer por qué se ofendía esa gente. ¿Cuál era el gran mal? ¿Acaso no podía la gente, que no tenía el ingenio ni las agallas ni el salero para sentarse en esas salas altas, entender que ellos, los Amos del Juego, transformaban el aterrador mundo en algo hermoso?

Vieron una retransmisión en directo en la que Tracy Lasser le daba el micrófono a la madre adoptiva de esa necia, que aún se recuperaba del encuentro con el Influyente, pero se había presentado esa noche en calidad de mascota.

—No nos vamos. No nos van a silenciar. El mensaje de mi hija se oirá. No vamos a parar hasta que no cambien el sistema. Hasta que el Estado no trabaje para eliminar los problemas en vez de a los individuos. Hasta que el valor de las personas como mi hija no se traduzca en cambios, no vamos a parar. —La mujer se dio la vuelta y miró a la chica, la tal Mari, y le pasó el micrófono.

—No pudieron pararme. Nunca olvidéis que no os pueden parar —dijo Mari.

Le temblaba la voz, pero era alta y tenía cierta contundencia. Se había recuperado, se había convertido en un anuncio para las locuras que vendía esa gente. Allí, vestida de negro, podía decir cualquier cosa y la gente se la tragaría. Se había colado y millones de personas la consideraban una especie de heroína. Seguía viva y, aun así, se había convertido en una mártir, surgida de los holomóviles que habían grabado cómo le daban con el Influyente.

—Somos multitud, estamos unidas, somos…

Apagaron la retransmisión.

¿No veían que habían cogido el horror y lo habían escondido?

¿No veían que habían cogido ese mismo horror y se lo habían lanzado a los cuatro vientos para recordarle a la gente que ellos, los Amos del Juego, los habían salvado?

Siempre andas con un cuchillo cerca del cuello.

Siempre hay un hombre con mala intención cerca de tus hijas o hijos.

¿No lo veían? ¿Estaban ciegos y no veían la belleza que habían construido los Amos del Juego?

Había dos formas de planteárselo.

Podías creer que había gente buena y gente mala. Y que la buena se merecía la gloria y la mala, un castigo.

O podías creer que nadie merecía que lo castigaran, sino que los castigos eran secuelas necesarias. Un sacrificio inevitable para servir al bien común: la humanidad. Y ellos, los Amos del Juego, también soportaban esa carga. Siempre por el bien común. El bien más difícil. El puñetero mundo del bien solo era posible porque estaban dispuestos a construir la infraestructura que condujera a la salvación. A extirpar un cáncer. Un esfuerzo de justicia que los mejores hacían para los demás. Un esfuerzo para cercenar un mal omnipresente, para cobrarse la venganza necesaria para honrar a las múltiples víctimas de los grandes males del mundo, para disuadir a las semillas del mal y que no crecieran en las masas, y para rehabilitar, cuando fuera posible, a aquellos que buscaban la redención.

Aquellos que creían que se lo merecían.

Así era el mundo. Así eran los hechos. Un trabajo igual de necesario que la propia vida. Y ellos, nosotros, vosotros, ellos…, todos accedían a ponerse de acuerdo.

La gente de la sala del cielo alzó las copas.

—¡Salud! —brindaron, y luego centraron la atención en los campos verdes que habían diseñado.

COLOSAL

Me llamáis Colosal.

Venid a llamarme lo que queráis, venid, venid a llamarme a la vida, llamadme ya.

—¡Staxxx!

Llamadme delincuente. Catástrofe de corazón de piedra.

Llamadme impertinente, llamadme rey.

Llamadme loca, incluso mientras me matáis, llamadme asesina.

Llamadme, escuchad mi nombre, llamadme ya.

—¡Staxxx!

Llamadme sacrificio, llamadme halcón.

Llamadme a la luz de las velas.

Llamadme Kane, llamadme Cristo.

Llamadme la iglesia del Creador.

Llamadme lo que queráis.

—¡Staxxx!

Llamadlo por su nombre.

La vida que dais es la muerte.

La muerte que doy es la vida. Es amor, al menos.

Así que llamadme Colosal.

Llamadme corrupta, llamadme limpia.

Llamadme la cura, llamadme la Huracán.

—¡Staxxx!

Huracán.

—¡Staxxx!

Huracán.

—¡Staxxx!

Venid a llamarme, venid a llamarme, venid a llamarme del todo.

EL DÍA DE LA LIBERACIÓN

Y salió al terreno de juego con la guadaña en las manos. Y la gente gritó su nombre tan alto que la tierra tembló.

La anunciaron.

Micky Wright estaba ausente, como si fuera un día demasiado especial, un encuentro demasiado épico para que ni siquiera otra persona más pudiera salir al terreno de juego.

Las palabras de Staxxx salían disparadas hacia Thurwar cuando emergió del túnel a la luz. La adulación explotó. Alzó el puño del martillo al cielo mientras enfocaba la vista y observaba la magnitud de todo lo que la rodeaba. Un mar de hombres y mujeres refulgía en las gradas, chillaban y lloraban y respiraban por ella. Era capaz de oír los cánticos de los manifestantes, fuera del estadio. Alzó el puño por ellos.

Respiró mientras caminaba por la hierba, intentó no mirar a Staxxx, que estaba, por supuesto, presa en la Jaula de enfrente. Thurwar se volvió hacia las gradas. Vio a los Eslabones de su Cadena, apresados en los asientos, pero gritando hasta desgañitarse. Allí estaban, cerca de todo. Podía ver cómo a Sai se le marcaban los músculos del cuello al chillar, vio que Rico y Hielo también chillaban. Vio cómo Agua Mala las animaba e incluso vio a Pistolín; los vio a todos, allí estaban.

Escuchó y lo sintió todo.

Cerró los ojos y se sumergió en el ambiente.

—¡¡Thurwar!!

—¡¡Thurwar!!

—¡¡Thurwar!!

Thurwar reparó en la HCM que flotaba delante de ella. Miró a A-Hamm y les guiñó un ojo. Le habían suplicado que lo hiciera y tuvo el detalle.

—¡Aquí estamos! —exclamó Thurwar. Y la gente se quedó perpleja. Llevaban muchísimo tiempo sin oír a su reina—. Volvemos aquí, al mismo lugar donde empecé. —Las palabras eran suyas, pero hablaba por todos ellos, todos esos Liberados y no Liberados, a la Alta y a la Baja—. Un campo de liberación.

Notó el martillo en la mano, reparó en su peso, en cómo se había lesionado al blandirlo, en como lo había usado para lesionar a los demás. En lo mucho que lo necesitaba, igual que necesitaba ese momento. En cómo, a veces, lo que te hace daño también es lo que necesitas.

Soltó a *Hass Omaha* al lado de la Jaula.

—La mala noticia es que os perdono —dijo Thurwar, y la gente chilló—. La buena noticia es que os perdono.

¿A quién le hablaba?

Al mundo entero.

—No olvidéis nunca que somos unos fenómenos que no habéis visto jamás. ¿No es así?

El mundo entero dijo que sí.

Thurwar se sonrió a sí misma y se permitió mirar a Staxxx a los ojos. Sus miradas se cruzaron. La de Thurwar decía: «¿Qué tal lo hago?» y la de Staxxx: «Estoy alucinando».

—Es una cosa que no habéis visto jamás, me alegro de que estemos de acuerdo. Nunca habéis visto a una Madre Sangre.

—¡Pues no! —chillaron.

—Nunca habéis visto al Lacerante Terror, a la Lamia Titán, ¡a la mismísima Lord Trueno! —les contestó a gritos. Se replegó en su antiguo ser, el personaje del que se había apropiado el mundo—. La Leona Tigresa, la que cantó la última melodía. ¡La

que os adiestró a todos!

Thurwar volvió a mirar a Staxxx, que estaba de rodillas y reía. Porque era verdad; Thurwar, hacía tiempo, les había enseñado a esas multitudes el poder de llamarlos y de que ellos le respondieran.

—¿Quién os enseñó quiénes sois? —dijo Thurwar, dando un salto.

—¡¡Thurwar!!

—¿Quién es la Gran Colosal favorita de vuestra Colosal favorita?

—¡¡Thurwar!!

—Y si todo es verdad, quiero que os acordéis de una cosa. —Thurwar giró despacio, de tal modo que cada uno de los miles de presentes sintiera que lo miraba a él en particular—. Somos lo que jamás habéis visto. —Y, antes de arrodillarse en la Jaula, añadió—: Cuando penséis en nosotras, acordaos de que el hecho de que las cosas sean así no significa que no puedan cambiar, y que no hayáis visto jamás una cosa no significa que sea imposible. Lo llaman campo de liberación. A ver quién se libera. ¿Vosotros o yo?

Luego se arrodilló en la superficie de la Jaula y la muchedumbre enmudeció. Era para lo que habían nacido.

Una voz que no era de nadie, una máquina convertida en humana o una máquina que fingía ser humana, dijo:

—¡Apresadla!

Y Thurwar notó cómo la encerraban por última vez en la vida.

LORETTA THURWAR

Sendas HCM se les acercaban flotando a los labios.

Apresadas, se quedaron quietas. Aguantaron quietas y sintieron el poder.

Staxxx pensó: «¡Qué vergonzoso para vosotros! Tantas cadenas y miradme, libre como el viento».

—Ya lo he dicho todo —dijo Staxxx—. Prestad atención.

Thurwar miró al otro lado de la palestra y a la HCM.

—Te quiero —dijo Thurwar.

Y las soltaron ante el sonido de los miles de personas.

Thurwar corrió. Y Staxxx también. Avanzaban con pasos rápidos, saltos por la hierba que las acercaban brincando. Corrieron lo más deprisa que pudieron hasta llegar a los brazos de la otra. La rodilla le daba igual, le dolía, pero se acabó. Iba a exprimirse la rodilla al máximo. Las dos se encontraron.

Se abrazaron. La gente se quedó callada. Se abrazaron y cada una fue consciente de que abrazaba a una parte de sí misma.

—Nosotras dos, ¿vale? —dijo Thurwar.

—Tú y yo —asintió Staxxx.

Cuando apartó los labios de Staxxx, la gente se había quedado pasmada y en silencio.

Se soltaron y Thurwar miró a Staxxx una última vez, la guerrera que había conmocionado al mundo por ser ella misma.

Había llegado la hora de matar.

—¿Estás lista? —preguntó Thurwar.

—Ataca a matar —dijo Staxxx.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Espera —exclamó Thurwar. Pero Staxxx ya se estaba marchando—. Tú y yo —insistió.

—Nosotras dos —contestó Staxxx.

Y se apartaron una de otra. Thurwar se frotó los ojos y fue trotando a por *Hass Omaha*. Cuando se dio la vuelta, Staxxx había cogido a *Treta de Amor* del suelo y la gente volvía a regocijarse.

El mundo rugió y retumbó cuando Thurwar levantó el martillo. Se imaginó su poder y todo lo que él había eliminado del mundo. Con el martillo en la mano, salió corriendo.

Se encontraron no muy lejos de la Jaula de Thurwar. Staxxx era más rápida y, por primera vez en la vida, Thurwar vio cómo la cabeza de *Treta de Amor* salía disparada a por ella.

El cuerpo de Thurwar tomó el control. El pensamiento que ahogó era el siguiente: «Debería tumbarme aquí y ya, no puedo más». Pero el cuerpo le dijo: «Lo voy a hacer por ti, deja que me encargue de este dolor interminable. No necesitas pensar, solo moverte».

El cuerpo de Staxxx volaba por el aire y convertía esa potencia en un tajo de arriba abajo, de una velocidad increíble, que Thurwar sabía que sería capaz de reorientar incluso cuando estuviera a punto de dar en el blanco.

Thurwar dio un paso a un lado antes de que *Treta de Amor* hundiera la nariz en la hierba. Le lanzaba mordiscos mientras Staxxx se agazapaba, volvía a retorcer el cuerpo y cortaba el aire. Muchos Eslabones habían intentado doblarse por la cintura para esquivar ese ataque y se habían visto los intestinos en las botas poco tiempo después. Thurwar dio un salto atrás y notó el cruel rastro de aire que rasgaba la cuchilla.

«Otra vez», dijo el cuerpo de Thurwar.

Y otra vez volvió. Staxxx orientó los pies para volver a girar, continuó trazando el movimiento con la cintura y los brazos mientras *Treta de Amor* regresaba por el aire, en horizontal. Era un tajo que cortaba a los Eslabones por la mitad. Thurwar lo esperó y *Hass Omaha* le suplicó que lo soltara; se había cansado de ver cómo *Treta de Amor* bailaba sola. Thurwar se guio por esa sensación, volvió a dar un salto atrás y, en ese instante, soltó un poco a *Hass Omaha*, de modo que lo sujetó por la punta del mango y lo blandió en el aire.

El ruido del metal contra el martillo provocó que la gente explotara a una vida nueva. *Treta de Amor* salió volando por los aires. Thurwar vio la ocasión. El modo de aplastarla, el camino a la libertad pasaba por atravesar un corazón que la había mantenido viva durante tanto… Pasó demasiado tiempo pensando, incluso mientras avanzaba para asestar el golpe, y Staxxx, con su fuerza y donaire, fue capaz de coger a *Treta de Amor* al vuelo y convertir el ascenso en una caída en picado hacia la cabeza de Thurwar. Thurwar paró el ataque y se encogió al balancearse. *Treta de Amor* le cortó el logo del martillo que llevaba en la armadura del hombro y Thurwar notó un cosquilleo que le recorrió del hombro a las manos.

«Deja de pensar —le dijo el cuerpo—. Confía en mí. Yo me encargo».

Treta de Amor le rebotó en la armadura y fue cogiendo fuerza para cortarle la cara, cuando Thurwar empujó adelante. Ahogó más pensamientos. Estaba allí presente, al completo. Consciente del momento como nunca, allí con Staxxx. Lo único que podía hacer era empujar adelante. Thurwar y Staxxx. Se miraron a los ojos: agradecidas y destrozadas.

Thurwar se pasó a *Hass Omaha* a la mano izquierda y agarró el mango de la guadaña, con la derecha, por debajo de la cuchilla. Por primera vez aquella noche, *Treta de Amor*, el arma

que las mujeres y los hombres de todo el mundo temían, se quedó quieta. Thurwar retorció el cuerpo mientras se aferraba a la guadaña y le dio un buen mazazo a la corona que llevaba Staxxx. Para sobrevivir, Staxxx tuvo que soltar a *Treta de Amor* del todo. *Hass Omaha* se estampó contra el suelo mientras la bota de Staxxx se estampaba contra la cara de Thurwar.

El primer ataque que la tocaba.

La gente se levantó de los asientos. Había fallado, pero había conseguido tocarla y esa certeza le hizo sentir a Thurwar algo peor que nada de lo que hubiera sentido jamás. Respiró. Allí seguía, respirando. «Su cuerpo —le dijo esa sensación—; sé que duele, ve el dolor, siéntelo y muévete».

La gente rugió y rugió. Un apetito que nunca se vería saciado se agudizó y se estiró. Thurwar blandió a *Treta de Amor* y se tambaleó, el peso de *Hass* y el golpe en la cabeza la desestabilizaron. Staxxx cogió su arma con las dos manos antes de darle una patada voladora en el pecho y en el estómago a Thurwar. Thurwar soltó a *Treta de Amor* al recibir el golpe y rodó. Cuando se levantó, vio que Staxxx corría hacia ella. Un cuerpo que corre hacia delante, un huracán de carne y hueso. Staxxx se lanzó con fuerza a por Thurwar y ella se puso de pie y saltó hacia atrás y, mientras tanto, se dio cuenta de que no iba a bastar, de manera que se tumbó de espaldas y observó cómo la cuchilla rasgaba el aire sobre su cara. Le soltó una patada y oyó cómo Staxxx ahogaba un grito; con el mero sonido le entraron ganas de partirse en dos. Pero consiguió levantarse. Cansada pero lista. Veía que a Staxxx le costaba respirar.

Cogieron impulso en la hierba y fueron la una a por la otra. Staxxx dio un salto y la atacó por el flanco con precisión y, de nuevo, Thurwar vio cómo el mundo se ralentizaba mientras *Hass* repelía a *Treta de Amor*: un segundo desvío imposible.

Treta de Amor retrocedía y *Hass* ya volvía, listo para

comer. En posición de devorar a la Huracán Hamara Staxxx. Con el martillo de regreso a la mano dominante, lanzó un mazazo hacia el cielo, hacia la mandíbula, para rompérsela. Thurwar atacó como si fuera a aplastar las nubes negras del cielo. El cuerpo la ayudó a ganar una velocidad devastadora y, al mismo tiempo, absoluta. Atacó con la certeza de que, cuando diera en el blanco, a Staxxx la recordarían, se multiplicaría, siempre.

Pero, mientras el martillo avanzaba, reparó en que Staxxx había aprovechado el ataque repelido para sus propios fines. Ya se había puesto a girar y apuntaba al cuello de Thurwar con *Treta de Amor*. Era imparable, Thurwar se quedó inmóvil; lo único que podía hacer era ver lo que la esperaba en el más allá. Cuando Staxxx lanzó el ataque, Thurwar ya estaba lista para que la liberase.

Lo que golpeó a Thurwar en un lado de la cabeza fue el canto romo de *Treta de Amor*. Staxxx se había dado la vuelta y, de nuevo, había interpuesto la cara en el camino que seguía trazando la embestida asesina de *Hass*.

—Te pillé —dijo Staxxx, y dejó caer a *Treta de Amor* al suelo.

Antes de que la guadaña tocara el suelo, *Hass Omaha* ascendió y se llevó por delante a Staxxx. Las dos quedaron liberadas y Loretta Thurwar se alzó entre la gente, que se había sumido en un silencio apasionado, apasionado.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es posible gracias a muchísimos pensadores, activistas, escritores y manifestantes que me ayudaron a cultivar mi punto de vista y a guiar mi investigación, con la que comprendí mejor nuestro mundo y país carcelarios. Esta comprensión fue la inspiración de una buena parte de este libro. Las enseñanzas y los ensayos de Ruth Wilson Gilmore, Angela Davis y Mariame Kaba fueron de una importancia increíble durante los años que pasé trabajando en el libro. Quedo enormemente agradecido a la Coalición Rockland para Acabar con el Nuevo Jim Crow, un grupo de apasionados servidores de la comunidad que me han ayudado a aprender, en la práctica, cómo podemos cambiar el sistema para que reflejen mejor el mundo en el que queremos vivir. El Colectivo Unity y el haber trabajado en su proyecto también me ayudaron a sentirme acogido por la gente que se planteaba estos problemas.

Quisiera homenajear a la familia de Tina Davis y mandarles mi amor.

Para la información contextual de muchas de las estadísticas y hechos que cito en el libro, consulté la Constitución de los Estados Unidos y sus enmiendas. Para las citas legales sobre la justicia penal, consulté la sección 18 del Código de los Estados Unidos.

Los recursos que me proporcionó la Iniciativa de las Políticas de las Prisiones fueron de gran ayuda para investigar sobre los encarcelamientos en Estados Unidos, al igual que

ProPublica. El Instituto de Transparencia Policial me descubrió a la Oficina de Ayuda al Cumplimiento de la Ley. También obtuve mucha información de TransEquality.org.

Celda de aislamiento, de Albert Woodfox, ha sido una inspiración esencial para mí durante el proceso de escribir el borrador de la novela. La cobertura del *New York Times*, en especial la que firma Campbell Robertson, del caso de Woodfox (además de la relativa a los casos de Herman Wallace y de Robert King) y del tiempo que pasó encerrado en aislamiento también me ha resultado de lo más inspiradora.

Los reportajes de *The Guardian* y de otros medios me descubrieron a Cyntoia Brown y su encarcelamiento.

La Dra. Ann Carson publicó un informe sobre los suicidios en las prisiones y las cárceles, del que obtuve unas estadísticas espantosas.

Un informe conjunto de Reuters y del Centro Nacional para las Mujeres y los Policías (5 de noviembre de 1999) me proporcionó la historia y el contexto relativos a los abusos domésticos de la policía que figuran en este libro. El informe se basa en los datos que documenta «En el frente: El estrés policial y el bienestar de la familia», obra del comité designado por la Cámara de Representantes para los asuntos de los niños, la juventud y las familias, y también «Agresiones interconyugales en las familias de la policía», de Peter Neidig, Harold Russell y Albert Seng.

El artículo del *New York Times* «Hay un vasto sesgo racial en los casos de pena de muerte, según descubre un estudio nuevo», de Adamp Liptak, y su cobertura del caso crucial de Warren McCleskey fue una fuente de lo más valiosa, al igual que el reportaje que la NPR dedicó a la absolución de la condena de George Stinney Jr. Alan Lomax grabó a los presos negros de la granja prisión estatal Darrington, cuyas canciones de trabajo

aparecen en este libro. Les mando amor a esos presos y a todos los encarcelados y a quienes encarcelaron en el pasado. Vuestras voces son esenciales.

También quisiera darle las gracias a Peyton Shining Fox Powell por el amor y el apoyo increíbles, sin los que esta novela no habría sido posible. Quisiera darles las gracias a Dana Spiotta, Arthur Flowers y George Saunders por ser mis mentores y guías durante estos años. Muchas gracias al máster de Syracuse, sobre todo a Sarah Harwell y a Terri Zollo por crear un espacio para muchos de nosotros.

Mi gratitud eterna a Lynne Tillman por encaminarme. Mil gracias a Walker Rutter-Bowman por leer una versión previa del libro. Y otras mil gracias a Ingrid Rojas Contreras por guiarme con todo lo relacionado con las novelas. Gracias al Hermitage y a Sarasota por el tiempo para concentrarme en este proyecto.

Gracias a mi gente por ponerme los pies en la tierra y bromear con todo. Gracias por todo al equipo de Rensselaer, Greenridge y Plimpton.

Mi gratitud eterna a la increíble Meredith Kaffel Simonofff por todas las formas distintas en que lo hace posible, y a Naomi Gibbs por trabajar en las trincheras durante el largo proceso de traer un libro al mundo.

Un montón de gracias a Lisa Lucas, Natalia Berry, Josie Kals, Julianne Clancy, Asharee Peters, Altie Karper y Kathleen Cook y a todos los de Pantheon, cuyo trabajo fue fundamental para que este libro cobrara forma.

Gracias a mi hermana Afua, que es una inspiración para todos los que buscan cómo ser ellos mismos. Gracias a mi hermana Adoma, que es otra de las personas que lo ha hecho posible todo. Gracias, mamá; esta novela y todo lo que hago es tuyo. Y gracias, papá. No siempre ha sido fácil, pero gracias por todo. Te dedico este libro; creo que te habría gustado.

Notas

1 Holo Cámara y Micrófono (HCM), EyeBall™, es el principal dispositivo de grabación de sonido y vídeo de todo lo relacionado con los deportes de acción. Estas cámaras voladoras, inteligentes y autopropulsadas, pueden ir al tema y mancharse las manos para que tú te ahorres las molestias. Un producto de Kodex.

2 Barry Harris había estado borracho. Otra vez. Los agentes lo encontraron desmayado sobre el cuerpo de Harold Marcer, el hombre que Barry aseguraba que era su mejor amigo. «Bueno, pues menuda forma más interesante de demostrar que te cae bien un tío», bromeó un agente, luego le dio un puñetazo en la boca y esposó a Barry al coche. Barry y Harold habían practicado la lucha grecorromana juntos en el instituto. Seguían luchando de vez en cuando. Y Harold no era de los que se achantan, ni siquiera aunque Barry hubiera competido con cien kilos y Harold con setenta. «¿Te acuerdas de si estabas molesto por algo?». Barry se acordaba de haber estado molesto por algo, pero no se imaginaba haber estado así de enfadado. Harold solía ser quien le hacía compañía cuando Tiff le daba la lata, lo dejaba o volvía a salir con él solo para dejarlo otra vez. Pero se había emborrachado y se había despertado con Harold frío y dormido; la cabeza de Harold descansaba en el pecho de Barry y Barry, con el brazo, le rodeaba el cuello a su amigo. Barrington Eli Harris.

3 Es el título que se le otorga al Eslabón que está más cerca, en un momento dado, de la libertad. Todos los Eslabones se encuadran en una de las siguientes categorías: Novato, Superviviente, Culmen, Segador, Segador Duro, Colosal, Gran Colosal y Liberado.

4 Porra de control magnético Magnetoporra™ Te-SIP 2.2 de ArcTech™.

El modelo 7 se puede acoplar a todos los productos de la serie 7 de la familia de seguridad magnética en calidad de dispositivo de control, de ayuda de mano para el transporte y de robusto instrumento de defensa bruta y disciplina. ArcTech™, los mejores en seguridad táctica.

5 La Ley de la Decisión Propia —comúnmente conocida como el Billete al Baño de sangre de Bobby o BBB, B3 o B Tres (aprobada bajo el mandado del presidente Robert Bircher)— establece que, por su propia decisión y voluntad, los convictos tutelados por el estado pueden optar por renunciar a una ejecución estatal o a una sentencia de al menos veinticinco (25) años de encarcelamiento a cambio de participar en el programa EPAC. Después de tres (3) años de participar con éxito en dicho programa EPAC, a dicho convicto le pueden mostrar clemencia, conmutarle la sentencia o perdonarlo.

6 El Despacho de Ayuda a la Aplicación de la Ley (DAAL) dirige el programa 1033, que surgió durante la administración del presidente George Herbert Walker Bush y transfiere los excedentes de equipamiento militar a los departamentos de policía civiles. Los excedentes de equipamiento, armas y demás han de usarse para ayudar con el control de las drogas.

7 La Corporación de Correccionales de Norteamérica (CCN) es la mayor corporación de prisiones privadas del mundo. Cofundada por Tomas Wesplat, Berto Rants y T. Ron Kutto, cuenta con múltiples instalaciones por todo el país. La CCN es consistente al generar beneficios anuales de miles de millones.

8 Asesino, asesino.

No se sintió bien. O se sentía bien o no se sentía bien. Siempre se sentía solo. Siempre se había sentido solo. Terminó el trabajo y se quedó solo del todo. No tenía amigos y, ahora, tampoco padres.

Cogió una pistola y los apuntó con ella. A mamá y a papá. Pam y pam. Muerta y muerto. Pensó que se iba a sentir mejor. Pero el dolor seguía igual.

Luego le dijeron: «Es adulto». Asusta a la gente. Bueno, todo le asusta. Sobre todo, él mismo.

Quizás así se sienta bien. Al menos es un final. El Eslabón más joven de todos.

9 Corporación de correccionales del Grupo GEOD: La sociedad matriz del veinte por ciento de las Cadenas del Circuito. Después de la CCN, es la segunda mayor contribuyente del programa EPAC.

10 De hecho, fue George Stinney Jr., un joven negro de Carolina del Sur. Por supuesto, por supuesto. El 16 de junio de 1944, George Stinney Jr., de catorce años, se convirtió en la persona más joven a la que ejecutaron los Estados Unidos. Lo acusaron del asesinato de dos jóvenes blancas a quienes habían matado golpeándolas en la cabeza con un clavo para las traviesas del ferrocarril.

Setenta años después de que la electricidad lo dejara sin vida, lo

absolvieron.

Desde 1973, por lo menos ha habido ciento ochenta y seis personas acusadas por error a quienes se ha condenado a muerte.

11 Los mejores en seguridad táctica. ArcTech™ es una empresa estadounidense de armas, defensa y tecnología carcelaria con intereses multinacionales. El consejero delegado, Rodger Wesplat, es el hijo de Tomas Wesplat y Monica Teasley-Wesplat.

12 Centro reexperimental Nueva Auburn, construido a imagen del sistema Auburn que se creó en el siglo XIX. El sistema Auburn requería que los prisioneros vivieran en silencio. Se diseñó así para privar a los prisioneros de la autoconsciencia, lo cual se creía que los ayudaba a cumplir con las tareas diarias (construir productos y hacer otros trabajos que se venderían comercialmente) con más eficiencia.

13 Ratificada el 6 de diciembre de 1865, la decimotercera enmienda de la Constitución de los Estados Unidos reza así: «Ni la esclavitud ni el trabajo forzado, *excepto* en calidad de castigo por un delito debido al cual el responsable haya sido debidamente condenado, ha de existir en los Estados Unidos ni en ningún lugar sujeto a su jurisdicción» (cursiva de énfasis propio).

14 Un hombre asesinado. Lo mataron a tiros. Cuando disparas a un problema, ves el problema y no la vida que vivió, ni la felicidad ni la tristeza. Casi todo el tiempo disparas al calor de la furia, es lo que Hendrix Young imaginó. Cuando mató a Keyan Thurber, era perfectamente consciente de que ese hombre era una persona capaz de albergar grandes sentimientos, un gran amor. Ese era el problema. Lo llamaban sangre fría. Pero, cuando apretabas el gatillo, todo era calor. Fuego en el pecho.

15 Baja Libertad. Segadora. La llamaban la Asesina con más clase. Su familia la llamaba Lucy.

16 Lany Vines, ahora conocido como Hielo Hielo el Elefante, iba en coche. Borracho y al volante. Su madre, también alcohólica, le pidió que acelerase. Había tanto que ver en el mundo ¿y qué hacían allí atrapados en Wisconsin, viendo la mismísima nada? Ahora iban a verlo todo. Pero necesitaban alcohol para el repentino viaje por carretera. «Ah», fue lo último que dijo Opal Vines. Al menos lo que él pudo oír. No tenía ni idea de qué dijo el chaval de dieciocho años del otro coche cuando los faros le proyectaron una última luz en la cara.

17 Después, una vez dentro, había matado a un hombre solo porque aquel hombre quería matarlo a él.

18 Incluso aunque no hubiera sido lo peor que hubiese hecho nunca, joder. Pistolín Puddles les había visto los ojos, el miedo, y se había llevado algo de sus cuerpos. Sabía quién y qué era y, joder, si tenía una oportunidad de ver el país antes de morir, no estaba mal. Ganar en el Campo de Batalla le proporcionaba la

misma sensación. Le llamaban monstruo. No lo negaba.

19 Los Estados Unidos de América encierran a más personas en aislamiento que ningún otro país democrático.

20 Albert Woodfox pasó cuarenta y tres años y diez meses en aislamiento. Robert King pasó veintinueve años en aislamiento antes de que lo soltaran. Herman Wallace. Herman Wallace. Herman Wallace. Herman Wallace. Murió de cáncer de hígado dos días después de que lo condenaran a cuarenta y dos años.

21 Albert Woodfox, Herman Wallace y Robert King. Albert Woodfox, Herman Wallace y Robert King. Robert y Herman y Albert. Herman y Robert y Albert. Wallace, Woodfox, King.

22 Los reclusos pueden pasar al confinamiento en solitario por delitos no violentos, como estar en posesión de mercancías de contrabando o la insubordinación. A veces también se recurre al encarcelamiento segregado para la «protección» de los reclusos.

23 Las personas encarceladas padecen una cantidad desproporcionada de enfermedades transmitidas por los alimentos.

24 Según las estadísticas de 2018, por cada cien mil hombres negros, hay dos mil doscientos setenta y dos en una prisión estatal o federal, en contraste con los solo trescientos noventa y dos por cada cien mil hombres blancos. Por cada cien mil mujeres negras, hay ochenta y ocho en una prisión estatal o federal, en contraste con las cuarenta y nueve por cada cien mil mujeres blancas.

Se ha demostrado con solidez, a nivel nacional e internacional, que el confinamiento en aislamiento provoca ansiedad, paranoia, alucinaciones, depresión, ataques de pánico, pérdidas de memoria y otros defectos cognitivos.

Código de los Estados Unidos 18, sección 2340A: Tortura

a) Infracción:

Quienquiera que, fuera de los Estados Unidos, cometa o intente cometer torturas será juzgado por este delito, encarcelado por no más de veinte años o ambos. Si una persona muere a causa de la conducta que prohíbe esta sección, el castigo será la muerte o el encarcelamiento por un periodo de años o de por vida.

b) Jurisdicción: La jurisdicción en lo que respecta a la actividad prohibida en la subsección a) es aplicable si:

1) El presunto infractor es ciudadano de los Estados Unidos o

2) El presunto infractor está presente en los Estados Unidos, sin que importe la nacionalidad de la víctima o del presunto infractor.

c) Conspiración:

Una persona que conspire para cometer una infracción descrita en esta sección será condenada a las mismas penas (aparte de la pena de muerte) que las prescritas para tal infracción, cuya perpetración era el objeto de susodicha conspiración.

Código de los Estados Unidos 18, sección 2340A: Definiciones

1)«Tortura» significa un acto que una persona comete bajo el aparente amparo de la ley y que, en particular, trata de infligir un grave sufrimiento o dolor físico o mental (aparte del sufrimiento o dolor derivado de los castigos legítimos) a otra persona bajo su custodia o control físico;

«Grave sufrimiento o dolor mental» significa un daño mental y prolongado que resulta de:

A) Infligir de forma intencionada o amenazar con infligir un grave sufrimiento o dolor físico;

B) Administrar o aplicar, o amenazar con administrar o aplicar, sustancias alucinógenas u otros procedimientos diseñados para alterar profundamente los sentidos o la personalidad;

C) La amenaza de una muerte inminente o

D) La amenaza de que otra persona morirá de inmediato, experimentará un grave dolor o sufrimiento físico, o se le administrarán o aplicarán sustancias alucinógenas u otros procedimientos diseñados para alterar profundamente los sentidos o la personalidad y

3) «Estados Unidos» significa los diversos estados de los Estados Unidos, el Distrito de Columbia y la mancomunidad, los territorios y las posesiones de los Estados Unidos.

25 Eslabón que vio la Baja Libertad. Rachel *Doña Temeraria* Nape. De rango Colosal.

26 Albin «Ali Chao» Lofgren. Albin era lo que se dice medio listo. Lo bastante listo como para saber cómo sacar mucho dinero con un poco de esto o de aquello. Lo bastante bueno como para intentar comprarle una casa a su madre con el dinero, pero no lo bastante bueno como para verla vivir en ella. Le pedía muchas cosas al mundo y acabó llevándose una decepción. Y luego volvió a llevarse otra decepción. Y otra más. Baja Libertad. Veintidós años de edad.

27 No mires abajo. Ayúdame. Por favor. Ayúdame.

28 Tenía razón.

29 Se llamaba Angelo Ruiz, su familia se encargaba de alimentarlo, protegerlo, criarlo; lo endurecieron, le enseñaron a pelear, ganaron dinero. Tenían enemigos, defendieron su territorio. Podría haber salido de la cárcel, pero no se traiciona a la familia.

30 A Cyntoia Brown la obligaron a prostituirse y su primera condena fue de por vida, cuando tenía dieciséis años, por haber matado a un hombre de cuarenta y tres años en defensa propia. Cyntoia, Cyntoia, Cyntoia.

En todo el mundo, las mujeres suelen ir a prisión por matar a sus violadores.

31 Georgina *la Campanilla* Hickory. Había visto muchas cosas. Había hecho muchas cosas. Encontró un hogar en el infierno. Nunca vendió veneno a los niños, pero el veneno acabó encontrando a los niños, así que ¿qué más da? Si no tienes principios, no tienes nada, y Campanilla sí tenía principios. Te peleas por la familia, vas con la cabeza bien alta, intentas hacer lo correcto cuando puedes. Creía que el amor no era para ella. Se equivocaba. Lo encontró en el infierno, un hogar con amor y canciones.

32 Edgerrin *Navaja* Boateng estaba destinado a perder. Atacó a los cabrones que se metieron con él. Tenía familia y era listo. Pero a veces no te queda otra. La sangre exige sangre. Él no hacía las reglas, las reglas lo hicieron a él. Pero daba gracias por lo que tenía. Volvió a encontrar un hogar en ella. Había ido muy lejos para hallar una paz que no había vivido antes. Campanilla había sido suya y él le había pertenecido a ella. Deseaba poder abrazarla para siempre.

33 Se ha descubierto que las familias de los agentes de policía padecen un mayor porcentaje de abusos domésticos que las familias en las que no hay agentes de policía. En 1996 se aprobó la ley que prohíbe las armas de fuego a los culpables de violencia doméstica y estipula que no se les permite comprar armas de fuego a aquellos a quienes se condena por delitos de violencia doméstica. Aun así, de esta prohibición quedan exentos los agentes de policía y los militares.

34 En 1978, Warren McCleskey, un hombre negro, fue condenado a la pena de muerte por el asesinato de un agente de policía blanco. Había atracado una tienda de muebles con otros tres cómplices. Lo condenaron a muerte, la promesa sangrienta.

Recurrió la sentencia; se basó tanto en la octava enmienda (por lo cruel y lo poco habitual) como en la decimocuarta (por la protección igualitaria) y en un estudio del Dr. David C. Baldus, que descubrió que quienes mataban a personas blancas tenían una probabilidad cuatro veces mayor de recibir la pena de muerte.

Warren McCleskey perdió el caso. En Estados Unidos, sentó el precedente de que ni siquiera las pruebas sólidas y estadísticas de prejuicios raciales contradicen la Constitución.

35 Con una mayoría de cinco a cuatro, el Tribunal Supremo falló en contra de McCleskey y dijo que los datos que les presentó les serían de más interés a los legisladores que a los tribunales. El voto de la mayoría fue del juez Lewis F. Powell Jr.

Los nueve jueces eran blancos.

Después de que el juez Powell se jubilase, le preguntaron si cambiaría alguna de las decisiones que había tomado, de tener la oportunidad. Dijo que sí y citó el caso de McCleskey contra Kemp.

36 El ochenta y seis por ciento de las mujeres encarceladas ha sido víctima de violencia sexual. Una realidad sobrecogedora. La mayoría de las mujeres

encarceladas ha sido víctima de violencia sexual.

37 De 2010 a 2016, se registraron unas catorce mil setecientas quejas por abusos sexuales y físicos dirigidas al Control de Inmigrantes y Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés). Miles y miles. El ICE se creó en 2003. Era parte de la respuesta del gobierno a los atentados del 11 de septiembre de 2001.

38 El suicidio es la principal causa de las muertes evitables entre los reclusos. Entre 2001 y 2019, los suicidios explotaron en las prisiones. En ese intervalo de tiempo, el número de suicidios aumentó un 85% en las prisiones estatales, un 61% en las prisiones federales y un 13% en las cárceles locales.

39 Las personas trans estadounidenses tienen más del doble de probabilidades de ir a la cárcel que las estadounidenses cisgénero. Más del doble. Y las personas trans de color tienen más probabilidades de ir a la cárcel que las personas trans blancas. Se abusa de los vulnerables, de nuevo, siempre.

40 Se estima que entre el 2,3% y el 5% de las personas encarceladas en Estados Unidos son inocentes. Estas cifras suponen, en potencia, más de cien mil personas. George Stinney Jr., una y otra vez.

41 Los proyectiles de impacto cinético, las balas de goma o las balas de espuma suelen tener un núcleo metálico. La goma es un componente menor. Las «balas de goma», que se utilizan en «maniobras de disuasión», suelen causar daños permanentes o la muerte.

42 Protocolo para la prohibición del uso bélico de gases venenosos, de asfixia y otras armas bacteriológicas.

Firmado en Ginebra el 17 de junio de 1925.

Entró en vigor el 8 de febrero de 1928.

El senado de Estados Unidos recomendó ratificarlo el 16 de diciembre de 1974.

El presidente de Estados Unidos lo ratificó el 22 de enero de 1975.

Se le entregó la ratificación estadounidense al gobierno francés el 10 de abril de 1975.

El presidente estadounidense lo proclamó el 29 de abril de 1975.

Los plenipotenciarios firmantes, en el nombre de sus respectivos gobiernos, acuerdan lo siguiente:

Mientras el uso bélico de gases venenosos y de asfixia y de otros líquidos, materiales o dispositivos análogos queda condenado por la opinión pública del mundo civilizado y mientras la prohibición de su uso se ha fijado en tratados que han firmado la mayoría de las potencias del mundo, para tal fin, esta prohibición se ha de aceptar universalmente en calidad de ley internacional, que atañe a las consciencias y a las prácticas de las naciones.

El gas lacrimógeno se ha tildado de «recurso de disuasión de masas», lo cual lo exime de la ley de prohibición de las armas químicas. Como tal, la policía

se lo suele lanzar a los ciudadanos en las calles urbanas, mientras queda prohibido en las zonas de guerra.

43 Los táseres pueden matar. El 4 de enero de 2020, en Spring Valley, en el condado de Rockland (Nueva York), la policía mató a Tina Davis. Le dispararon con un táser y murió por este motivo. Se llamaba Tina Davis.

44 Randall *Randy Mac* McMorrison, de treinta y dos años. Baja Libertad.

A lo que voy es a que hay muchísimos prisioneros para un país que dice ser libre. Un montón de matanzas de animales. He visto a los mejores, he visto el agujero donde metes a los decrépitos, así que chúpame la polla.

45 Randall Hendrix Young, Colosal. 1 A. Un amor que mata como él no es amor, para nada. Aprendí la lección hace unos años. Canta cuando quieras. Ten piedad cuando puedas y con quien quieras. Reza para que el redentor te acepte y tenga piedad. Tú eres el redentor.

46Simon J. Craft, Segador Duro. 4 A y 1 V. Jungla Jungla Jeremiah. A Jugar. Al Jaleo. La j es de…

Aquellos que causan sufrimiento. ¿Qué pasa con ellos? ¿Qué pasa conmigo? Simon se lo preguntó a sí mismo. Era un asesino, un violador. Lo era. No siempre lo había sido. ¿Qué pasa con la persona que había sido? ¿Qué pasa con lo que podría haber sido? Porque lo arruinaron, lo arruinaron y lo arruinaron más.

Había una luz. Saltó a por ella.